



PHILIPPE CAVALIER

LOS **ÁNGELES** DE

PALERMO

EL SIGLO DE LAS QUIMERAS III

Lectulandia

Dalibor y Laüme Galjero: brujos, asesinos de niños, bebedores de sangre. Una pareja rica, sofisticada, bella e invencible... ¿o no? Dos hombres han jurado acabar con ellos: David Tewp, el coronel galés testigo de sus iniquidades en la India, y Thörun Gärensen, exoficial nazi cuya esposa murió víctima de la magia negra de los Galjero. Ahora, un nuevo aliado va a sumarse a la causa.

Nacido en un pueblo de la Sicilia profunda, hijo y nieto de curanderas y dotado él mismo con ciertos poderes, Luigi Monti entró en la Mafia, la Mano Negra, a su llegada a Nueva York, en 1899. Pronto mostró su cualidades: valor, inteligencia, indiferencia por el dolor y la muerte. Al cabo de los años, se convertía en Lewis Monti, uno de los capos de la ciudad, amigo íntimo de Lucky Luciano, rico, felizmente casado y con un hijo adolescente. Pero un día Luciano le encargó infiltrarse en una fiesta en la que se reunían mafiosos simpatizantes con el fascismo, nazis estadounidenses y miembros del Ku Klux Klan. Allí conoció a Laüme Galjero... Allí empezó la pesadilla.

Lectulandia

Philippe Cavalier

Los ángeles de Palermo

El siglo de las quimeras - 03

ePub r1.0

Titivillus 25.04.16

Título original: *Les Anges de Palerme*
Philippe Cavalier, 2009
Traducción: Jesús de Cos
Diseño de cubierta: Eva Mutter

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*... Col favor della musa o el Demonio
Entro e mi caccio in mezzo al Pandemonio...
... Con la ayuda de la musa o del Demonio
entro y me pierdo en pleno Pandemonio...
Giuseppe Giusti*

PRÓLOGO

Se habían separado otra vez. Él había elegido abandonar Europa y ella, desde luego, había preferido quedarse. No era la primera vez. La pareja había prescindido de formalismos mucho tiempo atrás. Su despedida se desarrolló como siempre, sin gritos, apenas sin palabras. No fue más que una sombra que pasó veloz por sus pupilas. Nada más. Un signo perceptible sólo para ellos y que expresaba una lasitud, un hastío más allá de las palabras.

—¿Qué vas a hacer ahora que esta guerra está perdida? —preguntó él una velada en la que, tumbados los dos en la cama de su gran residencia de Berlín, dejaban vagar sus espíritus en el silencio excepcional de una noche huérfana de ataques.

Laüme no contestó, ni siquiera con un suspiro. Cuando ella acercó su cuerpo al de su esposo, Dalibor tomó su rostro entre los dedos y acercó sus labios a los de ella, pero no permitió que el beso fuera más allá. Con el aliento suspendido sobre la boca de la mujer, sintió que era el momento de deshacer los lazos que lo ataban a ella. Ella comprendió. Sus ojos se encontraron en silencio por un largo momento y después, sin hablar, sin moverse, se durmieron el uno contra el otro, Laüme acurrucada como una niña pequeña en el hueco del vientre de Dalibor. Una hora antes del alba, ella despertó. Sola... ¿Cuántas veces se habían separado así? El propio Dalibor había perdido la cuenta. De sus vagabundeos solitarios, de sus años pasados lejos de Laüme, apenas conservaba algunas imágenes imperfectas, confusas, diluidas en lo más profundo de su memoria. Algunas caras de amigos y de enemigos, algunos paisajes de landa o de desierto... Una moneda mexicana de plata lanzada al aire para decidir a quién prestaría sus servicios: cara, a Pancho Villa, cruz, a Huerta. Una horca de madera negra levantada un amanecer de invierno... Los juegos de los leones marinos mientras cazaban bancos de arenques en las aguas claras de la costa de Chile... Había hecho y había visto todo aquello. Y tantas otras cosas más, cosas de las que no quería acordarse. Tras dejar Berlín, Dalibor tomó el camino del sur. Solo, sin ayuda —aunque alguien como él no la necesitaba—, se escabulló fuera de las fronteras de una Alemania asediada por todas partes. No quedaba ni una carretera, ni un sendero, que no estuvieran socavados por las orugas de los blindados; ni un horizonte libre del resplandor de los incendios y de las columnas de humo; ni una encrucijada, ni un camino que no estuviera atestado de refugiados o de soldados de rasgos macilentos, con las caras descompuestas por el miedo y el agotamiento. Si hubiera sido invisible no habría tenido más facilidades para abrirse camino y dejar atrás aquel caos. En ninguna parte advirtieron su presencia, en ninguna parte lo detuvieron. Los alemanes derrotados no le molestaron más que los victoriosos soviéticos. Silueta opaca en un mundo de tinieblas, en pocos días alcanzó las Puertas de Hierro del Danubio, siguió el curso del río hasta Varna y ganó la otra orilla del mar

Negro sin que nadie le dirigiera la palabra ni una sola vez.

Y aunque así hubiera sido, Dalibor lo habría ignorado. Una mariposa negra batía las alas en su cerebro y le impedía cualquier verdadero pensamiento, cualquier conciencia cierta. Esa mariposa negra, con cuerpo de insecto y cabeza de mujer, era la sombra de Laüme. Su recuerdo y su ausencia, ya. Laüme era su opio, su éter, su droga benéfica y aterradora a la vez. La amaba tanto como la odiaba. Ella había hecho de él lo que era. Lo había salvado de la muerte y lo había hecho libre, quizá más libre de lo que nadie hubiera sido jamás. Pero el precio de esa libertad era una sumisión absoluta a sus deseos erráticos y a sus locas ambiciones. Y Dalibor se sentía incapaz de soportar aquello por más tiempo. Solo, sentado en una duna blanca frente al mar sin marea, cerró los ojos y rogó por que alguien acudiera en su ayuda, por que un brazo fuerte lo liberara de Laüme y le ofreciera la redención. Pero ¿quién hubiera querido ayudar al asesino, al monstruo que él era? Sí, ciertamente. ¿Quién?

QUINTA TUMBA DE LAS QUIMERAS

LAS SOSPECHAS DEL SEÑOR XANDER

—¡David Tewp, Thörun Gärensen y Lewis Monti! ¡Unos aventureros, si me permite expresar lo que pienso! Después de su fracaso en Jerusalén ¿le parece razonable seguir depositando su confianza en esos tres caballeros, *sir* Bentham?

Apenas formulada la pregunta, Pachomius Xander lamentó haber planteado semejante cuestión. Con las mejillas teñidas de púrpura y la garganta oprimida, Xander prefirió dejar caer los ojos al suelo con aire apenado antes que sostener ni por un segundo la mirada de reproche y de asombro que le lanzaba el hombre austero y digno que estaba sentado frente a él. En el espeso silencio que siguió, el director general de la agencia privada de investigaciones Xander y Asociados sintió como nunca la distancia que lo separaba a él, burgués acomodado pero nada más que un simple *commoner*, un plebeyo, de aquel par del reino que había solicitado su colaboración. Nacido para ser obedecido, educado para dar ejemplo de contención y de excelencia en todo lugar y circunstancia, lord Bentham era uno de los pocos aristócratas ingleses que sabía ser un gran hombre incluso para sus ayudas de cámara. A cambio, para la menor objeción a cualquiera de sus decisiones tenía la misma indulgencia que un capitán de navío ante un amago de motín en el paso del cabo de Hornos. Xander se arrepintió al instante de haberse dejado llevar de aquella manera tan tonta. Ahora ningún argumento que empleara para inducir a su interlocutor a cambiar de estrategia tendría la menor oportunidad de prosperar. Resignado, suspiró para sus adentros, colocó sus carpetas en su maletín, concluyó con algunas frases banales la entrevista con su cliente y volvió a la habitación que ocupaba desde hacía tres días en un hotel de la ciudad.

Pachomius Xander viajaba poco. Desplazarse no era propio de su naturaleza. Dejar Londres por la provincia suponía para él una prueba; las alturas pardas de Escocia lo enfermaban; los valles malva del país de Gales lo ponían melancólico; las mesetas grisáceas de Irlanda lo agobiaban. Pero nada era comparable con las contrariedades que le atenazaban cuando tenía que atravesar las fronteras del reino. En París, consideraba que todos los franceses apestaban a ajo. En Roma, los italianos gritaban en lugar de hablar. En Madrid, los españoles atentaban contra el sentido común durmiendo de día y viviendo de noche. Como un molusco que se irrita cuando alguien intenta desgajarlo de su roca, el director de la agencia Xander había logrado hasta entonces evitar el viaje a Estados Unidos. Sin embargo, algunos meses después del fin de la guerra que había desgarrado Europa por segunda vez en apenas treinta años, había tenido que decidirse a embarcar en un transatlántico para atender a la convocatoria de lord Bentham, el cliente más importante de su agencia. Exiliados de la madre patria tras la trágica desaparición de sus dos hijos, lord y *lady* Bentham habían elegido establecerse definitivamente en la costa Este de la antigua colonia

británica. La residencia ancestral de Cornualles había sido demolida. El castillo, escenario de la horrible muerte de Sybil y Patrick Bentham, ya no existía. Sus piedras y ladrillos habían sido arrojados al mar desde lo alto de un acantilado por orden expresa de *lady* Bentham.

—Los gritos de mis hijos resuenan entre estos muros —había dicho ella con voz de sibila—. Los oigo cada hora, cada minuto. La casa entera retiene la memoria de sus sufrimientos. Debemos borrar para siempre este lugar...

Cerrados con gruesas cadenas que se oxidaban en el portal, los dominios Bentham eran ahora un extenso terreno baldío por donde campaban a sus anchas conejos y zorros. Xander sabía todo eso, lo sabía muy bien. Había estado presente desde el primer día, apenas transcurridas unas horas del descubrimiento de los cadáveres del hermano y la hermana asesinados. También sabía quiénes eran los criminales; su identidad no era un misterio. Sin embargo, aunque había asignado a sus mejores investigadores tras la pista de Dalibor y Laüme Galjero, no había obtenido ningún resultado tangible. Ciertamente, en alguna ocasión habían dejado trazas aquí o allá. El embajador de Gran Bretaña en persona los había visto en Japón en 1938. Se sabía que habían pasado una temporada en la India, e incluso que su propiedad de Calcuta había albergado los amores escandalosos del rey Eduardo de Inglaterra y su amante, Wallis Simpson. Pero nada de aquello había podido conducir a un arresto. En cada ocasión algún retraso, un imprevisto cualquiera, impedía la detención de aquella pareja maldita cuya suerte insolente desafiaba el entendimiento. Varios investigadores enviados por Xander habían pagado con su vida o con su cordura la persecución de los Galjero. Un agente había desaparecido en Bucarest. Otro en Niza. Un tercero se había vuelto loco de atar en Nankin... Siempre y en todas partes, los pretendidos rumanos desaparecían en el mismo instante en que se creía atraparlos. Reaparecidos un poco más tarde y un poco más lejos cometiendo nuevos crímenes, parecían gozar de una impunidad total, irracional...

—Debemos rendirnos ante la evidencia, Xander —le había manifestado un día lord Bentham durante una conversación telefónica—. Me repugna profundamente emplear esta expresión, pero los asesinos de mis hijos no parecen estar sometidos a las mismas limitaciones físicas que el común de los mortales. Esa gente desafía las leyes naturales más elementales. Para atrapar a semejantes criminales, los hombres comunes como sus agentes no dan la talla.

Xander había odiado esta observación. No tanto por la sorda acusación de incompetencia hacia sus empleados que implicaba como por el malestar de escuchar en boca de otro la loca sospecha que él mismo albergaba, sin expresarla, desde hacía mucho tiempo. Sí, él también pensaba que los Galjero no habrían podido evitar todas las trampas que les habían tendido si no hubieran gozado de cierta facultad de anticipación ajena al común de los mortales. En la vida diaria, Xander desconfiaba de presentimientos, impresiones vagas y demás voces interiores. Pero también era capaz de sumar dos y dos. Y, la verdad, no había un solo informe referente a los Galjero que

no contuviera algún hecho anormal, sobrenatural, que desafiara al entendimiento. ¿Por qué las armas de fuego parecían encasquillarse siempre que entraban en juego? ¿Por qué las peticiones de intervención oficial, tantas veces reiteradas, jamás llegaban a su destino? ¿Con qué fin los Galjero se ensañaban en repetir por todo el mundo los mismos asesinatos de niños y adolescentes? ¿Por qué aquella gente seguía causando estragos impunemente delante de las narices de todas las policías del Imperio, aún estando en alerta?

Había que tener en cuenta el largo período del conflicto, en el curso del cual grandes porciones del globo permanecieron separadas del mundo civilizado. Xander sabía que la Alemania nazi o la Italia fascista habían constituido durante mucho tiempo santuarios para los Galjero. Pero eso tampoco lo explicaba todo, ni mucho menos. ¿Sería necesario entonces contratar mercenarios como había hecho lord Bentham, para conferir renovados aires a la caza, una nueva oportunidad?

—¿Mercenarios, dice usted, Xander? ¡No! —le había objetado Bentham—. Yo no considero en absoluto mercenarios a esos hombres. Son mis socios. Ellos también se han enfrentado a los Galjero, y ninguno de ellos ha salido indemne. Lo único que hago es asociar su odio al mío propio. Todos queremos lo mismo. Separados no podemos hacer nada. Juntos, quizá seamos más fuertes. No olvide que ellos poseen una enorme ventaja sobre el más aguerrido de sus sabuesos.

—¿Cuál, señor?

—Ellos saben muy bien a lo que se enfrentan y no se toman este asunto a la ligera. Para ellos, como para mí, neutralizar a esos asesinos es una cuestión personal, no un oficio que uno ejerce para ganarse el sustento. Eso es lo que marca la diferencia.

—Esperémoslo, señor, esperémoslo...

Pero Pachomius Xander había permanecido escéptico. Ninguno de los miembros de la terna que lord Bentham había elegido como compañeros le inspiraba confianza. Se había encontrado al menos una vez con cada uno de ellos en las oficinas de su agencia en Londres, ya que se había acordado que Xander y Asociados constituiría el campamento base, el eslabón logístico entre aquellos hombres y lord Bentham. Que uno de ellos fuese un coronel del ejército británico y que otro tuviera el cargo de senador de Estados Unidos no modificaba en nada su opinión. Todo eso no era más que un barniz, una cortina de humo.

Xander sabía mucho del pasado de aquellos hombres. El oficial David Tewp no era sino un ingenuo sin formación que había llegado muy joven, y por el mayor de los azares, al prestigioso MI6, el servicio de inteligencia militar. Destinado a Calcuta pocos meses después de su incorporación, aquel romántico de corazón tierno se había enamorado del pueblo llano de la India hasta el punto de ganarse la franca hostilidad de sus compañeros de armas y el desprecio de sus superiores. Su rango actual de coronel tan sólo era debido a una serie de acontecimientos rocambolescos en los cuales se había visto implicado muy a su pesar. Individuo pasivo, Tewp se daba aires

de importancia bajo la prótesis de cuero que ocultaba una terrible herida infligida por Ostara Keller, una agente secreta del Eje.

—¡Tumbado por una mujer! Eso dice mucho de la eficacia de ese caballero sobre el terreno —había comentado un día con sorna Xander, durante una reunión a puerta cerrada con sus colaboradores más próximos.

—Por otra parte, me parece que el coronel Tewp cultiva una cierta simpatía por el bolchevismo —había añadido el investigador Sebastian Piggot en el curso de la misma sesión—. Su amistad declarada con el comisario político del Ejército Rojo Tenidzé hace que me incline a pensarlo.

Un hombre débil con inclinaciones comunistas, eso es lo que en realidad era el coronel David Norman Tewp según el pensamiento íntimo de Pachomius Xander.

El senador Lewis Monti no se beneficiaba de una opinión más envidiable; al contrario, Xander no ignoraba que los servicios secretos estadounidenses se habían esforzado en borrar todo rastro del verdadero pasado del político. Sin embargo, él había conseguido reunir ciertas informaciones, y el resultado de sus investigaciones le había causado tal espanto que había renunciado a informar a lord Bentham. Tras abandonar toda investigación sobre los años de juventud de Monti, había optado por consagrar sus esfuerzos a estudiar la sinuosa trayectoria de Thörün Gärensen, el tercer pilar del trío lanzado tras la pista de los Galjero.

Al contrario de los otros dos, quienes al menos habían luchado cada uno a su manera por la causa justa de los aliados durante la guerra, el noruego Gärensen se había entregado en cuerpo y alma a los nazis desde que llegó a Alemania en 1931. La explicación que el corpulento escandinavo daba de esta adhesión sonaba, a oídos de Xander, como un cuento extravagante. El chantaje, la manipulación diabólica de los que pretendía haber sido víctima bien podían ser una fábula fabricada *a posteriori* para justificar la evidente fascinación que el régimen hitleriano había ejercido sobre él. Gärensen era inteligente y un hombre de recursos, pero su posición en el mundo de la posguerra era particularmente peligrosa. Oficial de alto rango de las SS, amigo durante mucho tiempo de Heydrich y de Himmler, bien hubiera podido figurar en la lista de los acusados ante el tribunal de Nuremberg, y nada —ni siquiera la protección que lord Bentham le otorgaba por el momento— garantizaba que la justicia no fuera a atraparlo un día no muy lejano. Xander estaba seguro: hiciera lo que hiciese y fueran cuales fuesen sus méritos en la caza que estaba dando a los Galjero, Gärensen llevaba en torno al cuello una cuerda de la que un día u otro acabaría colgado.

LOS FOGONEROS DEL *VIOLETTA*

Asfixiado a medias, como bajo la presión de una mano enorme, Thörun Gärensen salió bruscamente de su pesadilla. Tembloroso, tosiendo, abriendo la boca desmesuradamente para llenar sus pulmones, salió de su mugrienta litera y se secó el sudor que chorreaba de su espalda con un trapo viejo que cogió de un cajón de herramientas que estaba en el suelo. En el dormitorio que le habían asignado, otros nueve marineros dormían un sueño de bestias. Agotados por las quince horas de trabajo cotidianas, ni siquiera habían oído los gemidos que su compañero había exhalado justo antes de su brusco despertar. Sus suspiros se habían perdido entre el estrépito de las chapas, los chirridos del acero, el pesado batir de las bombas y de los motores de carbón que un simple tabique de metal separaba del cuarto de los fogoneros.

Durante las dos semanas transcurridas desde que el carguero *Violetta* había zarpado del puerto de Oslo, la tempestad había azotado el Atlántico. Quince largos días de lluvia ininterrumpida, de frío, de niebla y de vientos turbulentos habían atravesado el mar en todas direcciones y lo habían convertido en un grave peligro para el fatigado navío de más de medio siglo de antigüedad. El quinto día, una pala de hélice se había hendido. El séptimo día, se había roto definitivamente. Pero el capitán se había negado a dar media vuelta o ni siquiera a detenerse en Plymouth o en Brest para repararla. Obstinado, convencido de la fuerza de su barco, había decidido continuar el viaje. La hélice dañada, que apenas mordía el agua, había hecho perder mucha fuerza y velocidad al *Violetta*. Frente a los sobresaltos del océano, las calderas y los pistones debían rendir al máximo para compensar la debilidad de la hélice. Si el motor se averiaba, el carguero perdería todas sus defensas, y la primera ola que lo acometiera de través le sería fatal. Toda la tripulación lo sabía, y los oficiales también. Pero el punto sin retorno había sido franqueado hacía mucho tiempo, y no quedaba otra elección que seguir avanzando y confiar en que la mecánica resistiera. En octubre, pasar unos minutos sin protección en las aguas heladas del Atlántico norte equivalían a una muerte segura, a un destino fúnebre y anónimo. Porque el carguero estaba solo. Atrás quedaban los tiempos de los convoyes de guerra con cien o más navíos que se protegían unos a otros, listos para prestarse auxilio inmediato en caso de ataque. No, 1946 era un año de paz, el primero que el mundo había conocido en mucho tiempo.

Sin embargo, para parte de la tripulación a bordo del *Violetta*, las hostilidades no habían cesado. Y aunque todos temían que la tempestad los arrastrara al fondo de las aguas, ese miedo no lograba borrar otro mucho más terrible y más sordo que el de una muerte accidental. La angustia que los atenazaba era la de los hombres acosados, la de la presa perseguida por una jauría ávida. De los dieciocho miembros de la

tripulación del *Violetta*, siete eran fugitivos. Todos, sin excepción, llevaban en la axila un tatuaje indicando su grupo sanguíneo. Eran antiguos oficiales nazis en busca de refugio al otro lado del mundo, lejos de las tierras donde eran reclamados por las policías militares de los aliados para ser juzgados como criminales de guerra. Aquel tatuaje azulado era la marca de su infamia, lo mismo que la flor de lis en tiempos de los galeotes o la marca diabólica en la época de la caza de brujas. Como mínimo, condenaba a la prisión; nueve de cada diez veces, significaba la horca o el pelotón de ejecución. Aquellos hombres sabían que nada se podía hacer para eliminar sus marcas indelebles. Una quemadura, un corte, una cicatriz en ese sitio equivalía a una confesión.

Por toda Europa sólo se hablaba de depuración. Si bien es cierto que el grueso de las condenas y de los ajustes de cuentas había tenido lugar al final de la guerra, transcurridos dieciocho meses de la firma del armisticio ninguna herida estaba cerrada aún. Bien al contrario. La población había conocido la existencia de los campos de concentración y del martirio de las comunidades judías y gitanas de los territorios invadidas por el ejército alemán. La difusión de las imágenes en los noticieros cinematográficos de Londres, Nueva York, París o Canberra había provocado una oleada de horror como jamás había conocido el mundo. La justicia universal exigía reparación por esos crímenes, y quienes los habían cometido sabían que jamás podrían escapar a su pasado. Ya habían caído muchos jefecillos y pequeños ejecutores. En Alemania, pero también en Austria, en Hungría, en Yugoslavia. Algunos habían sido capturados por el ejército regular; encerrados en prisión, esperaban aún a ser juzgados o ya habían sido pasados por las armas. Otros, igualmente numerosos, habían sido ejecutados sumariamente por vengadores anónimos bien informados, que actuaban de forma ilegal, pero cuyas acciones eran cuidadosamente ocultadas por las autoridades de la ocupación.

De los pequeños barones del nazismo asesinados en un rincón del bosque o colgados al alba en el patio gris de una prisión, ninguno había sido lo bastante inteligente para preparar su fuga de Europa cuando aún estaban a tiempo. ¿Habían oído hablar de las redes que se organizaban ya en la época en que el ejército alemán empezaba su larga retirada del frente ruso? Ciertamente no. El propio Hitler ignoraba la existencia de aquellas rutas de evasión reservadas a los más altos dignatarios del Estado y del ejército. Y eso fue lo mejor para los que tenían vista y el deseo irrepresible de salvar la piel pasara lo que pasase. Si el canciller hubiera descubierto esos preparativos, los hubiera considerado una prueba irrefutable de la cobardía de su entorno próximo, una traición imperdonable a la causa nacionalsocialista, y los candidatos a la huida habrían terminado a ciencia cierta con la garganta cortada y colgados de ganchos de carnicero. Pero el secreto había sido bien guardado. Desde principios de 1943, se habían enviado enormes cantidades de dinero a América del Sur, a Turquía, a Suiza, a Portugal y a muchos territorios neutrales. Allí se habían camuflado tesoros, se habían comprado empresas y edificios, se habían abierto

cuentas especiales... Los submarinos del almirante Donitz habían trasladado agentes alemanes a decenas por toda América del Sur para preparar la llegada en masa de los fugitivos.

Desde la ascensión de Hitler al poder, la parte meridional del Nuevo Mundo en particular había atraído la atención de los estrategas nazis más informados. México, Brasil, Colombia, Argentina, Chile, encerraban un potencial de recursos naturales formidable. Sordamente hostiles al gran vecino de América del Norte, sus gobiernos, a menudo corruptos, contaban con la presencia de importantes colonias alemanas asentadas en sus tierras desde el siglo XIX. En Brasil vivían varios cientos de miles de alemanes. En Blumenau, en Florianópolis, en el estado federal de Santa Catarina, el paisaje y el aspecto físico de los habitantes recordaban a Alemania. Lo mismo ocurría en varias regiones de Argentina. En Buenos Aires igual que en Tucumán, Formosa, Córdoba, Cordier, en el Gran Chaco, en la vasta extensión de Paraná Misiones, en San Carlos de Bariloche —esa Suiza del hemisferio sur con sus pinos y sus cimas nevadas—, por todas partes se habían levantado colonias alemanas con una rapidez vertiginosa. En Paraguay, decenas de miles de colonos alemanes habían conquistado las tierras vírgenes al este de Asunción, y dieron a sus ciudades nombres que recordaban a Europa, como Hohenau o Freiburg. En Chile, en el sur del país, la región en torno a las ciudades de Osorno y de Valdivia. La isla de Chiloé y la misma capital, Santiago, habían sido invadidas hacía mucho tiempo por los emigrantes germanos, que también se habían instalado en Perú, en Uruguay, en la jungla y hasta en la Tierra del Fuego.

Paradójicamente, la mayor parte de los alemanes que habían elegido América Latina lo habían hecho para huir de los regímenes autoritarios de Bismarck y de Guillermo II. Sin embargo, cada vez que Alemania se encontraba en una posición débil frente a un enemigo superior en número, oleadas de emigrantes regresaban a toda prisa para alistarse bajo la bandera de la madre patria, olvidando el autoritarismo del régimen, perdonando las vejaciones y las ofensas pasadas. Los otros, los que se quedaban, enviaban a la metrópoli cuanto podían, dinero, medicamentos o víveres. No hubo un solo corazón alemán de los que latían bajo la Cruz del Sur que no sangrara con el anuncio de la derrota de 1918. Ni uno solo que no quedara anonadado por la invasión de su viejo país por soviéticos y norteamericanos. El embajador del Reich en Argentina, el doctor Wilhelm Faupel, había sabido jugar hábilmente con el resentimiento ante lo que parecía una nueva injusticia y se había asegurado el concurso de numerosos simpatizantes en todas las metrópolis de América del Sur. Gran intendente y organizador de las principales redes de evasión de Alemania, era el eslabón primero y último de una cadena que había garantizado a muchos criminales de guerra una huida cómoda lejos del viejo continente devastado. Sus redes clandestinas estaban tan bien concebidas que, pese a la labor sistemática de desmantelamiento a la que se entregaban los servicios de inteligencia aliados, algunas seguían funcionando a la perfección dieciocho meses después del fin de las

hostilidades.

—Conocí a Faupel cuando era presidente del Instituto germano-ibérico en 1937 o 1938, creo... Es un hombre brillante. Notable. Podemos confiar en él. En Argentina seremos recibidos como reyes. Él estará encantado de rehacer nuestras vidas. Quizás hasta podamos reemprender la lucha. ¿Ha tenido ocasión de conocerle en persona?

Por toda respuesta, Thörun Gärensen se contentó con menear la cabeza evasivamente. Desde que había subido a bordo del *Violetta*, el noruego desconfiaba del hombre que había mencionado al embajador del Reich en Buenos Aires. Tampoco había sentido mayor aprecio por sus otros compañeros de infortunio. Los primeros días del viaje, cuando la fatiga no pesaba aún sobre sus espaldas, todos se sintieron obligados a contar sus historias. Cada uno relató cómo había superado, de milagro, el final de la guerra. Muchos se habían ocultado en los bosques, a veces alimentándose tan sólo de raíces y hojas con tal de no correr el riesgo de abandonar la espesura.

—Pensé a menudo en rendirme —confesó un exgeneral—. Pero aguanté. Siempre supe que había algún medio de dejar Europa. Siempre supe que nuestros camaradas no nos abandonarían.

—A mí el armisticio me sorprendió cuando todavía me batía en Serbia. Le quité el uniforme a un soldado ruso y caminé por las noches desde Belgrado hasta Suiza. Después, contacté con uno de nuestros antiguos agentes en Berna. Gracias a él estoy en este barco. ¡Dios lo bendiga!

Después llegó el turno de Gärensen. Tuvo que prestarse al juego para que su silencio no despertara sospechas. La desconfianza se exacerba entre los fugitivos. Si hubiera permanecido mudo con respecto a su pasado, Thörun habría sido calificado enseguida como un posible traidor. Si se mantenía al margen, lo degollarían mientras dormía o, era lo más probable, lo matarían y después lo arrojarían a una de las inmensas calderas que rugían en las salas de máquinas. Thörun no podía asumir ese riesgo. Aunque se esforzó por no alejarse demasiado de la verdad al describir sus años pasados al servicio del Reich, tuvo que inventárselo todo respecto a los meses que siguieron a la liberación.

—Me hicieron prisionero en Francia y me internaron en un campo cerca de París. Pero conseguí escapar y permanecí mucho tiempo en casa de mi amante, en Montmartre. Allí esperé la ocasión propicia para encontrar a unos amigos que me proporcionaron papeles, me dieron dinero y me informaron de este medio de pasar a Argentina. Eso es todo.

Su historia era simple, banal. Y perfectamente imposible de verificar. No suscitó preguntas. Sólo uno de los hombres, el que le había interrogado a propósito del embajador Faupel, intentaba trabar conversación con él de manera regular. Era alto y flaco, y sus mejillas chupadas le daban un aire enfermizo, pero se trataba de una falsa impresión. Hombre vigoroso en realidad, pasaba los días arrojando paletadas de carbón en las calderas sin mostrar síntomas de fatiga. Se llamaba Tilmann y afirmaba haber servido como alto oficial de intendencia con el mariscal Göring.

—Creo que me acuerdo de usted, Herr Gäreisen. Su fisonomía no me es desconocida. Usted vino un día a Karin Hall en compañía de Reinhard Heydrich y de su esposa, Lina von Osten, si mal no recuerdo... Fue en una fiesta nocturna ¿verdad?

—Tiene usted una memoria asombrosa, Herr Tilmann. Es cierto. Estuve allí.

¿Cómo hubiera podido borrar de su memoria aquella noche tan particular? La noche en que había conocido a Dalibor y Laüme Galjero.

—Es un acontecimiento que guardo con afecto en el corazón —prosiguió Tilmann, como perdido en un ensueño—. Oh, desde luego yo no era uno de los invitados. Por aquel entonces no era más que un oficial subalterno. Pero estaba asignado allí, a cargo de algunas fruslerías de intendencia. De todos modos, me sentía parte integrante de la fiesta. Me acuerdo de usted porque estuvo unos momentos acompañado por una de las mujeres más bellas del Berlín de la época. Era una extranjera, una excéntrica. ¿Cómo se llamaba?

Thörun no había querido responder. Tan sólo pronunciar el nombre de Laüme le resultaba doloroso. Encerrado en las entrañas de hierro del *Violetta*, entre el olor de grasa y el estrépito de las máquinas, entre los ruidos del océano que batía contra el casco, le hubiera sido francamente imposible hablarle de esa mujer a un desconocido. Thörun se encogió de hombros y el otro no insistió. Los dos retomaron en silencio su trabajo en el pañol de combustible, aturdiéndose de fatiga para burlar la inquietud, el miedo a lo desconocido y todos los recuerdos que su vida anterior les había dejado en herencia.

El 3 de noviembre de 1946, a mediodía, el carguero *Violetta* entró por fin en aguas territoriales argentinas. Tras cabotar penosamente a lo largo de la costa, el navío atracó en el puerto de Buenos Aires cuarenta y ocho horas más tarde. Allí, un destacamento de policía subió a bordo para verificar las mercancías, controlar los documentos de la tripulación y entregarles un permiso de residencia provisional.

Mientras que los siete fugitivos alemanes tendían sin aprensión sus pasaportes falsos al oficial responsable, un civil con traje y sombrero claros apareció en la pasarela. Sin una palabra, se contentó con apoyarse con displicencia contra la pared del puesto de mando donde se estaban realizando los trámites y encendió un cigarrillo antes de echar un vistazo a las tres siluetas que permanecían a tres pasos de él. Más que sus caras, eran las manos de los supuestos marineros las que atraían la atención del desconocido. Pero los fugitivos tenían las palmas encallecidas y las uñas sucias, como si fuesen auténticos obreros. Las semanas transcurridas apaleando carbón habían ensanchado las manos y endurecido las falanges. Un tufo de sudor y de aceite rancio emanaba de sus ropas e impregnaba sus cabellos sucios. Flacos, exhaustos, pálidos por las semanas pasadas entre las crujías del *Violetta*, más que hombres parecían bestias de carga. El oficial de aduanas selló sus papeles, les dio la bienvenida al suelo argentino y se fue con su tropa tan deprisa como había venido. El

hombre del sombrero fijó sus ojos claros por última vez en cada uno de los alemanes antes de alejarse sin dar ninguna explicación sobre las razones de su presencia a bordo.

—Seguramente aquel tipo era un gringo —aventuró Tilmann mientras descendían la escalera para volver a su camarote y preparar sus cosas—. Un contacto del MI6 británico o del OSS norteamericano. Pero no puede nada contra nosotros. Ni aunque haya adivinado quiénes somos en realidad. No, no puede nada...

Thörun estaba lejos de compartir esa opinión. Sabía perfectamente que Argentina se había convertido en pocos meses en el terreno de juego predilecto para una fauna sospechosa, compuesta tanto de enemigos como de amigos. Todo podía cambiar en un minuto, en un segundo. Confiar en alguien era allí un juego de todo o nada. Sobre todo para él, que tenía aún más que ocultar que sus compañeros de infortunio.

—¿Qué va a hacer ahora que hemos llegado a nuestro nuevo hogar, *Herr Gärensen*? —continuó Tilmann sin hacer caso de la hermética expresión del noruego.

—Han abierto una cuenta en un banco de la ciudad. Tomaré ese peculio y me compraré una granja en la pampa. Me gustaría criar caballos.

Thörun vio pasar una sombra de decepción por el rostro del exoficial de intendencia de Göring. Seguramente habría preferido escuchar una vibrante profesión de fe a favor de la continuación de la lucha, allí, en América del Sur, que muchos decían querer emprender.

—Al parecer los nuestros han instalado campamentos en la jungla. Nuestros ingenieros trabajan para terminar las armas que nos permitirán rivalizar con Estados Unidos. La bomba, *Herr Gärensen*. Por fin podremos luchar con ellos de igual a igual. O proponerles una alianza contra esos cerdos soviéticos. Después de esto no nos mirarán de la misma manera. Volveremos a ser los amos de nuestra casa, ¡al fin!

Pero Thörun ni siquiera esbozó una sonrisa ante esa idea. Sabía que los rumores más insensatos corrían entre los clandestinos y suscitaban locas esperanzas hasta en los más pesimistas. Para muchos, la muerte de Hitler era una mentira grosera difundida por los aliados para minar la moral de la población alemana y arrebatarle todo deseo de rebelión.

—Sé de buena fuente que Dónitz ha conducido al Führer a una base construida por la Kriegsmarin en la Antártida —había explicado un coronel de apenas treinta años la primera noche que pasaron a bordo del *Violetta*—. Unos túneles construidos bajo el hielo conducen hasta una inmensa caverna transformada en un paraíso terrenal donde crecen palmeras y árboles frutales en abundancia. Han levantado toda una ciudad, con cines, teatros, restaurantes. Lo sé con certeza, he visto los planos con mis propios ojos. Nos instalaremos todos allí. Un día u otro, los que están allá abajo vendrán a buscarnos.

Semejante ingenuidad había hecho reír a Thörun. Durante catorce años, él había sido uno de los más altos responsables de Ahnenerbe, el instituto paracientífico de las SS consagrado al estudio y la promoción de todas las formas de saber no racional.

Hombre de paja de Reinhard Heydrich, el jefe de los servicios de inteligencia del partido nazi, había recibido la misión expresa de favorecer investigaciones extravagantes con el fin de cubrir de ridículo a un Himmler que sentía una fascinación patológica por el ocultismo y lo paranormal. Las leyendas más insensatas surgían de la mente del propio Thörün o de sus colaboradores más cercanos. La de las misteriosas divinidades tibetanas que velaban por aquellos que enarbolaban el sol negro de la esvástica; la de una civilización primitiva altamente evolucionada, oculta en algún lugar, en una isla perdida del norte perpetuamente cubierta de niebla; la de una red de túneles gigantescos que conducían al centro de la tierra... En ocasiones, Himmler había mordido el anzuelo. Con entusiasmo infantil, había financiado y avalado vaporosas expediciones al Cáucaso, a los contrafuertes del Himalaya o a Libia. Sin ningún resultado, por supuesto. Pero todo aquel dinero derrochado, todo aquel despilfarro de tiempo y de energía jamás le había sido de provecho a Heydrich. Hitler se burlaba de los caprichos del jefe de las SS pero, por lo demás, el hombrecillo de negro de las gafas redondas era demasiado eficaz, demasiado fanático y demasiado valioso para que el canciller prescindiera de él aduciendo tales pretextos. Y después, había estallado la guerra y se había extendido deprisa, superando todas las previsiones que la estrategia del Eje había realizado tras la invasión de Polonia. Las rivalidades cortesanas, las sordas querellas entre los barones del partido se dejaron de lado para poder hacer frente a mayores desafíos. Ahnenerbe, pese a todo, había continuado existiendo. Y las leyendas que había forjado se habían ido infiltrando desde los círculos restringidos del poder hasta el pueblo llano, que se apropió de ellas y las amplió aun más, recargándolas con detalles inéditos, exagerando los aspectos más pintorescos y magnificando sus maravillas. Cambiadas, deformadas, hasta enriquecidas, eran las historias que Thörün había reencontrado en boca del pequeño coronel. Aquel imaginario era tan fuerte que impedía a muchos viejos nazis hundirse en la más negra desesperación.

LA CARTA QUEMADA

Con su saco de marinero al hombro y una vieja gorra rasgada con el escudo del *Violetta* sobre sus cabellos rubios, Thörun Gärensen fue el último de los clandestinos que dejó el carguero. En el puente principal encendió un cigarrillo, esperando a que los tipos con los que había viajado se dispersaran por el puerto y se perdieran en las calles de la ciudad vieja. Pero aunque los seis alemanes se habían apresurado a descender a tierra, sus primeros pasos en suelo argentino fueron más que vacilantes. Recién llegados a un continente desconocido, sin apenas nociones de la lengua local, se quedaron largo tiempo deslumbrados por el sol extraño que lucía por encima de aquellas tierras del sur. Thörun los vio marchar en grupo, primero hacia la derecha, para después regresar de dos en dos con unos minutos de intervalo, y volver a pasar otra vez antes de desaparecer definitivamente en dirección a los grandes hangares de chapa detrás de los cuales se escondía el barrio de la Boca, en la confluencia exacta del Riachuelo y el Río de la Plata.

—No les doy ni un mes antes de que los detengan. Usted, usted quizá dure un poco más... seis meses, un año. Con suerte...

Las gruesas manos del capitán del *Violetta* aferraban la borda con tal fuerza que las falanges de sus dedos se blanqueaban. Era la primera vez que el hombre le dirigía la palabra a Thörun. Por supuesto, sabía quiénes eran los fogoneros y había sido pagado generosamente por llevar a los fugitivos a bordo. No era la primera vez que embarcaba exnazis. Pasador de clandestinos por dinero, también cultivaba cierta simpatía política hacia sus pasajeros en fuga. Sin embargo, como medida de precaución, evitaba conocerlos. Si los frecuentara demasiado se buscaría problemas. Y además, adivinaba qué les esperaba a aquellos pobres tipos en Argentina. Aunque había aplaudido la llegada del pequeño nazi Quisling al poder en Oslo en 1942, había tomado buena nota del fin de la guerra, y había entrado por su propio pie en el nuevo mundo surgido tras la caída del Reich.

—A ellos un mes, a mí seis meses. ¿Qué le hace hablar así?

—La experiencia, amigo mío. Cada vez que vuelvo aquí me entero de que los que traje la vez anterior se han dejado atrapar. Creían que sería fácil empezar aquí una nueva vida. Nada más falso. Ciertamente, existe una comunidad alemana fuerte que por lógica debería ayudarles, pero esto no ocurre así a menudo. Los germanos de aquí han apoyado y sostenido a su país mientras que éste estaba en guerra, pero ahora que está ocupado, borrado del mapa por mucho tiempo, ellos consideran que ya no es de su incumbencia. Son gentes pragmáticas y no les gustan las causas perdidas. ¿Quiere saber qué les depara el destino a esos tipos que acaban de irse?

Mientras le tendía su paquete de cigarrillos al oficial de la marina mercante, Thörun levantó el mentón para escuchar el pronóstico del marino.

—De los seis, cuatro no encontrarán los contactos que esperan. En unos días habrán gastado el poco dinero que tienen. En una semana, dormirán en la calle. En tres, los encontrarán muertos en un terreno apartado, despojados de todo por otros aún más pobres que ellos. Fin de la carrera de esos brillantes caballeros.

—¿Y los otros dos?

—Con un poco de suerte, encontrarán empleo como dependientes de un tendero bávaro o de un zapatero llegado de Silesia hace treinta años. Vivirán cinco o seis amontonados en un altillo y por las noches se contarán sus campañas haciendo brillar sus cruces de hierro... y después, un día, se hartarán y se arrojarán al río. Eso es todo.

—¿Y si no tienen suerte, capitán?

—Si no tienen suerte, se dejarán acorrallar por esos cazadores de nazis que han empezado a recorrer el país en todas direcciones.

Esos sujetos son perros rabiosos. Creen estar cumpliendo una misión divina. La ley del talión de los judíos, ya sabe: «Ojo por ojo, diente por diente».

—¿Y yo? ¿Por qué me concede una probabilidad de sobrevivir un poco mayor?

Ante esa pregunta, el capitán sonrió y aflojó su presa sobre la borda. Thörün vio tres alianzas de oro brillar simultáneamente en su anular izquierdo.

—Un simple presentimiento —rió el marino—. Nada más que un presentimiento.

Tras dejar atrás la herrumbre y la grasa del *Violetta*, Gärensen se internó en Buenos Aires. Pasado el viejo barrio del puerto, desembocó en una serie de calles rectas, trazadas a cordel, a la manera de las ciudades de América del Norte. Hacía semanas que no había visto un rostro femenino. Bajo la mirada que le lanzó la primera transeúnte con la que se cruzó se sintió sucio y maloliente. Tenía la barba crecida y sus cabellos rozaban la nuca húmeda. Sus ropas, con agujeros y remiendos y mal conjuntadas, eran las que hubiera podido llevar cualquier obrero o jornalero. Él, acostumbrado al lujo y la comodidad desde su juventud, se sentía débil y rebajado con aquel disfraz. En el fondo de sus bolsillos había algunos pesos en viejos billetes enrollados, apenas suficiente para ofrecerse una comida decente y una noche de hotel en un establecimiento de baja estofa. Sin embargo, eso no le inquietaba. Como le había dicho a Tilmann, una abultada suma de dinero le esperaba en un banco de la calle Corrientes. Aquel dinero no procedía de recursos puestos a disposición por el exembajador Faupel, sino que eran de la familia Bentham, y no estaban destinados a la adquisición de un rancho en la Pampa. No. Los cinco mil dólares estadounidenses depositados a nombre de Gärensen eran para encontrar a un hombre, el único que sin duda podría conducirlo a la pareja Galjero, el único, sobre todo, a quien Laüme, la hechicera, había parecido tener miedo una vez.

Hacía meses, años incluso, que Thörün no caminaba por una ciudad que no hubiera sido escenario de combates atroces. Berlín, que había visto durante meses labrada por las bombas, pero también Londres, cuyas arterias había recorrido por vez

primera a principios de 1946 y que aún mostraba las señales de los cohetes alemanes arrojados en el transcurso de los últimos meses de la guerra. Venecia, quizás, era la única ciudad de las que había frecuentado durante el conflicto que no estaba demasiado marcada por los combates. Aún se encontraban hombres con camisas negras en las góndolas y *bersaglieri*, soldados de la infantería italiana, sentados en el Florian, con sus armas y sus cascos con plumas abandonados con negligencia en un taburete. Buenos Aires, en cambio, no tenía nada de ciudad sitiada o amenazada. El aire era fresco. La luz corría libremente entre el follaje de los árboles que bordeaban las largas y bien trazadas avenidas. Allí no había lienzos rojos con una cruz negra, no había banderas de barras y estrellas, ni Union Jack triunfales colgadas ostensiblemente de cada ventana; tampoco había hoces y martillos emblemáticos. Sólo una ciudad atareada, abigarrada y moderna, muy lejos de las ruinas humeantes que cubrían la mitad de Europa.

En la Avenida Santa Fe, Thörün entró en una modesta pensión donde tomó una habitación. Afeitado, lavado, un poco descansado, volvió a la calle a la hora del crepúsculo. Los pájaros cantaban en las ramas. La luz era suave y cálida. Un poco de polvo se revolvía al paso de los automóviles de mecánica bien engrasada que se deslizaban por delante de los restaurantes y las tiendas iluminadas, aún abiertas de par en par. El noruego tenía dificultades para recuperar su manera de andar natural. Encorvaba los hombros y tenía los músculos rígidos producto de haber trabajado demasiado tiempo en las calderas del *Violetta*; buscaba la seguridad en sí mismo que había tenido en otro tiempo, cuando recorría con orgullo las calles de Berlín del brazo de la actriz Margot Lion o de alguna bailarina de las Tiller Girls.

Aquella época había pasado. Nunca más una mujer se pasearía del brazo de Thörün Gärensen. Las pruebas por las que había pasado lo habían envejecido prematuramente. En su cabello habían aparecido hebras blancas y sentía día a día que su cuerpo ya no era tan ágil, tan vivaz, tan fuerte como antes. Ciertamente, aún era joven, y sus músculos respondían bien al esfuerzo, pero ya no era lo mismo. Sobre todo, había perdido el deseo. La sed de vivir ya no lo habitaba. Los alimentos le parecían sosos, la belleza no tenía interés. Quebrantado, Gärensen apenas conservaba una última llama, la que había encendido en lo más profundo de su ser el terrible deseo de vengarse de aquellos que habían permitido el asesinato de Fausta, su esposa, el único amor verdadero que el destino le había concedido la gracia de poner en su camino.

Sentado a solas a la mesa de un modesto restaurante, permanecía sin apetito ante los platos que había pedido. Lo poco que se obligó a comer le pareció nauseabundo. Con la vista empañada y las sienas palpitantes, volvió a la pensión con paso inseguro. Tumbado cuan largo era en su cama, durmió tan mal y con tantas pesadillas como en la litera del carguero. A primera hora de la mañana, pese a lo poco que había descansado, acudió al banco y vació la cuenta de sus dólares norteamericanos. Con su pequeña fortuna en el bolsillo, se dirigió a una sastrería y pagó al contado tres trajes de buena hechura, uno de los cuales exigió que le cortaran a medida. Calzado con

zapatos de ante claro, panamá de paja en la cabeza y vestido con un traje de lino, Thörun Gärensen reencontró de inmediato parte de aquella confianza en sí mismo que lo había abandonado durante semanas, mientras se movía en el peligroso mundo de los clandestinos. Cuando las campanadas del mediodía sonaban en la torre barroca de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, se sentó en el establecimiento de un peluquero que arregló sus cabellos desgredados. Un empleado dedicó más de una hora a eliminar todo rastro del aceite de máquina incrustado bajo sus uñas.

—¿Qué perfume desea el señor? ¿Lavanda o colonia? —le preguntó el maestro mientras concluía su trabajo cepillando a conciencia el cuello de la camisa de su cliente.

Thörun rehusó el ofrecimiento. Ir esparciendo a su alrededor un aroma de meretriz no le parecía adecuado al papel que debía representar. Tras darle una moneda al aprendiz, salió del local y volvió a su pequeño cuarto. El rostro del propietario de la pensión, que al principio se había mostrado reticente a confiarle una llave a aquel inquilino al que ahora apenas reconocía, se iluminó con una amplia sonrisa. La transformación espectacular que en unas horas había convertido a Thörun de marino miserable en gringo acomodado y respetable lo llenaba de gozo.

—Si necesita cualquier cosa avíseme, señor —dijo el hostelero, de repente muy solícito—. Puedo conseguirle todo lo que desee, alcohol, chicas... no tiene más que hacérmelo saber.

Thörun cerró la puerta de su habitación sin una palabra. No necesitaba nada.

Pasó la tarde dormitando en su cama, con las persianas bajadas y el ventilador girando lentamente en el techo. Al anochecer, sentado en el reborde de la ventana abierta, se fumó la mitad de los excelentes cigarrillos de una cajita que había comprado junto con el ejemplar del *Buenos Aires Herald*. Con la mirada perdida entre las nubes arrastradas por un viento vivo, dejó vagabundear largamente su espíritu mientras escuchaba los ruidos tranquilos de la calle. Después, tras aplastar en el cenicero la última colilla, sacó de su bolsa de tela una cajita de hojalata. A la débil luz de la única lámpara de su habitación, abrió la tapa y tomó con delicadeza un papel fino, arrugado y quemado en parte. Era una carta que había echado al fuego sin siquiera leerla antes de darse cuenta de quién la había escrito. Una carta que había retirado de las llamas justo antes de que ardiera y desapareciera. Encerraba algunas líneas que había memorizado de tantas veces como las había leído.

Thörun había frecuentado mucho tiempo al hombre que la había escrito. Había sido para él un confidente, un amigo, casi un hermano. Por salvarlo y arrancarlo de las garras de Laüme Galjero, había aceptado humillarse como nunca lo había hecho ante una mujer. ¿Y qué había recibido a cambio? La más monstruosa de las traiciones, el más abominable de los crímenes: ¡Matthieu-Marie Dandeville había tramado la muerte de Fausta! Durante mucho tiempo, Thörun creyó que se había vengado del francés.

Ante sus propios ojos, Dandeville había quedado sepultado bajo una montaña de

ladrillos y de piedras abrasadas, en Berlín, una noche en la que el fósforo de las bombas hacía que la ciudad pareciera el centro de un volcán. ¿Cómo era posible que la muerte no se lo hubiera llevado en aquella ocasión? Pero el noruego había sido testigo de demasiados acontecimientos extraordinarios como para buscar una respuesta a aquella pregunta. Dandeville estaba vivo, Dandeville respiraba en algún lugar no lejos de allí... pues la carta que Thörün apretaba entre sus dedos no era antigua. Fechada apenas unas semanas atrás, había sido enviada a la anterior dirección del matrimonio Gärensen en Italia. Como confiada al azar; el propio Dandeville lo reconocía.

Buenos Aires, 4 de octubre de 1946

Thörün:

Sin duda, y por más de una razón, pensarás que esta carta es extraña. Ante todo, porque, ciertamente, sigues creyendo que mi cuerpo se consumió en el incendio la noche en la que luchamos. La noche en la que te hice saber que había matado a tu pequeña esposa judía con las exiguas artes de brujería que Ostara Keller y yo les habíamos sonsacado a los Galjero. Pero es un hecho: aún me encuentro entre los vivos, querido Thörün. Y aunque te he despreciado durante mucho tiempo por llevar tan mal tu vida, mira por dónde hoy me pongo de repente a recordarte. Ya nunca nada será como antes. Ya no nos subiremos a los tejados de París para beber vino y mirar a las colegialas aplicadas a través del patio del instituto. Tanto peor. Hemos pasado buenos tiempos, a mi entender, aunque todo acabara mal.

A decir verdad, ignoro si esta carta te llegará algún día. Pienso enviarla a la única dirección donde quizá pueda llegarte: tu casa de Venecia. Evidentemente, no te escribo para presentarte mis disculpas ni para evocar inútilmente el pasado. Tú me conoces bien. Jamás he sentido remordimientos y aprecio muy poco la nostalgia. Mi carta tiene otro propósito. Te escribo para ponerte sobre aviso. Estos días he tenido un breve encuentro con uno de nuestros viejos amigos. Nuestra entrevista fue breve, escandalosa, desagradable... muy desagradable. Mucho me temo que tenga pensado molestarte también a ti. Si tengo que elegir entre vosotros dos, mi corazón no duda. Tú eres un débil, Thörün, un adolescente veleta y caprichoso. Pero vales más que Ruben Hezner. No me gustaría que cayeras entre sus garras. Él y sus esbirros han intentado matarme no hace ni dos días, pero fui yo el que liquidó a dos de ellos. Aún no sé cómo me localizaron aquí, en Argentina, pero eso no importa. Si han podido encontrar mi pista, también podrán seguir la tuya. Nuestro querido Hezner ya no se parece al hombrecillo que conocíamos cuando frecuentaba nuestras oficinas de Ahnenerbe. Se ha convertido en jefe de una banda, ¡tendrías que haberle oído voceando órdenes a sus hombres! Todo un capitán zelote en las murallas de Masada. He cometido un error al dejarme sorprender esta vez, pero tengo más de un as en la manga... y una píldora de cianuro para el caso de que, un día, las cosas se pongan feas. Pronto Hezner se acordará de ti, Thörün. Dentro de un año, de diez, no importa

cuándo. Estate preparado, amigo mío...

TANGUERÍA CAMINITO

En sus largos años como encargado de satisfacer las exigencias domésticas del mariscal Göring, Baptist Tilmann había adquirido una sorprendente aptitud para sobrevivir entre locos, mitómanos y paranoicos. Nacido en los suburbios de Kiel, hijo de los devaneos de una costurera y de un comerciante de maderas, desde su más tierna infancia había creído que el destino le permitiría algún día salir de la condición de hombre del pueblo en la que un error de la Providencia le había hecho nacer. Inteligente aunque perezoso, sensible pero ignaro, extravagante pero también terriblemente vulgar, Tilmann había cultivado durante mucho tiempo el arte de las mezclas detestables. Hasta cumplir los veinte años, su vida había sido una serie de acontecimientos más o menos insignificantes o sórdidos que no le habían reportado nada aparte de amargura y la convicción profundamente arraigada de que su destino no se desarrollaría entre aquellos obreros, artesanos y hombres de a pie cuya condición compartía con carácter provisional. Tras asaltar a una anciana viuda de la que se decía en el vecindario que guardaba algunas monedas de oro en un escondrijo, huyó la noche de su delito a Berlín, donde, con los bolsillos cargados con su pequeño botín, tuvo la prudencia de invertir su capital en lugar de dilapidarlo en chicas fáciles y en alcohol barato.

Llevó una vida frugal pero de apariencia decente, hasta tuvo la habilidad de ganarse el aprecio del director de una fábrica de aviones y se convirtió en su socio durante un tiempo. Pero las promesas de la industria no cautivaban a Tilmann, no eran lo bastante brillantes para él. Siempre insatisfecho, soñaba confusamente con otra cosa. A finales de los años veinte, la pequeña fábrica de aviones recibió la visita de un grueso caballero de risa estentórea, gran conocedor de los aeroplanos. As de la Gran Guerra, Hermann Göring se había convertido al cabo de los años en uno de los principales líderes del Partido Nacionalsocialista. Tilmann se quedó impresionado por la importancia de aquel hombre acompañado de un séquito de cortesanos y de mujeres hermosas. Al descubrir un mundo desconocido para él, su espíritu entrevió también todas las posibilidades que sólo una carrera política podría ofrecerle. Tilmann, introducido en el entorno de Göring, se afilió al partido en una fase en que aún quedaban buenas plazas por ocupar. Su genio para la adaptación y su instinto de supervivencia altamente desarrollado le ayudaron a sacar provecho de los años prósperos del régimen. Tilmann trabajó a la sombra de los grandes hombres pero sabiendo hacerse indispensable y llevarse su tajada y algo más, comió con champán y cenó con vinos franceses todos los días hasta la entrada de los soviéticos en Berlín. Pese a la debacle, y aunque su nombre figuraba en la lista de los hombres buscados por los aliados, supo confundirse entre la masa de refugiados y, haciéndose pasar a los ojos de las autoridades por un obrero de los astilleros, terminó por embarcarse en

el *Violetta* y navegar hacia Argentina.

Tilmann era un oportunista que no tenía un pelo de tonto. La desconfianza le había ayudado más de una vez a salvar la vida, y sabía que un hombre perseguido no tiene amigos. En los pañoles del barco, trabajando como los demás para alimentar las calderas de carbón, había fijado largas miradas inquisitivas en aquellos que, como él mismo, huían para no volver jamás de un continente que habían saqueado. Aprovechando los breves recesos, mientras sus compañeros tomaban el aire en el puente, había hurgado en sus cosas, y en el equipaje de uno de ellos había descubierto algo que le intrigó profundamente. La carta con los bordes quemados que Thörun Gärensen conservaba en una cajita metálica contenía sin duda fragmentos de la historia más extraña que Baptist Tilmann jamás hubiera leído.

Thörun Gärensen no era la clase de hombre que se recrease mucho tiempo en sentimientos de estupor y desánimo como los que lo habían invadido a su llegada a Buenos Aires. Pese al ambiente húmedo y la fatiga acumulada en su penosa travesía, su cuerpo y su espíritu recobraron pronto la energía. El segundo día después de su llegada, salió temprano de la pensión, tomó la primera bocacalle y se internó en la ciudad al azar. Durante tres horas recorrió Buenos Aires sin sentir necesidad de hacer un alto. La novedad, la propia extrañeza del decorado desconocido que era para él la vieja ciudad barroca no le impresionaban. Le gustaban la belleza y el carácter, el espíritu libre, y no sentía en absoluto ese vértigo infantil, esa admiración pacata que se apoderaba de tantos europeos cuando cruzaban el trópico. De todas las fisionomías que encontraba —indios, negros, mestizos, blancos o asiáticos—, sólo prestaba atención a las figuras de los occidentales. En el barrio de Palermo, a lo largo de las embajadas y de las sedes de bancos y compañías de seguros, grandes Mercedes depositaban a los hombres de negocios, maletines de cuero en mano. Todos semejantes en sus trajes grises de fino tejido, mandando con gestos autoritarios a los chóferes y a los porteros a su servicio, a Thörun se le antojaban soldados de un ejército que se negaba a confesar su nombre. En un parque inmenso con bellas alamedas de arena blanca, los niños jugaban a poner sus barcos de madera en los estanques (las nodrizas, con los ojos atentos y el uniforme impecable, permanecían erguidas en los bancos, unas al lado de otras, sin mediar palabra). De no haber sido por aquel sol de otoño que irradiaba una luz cruda y viva, Thörun se hubiera creído en París, recorriendo los caminos de los jardines de Luxemburgo, o en el Tiergarten, en Berlín, antes de que los combates destrozaran el césped y los macizos. Después de que tañeran las campanadas del mediodía, Thörun sintió hambre y se instaló en una terraza frente al océano. Desde su asiento de anea, observó largo tiempo una manada de leones de mar tendidos sobre las rocas brillantes, apenas a unos metros de distancia de él.

Terminado el almuerzo, se propuso seguir con su paseo. En San Telmo, entró en una tienda de antigüedades sumida en la sombra.

A la luz de las velas que iluminaban el lugar como una cripta de iglesia, compró

dos o tres libros viejos, que en realidad no le interesaban; después, con los volúmenes en la mano, llegó a una pequeña plaza de mercado. Un viejo edificio con fachada de entramado de madera formaba ángulo con un callejón. Encima de la fachada, la estatua de una cigüeña de estuco amarillento se erguía bajo un nido de ramajes de yeso. Pintada en letras góticas, se veía la enseña de una gran cervecería de estilo muniqués. La puerta abierta dejaba escapar un olor tenue de cerveza y col. Thörun entró. A esas horas del día, la gran sala no estaba llena. Algunas personas acababan de almorzar, otras bebían solas, acodadas en la barra, mientras que los camareros limpiaban las mesas vacías. En las paredes colgaban grandes tableros negros en los que estaban escritos con tiza roja el menú y las especialidades del día, todo en alemán. En la sala no se oía ni una palabra de español. Thörun se instaló en un rincón, cerca de una ventana, y abrió al azar uno de los libros que acababa de comprar. Sus ojos corrían por las líneas, sin captar las palabras ni las frases; su atención no se fijaba tanto en el texto como en las idas y venidas de los clientes. Así pasó la mitad de la tarde, tomando café y fingiendo leer. Tomaba nota mentalmente de las personas que se sentaban en los asientos que había a su alrededor, de su apariencia, de los detalles de sus rostros o de su comportamiento. Estaba habituado a eso. Bajo la férula del maestro de espías Heydrich había redactado en otros tiempos centenares de fichas y manejado otros tantos *dossiers* relativos a los cuadros del partido nazi. La mayor parte de las informaciones confidenciales que había espigado en aquella época sobre tal o cual persona aún permanecían en su memoria. Con este ejercicio había desarrollado sobre todo una facultad instintiva para discernir quién escondía un secreto y quién no.

En dos o tres horas de observación pasiva, sólo un personaje atrajo su atención. Era un hombre de unos cincuenta años, un poco encorvado, no muy alto, de piel rosada y andares lentos. Algunos meses antes, aquel individuo de constitución pequeña, de aspecto suave y cortés, era aún uno de los allegados de Goebbels en Francia.

Haciéndose pasar durante mucho tiempo por un productor de cine, había financiado filmes de propaganda antisemita y antimasónica difundidos en los bulevares de la capital francesa. Pero bajo sus aires de gran señor, Antón Koenig era un adepto del opio y de los muchachos guapos. En la época del SD, ni Thörun ni Heydrich habían tenido necesidad de utilizar lo que habían descubierto sobre los vicios de Koenig. El hombre era un personaje insignificante en aquellos tiempos, y no merecía tomarse la molestia de hacerle cantar. Pero allí, en Buenos Aires, las cosas eran diferentes. El hecho de haber localizado tan pronto una presa como aquélla era una verdadera ganga para Thörun. Un hombre bien situado sobre el que se posee un medio de presión es un sésamo capaz de abrir casi todas las puertas, de proporcionar casi todas las informaciones. Koenig no se entretuvo en el local. Tras engullir su cerveza en el mostrador, tomó su bastón de la percha de cobre en la que lo había colgado, cerró los botones de su americana y se dirigió a la salida con paso indolente.

Thörün se disponía a salir del establecimiento para seguirlo cuando una larga barra de metal se elevó al nivel de sus piernas para cerrarle el paso. Sostenida por una mano firme, una muleta de aluminio hacía las veces de barrera que le impedía avanzar.

—¡Gärensén! ¡Thörün Gärensén! Desde que he entrado me lo había parecido, pero ahora que estás cerca, estoy seguro. ¡Eres tú!

Sorprendido, incomodado, Thörün bajó los ojos hacia el que se permitía tratarle de aquel modo tan desenfadado. Durante unos segundos, aquella cara no le dijo nada. Oculto detrás de un alto respaldo, el hombre había esquivado su escrutinio, mientras que el reflejo oblicuo de un gran espejo desconchado le había permitido al otro observar a placer al noruego.

—¡Sacha! ¡Sacha Hornung! —continuó el alemán en un tono alegre—. Munich, 1931. ¿Te acuerdas ahora?

El inesperado encuentro de Thörün Gärensén y Sacha Hornung fue celebrado tal y como la ocasión merecía. Hornung había sido el primer amigo verdadero que Thörün había tenido en Alemania, pocas semanas después de haber dejado su Noruega natal para ocupar una plaza universitaria en la capital bávara. Hornung y él habían compartido algo más que las expansiones propias de dos jóvenes despreocupados. Hacían el amor con las mismas muchachas, bebían de las mismas botellas, frecuentaban los mismos antros de moda, y la pasión por el saber que compartían los había unido por mucho tiempo.

Hijo de un cirujano, Sacha era geógrafo. Fue a través de él que Thörün había conocido a principios de los años treinta a una parte de la élite intelectual alemana que revivía por entonces la antigua y peligrosa ciencia de la geopolítica. Algo escaso de sentido crítico por aquel entonces, no se daba cuenta de que los augustos profesores a los que frecuentaba en los anfiteatros artesonados o en los salones mundanos difundían una visión del mundo que, algunos años más tarde, iba a alimentar las más locas ambiciones criminales. Fue en el curso de una de esas veladas de juerga en compañía de Hornung cuando el destino de Thörün cambió para siempre. Tontamente enamorado de una muchacha envuelta en un halo de misterio con la que se cruzó en un baile, el joven la había seguido una noche de lluvia hasta su domicilio. De los acontecimientos que se precipitaron entonces, Thörün apenas guardaba vagos recuerdos, imágenes fragmentadas y vibrantes como las que nos quedan en el espíritu después de una pesadilla. Un disparo en la casa, un cuerpo tendido, bañado en un mar de sangre, y después, un rincón oscuro en el que un golpe en la nuca lo había sumido en las tinieblas. Cuando recuperó la conciencia, Thörün se había convertido en el juguete de Reinhard Heydrich, el máximo responsable de los recién creados servicios de inteligencia nazis. Fue Heydrich quien le reveló a Thörün la verdadera identidad de la chica. Un poco pesada, un poco vulgar, coqueta y caprichosa por encima de todo, Geli Raubal era a un tiempo la sobrina y la amante de

un tal Adolf Hitler. Obligado a colaborar con Heydrich so pena de ser entregado a la policía con pruebas avasalladoras que lo acusaban de la muerte de la joven, Thörun había sabido, al cabo de unos meses, ganarse la confianza de quienes le chantajeaban. Pero aunque hubiera podido librarse de las garras de Heydrich, eligió quedarse en Alemania. Atrapado por una fascinación secreta por el papel que le obligaban a representar, había trabajado mucho tiempo reforzando el poder que su jefe extendía sobre las SS. Desde luego, nunca más había vuelto a ver a Sacha Hornung. Las últimas noticias que había tenido de su antiguo compañero lo presentaban muy lejos, en una expedición a tierras asiáticas. Jamás, en el curso de los quince años pasados en el SD, se lo había encontrado por las calles de Berlín ni había oído mencionar su nombre. Y he aquí que Sacha Hornung resurgía de la nada y reaparecía al otro lado del mundo como un fantasma.

Con la excepción de algunas arrugas en la frente y una corta barba rubia que lucía con orgullo, el rostro de Sacha apenas había cambiado. Sus cabellos eran tan abundantes y lustrosos como siempre, sus mejillas estaban rebosantes, y sus ojos parecían incluso más vivos que en el pasado. La única transformación estaba en su cuerpo. Con una pierna amputada, se desplazaba con la ayuda de una muleta.

—Por desgracia tengo que usarla —explicó al ver que Thörun dirigía una mirada interrogativa al objeto—. Me la cortaron muy arriba en el muslo. Mi cadera también quedó destrozada. Pero hace una eternidad de aquello, ya me he acostumbrado.

—Lo siento mucho por ti. ¿Cómo ocurrió? —preguntó Thörun tomando asiento en la silla que su amigo le ofrecía.

—No fue un acto heroico, me temo. Un suelo deslizante al anochecer, una caída hasta abajo de una pendiente, y unas rocas agudas en el fondo del barranco. Eso fue todo. Sucedió a finales de 1937. En Chile. Yo formaba parte de una expedición junto con algunos amigos de la Sociedad Geográfica. Todos ellos regresaron a casa, evidentemente. Pero yo vi en aquello algo así como una señal del destino, como un mensaje. Un mandato, incluso. Inmovilizado aquí, decidí quedarme, y jamás he regresado a Europa. Solamente he cambiado de país. Me instalé definitivamente en Argentina en la primavera de 1939.

—¿Y la guerra? ¿Cómo la pasaste?

La pregunta —o más bien el tono angustiado de su amigo— hizo reír a Sacha. Sus dientes eran fuertes, blancos, pese a alguna funda de oro.

—¿La guerra? Yo la había visto venir de lejos. Desde 1936 o 1937 sabía lo que iba a pasar en Europa. Soy un poco cobarde ¿sabes? Quise ahorrarme todo aquello. Aquí disfrutaba de un privilegiado puesto de observación, y además disponía de tiempo. Con todo lo que yo sabía de los nazis, me convertí en una especie de augur. Mis previsiones se revelaban siempre exactas con escasas variantes. Yo pronostiqué antes que nadie que Francia caería en cuestión de semanas. Yo preví el ataque de la URSS y también la entrada de Estados Unidos en la guerra después de que incitaran a los japoneses a la provocación. Y todo eso, meses antes de que ocurriera. Al principio

ellos no querían creerme, pero después acudían a llamar a mi puerta para que les hiciera predicciones. Hasta Faupel, el embajador del Reich, venía a visitarme.

—¿«Ellos»? ¿A quiénes te refieres exactamente?

Sacha Hornung puso cara de sorpresa. Abarcando con la mano a los clientes presentes en la gran sala, exclamó:

—¡Pues ellos, claro! ¡Los alemanes de Buenos Aires! En fin, todos los que estaban aquí en aquella época, no los que vinieron después, claro. En todo caso, les hubiera convenido saber mi dirección, porque también preví el final. Evidentemente, eso a mis amiguitos les hizo menos gracia que la toma de París o el avance de nuestro ejército hasta las afueras de Moscú. El último año de la guerra pasé un período de inactividad.

—Hablas como si te hubieras convertido en un vidente.

—Sólo bromeo, desde luego. Yo soy profesor en la universidad. Nada excitante, pero lo vi todo con exactitud Y cómodamente, sobre todo. ¿Y tú? ¡Cuéntamelo todo!

Thörun trazó un rápido esbozo de los años pasados. No reveló nada de la naturaleza exacta de las funciones que había ejercido en Ahnenerbe ni, sobre todo, de las demenciales circunstancias que lo habían conducido a cruzarse con los Galjero, aquellos demonios de rostro humano que manejaban poderes que desafiaban la imaginación. Tampoco dejó escapar una palabra acerca de Fausta Pheretti, la mujer de la que se había enamorado en Venecia y que había muerto por su culpa, asesinada por dos de los aprendices que los Galjero habían arrastrado en su séquito. Sus labios permanecieron mudos en cuanto a la larga pesadilla que había vivido. En líneas generales, se ciñó al relato que había ofrecido a los fogoneros del *Violetta*. La historia era redonda y coherente, y Sacha Hornung quedó satisfecho. Eran casi las cinco cuando los dos hombres salieron juntos de la cervecería. Hornung insistió en que Thörun se quedara con él toda la noche. Un taxi les llevó primero al domicilio de Sacha, un gran apartamento de techos altos en Balcarce, el barrio de los artistas y de las tanguerías, esos locales donde las parejas iban a bailar el tango desde el anochecer hasta el alba.

—Esta noche iremos al Caminito —dijo Sacha mientras ambos se instalaban en sillones, con unas copas de *schnaps* en la mano—. Está justo en la acera de enfrente y las chicas más bonitas de toda Argentina van allí a mover las caderas.

Thörun obligó a sus labios a estirarse en una especie de sonrisa convencional. ¿Cómo decirle a Sacha que la época en la que le gustaba contemplar a las mujeres había pasado para él?

—¿Has oído hablar de esos comandos judíos que vienen aquí a cazar a los nazis? —preguntó bruscamente el noruego, que no tenía tacto para abordar las cuestiones que le importaban de verdad.

Hornung tomó una manzana de una fuente y se puso a pelarla con una navaja con mango de cuerno que sacó de un bolsillo. No respondió hasta haber pelado y cortado toda la fruta y dispuesto los trozos en la mesa ante él.

—Es una pregunta incómoda, Thörun. Sí, he oído hablar de esa gente. Tienen a nuestra comunidad sumida en la angustia. Los métodos que emplean son bastante... desagradables, como mínimo.

—Como los que los nazis hicieron sufrir a los suyos, creo yo. ¡Némesis! La justa reparación de los agravios, tal vez —aventuró Thörun.

—Sí —admitió Hornung, pensativo—. Puede que tengas razón. No debimos tratar el problema judío como lo hicimos. Los ingleses son más astutos. Aunque eso les está costando caro en estos momentos.

Ante la expresión interrogativa de Thörun, Sacha extendió el brazo hacia una pila de diarios. Extrajo un viejo número de entre un montón de *Buenos Aires Herald* y se lo tendió a su amigo. Era del 21 de julio de 1946; sobre la foto de un edificio en ruinas, un titular llamativo atravesaba la primera plana:

Carnicería en Jerusalén. Los independentistas del Irgun hacen explotar el hotel King David, cuartel general inglés en la ciudad santa. Numerosos muertos y heridos.

—¿Quieres que te obsequie con otra de mis predicciones? —preguntó el geógrafo chasqueando la lengua después de un trago de *schnaps*.

—Te escucho.

—Por mucho que aún se defiendan, los británicos se verán pronto obligados a dejar Palestina, lo mismo que abandonaron la India. Instigados por los norteamericanos, tendrán que hacer las maletas para permitir que un Estado judío aparezca en el mapa.

—¡Sería una estupidez de su parte! —Se indignó Thörun—. Los árabes no se quedarían cruzados de brazos. Eso provocaría guerras locales interminables.

Sacha se echó a reír.

—¡Por supuesto que provocará conflictos! ¿Tú crees que lo que acabamos de pasar significa el fin de las confrontaciones? Claro que no; es justo al contrario. Todo se está poniendo a punto para que el programa continúe, aún no lo hemos visto todo. Y aunque los cuatro o cinco próximos decenios sean un poco más tranquilos que los precedentes, puedes estar seguro de que todo lo que queda de siglo nos reserva las carnicerías más atroces de toda la historia. Pero no es momento de prospectivas... Me preguntabas por esos ojeadores que buscan cobrarse por aquí sus deudas de sangre. ¿Tú tienes alguna razón para temer a esos hombres? Por lo que me has contado de tu carrera, no eras más que una especie de funcionario.

Aunque pertenecieras a las SS, nunca has matado a nadie. No te pareces en nada a un criminal de guerra.

—Creo que basta con haber llevado el uniforme para temer lo peor. Yo he dejado Europa para rehacer mi vida, Sacha. No para morir degollado en un callejón en América Latina.

—La seguridad no existe en ninguna parte, querido amigo. Ni para ti ni para mí. Ésa es la hermosa carga de los hombres libres.

Thörun Gärensen y Sacha Hornung permanecieron despiertos toda la noche. Hacia la una, salieron del apartamento del geógrafo para ir a escuchar el sonido de los bandoneones en la tanguería Caminito. Como Sacha había dicho, la pista de baile estaba abarrotada, y hermosas argentinas lanzaban sus piernas en todas direcciones por el parqué. Por sensual que fuera, el encanto del espectáculo no lograba atravesar el caparazón de indiferencia que aislaba a Thörun del mundo de los sentidos. Feliz de haber reencontrado a su amigo, pero fastidiado por desperdiciar un tiempo precioso en su compañía, se maldecía en secreto por haber perdido la pista de ese Antón Koenig al que había divisado en la cervecería.

—Tienes el aspecto de un ternero camino del matadero —observó Sacha—. En cambio, deberías ser feliz. Puedes rehacer tu vida como a ti te parezca, tienes la ocasión de empezar de nuevo. ¿Te das cuenta de eso, al menos? Si necesitas cualquier cosa, dinero, un nuevo nombre, un certificado de desnazificación o hasta una cara nueva, yo conozco a todo el mundo aquí. ¡Puedo conseguirte lo que sea!

Thörun le miró con fijeza. Aunque no bailara, el calor y la promiscuidad de los cuerpos en movimiento habían perlado su frente de sudor, y las gotas brillaban bajo las luces de colores de las lámparas.

—No me mires así —dijo Sacha—. No serías el primero a quien presto algún servicio. Todavía soy un patriota, amigo mío. ¡Si tú supieras quién se ha sentado antes que tú en mi oficina!

—¿Tú ayudas a los fugitivos? ¿Es eso?

—¡Por supuesto! He ayudado a Faupel desde que montó sus redes. Aquí y también en Brasil y en Colombia. Sé a qué poblados de la jungla hay que enviar a la gente cuando tienen una imperiosa necesidad de que se olviden de ellos. Y también trabajan para mí algunos cirujanos plásticos. En dos operaciones, te transforman de suabo rubio y rosado en un perfecto italiano de los Abruzos. Te aseguro que si de verdad temes por tu vida yo puedo darte los medios para fundirte en la naturaleza en menos que se tarda en decirlo.

—¿Ha requerido tus servicios recientemente un tal Matthieu-Marie Mandeville?

La pregunta era muy importante para Thörun. Había surgido de sus labios sin darle tiempo a preguntarse si aquéllos eran el lugar y el momento adecuados.

—¿Dandeville? ¿El francés? Sí, me encontré con él hace poco, unas semanas como mucho. Estaba aquí bajo un nombre falso, pero eso no le libró de que un equipo de cazadores de nazis diera con él. Ahora está a salvo. ¿Lo conoces?

Los músculos de Thörun se tensaron de golpe. Levantó su vaso y bebió un largo trago de alcohol antes de responder de forma evasiva.

—Lo frecuentaba un poco en Berlín. Y sabía que había conseguido pasar a

Argentina. Me preguntaba qué habría sido de él. ¿Qué le ocurrió exactamente?

—Oh, no conozco la historia en detalle. Creo que lo localizaron en un sitio como éste hace algún tiempo. Los judíos que lo buscaban eran numerosos y estaban bien organizados. Fue un milagro que lograra escapar. Volví a encontrármelo uno o dos días después. Lo saqué del país y le di la dirección de una clínica en la que podrá cambiar de cara. Era bastante arrogante, pero no rechazó ninguna de mis propuestas.

Aunque estaba ansioso por saber más, Thörun juzgó preferible sofocar su curiosidad. Un interés excesivo por el caso Dandeville podría despertar sospechas; decidió avanzar paso a paso en sus investigaciones en lugar de jugarse el todo por el todo presionando a Sacha. Así que, dándose por satisfecho con los hallazgos inesperados que le había deparado Hornung, se obligó a pasar el resto de la noche sin mencionar a Matthieu-Marie ni a sus perseguidores.

Al alba, cuando el *cabaret* cerró sus puertas, acompañó a Hornung a su casa y volvió a la pensión para dormir un poco. Llevaba veinticuatro horas sin pegar ojo, pero se sentía vivo y fresco como una rosa.

Los días siguientes, Gärensen y Hornung se vieron con asiduidad, y almorzaban juntos en la cervecería alemana. Sacha le presentó a una veintena de antiguos militares o cuadros del partido nazi refugiados en Buenos Aires. A semejanza de Antón Koenig, muchos de aquellos personajes habían sido objeto de investigaciones por parte del SD, y Thörun recordaba los puntos débiles de casi todos los fichados a los que ahora encontraba en aquellas circunstancias. Sin embargo, estos conocimientos se le hicieron innecesarios: lenta, prudentemente, sin violencia ni coacción, día a día obtenía aún más de boca de Sacha. Aunque no había vuelto a mencionar el nombre de Matthieu-Marie Dandeville desde la noche en el Caminito, ya se había hecho una idea bastante precisa del lugar donde se había escondido el francés siguiendo el consejo de Hornung. Ya sólo faltaba la prueba definitiva.

EL DOCTOR RUBEN HEZNER

En el mercadillo del barrio de San Telmo, donde habían quedado para dar un paseo dominical, Thörun esperó a Sacha más de dos horas sin que su amigo se presentara. Cuando intrigado, vagamente inquieto, se disponía a abandonar el banco donde había estado esperando, un hombre alto, demacrado, de rasgos cansados, avanzó hacia él con la mano extendida.

—¡Herr Gärensen! —Ladró Baptist Tilmann—. ¡Qué casualidad! No esperaba encontrarme con usted en la ciudad. Le suponía en la Pampa criando caballos.

Thörun se limitó a encogerse de hombros. Volver a ver a Tilmann no era el más grato de los encuentros, y verse obligado a conversar con aquel tipo no le producía ningún placer. Con una vaga sonrisa en los labios, se esforzó por mostrar un mínimo de cortesía. Durante diez minutos, el antiguo oficial de ordenanza de Göring lo abrumó con palabras tan huecas como estúpidas; después, al pasar delante de una pequeña cantina que ofrecía mesas tranquilas a la sombra, le invitó a tomar una copa. La larga espera bajo el sol había secado la garganta de Thörun. Reticente al principio a la proposición, aceptó cuando el otro le aseguró tener una cita al otro lado de la ciudad poco después.

—Sólo una copa, Gärensen. Yo también tengo obligaciones. Le prometo que no le retendré mucho tiempo.

Sentado en una silla de anea, el noruego no hizo grandes esfuerzos por alimentar una conversación jalonada de largos silencios. Concentrado más en vaciar su vaso que en hablar, Gärensen sintió de pronto un dolor en el vientre. Un redoble de tambor subió *in crescendo* en sus sienes. En un minuto, empalideció y sintió que se debilitaba de forma inexplicable.

—¿No se encuentra bien, amigo mío? —Se inquietó Tilmann—. Está usted blanco como un cadáver... quizás haya pasado demasiado tiempo al sol. Debería refrescarse.

Con náuseas, los ojos velados por destellos, Thörun se levantó de su asiento y se hizo acompañar a los lavabos por un camarero. Apoyado en el brazo del empleado, entró en una pequeña pieza nauseabunda invadida por un zumbido incesante de moscas. El hedor que lo asaltó lo obligó a girar la cabeza, su estómago se revolvió de golpe y le hizo arrojar una oleada de bilis en el suelo cochambroso. Privado de fuerzas, Gärensen se arrodilló sobre el roto embaldosado; entonces, dos hombres irrumpieron en el cuartito, empujaron al camarero, que se marchó inmediatamente sin decir palabra, y agarraron al enfermo por las axilas. Tras levantarlo del suelo, salieron por la puerta trasera del establecimiento y lo arrastraron hasta una calle discreta donde les esperaba un automóvil de fabricación estadounidense. Thörun fue someramente registrado y después lo metieron en el maletero del vehículo. No

ofreció resistencia, su cuerpo había perdido los músculos, los nervios. Rodó hasta el fondo del maletero y lo último que vio fue la puerta del portaequipajes cerrarse con violencia bajo la luz del día.

El trayecto fue bastante breve. Treinta minutos después de que lo encerraran, sacaron a Thörun y, con una venda sobre los ojos, lo condujeron rápidamente a un piso. Sentado en una silla, le ataron con firmeza las manos y los tobillos y le metieron una especie de trapo mohoso hasta la garganta. Los dolores que aún sentía en el vientre y en el cráneo le hacían perder toda noción de equilibrio. Abatido, encogido en su asiento, todo su cuerpo temblaba. Su cabeza, agitada como una boya en la tempestad, se tambaleaba sin que pudiera mantenerla derecha. Después, lentamente, la sensación de vértigo se atenuó. Su respiración volvió a ser regular, los espasmos de su estómago se hicieron menos fuertes y más espaciados, la tenaza que oprimía sus sienes se aflojó, y pudo al fin volver a pensar.

La identidad de sus secuestradores no era ningún misterio para él. Estaba convencido de haber caído en manos de los cazadores de nazis capitaneados por Ruben Hezner; sólo le inquietaba saber si tendría ocasión de hablar con él antes de ser eliminado. Pero en el fondo, no dudaba que sería así. Los que lo habían capturado se habían tomado demasiadas molestias para atraparlo vivo. Si hubieran tenido intención de matarlo, hubiera bastado con una bala disparada en una esquina. Aquella operación de secuestro tenía sin duda una finalidad, que en ningún caso sería su muerte inmediata. Con el corazón y el ánimo calmados por este pensamiento, Thörun esperó. Pasaron dos horas sin que nadie pareciera interesarse por él. Desde donde estaba encerrado no podía escuchar ruido alguno. Por fin, la puerta se abrió y unos pasos pesados avanzaron hacia él. Una mano arrancó con gesto brusco el trapo de su boca y la venda que le tapaba los ojos.

—Bueno, Gärensen, espero que se haya recuperado de sus molestias.

Aun antes de que sus pupilas se acostumbraran a la luz, Thörun había reconocido a su agresor por la voz. No era la de Hezner, sino la voz burlona y vulgar de Baptist Tilmann.

—No ponga esa cara, Gärensen. Parece decepcionado ¿a quién esperaba ver?

—¿Qué quiere de mí, Tilmann? —Logró articular Thörun, pese al fuego que consumía su garganta.

El aludido agitó con fanfarronería un arma de fuego en la mano y se limitó a sonreír. Después, sacó un papel del bolsillo y empezó a leer en voz alta:

Thörun:

Sin duda, y por más de una razón, pensarás que esta carta es extraña. Ante todo, porque, ciertamente, sigues creyendo que mi cuerpo se consumió en el incendio la noche en la que luchamos. La noche en la que te hice saber que

había matado a tu pequeña esposa judía con las exiguas artes de brujería que Ostara Keller y yo les habíamos sonsacado a los Galjero.

Al escuchar estas palabras, el cuerpo de Thörun se sacudió violentamente.

—Es inútil que se excite, Gärensen. No le servirá de nada forcejear. Somos muchos aquí los que queremos escuchar sus explicaciones sobre el contenido de este mensaje. Creo que tiene usted muchas cosas que contarnos. Empezando por esa mujer cuya existencia se menciona en estas líneas. ¿Es eso cierto? ¿Usted, un oficial superior de las SS, casado con una judía? ¿Cómo es posible?

Como Thörun guardaba silencio bajo la mirada fija de Tilmann, éste movió una silla y se acercó al prisionero. En voz baja, le expuso sus condiciones.

—Gärensen, su situación es la siguiente: A bordo del *Violetta* yo registré sus cosas. Oh, no se crea que es usted especial, también registré las de los demás. Pero en ellas no encontré nada que me llevara a pensar que ellos fueran unos delatores, unos traidores. Mis contactos en Buenos Aires saben que he encontrado pruebas que le vinculan a nuestros enemigos. Si se casó con una de ellos, todo hace pensar que usted es un espía que ahora intenta infiltrarse entre nosotros. Me ha costado enormes esfuerzos impedir a mis compañeros que lo mataran inmediatamente como al perro que es...

—Ahorrémonos los preliminares, Tilmann —replicó Thörun con desprecio—. Dígame sin rodeos adonde quiere ir a parar. Los dos ganaremos un tiempo precioso.

—Aprecio su pragmatismo, amigo mío. Es un buen augurio para el florecimiento de nuestras relaciones futuras. Entonces, veamos: que usted haya vendido su alma a nuestros adversarios no es lo que me interesa. Mi interés radica más bien en aclarar otras informaciones que contiene esa carta.

—¿Qué otras informaciones?

—¡Lo sabe muy bien! ¡Las relativas a los Galjero! Me hice el inocente cuando le pregunté en el carguero, y puse cara de creerme su historia. Pero yo le había reconocido: usted pertenecía a Ahnenerbe, ¿no es así? Ese instituto que se ocupaba de misterios, de magia y de alquimia. Sobre todo, yo no había olvidado a la mujer que estaba con usted en Karin Hall. No olvidé su nombre, ni el de su marido... ¡Dalibor y Laüme Galjero! Los había visto más de una vez en casa de Göring. El mariscal los admiraba tanto como los temía. Ahora, dígame, Gärensen: ¿esa gente eran de verdad brujos, como dicen los rumores? ¿Tenían poderes?

—¿Para eso me ha secuestrado, Tilmann? ¿Para que le cuente lo que sé de Dalibor y Laüme Galjero? Amigo mío, es usted un perfecto imbécil. Lo supe desde que lo vi.

Como todos los mediocres, Tilmann detestaba por encima de todo que se burlaran de él. El pesado cañón de su Luger se abatió sobre la mandíbula inferior del noruego, partiéndole un diente y provocándole un corte profundo en la lengua. Pese al dolor y a la sangre que inundaba su boca, Thörun soltó una risa desdeñosa.

—No da usted la talla, Tilmann. Pese a sus modales de bestia, no resistiría ni un minuto delante de los Galjero. En el supuesto de que los encontrara, nunca sacaría nada de ellos. Otros más inteligentes han perdido la vida o la razón en ese jueguito.

—Entonces, ¿es verdad? ¿No son unos simples ilusionistas? ¿Esa gente posee dones sobrenaturales? ¿Qué pueden hacer? ¿Oro? ¿La eterna juventud?

Thörün lo vio con tanta claridad como si estuviera mirando en la ilustración de un libro: el espíritu de Tilmann acababa de asomarse sobre lo que él imaginaba que era el poder de Dalibor y de Laüme. Con los ojos brillantes de excitación, retorciendo las manos en todas las direcciones, el alemán se veía ya como aprendiz de brujo, iniciado por sus nuevos maestros en los más oscuros secretos de la vida y de la muerte.

—Ayúdeme a encontrarlos, Gärensen —suplicó Tilmann, histérico—. ¡Sé que juntos podemos conseguirlo!

Thörün sonrió con tristeza. Muchos hombres buscaban a los Galjero por todo el mundo. Él mismo era uno de ellos y, aunque en su caso estaba bien respaldado, sabía que tenía muy pocas posibilidades de llegar a ver culminada su búsqueda. Que un pobre diablo como Tilmann pretendiera triunfar allí donde él mismo y sus compañeros, Tewp y Monti, tenían todas las probabilidades de fracasar, le parecía el colmo de lo grotesco.

—Usted no sabe nada de su vida ni de sus artes, Tilmann. Le aplastarían antes de que se diera cuenta de lo que le estaba pasando. Se lo digo por su bien: olvide esa estupidez.

Thörün no tenía ganas de jugar. Si bien es cierto que habría podido prometer ayudar a su carcelero para ganar tiempo y así recobrar su libertad, un impulso misterioso y potente se negaba a ello en lo más profundo de su ser y se lo prohibía.

—Entrégume a sus amigos y acabemos —dijo al fin con voz fatigada.

El puño de Tilmann se crispó de nuevo sobre su arma en ademán de golpear otra vez el rostro del prisionero. Conteniéndose, el hombre empezó a rechinar los dientes, a dar golpes con el pie en el suelo y a mascullar un raudal de palabras incomprensibles. Sus gestos y su apariencia hacían pensar en un niño caprichoso en plena crisis de cólera. De pronto, la puerta se abrió con violencia y apareció un individuo cubierto de sudor.

—¡Tilmann! ¡Los amigos de Gärensen están aquí! ¡Han matado a Jasper! ¡Están subiendo!

Tras la silueta del recién llegado, Thörün podía ya distinguir unos cuerpos en movimiento. En las habitaciones adyacentes se oían gritos, alaridos en una lengua desconocida para él. Hubo ruido de baldosas rotas y sonó un disparo cuyo eco rebotó en las paredes desnudas.

—Si vienen a buscar a Gärensen, lo usaremos a él como escudo —dijo Tilmann con frialdad al tiempo que se agachaba para deshacer las ataduras del noruego.

Pero todo ocurrió demasiado rápido para que Baptist Tilmann pudiera ejecutar su plan. Tres ráfagas surgieron mientras se esforzaba en desatar los apretados nudos. La

primera de ellas abatió al acólito que permanecía aún en el umbral de la puerta. La segunda se perdió en el techo de la habitación, haciendo caer una lluvia de yeso. La última alcanzó con cuatro impactos la espalda de Tilmann, que cayó aullando de sorpresa y de dolor. Su rápida muerte marcó el fin de los disparos. Al parecer, los dos gorilas que habían capturado a Thörun constituían todo el equipo que había reunido el antiguo oficial de ordenanza. Apaciguado el estrépito de las detonaciones, Thörun vio acercarse a él a un grupo de jóvenes de ojos negros y de rostros fieros. Vestidos de civil, algunos de ellos llevaban sin embargo cartucheras cruzadas sobre el pecho. Ninguno hizo ademán de desatarlo. Las miradas que posaban sobre él eran aún más terribles que la de Tilmann, incluso que la de Heydrich cuando había amenazado a Thörun con las peores represalias si no cedía a su chantaje.

—Buenos días, *Doktor* Gärensen —dijo por fin una voz.

Como el mar Rojo ante Moisés, el telón que formaban los sicarios se apartó para abrir paso a Ruben Hezner, que se internaba en la habitación. El pequeño doctor judío no había cambiado mucho desde los tiempos en los que trabajaba al lado de Gärensen y Dandeville en el Ahnenerbe. Sus cabellos se habían plateado ligeramente en las sienes. El brillo de sus pupilas era tal vez un poco más vivo que antes. Pero Thörun volvió a encontrar, casi idéntica, a la figura que tan bien conocía.

—Señor Hezner —dijo Gärensen—. ¿Debo alegrarme de volver a verle, o ha venido hasta aquí para anunciarme mi fin?

—Curiosamente, no soy yo quien tiene la respuesta a su pregunta, me temo. ¡Oh, no, no soy yo! Sino usted mismo. Sí, nadie más que usted.

Otra vez metido a la fuerza en un coche, con los ojos vendados y las manos atadas, Thörun había optado por dejarse conducir sin oponer resistencia. Además de que cualquier intento de pelear estaba condenado al fracaso, la providencial aparición de Hezner colmaba sus más caros anhelos. Encontrar a Dandeville en América del Sur no había sido nunca más que la primera etapa para dar con el pequeño doctor. Si éste estaba persiguiendo al francés, adelantarse a él y echarle el guante a Dandeville le había parecido un recurso para hacer que Hezner saliera de la sombra tarde o temprano. Era este último quien, en el combate entablado con los Galjero, poseía, acaso sin saberlo, la pieza maestra indispensable para la victoria final.

Después de un corto trayecto por la ciudad, Thörun sintió que el coche dejaba el asfalto para enfilar una carretera de grava por la que continuó un buen rato. El automóvil redujo considerablemente la velocidad para franquear una sucesión de protuberancias y baches. Por fin, el motor se detuvo. Le hicieron bajar del vehículo y le desataron las manos. Incluso antes de que le quitaran la venda de los ojos, Thörun sintió una oleada de frescor húmedo deslizarse por su piel. Anochecía, y del bosque cercano surgían espesas capas de bruma.

—Su jornada no ha sido agradable, herr *Doktor* —dijo Hezner—, es lo menos que

se puede decir. Le permitiré refrescarse y descansar un momento antes de que usted y yo hablemos un poco.

Thörun dio un rápido vistazo a su alrededor. Los cazadores de nazis lo habían conducido a una especie de granja, una hacienda compuesta de tres edificios en bastante buen estado, encalados y limpios. La linde del bosque virgen, negra como una línea trazada con tinta, se adivinaba a un centenar de metros de la propiedad. Dos hombres jóvenes empujaron a Thörun al interior de la habitación principal. Iluminada con lámparas de gas, un olor a incienso impregnaba la estancia. Mientras enjuagaba su rostro magullado con el agua de una palangana esmaltada, Thörun observó a hurtadillas a sus nuevos carceleros. Sin ninguna duda, sus rasgos prometían una expectativas muy distintas de las de los sicarios del necio Tilmann. Mientras que los tres alemanes no habían sido más que sórdidos crápulas ávidos de poder y de dinero fácil, la tropa que rodeaba a Hezner estaba forjada con otro metal. El aspecto de los dos jóvenes silenciosos y austeros designados para vigilar su aseo hacía pensar de forma irresistible en místicos o caballeros de la antigüedad. La misión que aquellos hombres habían asumido los llenaba por completo, los transportaba, los sublimaba. Thörun sintió que habían dejado atrás deliberadamente una parte de su humanidad para no ser nada más que las herramientas implacables de un deber sagrado. Esta impresión le fascinaba y le asustaba al mismo tiempo.

—Tobías, Elías, ahora dejádnos solos, ¿queréis?

Ruben Hezner cerró con suavidad la puerta detrás de ellos. Se sentó tranquilamente a la mesa e invitó a Thörun a tomar asiento.

—Así pues, henos de nuevo cara a cara, Herr Gärensen. Como en otros tiempos, en el Instituto. Usted y yo teníamos unas conversaciones apasionantes. Es un recuerdo que no se borrará.

—¿Estamos aquí para hablar del pasado, o del porvenir? —se burló Thörun.

—Hablemos más bien del presente. ¿Qué le parece? ¿No es un tema más adecuado? Menos sentimental que el primero, y menos azaroso que el segundo.

—De acuerdo, hablemos del presente —concedió Gärensen—. Creo que no voy errado al suponer que usted quiere algo de mí.

—No le decepcionaré. En efecto, quiero algo de usted. Y creo que también es cierto a la recíproca. Así pues, mi pregunta es: ¿quién de los dos enseñará primero sus cartas?

Thörun suspiró. Su mandíbula maltrecha le dolía y estaba harto de jugar al gato y al ratón. Se arriesgó a hablar con franqueza.

—Hezner, le necesito. Estoy buscando a los Galjero. Mis motivos no son nobles. Quiero vengarme de ellos. Mi mujer está muerta por su culpa. Es una larga historia, pero se la contaré.

Hasta después de la medianoche, Thörun relató su odisea a Hezner. No omitió nada. Ni como había llegado a trabajar para el SD, ni como había conocido a los Galjero y a Fausta, ni como había muerto su esposa, carcomida lentamente por un

mal venenoso contra el que nadie podía nada. Contó también como había destruido *el palladium* de Berlín en los subterráneos de Wewelsberg, como había vuelto a encontrar a Ostara Keller en el confín de las nieves y como había sido testigo de su muerte, despedazada y quemada viva por los mismos niños a los que ella se proponía sacrificar en el curso de un ritual impío. Y explicó también como, durante largos meses, había trabajado en secreto para los aliados bajo el mando de un agente norteamericano, Lewis Monti, que conocía también a los Galjero y los perseguía. Lo mismo que dos ingleses, un coronel de los servicios secretos y un lord que los había reunido a los tres y que ahora financiaba su misión de búsqueda a través del mundo.

Hezner le escuchó sin interrumpirlo, sin levantarse, sin apartar la mirada del rostro de Gärensen. Escuchaba como los niños que aguzan el oído para no perderse detalle de un cuento atroz y cautivador al mismo tiempo. Terminado el relato del noruego, Hezner permaneció en silencio. Thörun no podía verlo pero, debajo de la mesa, la mano del doctor aferraba dentro del bolsillo un precioso camafeo, una joya que había pertenecido a Laüme Galjero y que no se había separado de Hezner desde que se lo había apropiado.

—Su historia es demasiado demencial para ser falsa —juzgó Hezner por fin—, y los detalles, demasiado extravagantes para ser inventados. La sinceridad de su voz habría disipado todas mis dudas, si es que todavía hubiera tenido alguna, que no es el caso. En resumen, le creo. ¿Qué quiere usted de mí?

Thörun no pudo evitar echarse a reír. Fue como si un dique se hubiera roto en lo más profundo de su ser. La adhesión de Hezner a su causa —a la causa común— acababa de aliviar meses de insoportable tensión, de preguntas perpetuas, de dudas lacerantes. Con Hezner unido a la cruzada, existía una auténtica oportunidad de poner fin a los desmanes de Dalibor y Laüme, porque —que él supiera—. Ruben Hezner había sido la única persona capaz de arrojar a Laüme a los abismos de la desesperación, de desestabilizarla hasta hacerla sufrir crisis violentas e incluso perder el conocimiento.

—No exagere, Gärensen. Eso sólo ocurrió una vez. Y ella ignoraba que yo estaba escondido en el gabinete contiguo a su sala. Fue el propio Dalibor quien me introdujo allí, usted ya lo sabe.

Sí, Gärensen lo sabía. No había olvidado las confidencias que le había hecho Dalibor en la época en que eran amigos. De las frases pronunciadas entonces por el rumano, había deducido que Laüme era un peso para su esposo. Un peso terrible que lo asfixiaba. No le sorprendía que en una época hubiera querido deshacerse de ella por todos los medios.

—¿Dalibor Galjero le reveló la naturaleza exacta de Laüme, Hezner? ¿Le dijo cómo abatirla?

—Dalibor Galjero no es más que una marioneta entre las manos de un monstruo. Yo sé de dónde viene ella. Sé exactamente lo que es ella y el nombre que hay que darle. En cuanto a matarla, el propio Dalibor ignoraba cómo hacerlo. Yo... creo que

yo lo sé.

—Entonces, ¡pongámonos en marcha! —Se entusiasmó Thörun—. Mañana mismo podemos dejar Argentina para ir a Londres. Yo le presentaré a lord Bentham y a los demás. A David Tewp, que le buscó a usted en Palestina; a Lewis Monti, que nos acompaña... ¡Vámonos enseguida, Hezner, por lo que más quiera!

—No puedo, Gärensen. Tengo una misión que cumplir aquí. Será larga, y he invertido tantos años en su preparación que ahora no puedo renunciar.

Thörun sabía a qué se refería Hezner. Durante meses, en lo más duro de la guerra, y mientras que en toda la Europa bajo el dominio alemán los judíos eran perseguidos y masacrados, el pequeño doctor de barba negra se había arriesgado a quedarse en Berlín. En la clandestinidad, más transparente que una sombra, había recopilado pacientemente los indicios, amasado las pruebas para poder seguir en su exilio a aquellos que eran condenados a huir para sobrevivir. Pese a la toma de París, pese al bombardeo de Londres, pese a las victorias en Creta y el ataque fulminante a la URSS. Él sabía también que los crímenes cometidos por los nazis no debían quedar impunes a ningún precio. Por eso se quedó en el centro de la hoguera. No podía traicionar el voto que había hecho de no renunciar nunca a su labor y de no desviarse de su búsqueda.

—¡Pero los Galjero también son criminales de guerra! —insistió Thörun—. Eran íntimos de Hitler, Göring, Himmler... Los recibían en todas partes como dignatarios del régimen. Pusieron su saber al servicio de aquella gente. ¿Cómo puede olvidarse de eso?

—No lo olvido, Herr Gärensen. Como no olvido que usted también ha llevado el brazalete con la cruz gamada. Pero los Galjero están más allá de la justicia de los hombres. Creo que corresponde a otros el capturarlos y juzgarlos. E incluso si yo estuviera con ustedes, me temo que no tendrían muchas oportunidades frente a ellos.

Thörun pasó bruscamente de la más viva exaltación al más profundo abatimiento. ¿Cómo se atrevía ese hombre a desmarcarse de aquella manera después de haber hecho nacer tantas esperanzas? Otros podrían recoger fácilmente el testigo de la persecución de los nazis, pero Hezner era el único capaz de hacer desaparecer a los Galjero de la faz de la tierra. Al leer el abatimiento en la cara del noruego, el hombrecillo se pasó la mano por la barba un instante y después, con falsa ingenuidad, aventuró:

—Quizá después de todo exista un modo de conjugar nuestros respectivos intereses, pero no sé si usted aceptará. Esto va a costarle muchos esfuerzos... y una terrible crisis de conciencia, estoy seguro. Pero es el precio a pagar si quiere mi ayuda.

—¡Cualquiera que sea su exigencia, acepto! —exclamó Thörun.

—No se comprometa sin saberlo —objetó Hezner—. Porque si me da su palabra sin haber escuchado antes mis condiciones, no se la devolveré.

—¿Cuáles son? ¡Hable!

—Para demostrarme su buena fe y purificarse de los pecados que ha cometido, quiero que mate a su amigo. Sí, quiero que elimine al nazi Sacha Hornung.

¿Cómo se había enterado Hezner de la amistad que ligaba a Gärensen y Hornung? Era un misterio. No se había molestado en explicar la manera exacta en que sus hombres habían librado al noruego de las garras de Tilmann, y tampoco hizo comentarios sobre el origen de los informes precisos que poseía sobre Sacha. Sin necesidad de extenderse, Hezner hizo comprender a Thörun que el geógrafo había estado bajo vigilancia y que sus actividades de pasador de clandestinos y de organizador de redes eran conocidas desde hacía mucho tiempo.

—¿Por qué no lo ha eliminado usted mismo? —preguntó Thörun—. ¿Y por qué quiere matarlo? Vivo le sería infinitamente más útil.

—Un registro de su apartamento bastará para que descubramos todo lo que necesitamos saber. Al permitir que tantos criminales escapen de la justicia, él también se ha hecho culpable. Ahora debe pagar por ello. Y es importante para nuestras relaciones futuras que usted en persona se encargue de acabar con él.

Una vez pronunciado el veredicto, no cabían negociaciones ni réplicas. Hezner permitió a Gärensen que reflexionara sobre su proposición hasta el alba. Encerrado en una habitación sin ventanas y sin otro mueble que una cama de hierro, el noruego pasó horas intentando hallar una salida a aquella trampa en la que, una vez más, había caído. Asesinar a Sacha quedaba evidentemente fuera de cuestión. Pero rehusar la petición de Hezner significaba perder para siempre la única oportunidad de encontrar algún día a los Galjero. El taimado viejo había sido claro y conciso: si Hornung era asesinado, no sólo contribuiría a buscar a los rumanos, sino que también revelaría sin reservas todo su saber acerca de la naturaleza de aquella gente. Era un dilema insoluble. Con la cabeza a punto de estallar, Thörun oyó que venían a buscarlo.

Al alba, el llamado Tobías, un muchacho de diecisiete o dieciocho años a lo sumo, apuntó el cañón de un fusil automático contra su vientre y lo condujo ante su jefe.

—Le escucho, Gärensen. ¿Cuál es su decisión?

—De acuerdo. Mataré a Sacha Hornung.

Durante dos días, Thörun Gärensen estuvo encerrado bajo vigilancia en la hacienda. Hezner y el grueso de su grupo habían regresado a la ciudad. De los tres hombres que se habían quedado con el noruego, sólo Tobías mostraba curiosidad por Thörun; sin embargo todas sus tentativas de entablar conversación en un mal inglés fueron vanas. Gärensen no pensaba más que en escapar a su destino de verdugo. Desde cualquier ángulo que lo estudiara, el problema le parecía insoluble. Cierto, podía intentar una evasión. Pero ¿para qué? La suerte de Sacha estaba sellada hiciera él lo que hiciese: un día u otro, alguien apretaría el gatillo del arma apoyada en su sien. Si Thörun huía y rompía su palabra, no salvaría a su amigo por ello, y perdería para siempre toda

esperanza de poner a Hezner tras la pista de los Galjero.

La mañana del tercer día, el vehículo estadounidense reapareció por la pista que atravesaba la jungla. La tierra roja que levantaba a su paso formaba una nube visible desde muy lejos. Desde que la vio, Thörun sintió que la sangre se detenía en sus venas.

—Parece que ha llegado el momento —anunció Tobías intentando atenuar su acento hebreo.

Sentado en el asiento de atrás, Hezner ni siquiera se molestó en descender del vehículo. Abrió la puerta y le hizo señas a Gärensen de subir.

—Bien. Será ahora. En dos horas todo habrá terminado —dijo mientras el automóvil arrancaba ya de vuelta a Buenos Aires.

Le habían puesto una venda sobre los ojos a Gärensen por precaución.

—¿Cómo va a ser? —preguntó Thörun—. ¿Qué tiene previsto?

—Oh, es muy simple —murmuró Hezner con una voz tranquila—. Le dejaremos delante del domicilio de Hornung. Él no está en casa, nos hemos asegurado de ello. Usted llevará un arma con tres balas en el cargador. Las disparará todas en el cráneo de su amigo. Yo estaré a su lado. Unas gotas de sangre mancharán su camisa, un olor a pólvora flotará por un instante en la habitación, y todo habrá acabado. Nos iremos a almorzar. Eso es todo.

—¡Eso es todo! —repitió Thörun con ironía.

—Sí —aseguró Hezner—. Será tan sencillo como eso. Además, yo le acompañaré.

Thörun inspiró una larga bocanada de aire. Una horrible migraña había invadido su cráneo y le impedía pensar. En el fondo, quizá fuera mejor así. Por fin, el coche alcanzó la periferia de la gran ciudad. Después, el motor paró y le quitaron la venda de los ojos.

—Creo que conoce el sitio —observó Hezner.

Thörun dio un vistazo rápido a su alrededor. Era la calle donde vivía Sacha.

—Venga...

Ruben dejó su asiento y estiró las piernas un momento en la acera. Como en una película a cámara lenta, el tiempo se había dilatado para Gärensen. Se vio a sí mismo salir también del automóvil antes de atravesar la calle en compañía del doctor y de un guardaespaldas. Era alrededor de mediodía. Hacía calor, el sol lucía en un cielo sin nubes. Al pie de la gran escalera que llevaba al piso de Hornung, Hezner sacó un revólver de su cintura y lo puso con autoridad en la palma de la mano de Thörun.

—Está cargado, listo para hacer fuego. Usted sabe utilizarlo. Evidentemente, yo llevo un arma cargada apuntándole... por seguridad.

Los tres hombres subieron cuatro pisos en silencio. El espíritu de Thörun estaba como separado por completo de su cuerpo, flotando en algún espacio inaccesible a la tragedia que estaba a punto de representarse, y la razón del noruego se mantenía anonadada. Era como un autómatas despojado de nervios y de voluntad que ya no se

pertenecía a sí mismo. Hezner hizo sonar una serie de toques breves en el timbre de la puerta del apartamento de Hornung. Una cara asomó en la puerta entreabierta. Era Elías, uno de los compañeros de Hezner. Thörun entró con los demás en el recibidor y fue dirigido de inmediato al despacho de Sacha. En la amplia estancia reinaba el más completo desorden. Los libros, los papeles del geógrafo habían sido esparcidos por el suelo. Los muebles estaban volcados, las figurillas rotas. Thörun reconoció, rotos o desgarrados, algunos de los objetos que Hornung se había traído de los numerosos viajes de su juventud: una máscara africana, un tocado de plumas de los indios americanos, un sombrero tejano Stetson... Thörun los había visto pulcramente colgados en la pared de la habitación del joven, en Munich, quince años atrás. Una eternidad... era otro mundo.

Maniatado, en un sillón, Sacha estaba reducido a la impotencia. Su muleta de aluminio había sido retorcida y yacía de forma grotesca en la alfombra. Un pañuelo le cubría los ojos. No podía ver a quién tenía delante.

—Le hemos sacado a este tipo todo lo que queríamos saber. Ahora le toca a usted hacer su trabajo —dijo Hezner en un tono neutro.

Los latidos del corazón de Thörun Gärensen se habían suspendido. Avanzó hacia Sacha con el arma extendida, dispuesto a disparar, y jurando en su fuero interno que Hezner pagaría muy caro la horrible acción que le obligaba a cometer.

—Una cosa más —le detuvo Ruben justo cuando iba a apretar el gatillo.

Y ante la mirada estupefacta de Thörun, el doctor se acercó a la víctima para quitarle el pañuelo que cubría sus ojos.

—Esto forma parte de su redención. Él debe saberlo.

Un estallido de puro odio pasó por los ojos de Thörun. Por una fracción de segundo, Thörun amagó el gesto de disparar a Hezner en lugar de a Hornung; después, tan deprisa como pudo, sin darse tiempo para reflexionar, las mandíbulas apretadas hasta casi romperse los dientes, apuntó a su antiguo compañero y apretó tres veces el gatillo.

Hornung se hundió sin un grito. Thörun hubiera podido jurar que había muerto de golpe, sin sufrir. Igual que podría jurar que el muniqués había comprendido perfectamente quién le daba muerte.

—Ha cumplido usted su parte del contrato maravillosamente, Gärensen —le felicitó Hezner sin ironía—. En lo que a mí respecta, esto tiene el valor de un certificado de desnazificación en toda regla. Ahora, acepto ayudarle. Pero antes cuénteme algo más sobre los que le acompañan. Necesito saber de dónde salen y qué les motiva.

Entonces, Thörun habló. Para aturdirse, para olvidar el crimen que acababa de cometer a sangre fría. Allí, a unos metros del cadáver de su amigo, contó todo lo que sabía de sus compañeros de caza. Pero el hombre sobre el que se detuvo más largamente no fue lord Bentham ni el coronel David Tewp. No. El hombre al que describió mejor fue Lewis Monti. Y narró su historia palabra por palabra, sin omitir

nada, exactamente como él mismo la había escuchado un día en boca del siciliano.

PRIMER LIBRO DE LEWIS MONTI

LA TRENZA DE LA VIRGEN

Desde hace mucho tiempo suelo voltear en la mano tres plaquitas de cobre. Cuando era todavía un niño, las desatornillé de los bancos de la iglesia, donde señalaban los asientos reservados a los personajes importantes de mi pueblo. Las tomé para no olvidar jamás. Y no he olvidado. Nada. Jamás. Ni un solo detalle se ha difuminado con el tiempo. Cincuenta años después, todavía conozco esos nombres. Los conozco mejor que el de mi padre, cuya cara nunca he visto ni en fotografía. En aquella época, no teníamos esas cosas.

Diez años antes del siglo xx, los campesinos de Sicilia eran pobres entre los pobres. Los más afortunados poseían ropas de domingo para ir a misa. Ésa era toda la fortuna de la gente que me rodeaba. Y yo aún los miraba con envidia, porque mi madre y yo no teníamos nada, o casi nada. Nuestra casa era un viejo aprisco groseramente acondicionado para los hombres en lugar de para las bestias. Estaba en sombras y, en la mala estación, solía hacer frío. Perdidos en las colinas detrás de la villa, vivíamos aislados y satisfacíamos la mayoría de nuestras escasas necesidades por nosotros mismos, sin pedirle nada a nadie.

—Que los otros te necesiten es una buena cosa. Pero tú, haz de manera que no necesites a nadie, Luigi. ¡Es una lección que debes recordar toda la vida! —me repetía siempre Leonora.

Alta, fuerte y quizá bella, mi madre no sabía leer, pero había aprendido de no sé quién a escribir su nombre con una varita en la arena. Giuseppina, mi abuela, no sabía. ¿Qué les importaban los libros y el saber a dos mujeres como ellas? Y no es que fueran ignorantes, muy al contrario. Pero los conocimientos que guardaban en lo más hondo de sí mismas no se aprendían en la escuela. El coraje de luchar con la naturaleza para sacar la subsistencia; la dureza de aferrarse a la vida cuando todo es hostil. Eso no se transmite contemplando una hoja de papel, eso no está escrito en ninguna parte.

Las dos mujeres vivían solas conmigo. Sin un hombre que las protegiera, sin marido, sin hijos ni hermanos que las cuidaran. A veces venía gente a vernos, pastores que, al alba, llegaban con una oveja temblorosa al hombro o un perro enfermo en brazos. También acudían mujeres bien vestidas que venían del pueblo con un bebé febril o con un niño muy pálido. Fueran quienes fuesen, amos o criados, artesanos o notables, mi madre invitaba a entrar en su casa a todos cuantos solicitaban sus servicios. Ella no hacía distinciones. Sobre la tierra batida de la única habitación, dibujaba unos signos y mascullaba oraciones en una lengua que nadie entendía. Sentada junto a la chimenea comiendo castañas o pelando verduras, la vieja Giuseppina sonreía con su boca desdentada. Y yo miraba al animal o a la criatura

recobrar lentamente la vida mientras que mi madre se acercaba a ellos y ponía suavemente sus manos sobre el hocico húmedo o sobre la frente ardiente.

—¡Mi hija tiene el don! —pregonaba con orgullo Giuseppina a los visitantes—. Igual que yo lo tenía... y el pequeño también lo tendrá, no os preocupéis. Siempre estaremos aquí cuando vengáis a buscarnos, ¡siempre!

Vivíamos así, sencillamente, sin preocuparnos de nada más que de recoger hierbas para confeccionar ungüentos y prestando más atención a las fases de la luna que a la fuerza del sol. *Iettatrici!* ¡Brujas! Pensarían muchos. Y tendrían razón. Sin embargo, aunque ellas tenían el poder, nunca vi a mi madre ni a mi abuela operar un maleficio, así como jamás las escuché decir una mala palabra por ningún motivo. Ni eran envidiosas ni malvadas, y las dos se contentaban con su suerte. Eran pobres, es cierto, pero también libres, porque no trabajaban para ningún amo. Y eso a sus ojos era lo más importante.

Solitarias, pero mujeres de bien, sólo tenían un visitante regular. De todos los habitantes del pueblo, era quizás el que hubiera debido mantenerse más alejado de ellas, el que debía incluso haberles sido hostil. El padre Vittorio, párroco de la pequeña parroquia, había renunciado mucho tiempo atrás a llevar a las dos mujeres por el camino de la fe cristiana. Y hasta eran ellas, creo yo, las que habían terminado por convertirlo a él un poco. No es que Vittorio se hubiese vuelto pagano de repente —seguía llevando una Biblia debajo del brazo todo el día—, pero era un hombre que rebosaba de amor verdadero y comprensión para con el prójimo. De carácter indulgente, conocía por instinto y por experiencia todas las complejidades del espíritu humano y sabía combinar de forma admirable la severidad del dogma católico con las excentricidades o las necesidades de sus parroquianos.

Para complacer a aquel hombre, cuya amistad y confianza la confortaban, Leonora accedió a que yo recibiera el sacramento del bautismo, y entró en una iglesia por primera vez con motivo de ese acontecimiento. Entre mis recuerdos más lejanos está la visión de la figura del viejo sacerdote caminando a grandes zancadas por el camino de tierra que llevaba a nuestro cercado. Su silueta redonda era ágil y sus piernas fuertes, habituadas a llevarlo por los valles y los bosques donde vivían carboneros y segadores, más familiarizados que nosotros con los evangelios. Vittorio me quería bien y yo le devolvía su amor con todo mi ímpetu de niño. Sus visitas siempre eran el pretexto para traerme alguna chuchería del pueblo, una golosina comprada en la tienda, una imagen que le había dado un vendedor ambulante o que había sido arrancada de un catecismo viejo.

Su sotana negra y sus zuecos herrados llenos de paja no me impresionaban, como tampoco lo hacían su voz profunda ni sus ojos hundidos en sus órbitas y rodeados de grandes ojeras oscuras. ¿Qué edad debía de tener? ¿Sesenta años? ¿Setenta? Quizá más. Yo no tenía más de diez años cuando, un anochecer suave y apacible de primavera, lo vi una vez más franquear la puerta de nuestra cabaña. Mi madre atizaba el fuego y la vieja Giuseppina, sentada, canturreaba mientras remendaba alguna que

otra prenda vieja. Colgados de las vigas, manojos de hierbas y de flores acababan de secarse.

—Tengo que hablarte de Luigi, Leonora.

El sombrero negro encima de la mesa, las manos a los lados de la bandeja de madera, aquella noche el padre Vittorio le pidió a mi madre permiso para llevarme al pueblo.

—El mundo cambia —le dijo él—. Escondidas en vuestras colinas, Giuseppina y tú no lo veis todavía. Pero yo lo sé, lo siento. En el pueblo ya no es como antes. Hay que pensar en el pequeño. Él es vivo, inteligente, y lo demuestra cada día un poco más. En unas cuantas estaciones ya será un adolescente, casi un hombre. En el mundo que viene, si no sabe leer ni escribir será un esclavo. Tienes que dejarme que le dé esta oportunidad.

Pero el cura no tuvo que suplicar demasiado. Oscuramente, sin querer reconocerlo, Leonora deseaba para su hijo algo mejor que la vida salvaje que llevaba desde la infancia. Por tratarse del viejo Vittorio, le dejó hacer sin protestar.

Siempre he tenido el corazón duro. A lo largo de mi vida, eso ha sido para mí más una ventaja que un inconveniente. Dejar a mi madre y a mi abuela no fue una dura prueba. Y además, yo sabía muy bien adonde me llevaban. No me iba al otro lado del mundo, y no sería para siempre. Sin sentir recelos, dejé la cabaña de las mujeres y con un petate al hombro seguí a Vittorio por el camino que llevaba a la villa. Era de noche. Con una linterna en una mano, el cura se apoyaba con la otra en una gruesa vara de avellano. En lo profundo de los bosques se oía a los jabalíes hozar la tierra húmeda.

—Podrás ir a ver a tu madre siempre que quieras, pequeño —me aseguró Vittorio tras comprobar que yo le seguía al trote, extrañado quizá de no oírme quejarme ni llorar.

Pero yo no estaba inquieto. No temía el pueblo ni las personas a las que iba a conocer. Feliz con la novedad, mi corazón latía apenas un poco más deprisa de lo habitual.

Vittorio se alojaba en la rectoría adosada a la iglesia. En la buhardilla de la casa había preparado un pequeño cuarto para mí: una cama de hierro y un jergón cubierto con una sábana de verdad, una jarra de hojalata llena de agua, una mesa y una vieja silla coja, un crucifijo y un ramo de boj colgados en la pared. Tal era el modesto decorado de mi nuevo reino, que a mí me parecía extraño y suntuoso a la vez. El viejo vivía solo. ¿Cómo hubiera podido pagar a una criada un pobre cura rural como él? La misma noche de mi llegada, bien pasada la medianoche, me dio de cenar una tortilla, una rebanada de paté de liebre y medio vaso de vino con agua.

—Mañana será tu primer día lejos de tu madre, pequeño —me previno—. Tienes que ser valiente.

—Lo seré, padre Vittorio.

Y creo que lo fui. Muy temprano —más que en casa de mi Leonora—, yo debía ayudar al padre a preparar la iglesia; después, terminado el oficio, me encargaba de algunos trabajos domésticos. Había que alimentar a los conejos, fregar el suelo de la casa, cavar y remover la tierra del huerto. Yo cumplía estas tareas sin quejarme ni aburrirme.

Aunque era un niño, ya tenía un cuerpo musculoso y mucha resistencia física, capaz de trabajar durante horas casi sin fatiga. Una hora antes del mediodía, el padre me llamaba para el almuerzo. Comíamos frente a frente en la misma mesa, a menudo en silencio pero nunca sin sonreímos. Tomábamos los alimentos sencillos pero sabrosos que Vittorio preparaba sabiamente con lo que él cultivaba y lo que las comadres y los cazadores le ofrecían.

—Fíjate siempre en lo que la gente pone en su plato, Luigi —me decía—. Mira con qué lo llenan y la forma en que comen. Aprenderás más de ellos que si los oyeras en confesión. Créeme, pequeño, ¡sé lo que me digo!

Después del almuerzo, empezaba mi jornada de estudios. En la sala de trabajo dispuesta a tal fin, el padre Vittorio me daba clases de escritura, de lectura y de cálculo. En unos días aprendí el alfabeto y empecé a deletrear aceptablemente las primeras palabras y después a trazar las primeras letras. El lugar era tranquilo y limpio. Un agradable olor de cera de abeja flotaba en el aire y se mezclaba con los aromas del jardín que llegaban a nosotros por la ventana siempre abierta. En las paredes, unas simples tablas de madera sustentaban dos o trescientos libros, todos casi nuevos, cuya posesión era el orgullo de mi maestro. Yo no había visto en mi vida más que un solo libro, la Biblia, que el cura llevaba siempre bajo el codo o se colocaba bajo la cintura con indiferencia cuando sus grandes manos estaban ocupadas. Yo creía ingenuamente que no existía otro libro en el mundo.

—Los libros son tan numerosos como los hombres en la tierra —me instruyó Vittorio, al verme fascinado y boquiabierto—. Forman un pueblo sabio y fuerte como ninguno; pero son nuestros ojos, los de los hombres, los que los hacen existir. Pronto, cuando sepas leer, tu mirada también les dará vida, y entonces poseerás un poder inmenso.

Rodeados de un aura de misterio gracias a este discurso, los libros ejercieron sobre mí un atractivo cada vez más poderoso, hasta el punto de que redoblé mis esfuerzos en las clases. En pocas semanas aprendí a leer casi de corrido, y ponía tanto ardor en este aprendizaje como en mis trabajos domésticos de las mañanas. Mi primera lectura no fue ni el Antiguo Testamento ni los Evangelios, sino el primer volumen de la obra maestra de Dante, que el propio Vittorio puso en mis pequeñas manos.

—*Inferno!* ¡Uno de los textos más magníficos y más misteriosos de toda la historia, Luigi! —Me hizo saber el padre con un aire de conspirador—. La más bella lengua de Italia también. Si te decides a aprender alguna cosa, que sea siempre de los

mejores maestros. Si no, no vale la pena.

¿Quién era aquel viejo que velaba así por la educación del niño semisalvaje que era yo entonces? Y, sobre todo ¿quién era aquel hombre que se manejaba con tanta soltura en la encrucijada de los caminos de la Iglesia, la razón y la superstición? Nunca me hizo confidencias pero, por alusiones que a veces se le escapaban o incluso por fragmentos de confesiones voluntarias, yo adivinaba que el padre Vittorio no era ni pobre ni campesino. Benjamín de una excelente familia de Palermo, sensible, inteligente, instruido —quizá demasiado—, había elegido renunciar a la posición cómoda que le estaba reservada para seguir la vía mística. Franciscano durante un tiempo, había cambiado finalmente el claustro por la vida modesta de un cura rural: más cercano a la gente, más útil. Allí, en contacto con el pueblo sencillito de Sicilia, había encontrado un modo de buscar a Dios y de alabarlo que le complacía infinitamente más que la de los padres de san Francisco. Tal vez incluso había llegado a descubrir el secreto que había buscado febrilmente durante su juventud.

—Un pastor de nuestras montañas está más cerca de lo sagrado que el Papa en su palacio —me decía a menudo cuando me llevaba al campo a visitar las granjas aisladas del interior—. Son ellos, la gente como tu abuela y tu madre, los que me han enseñado a distinguir a Dios de lo divino.

Buscar más que a Dios, buscar lo divino. A eso era a lo que aspiraba verdaderamente el alma de Vittorio. Más que en los textos sagrados, él había encontrado lo divino en toda la creación, de lo más oscuro de la tierra a lo más alto del cielo, en el canto de los pájaros y en el árbol que crece... Más pagano que cristiano, Vittorio sabía encontrar las palabras justas para hacerse querer por los campesinos más toscos, por los carboneros más desconfiados. Si venía de él, aceptaban una palabra dulce, un gesto confortante; ellos escuchaban sus consejos pero también temían su cólera. Desrizándome siempre tras sus pasos, y a pesar de mi corta edad, pronto me di cuenta de que el atuendo de eclesiástico que llevaba no era sino una fina corteza, una apariencia útil para engañar a las miradas superficiales. En realidad, en su fuero interno Vittorio era un secular, un panteísta que había llegado en secreto a beber de la sabiduría antigua. Como la gente humilde del campo, creía en las señales del destino, en el lenguaje de las plantas y de los animales, en los espíritus nocturnos que corrían por las sendas y los linderos.

—Hace mucho tiempo, siglos, un emperador declaró que el mundo había sido engañado por tres impostores —me dijo un día en que estábamos sentados a la sombra de un muro de piedra reseca, descansando después de una caminata interminable por un paisaje de trigo maduro y amapolas—. ¿Tienes idea de a qué se refería aquel hombre poderoso, Luigi?

Yo no tenía aún doce años. Era un ignaro, o casi. Aunque estuviera aprendiendo a leer con Dante, ¿cómo hubiera podido responder a semejante pregunta?

—¿No lo sabes?

—No, padre Vittorio —contesté yo con una voz oscurecida por la cólera y la

vergüenza de mostrarme tan poco sabio.

—Federico II, emperador del Sacro Imperio y rey de nuestra Sicilia, afirmó un día que el mundo había sido engañado por tres impostores: Moisés, Jesús y Mahoma. Los tres fundadores de religiones monoteístas. Fue excomulgado por eso. Y bien, ya ves, yo creo que sin embargo aquel emperador tenía razón. Habría que releer toda la historia de los hombres y medirla con este rasero. Entonces se vería más clara la naturaleza exacta del desatino que se ha apoderado de nuestros semejantes y los ha llevado tantas veces a cometer locuras horribles.

Por atento y lleno de buena voluntad que yo estuviera, no entendía en absoluto las palabras del viejo sacerdote. Por otra parte, en realidad no estaban dirigidas a mí. Las pronunciaba para sí mismo, para convencerse de que los pensamientos heréticos que alimentaba en lo más hondo de su alma tenían la fuerza suficiente para franquear sus labios y deslizarse en otro espíritu que no fuera el suyo. Que ese espíritu fuera el de un chiquillo carecía de importancia.

Incorporándose de repente, tomó con una mano su recia vara de avellano y con la otra me tiró de la manga.

—Quiero enseñarte algo. ¡Ven!

Aquella tarde regresamos al pueblo a toda prisa, levantando una nube de polvo a nuestro paso. Pasamos la puerta principal del burgo, horadada en la gruesa muralla de piedra amarilla, cuando las primeras viejas que se habían despertado de la siesta abrían sus postigos para prepararse a pasar la tarde. En las callejuelas la sombra daba fresco, pero en la despejada plaza de la iglesia la luz cruda recortaba las formas y afilaba los ángulos con la limpieza de un cuchillo. Tras conminarme a entrar en la nave silenciosa, tan hermética a la luz del día como una gruta primitiva, el padre Vittorio se aseguró previamente de que nadie hubiera venido a rezar o a aprovechar el fresco para echar una cabezada; después, con aire de conspirador, procurando además que sus pesados zuecos no resonaran en el embaldosado desigual de la gran nave, acercó una silla de anea a un pilar donde, colocada en un nicho de piedra, se veía una imagen de la Virgen. Con los brazos extendidos y el cuerpo en equilibrio sobre la silla, Vittorio rodeó con cuidado la figura de madera con sus grandes manos y bajó sosteniendo su tesoro.

—Esta figura posee un misterio, Luigi. Un misterio en el que no he dejado de meditar durante incontables años. Es un misterio tal vez más bello y más profundo aún que los que se pueden descubrir en los libros de Dante. Mira...

Tendió el objeto a la altura de mis ojos y lo hizo girar lentamente. Yo había comprendido a simple vista que aquélla no era la obra de un gran artista. Tallada ingenuamente, casi con torpeza, en apariencia se trataba de una imagen votiva modesta y banal, como las que hay en todas las parroquias del campo, como las que albergan los calvarios de los cruces de caminos. El rostro apenas era un esbozo, y el cuerpo no respetaba en absoluto las proporciones humanas. Pero no era eso lo que había que observar. Invisible a los ojos de los fieles, que sólo veían el frente, el

secreto de la Virgen residía en el dorso. A diferencia de otras imágenes de María, aquélla no estaba tocada con un velo, sino que llevaba una espesa trenza de cabello que rodeaba su frente como una corona y que bajaba por detrás desde la nuca en una crin deshilachada. Pero a medida que se acercaba al suelo, esta crin se transformaba en la cola escamosa de una criatura fantástica, una Melusina mitad mujer mitad serpiente, sonriente, impúdica y bella ante quien la descubría así, enroscada en los talones de la madre de Cristo.

Como pupilo del padre Vittorio, no tardé en ser conocido por todo el pueblo. Entre sus habitantes había muchos que ya habían hecho una visita a mi madre o a mi abuela. Por un esguince, por un miembro roto, por un dolor de muelas y hasta por una criatura nacida de un mal parto, casi todos habían confiado alguna vez sus dolencias a las curanderas. Ellos sabían que yo era de su sangre y, a pesar de los rumores que circulaban sobre la identidad de mi padre, me aceptaron entre las murallas del burgo sin desaires ni malevolencia. A fuerza de correr por las calles y trepar por las murallas siempre que podía disponer de mi tiempo, pronto me había convertido en un elemento del decorado, una pequeña animación, ciertamente nada indispensable pero que, como los tres perros viejos sin amo que, alimentados por uno, acariciados por otro, pertenecían a todos, hubiera sido echada de menos si desapareciera de repente.

—¡Eh, Luigi!, ¿estás ocupado esta mañana?

—No, *signore* Strello, puedo hacerle un recado si le hace falta.

—Pues ve a buscarme una piedra alumbre a la barbería. Me he vuelto a cortar con la maldita navaja.

—Enseguida, *signore* Strello.

Bajo las órdenes del sepulturero, Armando, yo limpiaba las tumbas frotándolas con un hueso de sepia. Para Clara y Teresa, las lavanderas, llevaba cestos de ropa blanca al lavadero y extendía con ellas las camisas y las sábanas en un prado de hierba rasa. Para el barbero, barría los cabellos que cubrían el suelo y enceraba las sillas de los clientes. Me lo agradecían con unas moneditas, con una palabra amable, con una sonrisa. Y yo, feliz y confiado, no veía nada de malo en el mundo.

Unos meses después de mi llegada al pueblo, a principios de otoño, había adquirido la costumbre de ir a instalarme a veces en un viejo reducto apartado para tomar el sol. En la pendiente que llegaba hasta el riachuelo que fluía más abajo, un vasto olivar se extendía por debajo de la muralla en ruinas. Una tarde en la que estaba allí sentado, comiendo queso que una vieja me había dado en agradecimiento por algún pequeño servicio prestado, escuché de pronto unos gritos procedentes del lado de los árboles. Eran unos niños —tres o cuatro, de mi edad— que daban gritos de auxilio. Me precipité a toda prisa hacia ellos y me los encontré congregados en torno a uno de ellos, una niña pequeña que se había caído de una rama alta. Su cabeza había chocado violentamente contra una piedra. Su cuerpo, tendido en la tierra, era presa de

convulsiones, e hilillos de sangre salían de sus oídos y de las comisuras de sus labios. Sin pensar en lo que hacía, aparté con violencia a los niños, me arrodillé junto a la niña y puse mis manos abiertas sobre su cara. Con los ojos cerrados para intentar concentrarme, pensaba en mi madre, a la que había visto un día detener de ese modo la hemorragia de una cabritilla. A través de mis dedos, sentía el flujo sanguíneo correr bajo la piel. Una sucesión de colores fulgurantes, de sonidos agudos, de olores violentos, de sensaciones desconocidas traspasó entonces mi espíritu y me poseyó con una fuerza tal que hizo temblar mi cuerpo tan violentamente como el de la chiquilla. A mi alrededor, los niños lloraban, incapaces de comprender lo que pasaba, horrorizados por la idea de que yo pudiera sufrir las convulsiones igual que la niña. Pero la crisis pasó tan rápidamente como había aparecido. Me invadió una gran calma, mis músculos se relajaron. Volví a abrir los ojos. La pequeña había dejado de temblar. Ya no sangraba. Retiré mis palmas de su rostro y la vi abrir lentamente los párpados antes de incorporarse a medias y enjugar con el dorso de la mano la sangre que manchaba su cara. La larga trenza negra que caía hasta más abajo de su espalda me hizo pensar en la Virgen-Melusina de nuestra iglesia.

—Gracias, Luigi —me dijo ella simplemente, como si yo fuera uno de sus más viejos amigos.

Por mi parte, yo ignoraba quién era.

Pasmados, los niños me miraban en silencio con tanto agradecimiento como inquietud. ¿Qué clase de niño era yo, que había salvado con una plegaria a una criatura al borde de la muerte?

La noticia de la salvación no tardó en extenderse por todo el pueblo. Durante algunos días, el acontecimiento fue el principal tema de conversación en los hogares. Por su parte, el doctor Lurano, el único médico de la villa, reaccionó ante la anécdota con un simple encogimiento de hombros. Espíritu fuerte, adepto a las ciencias exactas y único güelfo perdido entre los gibelinos, no concedió, desde luego, el menor crédito al relato que le hicieron. Tras examinar a la víctima, prescribió árnica para sanar los chichones y se negó a explicar por qué la hemorragia y las convulsiones habían cesado de súbito bajo mis manos. Exceptuándole, los habitantes del pueblo no se mostraron muy sorprendidos por la revelación de mis talentos de curandero. Al fin y al cabo, procedía de una línea de sanadoras y era natural que yo hubiera heredado sus poderes.

«Sólo hay un brujo por cada diez mil brujas —decían refiriéndose a mí—. Pero cuando un macho recibe el don, es mucho más poderoso en él que en las hembras...».

A partir de aquel día, me sonreían un poco más y me recompensaban con más generosidad por los servicios que les prestaba. Sólo Lurano giraba los talones de manera ostensible cuando me cruzaba con él en la calle. Incluso se negaba a que le limpiara los zapatos polvorientos cuando, dos veces por semana, iba a la barbería

para que le arreglaran el pelo y le pusieran brillantina. El desprecio que sentía por mí llegaba a tal grado de extravagancia que su actitud se convirtió en uno de los temas de diversión favoritos de los habitantes de la villa, que se felicitaban por tener un nuevo motivo para burlarse del médico.

Dos o tres noches después de que hubiera salvado a su hija, los padres de la chiquilla fueron a llamar a la puerta de la parroquia. El padre Vittorio los conocía bien. Tenían una de las dos tiendas del pueblo y pasaban casi por notables en ese país de pobres y mendigos. Después de obsequiarme con un saquito de tela lleno de almendras y con una caja de hojalata procedente de las confiterías de Palermo, se instalaron en torno a la mesa de la cocina para beber un vaso de vino y conversar unos instantes. Yo no estuve muy atento a lo que se habló entonces, pero me acuerdo de la expresión apenada de mi protector cuando el hombre, un sólido mocetón de cuarenta años, le informó de que sus negocios estaban en la ruina y pensaba dejar la villa.

—Las fábricas de Palermo se nos llevan a nuestra gente, padre. Ya no es como antes. Los hijos se van a las industrias. Las hijas se emplean en las conserveras, o se colocan como criadas en las familias acomodadas. Hay muchos ricos, según dicen. Pagan bien y el trabajo no es tan duro como en el campo. Nosotros ya no hacemos negocio. Y además, hay que pensar en los hijos. No se les puede dejar al margen de todo, ¿me comprende? Está decidido, en una semana cierro la tienda y nos vamos. Primero a Palermo y después al continente si hace falta.

Aquella gente no eran los primeros en abandonar la parroquia. Desde hacía varios años, los campos iban perdiendo lentamente su población. Aspirados por las nuevas necesidades de las grandes urbes, los jóvenes dejaban los pueblos sin que pareciera posible detener aquella sangría. Abatido por la noticia, el padre Vittorio decidió no darme aquella tarde mi clase de lectura habitual. Encerrado en su despacho hasta la noche, no dejaba de darle vueltas a un proyecto que germinaba lentamente en su interior desde hacía mucho tiempo...

LOS RECOLECTORES DE LA LUNA

—Prepárate. Hoy te llevo a ver a tu madre, pequeño.

Inmediatamente después de la misa de la mañana, partimos en dirección a la colina. Debía de ser a finales de septiembre. Las aceitunas maduraban todavía en los árboles. Al borde de los caminos se respiraban aromas de menta y regaliz. Yo no había visto a Leonora y Giuseppina desde la primavera. Seguían fieles a sí mismas, con sus eternos delantales de campesina encima de sus largas faldas negras y gastadas. Las dos estuvieron muy contentas de verme, desde luego, pero no lo demostraban como lo habrían hecho en su lugar mujeres de otro país. En Sicilia, los sentimientos profundos no se expresan demasiado. Son tesoros que se ocultan con pudor.

—Tu hijo ha aprendido mucho —le dijo Vittorio a mi madre—. Y además se porta bien, sin rebeldía ni maldad. Tiene la cabeza sana, y me gustaría seguir llenándola, si tú lo permites.

—Está a tu cargo mientras lo consideres necesario —se limitó a responder mi madre, que no pudo evitar pasarme la mano por el pelo con orgullo.

—¿Has tenido noticias de lo que pasó en el pueblo? ¿Te han dicho que tu hijo le ha salvado la vida a una niña?

—Me lo han contado. Yo sé todo lo que pasa allá abajo; o me lo dicen palabras que salen de labios de carne, o lo escucho en sueños...

—Entonces, creo que es hora de enseñarle a Luigi de dónde procede su poder. También considero oportuno que hablemos de una gran idea que he tenido.

Entramos los cuatro en la cabaña de mi madre. Leonora se acercó al hogar y, para mi gran asombro, hundió la punta de un cuchillo entre dos piedras groseramente fijadas. Desmenuzó la argamasa, retiró con facilidad un cascote y sacó del orificio así revelado un paquete de trapo rojo, apenas más grande que la mano abierta de un hombre. El silencio de repente se hizo espeso en la estancia. La vieja Giuseppina ponía en el objeto misterioso que ahora sostenía su hija la misma mirada de admiración y adoración que los beatos del pueblo dedicaban al santo sacramento. Sentí que la mano de Vittorio aferraba mi hombro para subrayar la solemnidad del instante.

—Esto es lo que nos protege y nos hace vivir, Luigi —me dijo mi madre blandiendo el objeto delante de mí—. Es él, y no tú, el que ha curado a la niña en el olivar. Toda tu vida serás su servidor y él nunca será el tuyo. ¡Mira!

Entonces, con mil precauciones, mi madre deshizo los pliegues del paquete y depositó una figurilla de terracota sobre la mesa. El objeto no tenía nada de espectacular, incluso resultaba bastante feo con su barriga redonda, el remedo de barba que le llenaba la mitad de la cara y su cráneo liso.

—Su apariencia carece de importancia, Luigi, no te fijes mucho en eso. Lo que cuenta es el contenido de la figura.

—¿Oro, mamá? ¿Riquezas?

—Nada de eso, pequeño mío —rió la vieja Giuseppina—, sino un secreto mucho más valioso.

—En esta estatuilla reside una voluntad, hijo —continuó Leonora—. Una voluntad que procede de nuestros antepasados. Del padre del padre del padre del padre de tu abuela aquí presente, y quizás aún de más lejos. Es el espíritu guardián de nuestra familia. Yo no sé quién lo fabricó, y Giuseppina también lo ignora, lo mismo que lo ignoraban sus antepasados. Sólo sabemos su nombre y cómo mantenerlo vivo. A cambio, él nos procura sueños de videncia y cura a través de nuestras manos a los enfermos que vienen a nosotras. Fue su fuerza la que pasó por ti cuando tocaste a la niña. Sin él, tú no puedes hacer nada, no eres más que un niño como los otros. Pronto, ahora que te ha elegido, su poder me abandonará y sólo se manifestará en ti. Es lo que le pasó a tu abuela cuando yo empecé a curar. Iré perdiendo lentamente el poder a medida que tú lo ganes.

—Es un misterio tan antiguo como los hombres —añadió Vittorio con voz trémula—. No intentes penetrar en él. No te envanezcas de él. Tómallo como un regalo inestimable y reparte a tu alrededor el bien que tienes gracias a él. Y guarda el secreto, porque la revelación de un tesoro como éste despertaría pronto los celos y la maldad. Puedes estar seguro: eso atraería la desgracia sobre ti y sobre los tuyos.

Sentí que la advertencia no era gratuita. El padre había dado a su última frase una entonación tan particular que noté que un escalofrío me recorría el espinazo.

—Y ahora, Vittorio —preguntó mi madre—, ¿quieres decirnos lo que te ronda por la cabeza?

Oí al padre aspirar una gran bocanada de aire y vacilar antes de hablar. Sin duda temía la reacción de las mujeres a la exposición de su proyecto.

—Giuseppina, Leonora... el pueblo se muere lentamente. Desde hace algunos meses los acontecimientos se precipitan. Cada vez más granjeros abandonan sus tierras por la gran ciudad. Si no hacemos nada, en pocos años aquí sólo quedarán los viejos. Y en un poco más de tiempo, sólo unas tumbas sin nadie que venga a ponerles flores o a leer los nombres de las lápidas.

—Lo sé —convino mi madre—. Pero ¿qué podemos hacer nosotros?

—Quizá yo tenga una solución. Pero implica muchos sacrificios por parte de vosotros tres.

—¿Quieres que vendamos nuestro secreto? —Se revolvió de inmediato Giuseppina—. ¿Quieres que todo el mundo lo sepa? ¡Eso no serviría de nada! No impediría que todos se marcharan...

—¡No! No pensaba en eso. Vuestro secreto seguirá siendo vuestro, pero podemos utilizarlo haciendo pasar el poder de vuestro fetiche por milagros divinos... ¡Milagros! ¡Que todos sepan que aquí se producen milagros!

—Todo el mundo lo sabe ya, Vittorio. Todos los que necesitan nuestra ayuda conocen el camino para venir a vernos.

—Es verdad, pero les da vergüenza. A vosotras se os tolera en el pueblo porque curáis, pero también es innegable que os tienen un poco de miedo y no hablan de vosotras si no es a hurtadillas. Imagínate que escondiéramos tu fetiche en la imagen de un santo católico y que empezara enseguida a hacer milagros, a curar, a sanar... Una imagen de san Cristóbal o de la Virgen. Para esta gente sería mucho más fácil acudir a ella que a una hija del bosque. Podrían comentarlo a su alrededor, la noticia se extendería más allá del valle, de la provincia... ¡Llegaría hasta Palermo, quizá! Los enfermos de toda la isla vendrían a curarse aquí. Se construirían casas para acogerlos, albergues, comercios... El pueblo crecería, y sus habitantes no tendrían necesidad de emigrar para encontrar trabajo.

—No creo que sea una buena idea, Vittorio —dijo mi madre recubriendo bruscamente la figurilla con su velo rojo—. El objeto no es tan poderoso como tú crees. Se debilitaría pronto si se le pidiera demasiado. Y además, no olvides que es a través de mí, y ahora de Luigi, que transmite su fuerza a quienes la necesitan. ¿Cómo justificarías este hecho ante los que vinieran a admirar tu imagen milagrosa? ¿Cómo les explicarías nuestra presencia?

—Tiene que haber un medio —contestó Vittorio, irritado—. Aún no sé cuál, pero estoy convencido de que existe. Reflexiona, Leonora, te lo ruego, reflexiona...

Silenciosa, sombría, mi madre envolvió la figurilla y la colocó detrás de la piedra del hogar.

—Voy a pedirle un sueño —dijo al fin—. Esta noche, él mismo me dirá si acepta tu idea. Si le parece bien, él me explicará cómo realizarla.

Se hizo tal como ella lo había anunciado. Cuando el cura regresó al día siguiente, el fetiche había obrado en sus sueños. Todavía hoy, medio siglo después, ignoro lo que se dijeron entonces Vittorio y mi madre. Por no sé qué razón yo me había quedado en el pueblo. Esperé con impaciencia toda la tarde el regreso del sacerdote. Cuando volvió de las colinas la noche había caído y ya hacía mucho que había pasado la hora de vísperas. Hizo el oficio a toda prisa antes de reunirse conmigo.

—He visto a tu madre y a tu abuela, Luigi. Hemos hablado mucho. Lo que voy a decirte ahora tendrás que jurar guardarlo para ti y no contárselo a nadie. ¿Crees que podrás prometérmelo?

—Lo juro —dije yo, como un soldado que presta juramento de luchar hasta la muerte por salvar a su patria.

—El fetiche ha hablado en sueños a Leonora. No quiere ser encerrado dentro de la imagen de un santo. Eso sería un sacrilegio.

Una decepción profunda me invadió al escuchar esas palabras. Desde el instante en que me había sido revelada la existencia de la estatuilla y había escuchado el

proyecto del anciano, era incapaz de pensar en otra cosa.

—¡Pero la estatuilla le ha mostrado otra vía! ¡Una vía que nos permitirá fabricar una verdadera imagen milagrosa!

—¿Fabricar nosotros otra estatuilla? —repetí yo, como para convencerme de lo que acababa de escuchar.

—Sí, eso es. Tenemos que ponernos a trabajar los cuatro desde ahora mismo. Será largo y fastidioso. Pero tu madre sabe cómo hay que proceder, y tendremos gran necesidad de ti.

Durante semanas, a espaldas del pueblo, trabajamos sin descanso para fabricar la imagen. Todas las consignas venían de Leonora. La mayor parte de ellas eran extrañas. Algunas tenían que ver con hierbas que había que recoger y minerales que había que procurarse. Durante algunos días no me alojé en casa del padre Vittorio y volví con mi madre para ayudarla a encontrar en el bosque las plantas y los materiales que ella necesitaba para la operación. La recolección de la menor brizna de hierba obedecía a un ritual muy preciso, largo y enojoso, en el que yo debía participar.

—Hoy buscaremos saúco. Hace falta poca cantidad, pero la planta tiene que ser buena.

Debimos de pasar por delante de veinte bosquecillos donde crecían los troncos que ella buscaba; no era cuestión de detenernos antes de haber encontrado el espécimen exacto que le convenía. Además, no lo recogía cortando o arrancando el tallo. Recoger una planta conservando todas sus virtudes secretas es un arte delicado en el que mi madre era excelente desde hacía mucho tiempo. Una vez divisados de lejos la flor o el árbol, teníamos que acercarnos despojados de nuestras ropas ordinarias, con los pies desnudos y el cuerpo cubierto con un tabardo, una especie de túnica de lino basto, sin mangas, ceñida al talle por un cordel de cáñamo. La vieja Giuseppina había cortado uno para mí después de que su hija le revelara el contenido del sueño enviado por el espíritu de la estatuilla sanadora. Tras sacar de su alforja la curiosa vestimenta, Leonora me había pedido que me lo pusiera y tuviera cuidado de no conservar ningún otro objeto conmigo.

—Sobre todo, nada de hierro ni metal. Ve detrás de aquellos arbustos y cámbiate sin discutir.

Un poco avergonzado de aparecer ante los ojos de mi madre con una indumentaria que yo juzgaba humillante y ridícula, me puse el tabardo a regañadientes. Pero tuve que abandonar mis reticencias, porque mi madre, que iba mucho más deprisa que yo, me apremiaba:

—¡Date prisa, Luigi! La planta sabe que venimos a buscarla. Si la hacemos esperar la predisponemos en nuestra contra. ¡Corre! No hagas el niño.

Cuando salí por fin de los arbustos, descubrí a mi madre, que permanecía cruzada de brazos en el centro de un claro donde un rayo de sol caía en vertical. Por primera vez, veía a Leonora con otra ropa que no fuera su blusa de campesina. Me pareció tan bella que se me paró el corazón, con el cabello suelto que caía sobre sus hombros, su

espalda graciosamente arqueada, las piernas bien torneadas desnudas por debajo de la rodilla. Nos acercamos en silencio a la planta de saúco. Mi madre llevaba en una mano un sílex puntiagudo, tallado en forma de hoja de cuchillo de buen tamaño. Tras arrodillarse cerca del pequeño arbusto elegido, trazó con la punta de su piedra un círculo en el suelo alrededor del delgado tronco.

—Ahora cierra los ojos, Luigi. Preséntate al árbol. Dile quién eres. Explícale también lo que esperas de él. Por último, pídele permiso para cogerlo.

Sin entretenerme en discutir las órdenes que se me daban, cumplí las exigencias de Leonora. Sentado en la hierba a unos pasos del saúco, me dirigí a él como si fuera una persona a la que yo debiera pedir un inmenso favor. Quizá me pareció extraño, pero durante la operación me invadía una gran calma. Una calma semejante a la que se siente cuando uno se recoge en las iglesias o en los templos.

—Ahora podemos cogerla —dijo mi madre—. Nos ha dado su consentimiento...

Leonora estuvo varios minutos desprendiendo las raíces del brote con la punta de su machete; después, pasando la mano bajo el montón de tierra, tiró suavemente hacia sí del frágil arbolillo antes de envolver su base en un lienzo. Sin decir palabra, volvimos a ponernos nuestras ropas ordinarias y regresamos a la cabaña para depositar nuestro primer tesoro. Debíamos recoger una planta cada vez, una sola por día. Había que recolectar trece. Cada mañana, al alba, salíamos a recorrer los campos y los bosques en busca de una nueva presa. Después del saúco, les llegó el turno a la belladona, a la centaura, a la bistorta, al hisopo... En cada ocasión el ritual se repetía.

En la cuarta o quinta operación, percibí una sensación nueva cuando cerraba los ojos cerca de la planta. Hasta entonces, no había notado más que un gran sosiego del cuerpo y el espíritu, pero esta vez me pareció sentir como una verdadera respuesta de la flor a las preguntas que le formulaba. Era como una voz —una auténtica voz humana—, frágil y cortante a la vez, que yo escuchaba como un eco en el fondo de mi ser.

—¡Mamá! ¡Creo que la oigo! ¡La planta! ¡Me ha contestado!

Leonora me sonrió con un aire triste y dulce. Ella sabía que su poder comenzaba a abandonarla y que, gota a gota, parcela a parcela, iba pasando inexorablemente a mí. Eso la tranquilizaba y la asustaba al mismo tiempo.

—Está bien, hijo mío. Si la flor te ha contestado, eres tú quien tiene que cogerla. ¿Has observado bien cómo lo hago?

Temblando, concentrado, tomé la planta como la había visto hacerlo a ella.

—El pequeño se ha convertido en recolector —le anunció Leonora a mi abuela cuando volvimos a casa aquel día.

—*Porca miseria!* —respondió la vieja juntando las manos—. ¡Tan joven! ¡Tan joven!

Cuando no estábamos fuera en busca de nuestras plantas, dedicábamos mucho tiempo

a la preparación de las ya recolectadas. Algunas las hacíamos fermentar en alcohol. Otras debían secarse largamente encima de una rejilla. Unas cuantas fueron machacadas en el mortero cuando aún estaban frescas. El padre Vittorio estuvo toda una semana sin pasar a vernos. Cuando volvió, arrastraba tras él un carrito de mano, como los que llevan las viejas que van a los caminos a cortar hierba tierna para los conejos. Bajo una cobertura de heno, había disimulado una caja que descargó con mi ayuda. Dentro, protegida por paja y trapos enrollados, reposaba una gran imagen de la Virgen.

—¿Crees que servirá? —preguntó el cura a mi madre, que miraba el objeto con ojos de ave de presa.

—Está bien hecha y bien torneada... pero no es más que el envoltorio. Tiene que contener nuestra obra sin que nadie pueda notarlo. Eso es lo único que me importa.

—He abierto un alojamiento en su espalda —explicó el padre—. ¡Mirad!

Retiró con las uñas una fina placa en la parte de atrás de la figura. Perdidos entre los pliegues del largo manto que llevaba la Virgen, los bordes de la trampilla eran casi invisibles.

—Excelente trabajo —le felicitó Leonora—. El escondite es bastante grande. Ahora que ya tenemos todas las plantas, podemos confeccionar el fetiche.

—¿Cuánto tiempo tardará aún? —La interrogó el cura.

—Una luna completa. Veintiocho días. Y la última noche tendrás que bautizarla en tu iglesia. Como si fuera un niño de verdad.

La cara del sacerdote se quedó petrificada. Por muy apartado que estuviera del dogma católico, impartir los primeros sacramentos a un objeto inerte debía de parecerle algo así como un sacrilegio.

—¿El bautismo? ¿A un fetiche? ¿Es imprescindible?

—Debes hacerlo. Si no, el objeto rehusará cumplir su obra para los cristianos. Por mal creyente que seas, posees el poder de introducir a un ser en la comunidad de los fieles de Cristo. Yo no puedo hacerlo porque ésa no es mi tradición.

Preocupado, el padre Vittorio nos dejó aquella noche con un aire sombrío. En el entusiasmo infantil que le había poseído hasta entonces, había olvidado que también tendría que pagar el precio de una cierta transgresión.

El carrito que el cura había traído no contenía solamente la caja con la Virgen. En otro cofre, Vittorio había doblado tres trapos limpios y de gran tamaño y colocado una gran damajuana de vidrio protegida por un forro de mimbre. Tres noches más tarde, cuando la luna llena iluminaba los campos con tanta claridad que no hacía falta ninguna candela para andar los caminos, acompañé a mi madre y a mi abuela hasta una pradera despejada, elevada sobre una pequeña meseta.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté varias veces a lo largo de nuestra marcha—. ¿Recoger más plantas?

—Esta noche no, muchacho —respondió Giuseppina, vivaracha—. ¡Lo que vamos a recoger es la luna!

Llegados al prado, nos pusimos nuestros tabardos y yo, siguiendo las consignas de mi madre, planté en el suelo doce pequeñas estacas de madera que ella había preparado. Extendimos las telas de Vittorio sobre estos soportes, con sumo cuidado de que el lienzo no tocara el suelo.

—Nuestro trabajo ha terminado. Continuaremos al alba. Ven a sentarte a nuestro lado hasta entonces.

Sentado en la hierba entre mi madre y mi abuela, apretado contra ellas para calentarme, pasé la noche contemplando la bóveda celeste y escuchando los ruidos de los animales nocturnos en el bosque cercano. Dos ciervas pasaron cerca de nosotros; también un par de zorros; y después erizos, y liebres. Nosotros no decíamos nada, compartíamos sin duda el sentimiento de ser extranjeros en aquel mundo salvaje tan perfecto, tan alejado de las debilidades de los hombres. Humildes y silenciosos, esperamos así el día sin ningún cansancio. Al alba, en el mismo instante en que el sol pasó justo por detrás del horizonte, mi madre se levantó y me hizo seña de seguirla. Rápidamente, recogimos las telas de encima de las estacas y las retorcimos una tras otra sobre la boca de la bombona de vidrio. Impregnadas de rocío, las telas eran pesadas como sacos de grano, pero el agua que contenían poseía las virtudes conjugadas del cielo y de la tierra, de la luz del alba y de lo más oscuro de la noche. Terminada la labor, volvimos a la cabaña para depositar nuestro nuevo tesoro.

—¿Para qué servirá el rocío? —pregunté mientras enterrábamos la damajuana bien lejos de la luz, en una fosa cavada en la tierra dentro de un cobertizo.

—Para lustrarnos cuando hagamos nuestros rezos para dar vida a la criatura. Y para bañarla cuando venga al mundo. Para alimentarla...

Era así. Hablábamos del germen que iba a nacer como de un niño de verdad que muy pronto lloriquearía bajo nuestro techo. Yo lo ignoraba entonces, pero lo que estábamos a punto de realizar no era fruto de la locura de mi madre o de la fiebre de un viejo sacerdote. Con palabras veladas, muchos textos evocan la posibilidad de hacer nacer una criatura a partir de algunos elementos naturales y de animarla por la voluntad que los hombres son capaces de proyectar en ellos. Desde los ídolos consagrados a los demonios en el Antiguo Testamento a las amables sílfides frecuentadas por el conde Gabalis, desde el Golem de las leyendas rabínicas a la Venus de Pille del francés Merimée, toda clase de textos atestiguan a media voz esta arcana tradición. Yo no me hacía preguntas sobre la *posibilidad* de un milagro semejante. Si los tres adultos en quienes yo más confiaba creían en aquella aventura, era impensable que yo no pusiera también mi fe en ella.

En una mesa sin herrajes, mi madre se aplicó durante tres días a modelar una figura de cera de abeja. Yo no tenía derecho a asistir a esta fase de la operación, pues para respetar el ritual era necesario que Leonora estuviera desnuda, sin cubrir su cuerpo ni siquiera con el tabardo que usaba para la recolección. Condenado a errar todo el día sin poder entrar en casa, leía una obra que me había dado el padre Vittorio el día que vino a traernos la imagen de la Virgen. Era *Pinocho*, el texto de Collodi en

la que una marioneta de madera nace súbitamente a la vida. La elección de esta novela, yo estaba seguro, debía muy poco al azar.

—¡Luigi! ¡Luigi! ¡Ya puedes entrar! ¡La figurilla está lista!

Vestida con su ropa de todos los días, el cabello recogido en un moño en la nuca, mi madre me llamó por fin para que contemplara el fruto de su trabajo. En la penumbra de nuestra cabaña, encima de la mesa, vi una figurilla del tamaño de una botella de vino, modelada a semejanza de una mujer joven. Sus manos estaban abiertas delante de su pecho y sus caderas rodeadas, por una especie de velo. Mucho más estética que el personaje grosero que reposaba en el hueco de nuestra chimenea, la escultura podría haber pasado por un verdadero trabajo de artista.

—¡Qué bonita es! —se extasió Giuseppina—. Es una pena dársela al cura. ¿Estás segura de que la necesita de verdad?

Mi madre lanzó una mirada sombría a la vieja, que se batió enseguida en retirada con aire de gallina asustada.

—La imagen está hueca —continuó Leonora, aguantándose la risa.

Inclinando el objeto, me mostró un orificio practicado en lo alto del cráneo de la figurilla y que se ensanchaba en forma de embudo.

—Aquí pondremos las plantas mezcladas con aceite. Tendremos que recargar la estatuilla, alimentarla regularmente. Tú te encargarás de ello cuando tu abuela y yo hayamos desaparecido.

Por fin llegó el momento en que todo estuvo listo para la primera ceremonia de activación del fetiche. Mi madre me explicó que las plantas, el rocío y los demás ingredientes recolectados no eran más que un soporte sobre el que se condensaba el verdadero principio activo destinado a residir dentro de la estatuilla, como el crustáceo dentro de su concha.

—La voluntad y los deseos humanos. *Nuestra* voluntad y *nuestro* deseo. Eso es lo que vivirá en realidad dentro de la planta. El material sólo está ahí para fijar la emoción, nada más.

Leonora, evidentemente, no era una erudita. Acaso fuera todo lo contrario de una erudita, y si le hubieran dicho que sus afirmaciones eran en sustancia lo que ciertos autores, filósofos o sabios habían escrito sobre el tema, creo que ella no habría hecho demasiado caso de su saber. Lo que ella me transmitía procedía de sus sueños, de su talento de observadora y de su experiencia. Lo que recibí de ella no viene de otra parte, y sigue siendo mi herencia más preciosa.

Esperamos la aparición de la luna creciente para iniciar la fase más importante de nuestra preparación. Como yo no estaba familiarizado con esa práctica, mi madre me condujo una mañana cerca de un río que corría no lejos de nuestra colina. Ella entró conmigo en la corriente y, mientras me sostenía estirado en el agua, me pidió que me imaginara como en un sueño la acción que yo quería que la Virgen milagrosa

efectuara.

—Piensa con fuerza en esas imágenes. Límitate a pensar sólo en ellas. Intenta representártelas con todos los detalles posibles. No olvides los olores, los colores ni los ruidos. Imagina que los enfermos se ponen ante la imagen y ella los cura.

Olvidándome del frío del agua que entumecía mi cuerpo, conseguí hacer nacer en mi interior las imágenes que quería mi madre. Con tanta claridad como si estuviera asistiendo a la escena, vi la nave de nuestra pequeña iglesia llena con una muchedumbre tal que ni todos los habitantes del pueblo hubieran bastado a formarla. El perfume del incienso bañaba la bóveda. Franjas resplandecientes de sol pasaban a través de orificios de la piedra. En el suelo, delante del altar, estaba la imagen, coronada de flores y ungida de óleo sagrado. La escena era tan bella, tan intensa, tan real, que se me saltaron las lágrimas y un sollozo, casi un lamento, me hizo abrir los párpados. Con las manos debajo de mi nuca para que mi rostro no se hundiera en el agua, mi madre me miraba sonriente.

—Tu imaginación es fuerte, Luigi. Puede hacerte ver muchas cosas, creo yo. Alégrate, porque es un poder. Pero como todos los poderes interiores, también es peligrosa. Procura poseerla sin que ella te posea a ti jamás.

Los días siguientes, no tuve necesidad de volver al río para soñar con la estatua. Las imágenes venían por sí solas cuando yo las convocaba, siempre más ricas y detalladas. Giuseppina y Leonora practicaban también esos ejercicios. Mi madre en un prado, a la sombra de un roble; mi abuela sobre su jergón, dentro de la cabaña; en cuanto a mí, había encontrado una gran piedra plana de roca volcánica, negra y reluciente, para tenderme. Aquella losa, en la cual me parecía que vibraban todas las energías telúricas de la isla, a floraba en lo alto de una pequeña eminencia. Por los cuatro puntos cardinales no había más que tierra virgen y bosques. Ni un campo cultivado en el horizonte, ni siquiera un olivar o un pastizal. Ni el esbozo de un tramo de camino. Nada más que naturaleza salvaje, sin rastro de presencia humana.

El tercer día que estuve allí estirado, y cuando me encontraba una vez más al borde de las lágrimas por la intensidad de las escenas que imaginaba, una cosa mojada y esponjosa me saltó de repente sobre la cara. Sorprendido y tontamente espantado, abrí los ojos chillando como una niña. Me levanté de un salto y vi a mis pies un viejo sapo gordo, arrugado y viscoso. Gritando aún más fuerte, con el corazón acelerado, me enjuagué con una manga la boca y la nariz, que el animalejo me había manchado. Apenas había empezado a frotarme cuando escuché un hipido sofocado que llegaba de un bosquecillo cercano. Era la vieja Giuseppina que, saliendo de su escondrijo, no podía reprimir la risa.

—¡Abuela! ¿Has sido tú la que me ha hecho esto?

—Evidentemente, niño... pero ha sido por el bien de la causa. Tu madre me ha pedido que te hiciera salir bruscamente de tus sueños. Parece que es así como hay que hacerlo. A mí me ha echado agua fría en el pelo. ¡Agua!, ¿te das cuenta? Mi sapo es más suave.

Al contrario de lo que se piensa, la hechicería no es tanto un arte de libros y de grimorios como un conocimiento real de los reflejos vitales humanos más primarios. Al romper brutalmente nuestros sueños de la imagen y los milagros, Leonora contribuía a proyectar nuestras visiones en el mundo. Porque un sueño mágico es parecido a un globo de feria que se le escapa de la mano a un niño. Abandonado a sí mismo, deriva en silencio al capricho del viento, pasando sobre las cabezas, siguiendo un viaje sin fin y sin destino por encima de los tejados. En cambio, si lo provocan, estalla con tanta violencia que todos pueden percibir su onda expansiva.

Por fin, llegó el momento en que todas las plantas recolectadas fueron mezcladas con aceite y vertidas en el interior de la estatuilla. Aquel día mi madre grabó un signo en el fetiche. Un signo extraño, ni letra ni cifra, sino una especie de línea quebrada, sin significado aparente, que hacía pensar en algún lenguaje secreto, un código.

—No es nada de eso —explicó Leonora—. Los que se obstinan en descifrar este símbolo perderán el tiempo.

—Estas líneas no son más que la representación imaginaria del nombre de la estatua. Tú, Luigi, vas a copiar este signo en cuatro hojas de papel. Cada uno de nosotros, el padre Vittorio, tu abuela, tú y yo, llevará siempre desde ahora el signo en el bolsillo. Éste será el primero de los dos lazos que nos unirán físicamente al objeto.

—¿Y el otro? —pregunté yo.

—Alimentaremos a la criatura con un poco de nuestra sangre.

El padre Vittorio consagró la estatuilla de cera en el curso de una misa secreta que se ofició a medianoche. Éramos cuatro en la iglesia. Habíamos cerrado todas las puertas con doble vuelta de llave y tapado las ventanas y aberturas con colgaduras espesas. Aunque el pueblo dormía, Vittorio no quería correr el riesgo de que un trasnochador descubriera o ni siquiera sospechara nuestros manejos. Llenamos de rocío las pilas bautismales e hicimos unas abluciones con las últimas gotas de agua lustral. Por fin, antes de que el cura pronunciara las palabras del bautismo, Leonora sacó el cuchillo de sílex de su cintura. Con un tajo breve y decidido, se hizo un corte en la muñeca y dejó caer unas gotas de sangre en el orificio de la figura. Los demás la imitamos y el fetiche fue sellado definitivamente con un tapón de cera.

—¿Cómo debemos llamarle? —preguntó Vittorio con voz insegura cuando llegó el momento de dar nombre a la criatura.

—Se llama Manea —respondió Leonora en un murmullo.

NUESTRA SEÑORA BAJO TIERRA

Mi madre nos lo había advertido: al principio no ocurriría nada. Habría que esperar hasta el fin de un nuevo ciclo lunar para que Manea comenzara a actuar. Terminada la ceremonia del bautismo, el padre Vittorio colocó la estatuilla en el interior del cuerpo hueco de la Virgen grande y cerró cuidadosamente la trampilla que disimulaba la oquedad.

—Ahora que se ha activado el proceso, se nos plantea un nuevo problema —dijo el cura—. ¿Cómo hacer que vengan los enfermos? ¿Y cómo explicar la presencia de una nueva Virgen en la iglesia? Los parroquianos están habituados a sus viejos santos. Quizá no les guste la novedad...

Leonora enarcó las cejas.

—Ése es tu problema, cura, no el mío.

Yo, por mi parte, volvía a vivir con el padre Vittorio. De nuevo corría de un extremo al otro del pueblo, y me reencontraba con las buenas gentes de la calle.

—¡Luigi! ¿Dónde te habías metido? ¡No se te veía el pelo!

—Estaba en casa de mi madre, *signorina* Carla. ¿Me ha echado de menos?

—Claro que sí, muchacho. Nos gusta verte por aquí.

En la calle donde vivía la niña a la que yo había detenido la hemorragia en el olivar, la tienda de comestibles estaba ahora cerrada. Unos postigos de madera tapaban la fachada del comercio y una planchas clavadas sellaban la puerta. Una vieja del vecindario que me vio rondar por la casa me llamó por la ventana y me tendió una cosa.

—Toma, pequeño. La hija del tendero me ha dado esto para que te lo entregara si te veía.

De su mano manchada por los años tomé un paquete cuadrado envuelto en papel marrón y atado con dos vueltas de cordel. En su interior, protegido por un bonito pañuelo de lino blanco, una flor de clemátide terminaba de secarse.

—Creo que he encontrado la solución —me anunció solemnemente Vittorio mientras yo subía los escalones de la rectoría.

Perdido en los pensamientos ingenuos que había hecho nacer en mí el regalo de la niña, al principio no entendí las palabras del cura.

—¡Para la imagen, hombre! Ya sé cómo vamos a presentarla a la gente del pueblo. La esconderemos en la cripta, y haremos como si hubiera estado allí desde hace siglos. Yo encargaré unos trabajos, pediré que echen abajo el muro..., y los obreros encontrarán nuestra Virgen. ¡Nosotros ni siquiera estaremos presentes! ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros sin decir nada. La idea me parecía límpida, mejor que todos los planes que yo mismo había tramado. Durante cuatro o cinco noches, las

espaldas encorvadas, las manos aferrando los mangos de nuestros picos, cavamos un hoyo en la tierra del subsuelo de la iglesia. El trabajo nos exigía mucho esfuerzo y teníamos que parar para enjugar el sudor que nos corría por la cara. Cuando interrumpíamos la obra para hacer una pausa, yo paseaba la mirada por los pilares que sostenían la bóveda. Los cimientos de la iglesia databan de cuatrocientos o quizá quinientos años. Las columnas más grandes estaban adornadas con motivos decorativos que procedían de la época. Muchas de aquellas figuras representaban seres extraños, grotescos, que yo no era capaz de asociar a mis escasos conocimientos de la Biblia. Quise interrogar al padre sobre la razón de que esas imágenes estuvieran en un sitio así, pero él se limitó a darme respuestas vagas y contradictorias que lejos de satisfacer mi curiosidad la atizaron aún más.

—¡Fíjate en lo que haces, Luigi! ¡Remueve bien el mortero en vez de ponerte a soñar!

Con las manos llenas de barro y cal hasta los codos, concluimos por fin nuestro trabajo. Agotado pero satisfecho del resultado, el padre Vittorio se dirigió a primera hora a casa del albañil para encargarle trabajos menores en la cripta. Los dos obreros que bajaron al subsuelo no necesitaron mucho tiempo para echar abajo de unos golpes de pico el muro falso levantado con tantos desvelos y fatigas.

—¡Señor cura! ¡Señor cura! ¡Venga a ver esto!

Vittorio se frotaba las manos al escuchar las llamadas.

—¡Ahora es cuando empieza todo, Luigi! —susurró en voz baja antes de correr a reunirse con los operarios lanzando un «¿Qué es lo que pasa, señores?» de una inocencia que desarmaba.

La noticia del descubrimiento de una Virgen en los cimientos de la iglesia no tardó en extenderse y acaparó las conversaciones durante varios días. Después, pasada la ceremonia en el curso de la cual el cura instaló la imagen sobre un zócalo cerca del altar y la consagró como Nuestra Señora Bajo Tierra, la mayoría de los habitantes del pueblo no volvió a pensar en el asunto. Pasaron una o dos semanas sin que ningún hecho notable se produjera. Algunas beatas adoptaron la costumbre de hacer sus devociones ante la nueva María. Vittorio se mordía las uñas. Su impaciencia iba en aumento al hilo de los días y mermaba su buen humor habitual.

—¿Has visto a la vieja Vittorina, la que camina mal? Ahora no anda más deprisa, aunque le enciende todos los días un cirio a nuestra imagen. ¡Sus piernas están igual de rígidas! ¿Y la *signorina* Ornella? ¡Sus manos no tiemblan menos que antes!

Ornella Pirozzi era una solterona que vivía no lejos de la rectoría. Dos o tres veces al día acudía a la iglesia a rezar. Creo que ésa era la única distracción que se concedía, pues su tiempo estaba consagrado a los cuidados que prodigaba a su hermano mayor, loco de atar, cuyos gritos se escuchaban a veces pese a que los postigos de su casa siempre estaban cerrados. Pirozzi, que había sido techador, se

cayó de un tejado cuando era muy joven y nunca había recobrado la razón. Ornella, demasiado cristiana para llevarlo a casa de mi madre, había preferido depositar sus esperanzas en los santos católicos; pero éstos, sin duda ocupados en tratar casos más urgentes, hasta entonces habían permanecido sordos a sus ruegos.

Un día en que ella volvía de su última devoción cotidiana, encontró a su hermano llorando, el rostro hundido entre las manos. Eso la sorprendió, porque el hombre, salvo cuando estaba poseído de la más viva agitación, jamás expresaba emoción alguna.

—¡Me he mirado en el espejo! —dijo entre sollozos a aquella mujer tan arrugada y deformada que no la reconocía como su hermana—. ¡Soy un viejo! ¿Qué me ha pasado? Dios mío, ¿qué me ha pasado?

La emoción fue tan intensa para Ornella que se desmayó y cayó pesadamente al suelo. Sin saber que hacer, Pietro encontró a tientas la puerta de la casa y salió a la calle para pedir auxilio. Los vecinos, molestos, creyeron al principio que el antiguo techador había escapado un instante a la vigilancia de su hermana. Empujados por sus esposas, dos o tres padres de familia dejaron a regañadientes la sopa de garbanzos que humeaba en la mesa y se dispusieron a sujetar al loco. Pero en lugar de a un alienado chillando sin ton ni son se encontraron a un hombre cuyo aturdimiento no le impedía hablar de forma coherente y cuya mirada se iluminaba con un bello resplandor de conciencia.

—*Ma!* ¡Pietro! ¿Tú hablas? ¿Ya no estás loco?

—¿Loco? ¿Yo he estado loco? —Se asombró el hombre, que miraba a su alrededor redescubriendo los lugares y los rostros cuyo recuerdo había perdido mucho tiempo atrás.

Pocos en la villa y sus alrededores pasaron la noche sin haberse enterado de que Pietro Pirozzi había recobrado el juicio. Pronto llamaron a la puerta de la rectoría para reclamar la presencia de Vittorio. El médico Lurano también fue avisado de urgencia para que examinara el caso. Se entretuvo tanto con el hermano que se olvidó de atender a la hermana. Tuvo que curarse ella misma la brecha que se había abierto en la cabeza, mientras que a Pietro lo rodeaban de atenciones.

—¡Es un milagro de la Virgen! —exclamó al fin Ornella cuando quisieron escucharla—. La nueva, la que salió de debajo de la tierra. Yo le he rezado por mi hermano. Ella me ha escuchado, ella lo ha salvado. ¡Es un milagro! ¡Un milagro!

El doctor Lurano se encogió de hombros y miró a la pobre mujer con un aire de soberano desprecio. Fue el único. Todos los demás se tomaron en serio las palabras de Pirozzi, y sus miradas convergieron en Vittorio, que se puso muy erguido en un intento de mostrarse moderado.

—Vamos, Ornella, no te embales...

Pero los labios del cura se abrían en una sonrisa tan radiante como la de un niño sorprendido por un regalo de Navidad inesperado. Ornella desechó con el dorso de la mano las hipócritas tentativas de moderación del sacerdote. Con una voz patética y

conmovera, exigió que la llevaran a la iglesia para arrodillarse ante la imagen. Un hombre corpulento no esperó la autorización de Vittorio para levantar a la vieja en sus brazos y llevarla a la nave con tanta facilidad como si cargara un cesto de ropa. Al ver al grupo en movimiento, el cura me lanzó un guiño antes de levantarse la sotana por encima de las pantorrillas para poder correr mejor. Cuando llegamos a la iglesia, quince o veinte personas habían llegado ya. Vittorio apartó con un amplio gesto a los que nos impedían acercarnos a la imagen. Ornella, temblorosa, permanecía en silencio junto a la imagen y se conformaba con mirarla con ojos incrédulos. En la capilla reinaba el recogimiento más absoluto. Lentamente, uno tras otro, los hombres se descubrieron. Las mujeres se arrodillaron y unieron las manos. Todos se santiguaron. De una primera garganta surgió un rezo, después otro, y otro. Como chispas rojas en las que jugaban las llamas de los cirios, unas lágrimas de sangre corrieron por la mejilla de madera.

Combinada con el descubrimiento de las lágrimas de sangre que corrían por el rostro de Nuestra Señora Bajo Tierra, la curación inexplicable de Pirozzi sumió en el estupor a la población de la villa. Los días siguientes nadie fue al trabajo, ninguna comadre tomó su cesto para ir a hacer la compra. Aunque no todos lo habían visto en persona, todos estaban al corriente; pero nadie se atrevía a hablar. Era como si una peste se hubiera abatido de repente sobre la plaza del pueblo. Casas y postigos permanecían cerrados. Los perros vagabundos acudían a rascar con las patas a las puertas de las casas donde solían darles algo, pero esta vez nadie les echaba las sobras. Sólo el doctor Lurano insistía en pasearse como si nada hubiera pasado, haciendo resonar desafiante sobre el empedrado el bastón de ébano que se había regalado cuando viajó a Roma, veinte arios atrás.

—Esta tarde he vuelto a decir misa para las arañas y las ratas... nadie ha venido. ¡Nadie! ¿Te das cuenta, Luigi?

El padre Vittorio no sabía qué pensar. Había creído ingenuamente que la noticia de la curación milagrosa pondría al pueblo en efervescencia y que la iglesia se llenaría de una multitud ávida, apasionada, ferviente. Y he aquí que cada uno se parapetaba en su casa y se negaba a alegrarse, ¡como si la razón recobrada de Pietro y las lágrimas de la Virgen fueran secretos vergonzosos que hubiera que ocultar a toda costa! La tercera noche, mientras el cura echaba un poco de leña en la cocina de hierro y yo me aplicaba a hacer mis ejercicios de cálculo en una pizarra, unos guijarros golpearon la ventana. Eran Leonora y Giuseppina que venían subrepticamente en busca de noticias. En pocas palabras, Vittorio les contó cómo se había desarrollado la intervención del fetiche mágico y la extraña reacción colectiva que había provocado.

—Es un choque inmenso para toda esta gente. Tú no te das cuenta porque llevas dentro de ti esta locura desde el principio, pero imagínate la conmoción que ha

debido de suponer para los que no estaban preparados.

Mi madre decía bien. Desde lo alto de sus colinas gozaba de una perspectiva de la situación mucho mejor que la del pobre sacerdote aferrado a su iglesia como un mejillón a su roca.

—Sí, tal vez tengas razón —convino el cura—. Dejémosles todavía un poco de tiempo para que acepten los hechos. Pero hay otra cosa que me inquieta... Habíamos acordado que la criatura a la que yo bauticé curaría las enfermedades, no que devolvería la razón a los trastornados.

—La verdad es que nunca dominamos del todo las energías que nos salen de dentro. Quizá lo hayamos hecho mal... Pero, sea la fiebre o la locura, la imagen cura. Eso es lo que importa. No entiendo por qué te preocupa eso.

—¡Es que hay muchos menos locos que enfermos! —Se irritó el cura—. Nuestras posibilidades de que la imagen se haga famosa son escasas si sólo trata a los simples.

Giuseppina dejó escapar una carcajada. Tomó una de las pastas de almendra que había en un plato sobre la mesa y la remojó en su vaso de vino con el fin de ablandarla para sus encías desdentadas.

—No habíamos pensado en eso, ¿verdad, Luigettino? —dijo mirándome con ternura, sus ojos azul claro relucientes de suave malicia.

Unos golpes de hierro resonaron de pronto. Se oyó un relincho y después llamadas de voces de desconocidos.

—¡Cura! ¡Cura Vittorio! ¿Estás ahí? ¡Veo luz en tu casa!

Leonora y Giuseppina se levantaron súbitamente. El padre las hizo pasar en un santiamén al despacho contiguo. Cualquiera que fuera la identidad del visitante, era preferible que no descubriera la presencia de las dos mujeres en la rectoría. Eché una ojeada por la ventana, a la débil luz que bañaba la calle a aquella hora avanzada, y distinguí tres jinetes que se detenían ante nuestra puerta. Nunca había visto unos hombres tan bien vestidos. Ni siquiera los trajes de tres botones que solía llevar el doctor Lurano causaban tal impresión de lujo y prestancia.

Vittorio se arregló la sotana, barrió con la palma de la mano las migajas de bizcocho que habían quedado en el plato, y salió con semblante digno al encuentro de los desconocidos.

—Entonces, señor cura, ¿es verdad lo que se cuenta? ¿Tiene usted una Virgen que llora sangre y que cura a los incurables?

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó Vittorio con aire mayestático.

El hombre se enderezó sobre los estribos y se descubrió el sombrero en señal de respeto. Su caballo era fuerte y su traje, de un bonito gris mezclilla, hacía pensar en el color de la luna. Sobre la grupa del animal había dos fusiles en sendas fundas de cuero. Yo sentía subir por la escalera, amortiguado a medias por el cuerpo del eclesiástico, el olor embriagador de los caballos, de las monturas y del sudor de los viajeros; aquello me produjo una especie de vértigo.

—Soy Maurizio Giletti, padre. ¿Quizá mi nombre ha llegado hasta este valle

perdido?

Vittorio retrocedió un paso, como bajo el efecto de un golpe. De todos los personajes importantes de Sicilia, Giletti era el último que esperaba que viniera a visitarle.

—¿Qué puedo hacer por usted, *mastro* Giletti? —preguntó con una voz plana, recuperándose de su sorpresa.

—Para empezar, invitarme a pasar a su rectoría y ofrecerme el vino de la amistad. Después, hablarme de eso que no paro de oír desde hace tres días. ¿Le parece que será posible?

—Más que posible, *mastro* Giletti.

Giletti puso pie en tierra, le confió la brida de su montura a uno de sus acólitos y subió con presteza los escalones de la entrada.

—¿Quién es este pequeño? —preguntó al verme.

—Un muchacho de las colinas al que instruyo un poco. Le enseño a leer y a contar.

—Es usted un hombre de bien, padre —dijo suavemente Giletti, sonriéndome y pasando una mano ruda por mis cabellos—. Entonces, la imagen ¿obra milagros, sí o no?

—Ha devuelto la razón a un desdichado. Y brota sangre de la madera de la que está hecha. No le han mentido.

—¡Quiero verla! ¡Enseguida! Y que traigan también al que se supone que ha curado.

Vittorio me hizo señas de que fuera a buscar a Pietro Pirozzi.

—Reuníos con nosotros en la iglesia, pequeño. Yo llevaré al *mastro* Giletti a la nave.

Corriendo a toda velocidad, fui a llamar a la puerta de los Pirozzi para avisar al antiguo techador. Al principio, la vieja no quería abrirme, pero cuando le dije que un tal Giletti exigía la presencia de su hermano, actuó con toda la prisa que le permitían sus miembros temblorosos.

—¿Quién es, *signorina* Pirozzi? ¿Quién es *mastro* Giletti?

—Un hombre al que no conviene hacer esperar, pequeño. Es el jefe de una familia. De una gran familia. Tiene muchos niños, sobrinos y ahijados...

Como nunca me habían explicado el significado siciliano de la expresión *jefe de familia*, no comprendí por qué Giletti inspiraba tanto respeto. Pero no importaba. Después de tres días de insoportable estancamiento, algo —mejor dicho, alguien— parecía ser capaz de desbloquear la situación. Una vez en la iglesia con los hermanos Pirozzi, encontré al caballero de rodillas, sumergido en una ferviente plegaria a la Virgen, que no había dejado de llorar sus lágrimas rojas. Cuando terminó su rezo, se volvió hacia nosotros. Noté que un poco de sangre manchaba las puntas de sus dedos y la comisura de sus labios.

—¿Eres tú? ¿La Virgen te ha devuelto la razón?

—Sí, soy yo, *mastro*.

—Cuenta. ¿Qué te pasó exactamente?

Y Pirozzi relató su historia. Cómo había sufrido una mala caída a los veinte años y cómo se había despertado de repente, treinta años después, envejecido, estropeado, pero consciente otra vez, capaz de hablar y de entender lo que le decían.

—¿Has recuperado tus recuerdos?

—¡Sí, sí, *mastro*, todos los recuerdos! Como si hubiera sido ayer. Pero casi todos los que hay en ellos ya están muertos...

—¿Le has dado las gracias a tu salvadora? —Gruñó Maurizio—. El cura me ha dicho que nadie se ha atrevido a pisar el suelo de su iglesia desde la noche en que recuperaste la razón.

No sabiendo qué contestar, Pietro bajó los ojos con humildad.

—Es necesario que un poderoso como usted nos muestre el camino —se quejó su hermana—. ¡Una cosa tan grande! ¡Compréndalo! Es demasiado para lo pequeños que somos.

—Está bien; muchacho, acompaña a esta gente a su casa —me dijo Giletti—. Yo tengo que hablar con el señor cura.

No fui testigo directo de la conversación entre Vittorio y *mastro* Giletti aquella noche. Después de dejar a los Pirozzi, quise reunirme con Leonora y Giuseppina, pero las dos mujeres ya habían dejado la casa para desaparecer como sombras.

—¿Qué quería *mastro* Giletti, padre? —le pregunté al cura cuando volvió.

Vittorio se sentó a la mesa sin contestarme y se sirvió un vaso de vino que bebió como si fuera agua.

—Tengo la boca seca como el cartón, muchacho. Nunca habría pensado que recibiría a un hombre como ése en mi parroquia.

—Pero ¿quién es?

—Un personaje al que no sería sensato llevar la contraria. A su manera, es un señor. Un protector. Pero también puede ser terrible con quien se atravesase en su camino. Sobre todo, nada de tonterías con él. Volverás a verlo muy pronto.

Tal como había anunciado Vittorio, *mastro* Giletti reapareció al día siguiente. Pero esta vez su llegada fue menos discreta. Ya no le acompañaban dos caballeros, sino una decena, todos armados. Algunos llevaban incluso cartucheras cruzadas sobre el pecho. Yo nunca había visto una partida semejante estacionada en la plaza de la iglesia. Montados en sus caballos piafantes y lustrosos, aquellos hombres me parecían criaturas sobrenaturales, centauros de la mitología o caballeros de otra época. La tropa protegía una calesa de cuatro ruedas, cubierta y tirada por dos bestias poderosas. *Mastro* Giletti descendió y, dando la mano a una mujer vestida con un largo traje negro, avanzó hacia el cura, que los esperaba en la explanada.

—Esta es la *signora* Giletti —dijo el jefe de clan presentándole a su acompañante

al sacerdote—. Quiere rezarle a la Virgen por uno de nuestros hijos, que nació sin conocimiento.

Durante toda la mañana, la esposa permaneció sola frente a Nuestra Señora Bajo Tierra. El pueblo estaba aún más silencioso que durante los días anteriores. Hasta el doctor Lurano había dejado su bastón colgado en la barra del armario. El mastro estableció sus cuarteles en el despacho del sacerdote, donde se fumó varios cigarros. Hacia mediodía pidió un vaso de vino, un trozo de pan y queso. Cuando le llevé la bandeja, me preguntó cómo me llamaba.

—Me llamo Luigi, *mastro*.

—El cura te enseña a leer y a contar, ¿verdad?

—Sí, *mastro*. El padre Vittorio es muy bueno conmigo. Y con todo el mundo.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor? ¿Ya lo has decidido?

—No, *mastro*. Todavía no lo sé.

—Cuando lo sepas, si necesitas ayuda ven a verme. Quizá yo podría ayudarte a abrirte camino en el mundo. Toma.

Buscó en su bolsillo y me lanzó una moneda de plata. Era una moneda pesada, de un estilo y con un dibujo que yo no había visto nunca; una moneda antigua y tan gastada que apenas se notaba su relieve al pasarle los dedos por encima.

—Ésa no es una moneda cualquiera —me advirtió Giletti—. No cometas la estupidez de gastártela, pero házmela llegar si algún día quieres verme. Aunque hayan pasado años, yo sabré que se la di a alguien que me gustó.

¿Qué había hecho yo para merecer la atención del *mastro*? No hubiera podido decirlo. Creo que a aquel hombre le gustaba comportarse como un patriarca aunque, como pronto supe, también era capaz de devorar a sus propios hijos a imagen del dios Saturno. Con mi tesoro en la mano, dejé el despacho, sonrojado por haber oído a Giletti dirigirse a mí de aquella manera. A primera hora de la tarde, la mujer salió por fin de la iglesia y la comitiva partió al galope entre una gran nube de polvo.

Restablecido el silencio, una primera vieja abrió sus postigos, después una segunda y una tercera... El encanto de adormecimiento que parecía haberse abatido sobre el pueblo se disipó un poco. Como por arte de magia, la visita de Giletti había liberado al pueblo de la petrificación en la que lo había sumido el milagro Pirozzi. Con un velo en la cabeza, rosario en mano, una mujer se atrevió a volver a la iglesia. Un hombre la siguió. Después, una pareja... En unos minutos, la vida volvió a fluir por la villa. En la misa oficiada aquella noche por Vittorio la iglesia estaba llena. Había ramos de rosas colocados ante la imagen de María. En primera fila, tomados de la mano, los hermanos Pirozzi lloraban.

FABIANO

Cuatro semanas después del primer milagro de nuestra Virgen, una decena de placas votivas rodeaban el nicho de la imagen. La de los Giletti era la más bonita, de mármol blanco y con letras de oro. La misma noche de su visita al pueblo, su niño pequeño, que no había pronunciado una palabra ni fijado su atención sobre ninguna cosa desde que nació, había empezado de súbito a balbucir unas sílabas y a abrirse al mundo. Desde entonces, hacía progresos notables cada día sin que los médicos lograran entender nada.

Otras curaciones inexplicables se habían producido en la región. En una granja a más de veinte kilómetros un anciano había echado a andar de repente después de años de parálisis. En otra, una niña afebrada de una fiebre maligna se había puesto sana como una manzana. Vittorio estaba en el séptimo cielo. Su iglesia nunca estaba vacía, y el rumor de los milagros servidos a granel se esparcía por toda la región. Un día se presentó en el albergue la primera familia venida de los confines de la provincia. Cuatro hombres y dos mujeres. Para albergarlos hubo que limpiar y acondicionar a toda prisa unas habitaciones que no se habían usado durante años. Pasaron tres días rezando. Mientras las mujeres hacían penitencia, los hombres bebían copiosamente. Memmo, el posadero, estaba encantado.

—Si esto pudiera seguir así... Si solamente...

No solamente siguió así, sino que aumentó, y con una rapidez pasmosa. En pocas semanas, no era una familia, sino cinco, diez, treinta las que se presentaron. Como la capacidad del albergue era limitada, el alcalde decidió que sería necesario que los vecinos abrieran las puertas de sus viviendas para hacer frente a la oleada.

En primera línea de combate, Memmo se reveló como un negociante nato. El hombrecillo seco, inventivo y trabajador, entabló tratos con el notario Galline. Ambos se asociaron y adquirieron por cuatro perras algunas casas deterioradas que restauraron para convertirlas en hosterías. Hicieron venir obreros de los pueblos vecinos para realizar los trabajos; éstos dormían y comían allí para no tener que regresar cada noche a sus localidades de origen, a varios kilómetros de distancia. Las viejas venían a venderles tomates y coles que cultivaban en sus huertos; los viejos, conejos de sus corrales. Los jóvenes volvieron a practicar la caza furtiva del faisán y el jabalí. Tal como había soñado Vittorio el visionario, se puso en marcha un aparato que beneficiaba a todo el mundo. El único que refunfuñaba era el doctor Lurano. Desde que la Virgen curaba en lugar de él, su sala de espera, ya poco frecuentada de ordinario, estaba lo que se dice desierta. Hasta por un estornudo preferían los vecinos acudir a arrodillarse ante Nuestra Señora Bajo Tierra antes que quitarse la camisa en casa del médico. La imagen no sólo era más eficaz, sino que además curaba sin cobrar honorarios. Felizmente para él, Lurano poseía una pequeña renta con la que

podía vivir holgadamente sin necesidad de ejercer su profesión. Si sufrió por la competencia de la Virgen fue a causa de su orgullo herido antes que por la mengua de sus ingresos.

Un día llegó al albergue un periodista de Palermo, con un largo abrigo polvoriento que casi arrastraba por el suelo, gorra de fieltro encasquetada en la cabeza y falsos aires de maestro de escuela. Interesado por todo, quiso entrevistarse largamente con Vittorio, a quien hizo mil preguntas sobre el origen de los milagros. Después se fue a constatar en persona el fenómeno de las lágrimas de sangre. Ante la imagen se vino abajo llorando; y volvió a casa, conmovido. Algunos días más tarde apareció un largo artículo con su firma en el periódico más importante de la isla. Se deshacía en elogios sobre la amabilidad del cura, la sencillez y cortesía de los vecinos y, sobre todo, el increíble fenómeno que constituían las lágrimas de la Virgen y las curaciones inexplicables de las que ella parecía ser el origen. Repetidas en otros periódicos, aquellas líneas fueron la chispa que encendió el barril de pólvora. La gente venía de Palermo, de Siracusa y de Mesina. Había pasado el invierno, y la suavidad de la primavera se revelaba propicia a los viajes. La carretera que llevaba al pueblo estuvo a partir de entonces invadida por carros llenos de vituallas y por calesas que transportaban a gente acomodada de la ciudad que acudía a postrarse ante nuestra Virgen. Algunos días después, el notario Galline recibió varias visitas de palermitanos deseosos de adquirir casas en la villa. Ellos también habían detectado el filón y procuraban adueñarse de los mejores sitios antes de que fuera demasiado tarde. En tres semanas, Galline ganó diez veces más dinero del que había hecho en cuarenta años de redacción de contratos matrimoniales y de apertura de testamentos. Todas las casas en venta encontraron comprador. Se encargó la construcción de una decena más. Por fin, tras un largo silencio, las autoridades eclesiásticas se manifestaron. Una carta procedente del obispo de Palermo anunciaba a Vittorio que pronto recibiría la visita de un enviado.

—¿Pensabas que te dejarían hacer tus milagritos en tu rincón sin venir a entrometerse? —dijo mi madre, con una risa sarcástica, un día que el cura había ido a verla a las colinas—. Eres un ingenuo, mi pobre Vittorio. Ten cuidado de que no te excluyan y te roben tu parroquia... ¡Sobre todo, procura que no te traten de impostor y de hereje!

—Nada pueden contra mí. Es la imagen la que obra, no yo. Yo no me las doy de profeta. Y no pido nada para mí.

—Lo sé. Pero aunque los milagros confortan a los pobres, asustan a los poderosos. Estoy segura de que el obispo prefiere una Sicilia dócil y sin milagros a una isla donde los locos recuperan la razón pero en la que su poder no está tan asegurado.

—Nuestra Virgen no lo amenaza. Ella no es política. ¡Lo único que hace es curar a la gente!

—Cosa que el obispo y sus monaguillos no son capaces de hacer —replicó la

astuta Giuseppina—. Esperemos que ninguno de ellos se lo tome a mal.

La última mañana de mayo, un joven abate vino a tirar de la campanilla de la puerta de la rectoría. Se llamaba Fabiano Verdone y había sido enviado por el obispo de Palermo en persona. Su cuerpo era delgado y frágil como el de un pajarillo. Llevaba unas gafas redondas de montura negra y zapatos de cuero. Sus manos, más blancas que la porcelana, lucían unas uñas cuidadas que llevaba un poco largas. Sus modales, amables pero no almibarados, invitaban a la confianza. Quería saberlo todo sobre la imagen. La tocó, la examinó por todas partes, la hizo girar y la levantó de su pedestal sin encontrar nada sospechoso.

—De todas maneras —concluyó—, la historia que usted me cuenta es muy extraña, Vittorio. Evidentemente, yo no soy más que un primer emisario. Otros vendrán cuando yo haya presentado mi informe. Si el fenómeno se confirma, habrá que enviar la imagen a Palermo para que sea examinada por las autoridades científicas.

Vittorio palideció. No había pensado en aquello. Había razonado como un niño y no había previsto ninguna de las enojosas consecuencias que entrañaría de manera inevitable el anuncio de los milagros obrados por una imagen en la Sicilia profunda.

—Si se llevan la imagen, se descubrirá el pastel. Me acusarán de tramposo, me meterán en la cárcel. Será mi deshonra —se estuvo lamentando toda la velada.

—No si no encuentran el fetiche dentro de la imagen —dije yo—. Bastará con retirarlo antes de que se lleven a la Virgen. Dejará de llorar y de curar por el momento, pero todo volverá a empezar de nuevo en cuanto vuelva a nuestra iglesia. Eso es todo.

—Tienes razón, Luigi. Es cierto, no hace falta explicarlo todo sobre los milagros.

Algunos días después de la visita de Fabiano, y a pesar de las protestas de la multitud de peregrinos venidos a darle las gracias o a implorar su ayuda, la imagen fue colocada en una caja y expedida a Palermo. La noche anterior, el padre Vittorio había abierto la trampilla y retirado el fetiche Manea. Por muy discreto que fuera el escondrijo, lo hubieran descubierto en el primer examen serio.

Durante una semana, una comisión de expertos se encargó de estudiarla. Naturalmente, no encontraron nada de particular, porque la Virgen había dejado de llorar lágrimas de sangre. En la prensa aparecieron algunos artículos malévolos que la denigraban; después, como al parecer el obispo había recuperado la calma, nos devolvieron nuestro tesoro. En el curso de los meses que siguieron, el pueblo se convirtió en un centro de peregrinación cada vez más importante. La reputación de la imagen había franqueado las fronteras de la isla; venían a verla de Roma, e incluso de Austria o de París. Un día, escuché unos rezos murmurados en una lengua que me pareció horrorosa.

—Creo que son ingleses —me dijo Vittorio.

El obispo mantenía un perfil extrañamente bajo en aquel asunto. De vez en cuando recibíamos la visita del padre Fabiano, que parecía haberse tomado en serio nuestro caso y a quien debíamos, creo yo, nuestra relativa tranquilidad.

—Debo confesarle que esta Virgen me tiene perplejo —le dijo un día a Vittorio—. Aquí sangra y cura, eso es innegable. Transportada a otro sitio, retiene las lágrimas y se niega a actuar. Se mire como se mire, es muy curioso, ¿no le parece?

—Sin duda se consagra a esta pobre y pequeña iglesia. Es el lugar que ella ha escogido. Lo demás es un misterio.

—¿Dónde la descubrió? Nunca me ha mostrado el lugar exacto.

—En la cripta. Si quiere le llevaré.

Yo sostuve la lámpara delante del padre Fabiano para bajar los treinta escalones que llevaban hasta el sótano, allí démele habíamos pasado tres noches cavando el falso escondrijo de la Virgen. Fabiano inspeccionó el terreno e hizo un croquis somero de los lugares. También dibujó la Virgen en su pedestal, lo más fielmente que pudo.

—¿Qué dice el obispo de todo esto? —preguntó un día abiertamente Vittorio.

—Mientras Roma no emita su opinión sobre el asunto, el obispo no hará nada. De hecho, creo que muchas cosas dependen de la actitud de usted.

—¿De mi actitud? ¿Cómo es eso?

—Usted es un buen cura rural al que le ha ocurrido una cosa extraordinaria. Usted actúa bien, sin llamar la atención, sin reclamar nada. Mientras que eso siga así, sus superiores no le pedirán demasiadas cuentas. Se sienten un poco incómodos, ya me entiende. Una imagen milagrosa en nuestros días... no se lo tome a mal, pero eso parece un poco retrógrado. Por paradójico que sea, la Iglesia prefiere hoy en día guardar silencio ante esos fenómenos antes que reivindicarlos. A lo largo de los siglos, siempre hemos perdido la partida ante la ciencia, así que más vale evitar el enfrentamiento. Sea cual sea el origen de estos supuestos milagros, es preferible para todos no conocerlo. Y, además, esta repentina notoriedad es benéfica para muchos en la región. Me han dicho que gran parte de sus parroquianos se han enriquecido últimamente. Su pueblo crece, pronto será una pequeña ciudad. Todo eso es muy bueno...

—Es verdad, padre Fabiano. Hay más riqueza que nunca, y los campesinos ya no se marchan a trabajar a las fábricas de Palermo porque ahora encuentran trabajo aquí.

—Entonces, padre Vittorio, ¿por qué se preocupa?

La historia de la Virgen milagrosa trajo la fortuna a nuestra villa, y pasaron muchos meses sin que nada viniera a estorbar la expansión de su prosperidad. Regularmente, y en el mayor de los secretos, Giuseppina, Leonora y yo reiterábamos los rituales con el fin de recargar el poder de la imagen. Así, alimentada con nuestra sangre y con las hierbas mágicas, proseguía tranquilamente su obra benefactora. El notario compró

campos y granjas. Memmo, el posadero, adquirió algunos inmuebles de alquiler en Palermo. El alcalde Guglielmo se hizo accionista de compañías de seguros inglesas y de fábricas en Lombardía... todos, de una manera o de otra, se beneficiaron ampliamente del gasto que hacían los peregrinos. Sólo Vittorio y mi madre seguían siendo pobres. De los favores que habían querido concederle, Vittorio sólo aceptó contribuciones para rehacer un contrafuerte de su iglesia o para reparar el tejado del campanario. Como verdadero hombre de fe, no quería nada para sí. Un día, el padre Fabiano casi se lo reprochaba.

—Vamos, padre Vittorio, es hora de que piense un poco e usted mismo. Está usted mayor, y cansado tal vez. Podríamos encontrarle un sustituto. ¿No tiene ganas de retirarse? Podríamos destinarle una parte de las ofrendas hechas a su Virgen, sería muy justo.

La sugestión hizo montar en cólera a Vittorio, pero en lugar de dejarse llevar por la ira prefirió aquietar sus nervios podando la glicinia del jardín.

—¿Retirarme? ¿Yo? ¡Pero si aquí estoy en mi casa! No necesito nada más... Y además, me siento más fuerte que a los veinte años ¿me oyes, Luigi?

—Le oigo, padre.

Sin embargo, el tercer invierno después que la Virgen obrara su primer milagro, y a pesar de sus baladronadas, el padre Vittorio se durmió una noche y no volvió a despertar. Dejó este mundo sin sufrimiento ni amargura. Toda la villa asistió a su entierro, salvo mi madre y mi abuela, que no habían osado mezclarse con la multitud y que contemplaron la escena desde lejos. Por mi parte, yo caminaba a la cabeza del cortejo, detrás del coche fúnebre. Aquellas dos figuras femeninas eran desconocidas para buen número de los vecinos, en su mayoría nuevos en el pueblo. Las miraban de arriba abajo. Hasta Guglielmo, que en otro tiempo acudía a menudo a las colinas para que le curaran la gota, hizo como si ni mi madre ni mi abuela pertenecieran a la comunidad. Es verdad que, con sus ropas remendadas, no tenían nada en común con los vecinos, ataviados todos con trajes y vestidos nuevos y dispendiosos.

—¿Qué va a ser de ti, pequeño, ahora que tu protector ya no está? —me preguntó la hermana Pirozzi al término de la ceremonia fúnebre—. ¿Qué quieres hacer? En todo caso, no vas a volver a casa de tu madre...

Yo había sido el primero en plantearme aquella cuestión. Tenía trece años: ya no era un niño, pero estaba lejos de ser un hombre.

Imposible vivir solo; sin embargo, juzgaba inconcebible volver a las colinas para vivir recluso después de todo lo que había conocido...

—Yo puedo hacerme cargo del chico, si él quiere... Podría completar su educación yo mismo. E incluso hacerle ingresar en una escuela de verdad. Aunque su madre tendría que aprobarlo, evidentemente...

Quien se proponía como sucesor de Vittorio era el doctor Lurano. ¡El doctor Lurano! ¡Él, que giraba sobre sus talones cuando me veía por la calle! El hombre que debía de odiarme más que nadie en el mundo por haber detenido como por arte de

magia la hemorragia de una niña caída de un árbol. La propuesta era tan grotesca que me eché a reír en medio del cementerio.

—Vaya, pequeño, compórtate. Es una proposición seria. Adivino que no me quieres. Tengo mis extravagancias, y sé que tú tienes las tuyas. Pero ni tú ni yo tenemos aspecto de ser malas personas. Aprendamos a conocernos ¿quieres? Siempre habrá tiempo de encontrar otra solución si no nos llevamos bien.

Resignado, abandoné mi pequeña habitación de la rectoría y me mudé a casa del doctor Valentino Lurano. Los primeros días me temía lo peor. La afabilidad que el médico había mostrado en el cementerio me parecía una máscara que no tardaría en caer y revelar la naturaleza maligna del buen hombre. Para gran sorpresa mía, todo fue bastante bien con él. Tuvimos, es cierto, algunas fricciones, pero fueron desavenencias pasajeras. Muy pronto descubrí en él a un hombre de una bondad y una ternura tan afianzadas como las del padre Vittorio, aunque diferentes. Lurano era más cínico que el cura, más distanciado de las cosas y de las personas. Vivía en soledad, en el recuerdo de su esposa que murió muy joven sin darle hijos. Pero como a Vittorio, le gustaban los libros y me abrió de par en par las puertas de su biblioteca.

—Lee lo que quieras y con absoluta libertad. Sin prohibiciones ni restricciones. Piensa por ti mismo. Fórtate una opinión propia sobre todas las cosas. Nadie debe vivir tu vida en tu lugar, ni decirte lo que tienes que pensar.

En lo íntimo de su corazón, Lurano era un libertario, una suerte de anarquista desilusionado que juzgaba con la misma ironía la democracia y el absolutismo, el cientifismo y la fe.

—Todo vale, en mi opinión. No hay un sistema, una creencia que sea superior a otra. Y además ¿reflexionar sobre todo esto tiene algún interés? Al final, todos acabaremos en la tumba. ¿Entonces? —Pero el cinismo aparente de Lurano no le impedía mostrar un interés sincero por mí. Todo el tiempo que viví con él fue paciente conmigo, y me enseñó mucho. Hasta insistió en enseñarme los rudimentos del inglés, aunque yo siguiera encontrando en esa lengua unas sonoridades gomosas muy desagradables al oído.

—Italia y Sicilia están de moda entre los anglosajones —me explicó—. Las calles de Florencia y de Venecia están invadidas. Ahora los británicos son los amos del mundo. Aprender su lengua es la primera arma que un día te permitirá obtener beneficios de esa gente.

La parroquia no estuvo mucho tiempo sin pastor. Apenas unos días después del deceso de Vittorio, se supo que el arzobispo de Palermo en persona había designado un nuevo sacerdote. Bajo el viento y la lluvia de febrero, dos carretas cubiertas por lonas engrasadas se detuvieron una mañana frente a la rectoría. Unos ayudantes transportaron los bienes del nuevo sacerdote al interior de la casa. Me ofrecí a ayudarles. Sobre una de las grandes cajas que me confiaron había un nombre escrito: era el de Fabiano Verdone.

EL CARNAVAL NEGRO

El tren de vida del padre Verdone era muy diferente del que había llevado el humilde Vittorio. Ciertamente, las prédicas que daba desde el púlpito eran más vigorosas, mejor modeladas que las del viejo sacerdote. Fabiano tenía la elocuencia de un jesuita y los ademanes de un cardenal. Algunos días después de su llegada, encargó trabajos de embellecimiento de la iglesia para hacerla más atractiva a ojos de los peregrinos y los curiosos. Hizo decapar las paredes de la nave; compró muebles y bancos de madera para los fieles; hizo poner en los reclinatorios brillantes placas de cobre con los nombres de las principales familias locales. Frecuentara o no la iglesia, cada uno tuvo la suya, el librepensador Lorano igual que el posadero Memmo, el notario Galline igual que el alcalde Guglielmo o el barbero Picarro. Sólo mi familia fue olvidada... Desde que vino por vez primera a nuestras colinas, el padre Fabiano Verdone no había dejado de soñar con convertirse en el sacerdote de la parroquia de los milagros. ¡Cómo debió de costarle esperar la muerte del padre Vittorio! ¡Y cómo debió de mortificarle la espera impotente ante la resolución del viejo de no abandonar su puesto! Pero sus maniobras por fin habían dado resultado y su paciencia se había visto recompensada. Se había convertido en el amo de Nuestra Señora Bajo Tierra. Desde entonces, multiplicó las ceremonias en honor de la Virgen, las procesiones, las acciones de gracias. Eclesiásticos de toda Italia venían en calesas, y el arzobispo de Palermo se desplazó en persona. Un fotógrafo inmortalizó el acontecimiento. El padre Fabiano encargó diez mil ejemplares de aquellos clichés y los vendía a los peregrinos. También encomendó medallas y reproducciones de la imagen. Abrió de par en par las puertas de nuestra villa a los mercaderes del templo. Con su elocuencia y su buen hacer, adquirió un ascendente considerable sobre todos. En algunos meses, gracias a él, las fortunas ya consolidadas de los notables prosperaron. Él, evidentemente, también se aprovechaba. No sólo retenía para sus necesidades personales una parte considerable de lo que reportaba la venta de los objetos religiosos relacionados con la Virgen, sino también se aseguraba una posición excepcional en el seno del clero siciliano. En su ambición desmesurada, ¿quién sabe si no aspiraba a la púrpura cardenalicia o más arriba aún?

Así pasaron tres o cuatro meses. Cada día, el cura bendecía la imagen, la bañaba de incienso, la hacía tocar por los fieles en tránsito, siempre más numerosos y fervientes. A mi madre le desagradaba aquella agitación en torno a la imagen. Ella sentía acercarse una tormenta, pero se negaba a contestar a mis preguntas. Un día, sin embargo, acabé por arrancarle el secreto que guardaba en su interior como una pena.

—El fetiche sufre la influencia de tanta muchedumbre. Esto no le conviene. Cada vez que el cura Fabiano la bendice con su ramo de boj altera la esencia del fetiche. Lo debilita. Pronto, todo nuestro trabajo estará deshecho.

—¿Eso es grave? —objetó Giuseppina—. La imagen ha hecho su oficio. El éxodo de los habitantes se ha detenido. La villa está salvada. Y aún mejor: los cerdos están gordos a más no poder. ¿Tú has visto a Memmo? Revienta en su traje. ¿Y Guglielmo? Cada vez que atraviesa un trecho al sol suda el aceite y la manteca que le sobran. No como nosotras, que estamos como siempre, secas como piedras.

—Tal vez. Pero temo que si dejamos que las cosas sigan su curso nosotros tres lo pagaremos muy caro.

—¿Pagarlo muy caro? ¿Qué quieres decir, hija mía?

—Lo veo en mis sueños. Los rezos, el fervor que rodean esa imagen la han modificado. Ya no es como la concebimos. Durante algún tiempo quizá siga curando... una luna, tal vez dos. Después, todo se estropeará. El fetiche sentirá odio, cólera. En su despecho, quizá cause daño en lugar de salvar. Nosotros, sus creadores, seremos los primeros contra los que se volverá. Envió contra nosotros toda la fuerza que los fieles le han permitido acumular. ¡Eso nos matará!

—¿Quieres decir que el fetiche es una criatura viva? ¿Que puede sentir emociones, deseos y miedos?

—¿Pues qué te creías? ¿Que esto era una distracción sin consecuencias?

—Entonces, ¿que hay que hacer?

—Recuperar el fetiche. Debemos recuperarlo y destruirlo. Es lo más sensato.

Las intenciones de Leonora me sumieron en una gran angustia. Yo ya no tenía acceso a la imagen, no la veía más que de lejos. Ahora estaba protegida por espesas rejas de hierro, cerradas con candado triple, que Fabiano había encargado al mismo maestro forjador que hizo las puertas de la prisión de Palermo. Sólo existía un juego de llaves, hundido en los bolsillos de la sotana de Verdone. Acceder a la Virgen se había vuelto imposible para nadie que no fuera él.

—Si no podemos llevarnos el fetiche, tendremos que destruirlo en el sitio, habrá que oficiar una misa de difuntos para él.

—¡Una misa de difuntos! —chilló Giuseppina—. Nunca he dicho una, pero he escuchado muchas historias por ahí. Mi propio padre dio una para destruir un fetiche gracias al cual un mal hombre engordaba sus vacas; lo alimentaba con veneno de serpiente, cardos y avispas machacadas. Cuando murió el asqueroso buen hombre, el fetiche la tomó con los niños y con las mujeres encintas. Todos morían como bestias. Entonces llamaron a mi padre. Él supo lo que había que hacer, pero le costó la vida...

—Esta vez no será tan peligroso, madre —la tranquilizó Leonora—. Pero es posible que sea bastante complicado. Y ahora, hay que actuar deprisa.

El fetiche vivía por ciclos, al ritmo de la luna. Según los sueños febriles y premonitorios que asaltaban a Leonora cada noche, no podría resistir mucho tiempo los asaltos que sufría. Si las misas continuaban a aquel ritmo, su carga de curación sufriría muy pronto una inversión total y se revelaría extremadamente peligroso para

todos. La luna llena marcaba el momento crítico en el que todo podía bascular de manera brutal. No era cuestión de esperar demasiado.

Empezamos los preparativos el primer día de la luna menguante: el momento propicio para la obra de destrucción. Con un pretexto cualquiera, deje durante unos días la casa del doctor Lurano y regresé a las colinas. Tres mañanas seguidas fui yo solo a recoger las plantas que mi madre necesitaba. El tabardo que mi abuela me había hecho en otro tiempo se me había quedado pequeño. Al crecer, me había musculado sin haberme propuesto ejercitar mi cuerpo. Dotado de gran fuerza y de una resistencia natural, apenas sentía la mordedura del frío ni el calor sofocante del verano, y podía coger ortigas con las manos desnudas sin notar más que una ligera picazón. Con el sílex de Leonora pasado bajo el cordel que me servía de cinturón, salía a recoger las plantas como mi madre me había enseñado. Después del ritual de preparación, había que pasar a la fase, mucho más desagradable, de los sueños en vela concentrados en imágenes negativas de muerte y putrefacción.

—Siento mucho imponerte esto —me dijo mi madre—. Pero sólo os tengo a ti y a la pobre Giuseppina para ayudarme. Yo sola no lo conseguiría.

Así pues, volví a tomar el camino de la piedra volcánica situada en la cumbre de la colina. Estirado, las manos cruzadas sobre el pecho a la manera de los reyes de Egipto momificados, emprendí una serie de sueños —de pesadillas, más bien— convocados por todos los pensamientos morbosos que era capaz de concebir. Al principio, tenía que esforzarme para conservar mi espíritu enfocado en sentimientos de desolación y anonadamiento.

Empecé por convocar el recuerdo de una carroña de ciervo que había visto un día en el bosque. Intenté reconstruir en sus más nimios detalles la imagen de aquella carne otrora noble y ahora descompuesta, mancillada por una miseria de gusanos infecta y hormigueante. El olor a azúcar y amoníaco me llegaba en oleadas, tan fuerte que vomité y sentí que me subía una migraña que no me abandonó en tres días.

Pasado este primer hito, otras visiones nacieron enseguida por sí solas, sin que tuviera necesidad de llamarlas. Eso me preocupó sobremanera, porque aquellas escenas eran tan vividas, tan claras, como si las hubiera contemplado con mis propios ojos alguna vez. Primero fue un árbol con ahorcados, en algún lugar en un paisaje azotado por los vientos. Después, un gran lago negro, sin fondo, de aguas pegajosas en cuyo seno yo me debatía antes de disolverme. Finalmente fue —¡sobre todo!— una pequeña habitación oscura con un alto asiento al que me ataban con unas correas de cuero para darme muerte. Aquellas imágenes eran tan nítidas como fotografías, todas marcadas por el sello del tránsito, del dolor, de la locura. Durante días, se convirtieron en fardos de los que no podía librarme. Mi abuela y mi madre no parecían encontrarse en mejor estado que yo. Ellas también se obligaban a las sesiones preparatorias de la misa que íbamos a officiar para destruir el fetiche, y parecían agobiadas por los fulgores oscuros y violentos que no dejaban de eclosionar en sus espíritus.

—El diablo responde bien deprisa cuando se le llama, hijo mío —me dijo Giuseppina.

Sentada conmigo en un banquito junto a la cabaña, lloraba lágrimas calientes y apoyaba su cabeza en mi hombro para confortarse un poco. Mi corazón se encogió con tanta fuerza ante ese espectáculo que le supliqué a mi madre que le ahorrara la prueba a la anciana.

—Comprendo tu piedad, Luigi. Yo también la siento. Pero si no unimos nuestras fuerzas el fetiche resistirá. ¿No sientes toda la violencia que ya está incubando?

No supe qué contestar. Ella tenía razón. Algo vibraba no muy lejos, yo lo adivinaba sin atreverme a reconocerlo. Era como una presencia que flotaba a nuestro alrededor y que se inquietaba con nuestros preparativos. Cuando Leonora decidió que había llegado la hora, nos reunimos los tres, una noche negra como la tinta, en el cruce de tres senderos en la landa. Habíamos llevado los papelitos en los que en otro tiempo ella había trazado el signo del fetiche, su glifo íntimo, la representación simbólica de su nombre, que no estaba compuesta de letras ni cifras. Realizamos los gestos rituales que mi madre nos había enseñado, unos movimientos parecidos a una danza. Había que gritar, llamar, suplicar... hacer correr nuestra sangre y germinar las semillas de muerte que reteníamos en nuestro interior desde hacía demasiado tiempo. Para terminar, quemamos los glifos en un fuego de sarmientos.

La ceremonia duró toda la noche. Acabó en el instante preciso en que el sol alcanzó el horizonte. Volvimos a la cabaña destrozados, exhaustos, jadeantes. Como un san Cristóbal llevando a Jesús, tuve que cargarme a la vieja Giuseppina a los hombros para atravesar un vado. La pobre se durmió al instante encima de mí, sentí su aliento húmedo en mi cuello. Me apiadé de ella y no la puse en el suelo, sino que la llevé así hasta la cama, en lo alto de la colina. Creo que dormimos todo el día y toda la noche siguientes. Sabíamos que no pasaría nada antes de que se completara un nuevo ciclo lunar, igual que había ocurrido tras la ceremonia del bautizo. Después del esfuerzo insensato que habíamos realizado, aún teníamos que encontrar dentro de nosotros la fuerza para ser pacientes, lo cual fue casi tan penoso como estirarse sobre la piedra negra para buscar malos sueños.

Volví a casa del doctor Lurano. Cada día, iba a la iglesia y me mezclaba con la masa de penitentes para tratar de ver si Nuestra Señora Bajo Tierra seguía llorando sus lágrimas escarlata. El vigésimo noveno día después de nuestro sabbat, la fuente roja se secó por fin.

La sequía de lágrimas fue una verdadera catástrofe para el pueblo. El padre Fabiano se quedó tan pálido como la casulla de un monaguillo. Se instaló en una silla de anea delante de la imagen y no le quitaba los ojos de encima en todo el día. Con las primeras luces del alba, después de pocas horas de sueño, volvía a vigilar la madona y rezaba con más fervor de lo que lo hiciera nunca en el seminario. Por un momento

incluso llegó a pensar en mortificar su carne con un látigo con bolas de plomo.

—¿Qué es esto, señor cura? —le preguntó una mañana un señor distinguido, de cabellos plateados, venido expresamente de Rávena para contemplar la Virgen milagrosa—. Su imagen no llora como me habían dicho. Y si no llora, es que no cura tampoco. ¿Todo eso no era más que una superchería? No le felicito por ello.

Otros tuvieron palabras e hicieron observaciones aún peores. Los ingleses, franceses y austríacos montaron escándalos y se fueron tan deprisa como habían venido. Las hosterías de Memmo se vaciaron de clientes, los peregrinos no compraron más recuerdos, los visitantes ya no se quedaban. Al punto aparecieron artículos en los periódicos de Palermo. El mismo periodista que había sido el primero en mencionar el asunto, retomó sus declaraciones y, en un extenso artículo, se sumó a las suspicacias que pesaban sobre la probidad de los habitantes del pueblo.

[...] Son bien conocidas las difíciles condiciones que presiden los días en esos valles perdidos de nuestro hermoso país. También es conocido el carácter a menudo irreverente y siempre ingenioso de los autóctonos. Quizá la antigua herencia de los guerreros africanos de Aníbal o de los sarracenos de Mahmud haya dejado allá abajo algunas trazas de astucia, unos fragmentos de perfidia que son la raíz de tentaciones de estratagema, deseos de complot...

La conmoción que provocaron estas líneas venenosas fue enorme. Guglielmo y Fabiano convocaron una asamblea general de vecinos en la vasta sala de fiestas anexa al ayuntamiento que se había edificado recientemente. Yo no fui invitado, desde luego, pero Lurano me contó los detalles.

—El alboroto llegó a tales extremos que el alcalde no pudo hablar al final de la reunión. El cura no era sino una sombra de sí mismo. Ha perdido su soberbia. No entiende nada de lo que está pasando. Se queda encogido en su silla con los hombros caídos y apenas habla. Delegó en otro el papel de anunciar lo más terrible...

—¿Lo más terrible? ¿Qué ha pasado?

—La semana pasada, tres lisiados dejaron el pueblo en peor estado que a su llegada. Un cojo de la pierna derecha se quedó sin poder mover tampoco la izquierda; el ojo bueno de un tuerto se volvió inútil como el otro y, lo peor de todo, un muchacho tuberculoso exhaló el último suspiro delante mismo de la imagen. Un caso más, uno solo, como éstos, y todo el mundo coincidirá en creer que la imagen se ha convertido en Nuestra Señora de la Maldad. Yo, la verdad, no entiendo nada de esta historia desde el principio.

En cuanto pude me acerqué a las colinas para informar a mis madres de lo que había oído. Aquello hizo feliz a Giuseppina.

—¡Mucho mejor! —dijo ella, golpeándose el muslo con la palma de la mano—. Todos esos idiotas tendrán que volver a tomar el camino de estas viejas curanderas. Volverá a entrar algo de dinero en la caja, ¡ya era hora! ¿Verdad, hija?

Pero la expresión de Leonora era sombría. No parecía tener ganas de reír.

—No me gusta que la imagen haya empezado a hacer el mal. Eso significa que hemos intervenido demasiado tarde. Y también es la prueba de que el espíritu es fuerte y tiene una gran voluntad de vivir. Tendremos que obrar más radicalmente si no queremos que nos perjudique. La misa de difuntos que oficiamos en la encrucijada no ha bastado. Hay que hacer otra, en el sitio mismo donde nació la criatura: ¡en la iglesia!

Existen varias etimologías de la palabra «carnaval». La menos lingüística, la menos científica de todas, me parece sin embargo la más conveniente: «carnaval» deriva del latín *carne levare*, «quitar la carne». Y bien, eso es lo que sucedía con el fetiche. No debíamos contentarnos con símbolos y rezos de destrucción, sino que había que destruir el soporte material oculto en la Virgen.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —se lamentó Giuseppina—. La imagen está ahora detrás de los barrotes. Ya no es como en los tiempos del buen Vittorio. ¡No tiene nada que ver!

Durante varios días el problema permaneció insoluble; después, supe por el doctor Lurano que el padre Fabiano había decidido hacer una gran rogativa a la Virgen por todo el burgo y hasta las sendas que corrían al pie de las colinas.

—Está jugando su última baza —comentó el médico—. Espera que una procesión y un homenaje general le devuelvan la razón a la imagen. A decir verdad, todos lo esperan. Hace tanto tiempo que no viven más que de ella...

—¿Y usted, doctor Lurano? ¿A usted le da pena que las lágrimas de la imagen hayan dejado de brotar?

—¡Por Dios! ¡Si tú supieras lo poco que me importa, Luigi!

Era un día de mucho viento y de cielo gris. La víspera, una lluvia de granizo grueso se había abatido sobre el pueblo, reventando los tejados, rompiendo las baldosas de las calles, haciendo saltar la espesa corteza de los olivos en los huertos. Una ola de aire frío había llegado de repente y se había estancado durante media semana en el valle, levantando una bruma espesa que sólo se disipaba hacia el mediodía y volvía en cuanto el sol empezaba a bajar sobre el horizonte.

—Un tiempo de Bretaña, de Escocia. De Irlanda. Un tiempo de mar de Iroise y de naufragio... —comentó el doctor Lurano atizando el fuego de la estufa de carbón—. ¡Sobre todo, no es un día para rogativas!

Y sin embargo, a pesar de las ráfagas que daban la vuelta a las varillas de los paraguas, que arrancaban los sombreros y se colaban debajo de las faldas inflándolas como globos, la marcha deseada por Fabiano se celebró. Alzada en un paso llevado por ocho hombres, Nuestra Señora Bajo Tierra fue paseada por todas las calles de la villa. Ni un callejón, ni un pasaje, ni una escalera minúscula de unión de dos travesías quedó sin ser recorrida. El padre Fabiano marchaba a la cabeza rodeado de

monaguillos, marcando la cadencia y mostrando la dirección, balanceando un incensario y recitando salmos. Detrás de la imagen venía todo el pueblo, con Biblias o rosarios en las manos. Los ojos bajos, los semblantes contritos, el paso lento, hombres, mujeres, niños, viejos, rezaban —un poco— por que volvieran los milagros y —mucho— por que volviera el dinero. Para demostrar que, pese a su escepticismo, le importaba la suerte del pueblo, el doctor Lurano se puso el abrigo, se colocó las polainas de los domingos y fue a unirse a la procesión. Creo que me buscó por toda la casa antes de decidir marcharse solo. Por mi parte, yo había ido mucho antes a las colinas a reunirme con mi madre. Habíamos planeado aprovechar el momento en que la procesión saliera del pueblo para introducirnos en la iglesia desierta, escondernos y aguardar a la noche; entonces, una vez devuelta la imagen, intentaríamos destruir el objeto mágico oculto en su interior.

—¡Yo voy con vosotros! —decretó Giuseppina—. Ni hablar de que me dejéis aquí sola quemándome la sangre mientras espero que volváis.

Imposible de disuadir, la vieja trotó como pudo detrás de nosotros hasta el burgo. Habían dejado la puerta de la iglesia abierta de par en par. Excepto un gato y un perro vagabundo, nadie nos vio deslizarnos sobre la nieve.

—¿Dónde vamos a escondernos? —preguntó Giuseppina—. ¿No será en un confesonario?

—En la cripta —susurré—. Allí nunca va nadie. Y yo sé cómo abrirla.

Por fortuna para nosotros, el padre Fabiano no había considerado necesario cerrar con llave la rectoría. En el mismo cajón donde en sus tiempos la guardaba Vittorio, encontré la llave que permitía el acceso al sótano. Descendimos los tres el tramo de escalera que llevaba a la cripta, donde aguardamos hasta la noche, temblando de frío, con el corazón oprimido por la impaciencia y la aprensión del sabbat que se avecinaba. Oímos los ruidos amortiguados de la procesión que regresaba. Se oficiaron dos misas, cuyos ecos nos llegaban de forma asombrosamente clara, y después se hizo el silencio. Hacia medianoche, abandonamos nuestro escondrijo y nos pusimos ante la imagen, plenamente iluminada por los cirios que crepitaban a su alrededor. Mi madre había traído en un saco, junto con los objetos para el ritual, una larga cizalla que había pedido prestada a no se qué campesino. Con ella cortamos un eslabón de la cadena que cerraba la verja y protegía la capilla consagrada a la Virgen. En el corazón de la noche, el ruido resonó en nuestros oídos con la fuerza de un cañonazo. Petrificados, paralizados, esperamos unos minutos eternos para asegurarnos de que el estrépito no hubiera alertado a nadie y que podíamos continuar en paz. Cada uno en un rincón en sombras, nos pusimos nuestros tabardos. Yo me desvestí debajo del pilar decorado de la Melusina secreta que en otro tiempo me había mostrado Vittorio. Por un instante, ese recuerdo me encogió el corazón. Cuando estuvimos correctamente vestidos para nuestra obra, tomé la imagen en brazos y empujé con toda la fuerza de mis músculos para removerla. Era pesada, hecha de una madera densa. No obstante, conseguí poner al alcance de nuestras manos la trampilla

donde se ocultaba el fetiche.

—Sobre todo, no abras la imagen enseguida, Luigi. Antes hay que pronunciar unas palabras y realizar unos ritos —me advirtió mi madre en un susurro.

Durante unos minutos, murmuramos palabras de muerte dirigidas al fetiche. Con nuestras ropas de tejido basto, los brazos y las piernas desnudos, los ojos brillantes, nos parecíamos a los hechiceros de los cuadros de Goya o de Salvador Rosa. La visión de nuestros cuerpos agitándose en una misa negra alrededor de la representación de la Virgen debía de ser un cuadro espantoso. Por fin, la letanía terminó; pero aún faltaba verter la sangre de nuestras venas para dibujar unas figuras en el suelo y para embadurnar la imagen antes de abrirla. Con su sílex, mi madre nos hizo un corte en la muñeca a cada uno y se arrodilló sobre los charcos bermellón, de los que emanaba un olor metálico, para trazar con un dedo unas formas complejas sobre el embaldosado del santo lugar. Acabados los dibujos, los tres presionamos sobre Nuestra Señora Bajo Tierra con nuestras manos cubiertas de sangre. Fue en aquel instante, justo mientras yo sentía abrirse bajo mis uñas la trampilla que cerraba la cavidad secreta, cuando el padre Fabiano irrumpió brutalmente detrás de nosotros. Su rostro estaba blanco de cólera y de odio. Chillando, apartó a mi madre y a mi abuela con un gesto violento y después me agarró a mí por los hombros con el fin de alejarme de su querida imagen.

—¡Profanadores! ¡Demonios! ¿Cómo os atrevéis a mancillar a la madre de Jesucristo?

Me sorprendió la energía con la que me agarró. Aquel hombre maligno poseía una fuerza contra la que me era imposible luchar. Rodé con violencia por el suelo. Mi cabeza fue a golpearse contra la base de una columna, y por un instante me sumí en la inconsciencia. Cuando recuperé el sentido, la iglesia se había convertido en el centro de una frenética batalla. Mi madre se debatía como una tigresa para escapar a la presa de varios hombres, los vecinos a quienes habían alertado los gritos de Fabiano. Reconocí al posadero Memmo, al notario Galline, al alcalde Guglielmo y al antiguo loco Pirozzi. Detrás de ellos, el cura se lamentaba y vomitaba imprecaciones con voz estentórea.

—¡Atrapadla! ¡Atrapad a esa malhechora, a esa maldita!

Tembloroso, con los ojos velados por la sangre que caía de mi frente, me levanté para acudir en auxilio de Leonora. Me arrojé en medio de la batalla, arañando los rostros, mordiendo y golpeando como un lobezno acorralado al fondo de una madriguera. Por fuertes que fueran mis golpes, nada podían contra mis adversarios, cuyo número aumentaba a cada instante. Agarrados por los cabellos, con los tabardos desgarrados que revelaban nuestros cuerpos desnudos, nos arrastraron hasta la plaza, donde ya se había congregado una pequeña multitud.

—¡Los he encontrado en la iglesia embadurnando nuestra Virgen con su sangre! —chilló Fabiano—. Ellos son los responsables de que cesaran los milagros. ¡Ellos, los celosos, los brujos! ¡Los fieles del diablo que no pueden soportar que nuestra

María haga el bien! ¡Caigan sobre ellos la vergüenza y la desgracia!

Nos abuchearon, nos escupieron en la cara, nos pegaron. La pobre Giuseppina fue echada como pasto a un grupo que la machacó de golpes en el vientre. Quedó tumbada en el suelo y escuché crujir sus viejos huesos bajo el peso de un hombre que pasó sus suelas herradas sobre sus magras piernas. A mí también me golpeaban pero, ebrio de furia, no sentía nada. Ya podía gritar que Fabiano se equivocaba, que nuestras acciones tenían una explicación, que a nosotros y sólo a nosotros debía la Virgen sus milagros. Mis palabras quedaron ahogadas en el *maelstrom* de violencia que se desencadenaba sobre nosotros. Por fin, después de que nos golpearan con tanta fuerza que yo también perdí otra vez el conocimiento, alguien lanzó una cuerda en torno a una rama baja de uno de los robles que daban sombra a la plaza.

—¡Esto es para la hija! —vociferó Galline.

Hicieron un nudo alrededor del cuello de mi madre. En sus ojos vi un odio frío, un desprecio insondable hacia aquellas gentes a las que había tenido la debilidad de amar siempre. No me miró mientras tres patanes tiraban del cáñamo para colgarla del árbol. Estrangulada, sofocada, se quedó allí, en agonía, sin que sus vértebras se rompiesen, sacudiendo el aire en sus pulmones. Su final fue largo y doloroso. Al fin, su rostro se ennegreció, y expiró entre los aplausos de la asamblea.

—¡Ahora le toca a la madre! —chilló Memmo.

Como al parecer no había más cuerdas, decidieron tirar a la vieja en un pozo, en el patio de una de las casas que aún no habían sido compradas. Creo que Giuseppina ya estaba muerta cuando su cuerpo se balanceó sobre el agujero y desapareció para siempre.

—¡El niño también! —gritó Pirozzi.

—¡Sí, al pozo, con la vieja!

—¡Al pozo! ¡Al pozo!

Sentí que me alzaban y me llevaban en volandas. Pasando de mano en mano, me empujaron violentamente hacia el brocal pero, cuando iban a arrojarme, tres golpes secos resonaron por encima de mí, paralizando todo movimiento, deteniendo en seco las imprecaciones.

—¡Os habéis vuelto locos! ¡Dejad al pequeño ahora mismo! ¡Dejadlo, o mato a uno de vosotros al azar! ¡Lo mato como a un perro, como los perros que sois!

Con los rasgos endurecidos por la determinación, empuñando una pistola, el doctor Valentino Lurano se enfrentaba solo a la multitud. Me atrajo hacia sí mientras apuntaba el arma a las caras más cercanas, de una en una, y, tras echarme su chaqueta por los hombros, me hizo entrar en su casa. Sin mediar palabra, curó y vendó mis heridas, y atendió mis contusiones. Al alba, me habló por fin:

—No puedes quedarte aquí, pequeño. Lo sabes.

—Sí, doctor. Pero un día volveré. Y los mataré. A todos.

—No voy a darte un discurso moral y tratar de disuadirte de esa resolución. Puede que la venganza sea el buen camino, el único camino... Pero eso lo decides tú. Por el

momento, debes alejarte. Marcharte lejos, y pronto. Voy a darte algo de dinero y te escribiré unas palabras para un hombre al que conozco. Vive en Palermo. Irás a verle de mi parte. Él te dará alojamiento y sabrá qué hacer contigo. Yo no puedo hacer más.

—Usted me ha salvado la vida, doctor. Es una deuda que nunca olvidaré.

Mi cuerpo estaba roto hasta tal punto que pasé dos días sin poder moverme. La mañana del tercero, puse mis escasas pertenencias en una maleta y subí en una carreta que el doctor había alquilado por un día para llevarme a cinco leguas del burgo, donde pasaba un coche que hacía el trayecto a Palermo. Yo no lloraba. Mi odio y mi pena eran demasiado intensos para eso. Al pasar cerca de la iglesia, le pedí al doctor que se detuviera un instante.

—¿Crees que es una buena idea, Luigi? —me preguntó con voz quebrada.

—Tengo una última cosa que hacer aquí antes de marcharme.

Era media mañana. La gente atravesaba la plaza, tranquilamente ocupada en sus actividades. El cuerpo de mi madre ya no se balanceaba en el roble. Yo ignoraba qué se había hecho de él. Sin duda lo habrían tirado a la fosa común, sin una oración siquiera.

Con paso rígido, entré en la iglesia. De todos los que me vieron —eran numerosos— ninguno osó detenerme. Lentamente, sin apresurarme, con la punta de una navajita desatornillé de los bancos cuatro placas de cobre, que miré un momento antes de hundirlas en mi bolsillo. Llevaban los nombres de Memmo, Pirozzi, Guglielmo y Galline.

LOS ÁNGELES DE PALERMO

Llegue a Palermo tres días después, al caer la tarde. Yo nunca había visto una villa tan vasta y de casas tan altas. Todas las calles estaban iluminadas con gas, de manera que se podía transitar lo mismo a mediodía que a medianoche. Tras preguntar muchas veces, terminé por encontrar la dirección que me había dado el doctor Lurano. Era una mansión imponente situada en un barrio tranquilo, en medio de una avenida bordeada de palmeras. Impresionado por tanta majestuosidad, vacilé al ir a tirar de la campanilla pero, cuando al fin me decidí, un criado con pantalón negro y chaleco amarillo, bigote encerado y cabello peinado con raya en medio, me informó de que su amo había muerto dos meses antes y que un pilluelo con la cara tan sucia como la mía seguramente no sería recibido por madame, su viuda, incluso aunque pretendiera llevar una carta de recomendación. Me cerró la puerta en las narices y no se dignó volver aunque me despellejé los puños golpeando el batiente. Librado a mi suerte, caminé mucho tiempo al azar, sin saber adonde conducir mis pasos.

Al final de una larga travesía desierta, un soplo frío y salado me azotó la cara. Mis fosas nasales palpitaron a causa de un olor poderoso que desconocía y que me atraía. Me eché a correr hacia un horizonte que se abría más y más ante mí. La arena empezó a crujir muy pronto bajo mis zapatos y mi carrera se detuvo bruscamente contra un parapeto. Más allá del murete estaba el mar. Era la primera vez que lo veía. Sentí una especie de vértigo. Había llegado al borde de un mundo, ¿qué podía haber más allá? Apenas lo sabía. Al oeste, más allá de las columnas de Hércules, había un océano aún más vasto que el mar Mediterráneo. Después, otro continente, del que decían que estaba lleno de vida, palpitante de sueños y de riquezas. Encontré una escalera que descendía desde el paseo hasta la playa. Me quedé allí sentado durante horas, fascinado por el apacible vaivén de las olas. Me pasmaba que el encuentro de la tierra y el mar se realizara con tanta serenidad. Cuando, estudiando con Vittorio o con el doctor Lurano, miraba los mapas de geografía, siempre me imaginaba que las regiones costeras eran lugares llenos de agitación, de estrépito y tempestad. Aquí, el maridaje de los elementos se hacía con suavidad, casi en silencio. El ciclo estaba claro y la brisa nocturna aún era tibia. La luz de un faro brillaba encima de un espolón cercano; barría el paisaje y me mostraba por fragmentos el mar al frente, las siluetas de las grúas del puerto, las rocas lejanas...

Había que encontrar un sitio donde pasar la noche. Maleta en mano, caminé hasta un parque tranquilo donde me acurruqué en un banco para dormir. Por la mañana temprano, los pájaros se pusieron a trinar tan fuerte que me despertaron. La luz era malva y rosa. Yo tenía hambre y sed. En un mercado que estaba abriendo, gasté unas monedas en unas manzanas que devoré sentado en el borde de un abrevadero de caballos. Mi fortuna era magra y no duraría mucho. Necesitaba a toda costa encontrar

una ocupación que me asegurase albergue y comida. Volví a los puestos del mercado y pregunté a los vendedores si necesitaban un empleado. No me ofrecieron un trabajo regular pero, al final de la mañana, me dieron unas monedas y medio pan por ayudar a descargar unas carretas. Volví al día siguiente y al otro. Poco a poco se acostumbraron a mi presencia. Yo seguía durmiendo en el parque, pero no en el banco, porque había encontrado una especie de madriguera en la tierra blanda, bajo las ramas de un bosque bajo pegado a un muro. Allí escondí mis cosas, al abrigo de las miradas, harto como estaba de tener que ir a todas partes cargado con mi maleta.

—¿Por qué no vas a ofrecer tus servicios al puerto? —me sugirió un día un verdulero—. Pareces un mozo fuerte, y allí siempre necesitan ayuda para descargar los barcos. Te pagarán bien.

Cerca de los muelles, me demoré un momento observando como hombres fornidos tomaban las cajas de mercancías para cargarlas en las gradas o desembarcarlas en los pontones. Yo me sabía capaz de transportar tan bien como ellos los fardos de medio quintal que se echaban a la espalda resoplando.

—¿Tú, pequeño? ¿Tú quieres hacer de estibador? ¡Pero si aún estás creciendo! ¡Ve y termina la leche de tu *mamma*, ya volverás cuando hayas acabado de ordeñarla!

Mis puños se crisparon al escuchar la respuesta grosera de un jefe de equipo. Su aire risueño, sus ojos burlones y, por encima de todo, esa evocación de mi madre me sublevaron el espíritu. Los golpes salieron sin que yo fuera capaz de controlar su fuerza. Tocado en el mentón, en el estómago, en el plexo, el corpulento individuo cayó al suelo entre gemidos. Yo aún quería abalanzarme sobre él pero, salidos de todas partes, sus hombres me agarraron y me apartaron. Me aplicaron un buen correctivo y después me tiraron, jadeante y magullado, dentro de una vagoneta de cinc en la que se pudría el estiércol. Esta nueva lluvia de golpes reabrió algunas de las heridas que había recibido en la iglesia; la sangre manchaba mi camisa desgarrada y mi aspecto de vagabundo ya era completo. Dando tumbos, empecé a alejarme de los muelles, presa de la rabia. De pronto, dos manos se posaron a la vez sobre mis hombros.

—Te hemos visto pelear. No has llorado cuando te vapuleaban. Eres un chico fuerte y valiente. ¿Buscas qué comer?

Dos figuras me flanqueaban: las de un chico y una chica de dieciséis o diecisiete años a lo sumo. Asombrosamente parecidos. Asombrosamente bellos.

—Yo soy Ángelo —dijo el chico.

—Yo soy Ángela —dijo la chica.

Durante muchos meses, me quedé en compañía de los gemelos. Su guarida era una vieja casa aislada de los suburbios, un palacio en ruinas rodeado por un parque convertido en solar. Ángelo y Ángela eran los jefes de una banda de muchachos de la calle, descuideros y golfos del puerto. El mayor de sus vasallos debía de tener

dieciocho años; los más jóvenes, apenas siete. Me convirtieron en una especie de guardaespaldas. Cuando las cosas amenazaban con ponerse feas durante el reparto de un botín o cuando un niño intentaba guardarse para su propio disfrute una parte de sus latrocinios, yo debía mostrar mis músculos y sacudir un poco a los malas cabezas. Como yo aún no estaba completamente recuperado de los golpes recibidos en el pueblo, y mis rasgos se habían afeado, me bastaba con adoptar un aire feroz, y ni siquiera tenía que servirme de mis puños. Los gemelos jamás me pidieron que participara en las actividades criminales de su banda. Y yo me contentaba con vigilar a los chicos y mantenerme a la vera de los amos para garantizar su protección.

Ellos se habían reservado el segundo piso del deteriorado edificio. Allí, formando un decorado fantástico y suntuoso en el que los gemelos evolucionaban como en un teatro, terminaba la mayor parte de los objetos de valor que los pequeños iban a ratear a las casas burguesas. Eran amantes y no lo ocultaban. Vivían su pasión con un fuego devorador y, desde el pequeño cuarto que me asignaron en la misma planta, yo podía escucharles cada noche rugir de amor durante largas horas. En cuanto a mí, era como si mi espíritu se hubiera vaciado. Apenas si me acordaba de mi nombre y de mi historia. Seguía guardando en el bolsillo las placas tomadas de los bancos de la iglesia, pero estaba como aletargado, anestesiado por la horrible muerte de Leonora y de Giuseppina, hasta el punto de que parecía haberme abandonado todo sentimiento de venganza. Yo tenía un techo y comía bien casi todos los días. Los gemelos retribuían mis servicios y no tenía que pensar. El tiempo se había detenido: me negaba a recordar mi pasado, ignoraba toda noción de porvenir. Sólo el presente contaba, e incluso éste muy poco...

—¿Me contarás tu secreto algún día, Luigi? —me preguntaba a menudo Ángela en un tono zalamero. Yo no contestaba, y eso la hacía reír.

—Eres el único que se me resiste, Luigi, ¿crees que voy a permitirlo mucho tiempo?

La chica era rubia, fina y blanca. Sus ojos eran los más claros que yo hubiera visto nunca hasta entonces. Sin embargo, no me atraía. El amor era un sentimiento desconocido para mí, lo mismo que el deseo carnal. Eso la hería en lo más hondo, porque lo que le gustaba por encima de todo era provocar el deseo. Se entregó a varios chicos de la banda, en un intento por suscitar mis celos, y me desafió de manera más abierta aún cuando me llamó por cualquier fruslería y se abrió la ropa ante mis ojos. Pero aquello no despertó nada en mí. La contemplación de sus senos en forma de pera y de sus piernas esbeltas no me devolvió a la vida. Furiosa, acabó por abandonar su juego perverso y me dejó en paz; ni siquiera me dirigía la palabra, como si yo fuera una sombra. Ángelo, por su parte, se divertía con la derrota de su hermana y se opuso violentamente cuando, en una última tentativa de venganza, ella le pidió que me excluyeran de la banda. El hermano, frágil como una muchacha, debía su ascendente sobre sus tropas únicamente a su extraordinario talento oratorio unido al más frío de los cinismos, y tenía necesidad de un suplemento de fuerza

física. Silencioso, fiel como un perro, yo era un recluta ideal y no podía permitirse sacrificarme a los caprichos de Ángela.

—Luigi, tengo confianza en ti —me dijo él un día—. Voy a confiarte un secreto. Mi hermana y yo preparamos nuestra marcha. Quiero que tú nos acompañes.

—¿Adonde vais?

—Estamos hartos de Palermo. Necesitamos respirar otros aires, algo más grande. Nos vamos a América.

¡América! Desde algunos años antes del comienzo del nuevo siglo, aquél era el punto de mira, el sueño, la esperanza de todos los mendigos de Europa. Un país del que decían que un descamisado que desembarcara en la costa Este podía convertirse en un banquero tres meses más tarde en la costa Oeste. Un país de quimeras, pero también violento, donde no había sitio para dudas ni escrúpulos.

—Todo el mundo se va. En nuestra isla no hay esperanza para la gente como nosotros, y en Roma desprecian a los sicilianos. En Nueva York, las mejores plazas todavía están libres. Es ahora o nunca.

Debajo de una plancha del viejo parqué agrietado de la habitación, había escondido tres pasajes para un transatlántico que largaría amarras quince días más tarde.

—Los compré la semana pasada. Dos son para Ángela y para mí. El otro te lo cedo. Ven con nosotros, Luigi...

De forma mecánica, tomé el billete, me lo guardé en el bolsillo y volví a mis ocupaciones como si nada. Dejar Sicilia le era indiferente al pequeño bruto en el que me había convertido, y la perspectiva de ese viaje no era para mí sino la promesa de un cambio de decorado.

Cuatro o cinco días antes del previsto para la partida, salí a dar una vuelta al azar, con las manos en los bolsillos, mirando más al suelo que al cielo, mordisqueando una brizna de hierba y sin pensar en nada. Cuando volvía a la guarida, unas pesadas calesas negras esperaban ante la entrada del parque. Oculto en un rincón, oí pitidos, después gritos y hasta ruido de disparos. La policía tenía rodeado el palacete y cazaba por los pasillos a los aterrados muchachos. Si yo no hubiera salido a pasear, habría caído también en la trampa. Los agentes arrojaron uno por uno a los miembros de la banda al fondo de las carretas con rejas de la penitenciaría. Vi al pequeño Muzo agarrado por el cuello como si fuera una liebre, agitando las piernas en el aire, intentando aún arañar a los gendarmes. Carmine se asomaba entre las rejas y de su boca manaba sangre. Piero lloraba. Los gemelos fueron embarcados los últimos. Ángela, las manos atadas a la espalda, fue arrojada también al furgón. Su larga cabellera despeinada y en movimiento fue la última visión que tuve de ella. Justo antes de subir él también al vehículo, Ángelo me vio.

—¡Vete a América, Luigi! —gritó él inclinándose para que su voz me llegara mejor—. ¡Ve por nosotros! ¡Vete! ¡Vete!

Las miradas de los policías se volvieron hacia mí. Uno de ellos, más rápido que

los otros, echó a correr hacia donde estaba. Yo salí disparado y no me detuve hasta estar seguro de que no me atraparían. Sin aliento, sudoroso, me senté en el borde de una acera, los pies en el agua del arroyo. De nuevo me encontraba solo en el mundo.

INDIAS OCCIDENTALIS

Al alba de una calurosa mañana de verano, embarqué como pasajero de tercera clase en el paquebote *Ferreol*, que cubría la línea Palermo-Nueva York. No era un barco bonito; líneas de herrumbre surcaban el casco, y su cubierta mugrienta no inspiraba confianza. Los puentes reservados a los viajeros más pobres hervían de ratas y parásitos. Ignoro cómo tratarían a los que pagaban bien, pero a mí la travesía me pareció atrozmente larga y penosa. No había nada que hacer aparte de esperar, y yo detestaba aquella inactividad forzada.

Éramos doce en el camarote que yo ocupaba. Con excepción de dos sardos de tez olivácea y mirada dura, todos éramos sicilianos. Tres eran de Palermo, cuatro de Mesina, y los otros dos venían de provincias que yo no conocía. Ninguno era originario de mi región. Justo antes de marcharme, yo había estado husmeando en la habitación de los gemelos para verificar si el escondrijo donde los hermanos guardaban unos billetes y algunas monedas de oro había sido descubierto. Por desgracia, todo había desaparecido. Mi propio escondite, en cambio, estaba intacto. Protegido por un hormiguero, un viejo tocón en medio del parque disimulaba el escaso dinero que tenía ahorrado. Nadie lo había encontrado porque para eso había que meter la mano en medio de los insectos.

Aquel pequeño peculio me permitió sobrevivir durante la travesía. Como el precio del billete no incluía la alimentación, apenas comía una vez cada dos días en la cantina del paquebote. Debía de tener dieciséis o diecisiete años, y estaba flaco como un lobo después del invierno, todo músculos, un poco más fuerte y un poco más salvaje cada día. Nadie buscaba mi compañía y yo tampoco deseaba la de nadie. Por fin, nos anunciaron que estábamos a la vista de Ellis Island. Fui de los primeros en subir al aire libre para ver aquel país que atraía de forma magnética a tanta gente sin que yo entendiera el porqué. La ciudad desconocida no se parecía a nada que yo hubiera visto antes. Lo primero que vi fue un saliente de rocas pardas que pasaba suavemente en la sombra. A poniente, un sol de color de azufre rozaba el horizonte. Ante mí estaba la isla de Manhattan y su rostro, Battery Park, con su enorme edificio de aduanas de arquitectura francesa. La marea creciente corría hacia un estuario doble. Al norte estaba la bahía del Hudson, sin ningún puente, que los primeros exploradores creyeron que era la ruta directa hacia las Indias. Al otro lado, East River, resaltado por un inmenso arco de acero y ladrillos: el flamante puente de Brooklyn. Y después, vi los primeros rascacielos perfilados a contraluz en el cielo dorado. De lejos se les habría dicho recortados en cartón, sin espesor ni consistencia. Me dieron un codazo. Tan alhelado como yo, mi vecino señalaba con el dedo una nueva masa, ésta más cercana: la estatua de la Libertad. El navío iba derecho hacia ella. Vi una lancha rápida dirigirse a nuestro encuentro mientras el *Ferreol* aminoraba

la marcha y hacía rugir las sirenas. Bajaron la escala para que el práctico del puerto pudiera subir a bordo y conducir el barco con seguridad hasta el muelle, lo cual llevó algún tiempo. Cuando por fin atracamos, la noche había caído y estaba demasiado oscuro para proceder a la operación de desembarco. Así pues, aguardamos a bordo hasta la mañana siguiente. A las cinco fuimos reunidos. Yo no llevaba casi nada conmigo; un pobre petate maltrecho que contenía todas mis posesiones. Aterrándolo entre mis brazos, me puse en la larga fila de inmigrantes que, paso a paso, recorrían las pasarelas antes de dirigirse hacia los edificios administrativos donde les esperaba la policía. La mayor parte no poseía ninguna documentación. Muchos no sabían leer ni escribir en su propia lengua. Muy pocos entre ellos entendían el inglés. Durante horas, nos hicieron aguardar en un gran vestíbulo helado que, sin embargo, no tenía nada de triste; justo debajo de las grandes vidrieras que proporcionaban toda la iluminación, colgaban largas banderas americanas de vivos colores. Toda Europa estaba allí. Los ucranianos se pusieron a tocar el violín; sentados en sus maletas, los tirolenses fumaban sus pipas de porcelana; los franceses jugaban a las cartas; los húngaros de botas blandas se esforzaban en entender lo que chillaban los albaneses tocados con bombines verdes. Los pasajeros de cinco navíos, que sumaban tal vez unas quince mil almas.

Por fin, después del mediodía, doce horas después de haber desembarcado, llegó mi turno. El primer funcionario al que vi fue un médico que me auscultó y me encontró en buen estado, pese a mi delgadez. Me hizo pasar a una sala donde, desnudo, debí someterme a una fricción de polvos desinfectantes y a una ducha a manguera. A continuación, me condujeron por corredores interminables hasta otro funcionario. Al principio me costaba mucho captar lo que me decía, pero por fortuna mi oído se acostumbró deprisa a su acento. Le sorprendió que tuviera nociones de inglés y eso me hizo ganar puntos ante él. En aquella época, la ley de cuotas todavía no se había votado y la autorización de entrada al territorio norteamericano quedaba a la libre apreciación de los aduaneros. Es cierto que había algunos rechazos, pero bastaba con parecer sano, aceptar respetar la Constitución y recitar un versículo de la Biblia inscrito en cincuenta lenguas en un tablero negro para recibir el documento de entrada.

—¿De dónde vienes tú, chico? —me preguntó el aduanero.

—Del *Ferreol*, con origen en Palermo.

—¿Cuál es tu fecha de nacimiento?

—No lo sé exactamente. Tengo unos diecisiete años.

—Necesito una fecha.

—No importa, ponga la que quiera.

—Entonces será el 14 de marzo, como yo. Pongamos que del año 1882. A partir de ahora, tienes oficialmente diecisiete años. ¿Te parece bien?

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Luigi Monti, señor.

—Pondré Lewis, en vez de Luigi. Así quedará más americano. ¿Qué dices?

—Me parece bien, señor.

—Al menos no llevas la contraria. Serás un buen fichaje. Sabes escribir, ¿verdad? Firma con tu nombre abajo del registro. Y no olvides que ahora te llamas Lewis.

Tomé la pluma rechinante que me tendía el empleado con manguitos y visera, y me inventé una firma.

—Está bien. Ahora, sellaré este documento y te entregaré un duplicado. Sobre todo, no lo pierdas. Te da derecho de residencia aquí. Con el tiempo, si te quedas y no has tenido problemas con la justicia, te convertirás en ciudadano americano. Es tan sencillo como eso. Buena suerte, muchacho.

A todos los recién llegados que superaban con éxito las formalidades les ofrecían ropas y una comida caliente. La acogida me pareció bien organizada y los norteamericanos, gentes sonrientes. Había una gran mesa reservada para los judíos, para los que se preparaban alimentos especiales. Yo, con un paquete de ropa blanca nueva bajo el brazo y lo que me quedaba de dinero italiano cambiado por dólares estadounidenses, cene una sopa y un trozo de tocino antes de subir al transbordador que llevaba de Ellis Island al continente. Sobre el agua cruzaban *ferries* con pisos iluminados, gabarras abarrotadas de basura hasta la borda, remolcadores que enfilaban hacia el puerto y paquebotes con chimeneas rojas y casco negro que regresaban, casi vacíos, a una Europa de la que volverían enseguida cargados de ganado humano.

En el muelle, encontré sin muchas dificultades un hotel donde pase mi primera noche en suelo americano. Gracias a mi experiencia palermitana, me costó menos conseguir que me contrataran al día siguiente como estibador. En algunos meses, mi cuerpo se había fortalecido y para entonces había tanto trabajo que todos los que se ofrecían se contrataban al momento. Mis músculos se reforzaron aún más cargando cajas. No estaba demasiado mal pagado y podía comer dos veces al día a mi gusto. Dormía en el hotel, en una habitación compartida con un tipo de Trieste, apenas mayor que yo, de quien he olvidado hasta el nombre. Yo trabajaba todos los días, domingos inclusive.

En seis meses de aquella vida, no salí ni una vez del barrio portuario, pero mi inglés, que me esforzaba en practicar aunque esa lengua me siguiera pareciendo fea al oído, mejoró mucho. Como yo era católico, un irlandés de la cuadrilla de descargadores con la que yo trabajaba quiso entablar amistad conmigo. Para no ser una excepción, era pelirrojo, se hacía llamar Shannon y, hasta recién bañado, apestaba como un macho cabrío. Tenía un vientre redondo como el de un obispo. Su familia había emigrado en 1847, a raíz de la gran hambruna que castigaba entonces Irlanda. Era un mal chico aficionado a la bebida y a tirarse a las mujeres públicas los sábados por la tarde después de cobrar la paga. Se jugaba el resto de su dinero a las cartas y era diestro en hacer trampas. Me enseñó canciones que entonaba con voz de

bajo afinada y clara, en las que se hablaba de ingleses a los que había que colgar y protestantes a los que había que someter.

—Tú eres todo un tipo, Luigi. Y joven. Podrías abrirte camino en el mundo si decidieras mover un poco el trasero. Tú eres siciliano ¿por qué no les pides ayuda a los tuyos en vez de quedarte trabajando como un mulo toda la santa semana?

—¿La ayuda de los míos, Shannon? Pero yo estoy solo aquí. No sé qué quieres decir.

—¿En serio? Pues yo he oído decir que la gente de tu isla se ponen de acuerdo para ayudarse unos a otros. ¿No sabes de lo que te estoy hablando?

—No.

Shannon pareció sorprendido de mi ignorancia. Noté que tenía deseos de continuar, pero que algo le retenía. Se aclaró la garganta, se retorció el bigote y escupió en el suelo antes de mostrarme su mano con los dedos separados haciendo un signo que yo desconocía.

—Bueno... dicen que hay familias. Si le cayeras bien a un miembro de una de ellas, quizá te harían un sitio en su comunidad. Un tipo fuerte como tú en una ciudad movida como ésta puede ascender deprisa.

Shannon me indicó un muelle donde trabajaban específicamente los italianos. Una tarde, al azar, fui a estirar las piernas.

—¿Tú quién eres? No te conozco. ¿Qué vienes a buscar? ¿Problemas o amigos?

Me acerqué al tipo vestido con blusa de trabajo y pantalón a rayas que me había interpelado. Había otros dos con él, calentándose cerca de un fuego de maderos y comiendo sentados en unas cajas. Bebían chianti en vasitos y cortaban trozos de queso seco que ponían sobre pan frotado con un diente de ajo y untado con aceite de oliva.

—¿De dónde vienes, *piccolino*?

—De Sicilia. Un poco de Palermo y un poco de otras partes.

—¡Ah! Eres siciliano, como nosotros. Eso está bien. ¿Y por qué no te habíamos visto antes? ¿Acabas de desembarcar? ¿Necesitas alguna cosa, hijo?

—Trabajo en otro muelle —expliqué—. Pero preferiría reunirme con *paesani*, con gente de mi tierra.

—¡Claro que lo prefieres! —exclamó el tipo, divertido—. Vente con nosotros. Estarás mejor con sicilianos que con extranjeros, eso te lo garantizo. Yo me llamo Navone. ¿Y tú?

—Luigi, Luigi Monti.

Aunque el trabajo del muelle con los sicilianos no era muy distinto del anterior, la fraternidad que reinaba entre nosotros era calurosa, y eso me gustaba. Shannon había sido un compañero para mí, pero Navone fue un verdadero amigo. De unos treinta años, ojos negros, cara triangular y unos dientes blancos que la risa descubría a menudo, Navone conocía toda la ciudad.

—Nosotros no trabajamos los domingos —me explicó él apenas me contrataron

—. El día del Señor es sagrado. Irás a misa, como nosotros, para que tus pecados sean perdonados. Y después te divertirás comiendo otros, para poder limpiarlos el domingo siguiente...

No quise seguirlo a la iglesia, y eso le sorprendió.

—¿Qué clase de siciliano eres tú si no crees en Dios?

Al ver como fruncía el ceño, tuvo la delicadeza de no insistir.

—Tu alma es cosa tuya, *piccolino* —admitió con gran sensatez—. Pero por lo menos deja tu camastro del puerto. No admito una negativa.

Así pues, seguí a Navone al barrio de Brooklyn, una de las tres Little Italy de Nueva York en aquella época. A principios del siglo xx, trescientos mil italianos vivían en la ciudad. La mayoría se habían agrupado en Brooklyn, en Harlem y en Queens. En el sector de Navone, cinco calles eran completamente italianas, y una de ellas integralmente siciliana. El vecindario inmediato estaba ocupado por una parte por irlandeses —con los que las relaciones eran más o menos buenas—, y por otra por chinos, con los que había algunos líos. Más allá estaban las calles de los de Europa central, húngaros, polacos, serbios... a los que ignorábamos. Y aún más allá, el gueto judío del que no queríamos saber nada. La pequeña Italia de Brooklyn no se llamaba así en vano. Las vitrinas estaban llenas de barriles de aceitunas negras, de parmesano, de jamones, de tomates, de panes toscanos... Sentados en los escalones de las casas de ladrillos, los hombres fumaban largos cigarros Garibaldi, negros, apretados, abultados en el centro. Como en Palermo, muchachas con las mangas remangadas golpeaban la ropa en la fuente pública, cantando y salpicándose de vez en cuando unas a otras entre risas. Por encima, las golondrinas se lanzaban gritando hacia las calles abiertas y se entretenían en volar rozando los muros de los altos edificios.

—Te buscaré una habitación cerca de mi casa, *piccolino* —me dijo Navone—. Aquí estarás bien.

No necesitó mucho tiempo para encontrarme una habitación limpia, clara y tranquila, que alquilaba una vieja *mamma* de Siracusa.

—Vine aquí con mi hijo hace veinte años —me explicó ella—. Él se marchó un día al Oeste cuando oyó decir que allí encontraban oro. ¡Desdichado! Nunca regresó.

Cada día, yo iba a buscar a Navone para ir juntos al trabajo; también volvíamos juntos, rendidos, con los músculos doloridos, el espíritu vacío, como entumecido por la fatiga. Navone era muy piadoso y nunca faltaba a misa los domingos. Yo, en cambio, no podía franquear el umbral de una iglesia. Le esperaba fuera dando vueltas o mirando los gatos que acechaban a las ratas entre las sombras de los arbustos. El tercer o cuarto domingo, mientras buscaba a mi amigo entre la masa de fieles que salían del oficio, mis ojos se detuvieron sobre una figura que reconocí de inmediato. Habían pasado varios años desde la última vez que había visto a aquel hombre. En aquella época, montaba un caballo gris, nervioso y ágil. El hombre era *mastro* Maurizio Giletti.

«Ésa no es una moneda cualquiera. No cometas la estupidez de gastártela, pero házmela llegar si algún día quieres verme —me había dicho Giletti en el pequeño despacho del padre Vittorio—. Aunque hayan pasado años, yo sabré que se la di a alguien que me gustó».

La moneda del *mastro* seguía en mi poder. Como él me pidió, yo no la había gastado, aunque desde entonces había pasado hambre y frío. Su peso en mi mano me tranquilizaba. Durante toda la tarde de aquel domingo en que vi a mi hombre bajar los peldaños de la iglesia del brazo de su esposa, no dejaba de pensar en él, y prestaba una atención superficial a lo que me decía Navone. Exasperado, terminó por explotar.

—¡No escuchas nada de lo que te estoy diciendo, *piccolino*! Podría escupirte en la cara y ni te enterarías. ¿En qué piensas? ¿En una chica?

En pocas palabras, le conté que había visto a un hombre de mi tierra que me había dado en otro tiempo un medio de contactar con él en caso de necesidad.

—Entonces la Providencia te ha bendecido, Luigi. ¡Oh! ¿Te das cuenta? El buen Dios te ha guiñado un ojo, hijo mío. Tienes que ir a ver a ese hombre. Si es necesario, te llevaré atado de pies y manos delante de él si no te atreves a dirigirle la palabra.

—¿Y qué voy a pedirle? Ni siquiera sé lo que hace él aquí.

—Lo importante es que esté al mismo tiempo que tú, muchacho. Deja que la vida haga lo demás... Deja a la vida...

La semana siguiente me pareció interminable. Por fin, a la salida de la misa de diez, me adelanté hacia Giletti. Quitándome la gorra para saludarle, le tendí la moneda que él me había dado unos años antes, cuando yo era un chiquillo.

—*Mastro* Giletti —dije yo, con voz temblorosa—. No creo que se acuerde de mí, pero usted me dio esto cuando yo era niño.

Los ojos de Giletti se redondearon. Me contempló largamente, y después me abrió sus brazos.

—Sí, creo que te reconozco. Tú eras el niño protegido de un cura, ¿me equivoco?

—No, *mastro*, es verdad. Usted me dijo que viniera a verle si un día necesitaba ayuda.

—¿Y has venido desde Sicilia para eso? ¿Quién te dijo que yo estaba ahora en América?

—Ha sido el azar, *mastro*. Vine aquí sin saber que iba a volver a encontrarle.

—¿A eso le llamas azar? —sonrió Giletti—. Yo lo llamaría destino, más bien. Vamos, ven conmigo.

Giletti me tomó por los hombros y me llevó a una *trattoria* cercana, donde lo agasajaron como a un príncipe.

—Suelo frecuentar este sitio —me dijo mientras nos conducían a una mesa tranquila, al fondo de la sala.

Estuve dos horas con Giletti. Aunque sin mentirle, evité contestar a sus preguntas

sobre las circunstancias que habían rodeado mi marcha de la isla. Él había emigrado al continente americano tres años antes, y no sabía nada de los acontecimientos que se habían producido en el pueblo.

—Nunca me creí en realidad aquella historia de los milagros de la Virgen. Es verdad que la salud del hijo por el que mi mujer fue a rezar mejoró durante unos meses. Pero cuando atravesamos el Atlántico se volvió aún más loco, y su estado se degradó muy deprisa. Lo enterramos en el cementerio de Santa Cruz, aquí en Brooklyn, diez días después de nuestra llegada.

—Lo siento mucho, *mastro* —dije, bajando los ojos y sintiéndome casi culpable del deceso del niño.

—Tú no tienes nada que ver con eso, muchacho. Ni tu cura, ni tu Virgen. Después de todo, los débiles deben partir antes que los fuertes. Es la ley natural ¿no te parece? Pero hablemos de otra cosa. ¿Así que has venido para hacer fortuna en América? Eso está muy bien. Tienes razón, éste es un país en el que se puede llegar lejos... Si quieres, yo tengo trabajo para ti. Un trabajo que te reportará mucho más dinero que descargar cajas en el puerto. Un hombre joven a quien un cura ha enseñado a leer y a escribir merece un destino mejor que ser estibador toda su vida. ¿Qué opinas?

—Haré lo que usted me diga, *mastro*.

—Eso está bien, pequeño. Entonces bésame la mano ahora, en señal de respeto.

Me quedé dudando un instante. ¿De verdad tenía que tomar aquella mano gruesa, cubierta de pelo gris, para llevármela a los labios? Curiosamente, sentí reticencia, como si presintiera confusamente que aquel gesto iba a comprometerme por mucho tiempo. Por fin, hice lo que exigía Giletti.

—Bien. Esto casi te convierte en un miembro de mi familia. Para ser recibido definitivamente, debes mostrarte digno de ella. Pero confío en ti. Lo conseguirás pronto.

—¿Qué debo hacer, *mastro*?

Giletti hizo una seña al camarero y pidió que le trajera papel y tinta. Garabateó una palabra en el papel, y lo precintó con cera de la vela que se consumía encima de la mesa.

—Mañana por la mañana irás a la dirección que voy a darte y preguntarás por un tal Polizzi. Él te dirá todo lo que hay que saber. Aprenderás con él. Te veré pronto, muchacho.

Giletti enrolló cuidadosamente su servilleta a cuadros, tomó su sombrero del colgador y salió sin pagar. Incómodo, yo no me atrevía a dejar la mesa por miedo a que me pidieran que liquidara la cuenta.

—¿Tomará algo más, *signore*? —preguntó el camarero, sonriente.

Hice un gesto de que no deseaba nada más, pero aun así me trajeron un café y una copa de grapa.

—No tengo con qué pagar la comida —confesé al camarero, rojo de vergüenza.

—¿Pagar la comida, *signore*? ¡Ni hablar de eso! Usted es el invitado de *mastro*

Giletti, y aquí *mastro* Giletti está en su casa.

—De modo que tú eres el potro al que tengo que domar, ¿no es así?

A la mañana siguiente, encontré al llamado Polizzi, que me recibió en la trastienda de una tintorería. Sentado encima de un enorme recipiente para la colada, llevaba una americana de color claro con pantalones de golf a juego, camisa rosa pálido y zapatos de ante immaculados. En uno de sus dedos brillaba un anillo con un sello enorme. Esta rara elegancia me impresionó mucho.

—Mi nombre es Polizzi —dijo, mirándome de arriba abajo—. Soy tu hermano mayor. Debes tratarme de usted y mostrarme respeto. ¿Entendido?

—Sí, *signore* Polizzi. Entendido.

—Lo primero que vamos a hacer es vestirme correctamente. Un joven como tú, que trabaja ahora para *mastro* Giletti, no puede ir hecho un espantajo. Somos representantes, ¿entiendes? Sí, eso es, representantes de la casa Giletti. Como tales, no podemos ser descuidados. A ver, ¿qué es lo que quieres?

—¿Lo que yo quiero, *signore* Polizzi?

Polizzi levantó los ojos al techo y, con el mentón, señaló las ropas que había colgadas de barras de cobre.

—¿Tienes un color preferido?

—No lo sé... no, *signore* Polizzi...

—Ya que no te decides, elegiré yo por ti.

Polizzi tomó con autoridad una larga barra de madera terminada en un gancho de metal y la usó para descolgar una americana y un pantalón que le pareció que correspondían a mi talla.

—Pruébate esto para empezar. Además te hará falta un sombrero. Aquí...

Un hongo gris que había tomado de una cesta voló hacia mí.

—Venga, date prisa en cambiarte. Aquí no hay zapatos, pero encontraremos un par en la tienda de al lado.

Las ropas me caían bien pero, hilvanada en el reverso de la americana, una etiqueta designaba el nombre del propietario.

—Creo que esta ropa le pertenece a otro, *signore* Polizzi. No quiero llevármelas.

—Claro que pertenecen a otro, pequeño idiota. Pero si te convienen, yo te las doy. Se indemnizará de alguna manera al que las llevaba, no te preocupes por eso.

Vestía las ropas de otro y eso me resultaba desagradable. Eran sin lugar a dudas lo más elegante que yo nunca hubiera llevado, y me costaba habituarme a ellas. Para el calzado, se repitió la misma operación en una zapatería vecina.

—Danos algo presentable y que no esté muy usado —indicó Polizzi al dependiente.

Recibí un par de botines que llegaban bastante por encima del tobillo y que el dependiente me limpió y me enceró a conciencia. Antes de marcharnos, me regaló

además dos pares de cordones nuevos que yo quise pagarle, lo cual rechazó. Polizzi me lanzó una mirada sombría.

—¡Sobre todo, no pagues, pequeño desgraciado! ¡Eso es una prueba de debilidad!

—¡Pero normalmente todo el mundo paga, *signore* Polizzi!

—Sólo los débiles lo hacen, muchacho. Los fuertes se hacen servir y basta.

Así aprendí que ahora me encontraba del lado de los fuertes. Aunque no me sintiera orgulloso, la sensación me gustó.

Enseguida me adapté al trabajo con Polizzi, que guardaba grandes semejanzas con la función que cumplía en Palermo junto a los gemelos Ángelo y Ángela. Sólo cambiaban las dimensiones. ¡Estaba en América, y todo era grande! Todo se *hacía* a lo grande. Durante el día, recorría las aceras de Brooklyn y vigilaba que nadie, aparte de los italianos, intentara marcar su territorio. De noche, hacía guardia delante de los sitios de mala vida para proteger a las chicas. Muy pronto sostuve allí las primeras riñas. Yo era nervioso y rápido. Me gustaba usar los puños y no sentía los golpes cuando, por casualidad, traspasaban mi defensa. En pocas semanas me forjé una buena reputación de camorrista. El mismo Polizzi empezó a tratarme con más miramientos.

—Pequeño, no tengo queja de ti —me dijo un día—. Pronto serás un hombre hecho, y tendrás mi voto para unirte oficialmente a la familia.

¡La familia! Desde que había abandonado los muelles para ir a trabajar a la ciudad, sólo oía hablar de eso. Los primeros días no entendía ninguna de las alusiones que se hacían. Antes que ponerme en ridículo haciendo preguntas, había preferido callar y escuchar. No necesité mucho tiempo para comprender.

En aquella época, Nueva York era aún una ciudad a conquistar. Debido a la construcción del canal que la unía a los Grandes Lagos y la colocaba a la cabeza de todas las vías acuáticas de la costa Este, la ciudad no dejaba de extenderse y de hincharse. Todos los oficios estaban representados, todas las razas del mundo, todas las virtudes... y todos los vicios también. Y estos últimos no eran de los peores sectores para amasar dinero. Por mi parte, el azar había querido que me tocara un cubierto en aquella cocina del Diablo. Desde que había llegado de Sicilia, eso no me planteaba problemas de conciencia. Allí, en Nueva York, *mastro* Giletti era uno de los jefes respetados de lo que entonces era más conocido como la Mano Negra que como la Cosa Nostra. En Brooklyn compartía el poder con otro padrino, un tal Battista Balsamo. En 1895, ese hombre había llegado como yo de Sicilia y había conocido el centro de tránsito de Ellis Island, donde tuvo la mala suerte de ser puesto en cuarentena durante varios meses porque los médicos norteamericanos suponían que padecía un principio de neumonía infecciosa. Cuando por fin llegó a la ciudad, se puso bajo la protección de Giuseppe Morello, que controlaba un pequeño territorio en el este de Harlem. Muy pronto, Balsamo ganó ascendente sobre su padrino, hasta que lo suplantó de hecho. Aún no tenía veinticinco años cuando ya se le honraba con el título de don. Hasta los más veteranos se descubrían el sombrero a su paso. Fue él

quien, en unos meses, diseñó la estructura de la Mano Negra, repartió los territorios y enunció las reglas.

A la vuelta del nuevo siglo, los italianos de Nueva York vivían bajo su propia ley antes que bajo la del alcalde o la del presidente de Washington. Aunque la organización extendía sus brazos en todas las actividades, obtenía el grueso de sus ingresos de la protección que prestaba a los comerciantes. A cambio de un impuesto, se garantizaba que las tiendas no serían incendiadas ni saqueadas, y que sus propietarios no serían golpeados ni asesinados. Los que se negaban a afiliarse, pronto veían en sus escaparates el dibujo de una mano negra. Era el primer aviso. Si persistían en su rechazo, sus hijos eran secuestrados, sus hijas violadas y sus comercios saqueados. Los sicilianos estaban habituados a este sistema. Era suyo y no les extrañaba. Durante muchos siglos, la isla había ido cambiando a menudo de dueño. Los cartagineses, los árabes, los normandos, los germanos, los bizantinos, los franceses, los austríacos, la habían explotado por turnos sin que nadie se preocupara de las condiciones de vida de los humildes. En la época de las guerras napoleónicas, todos los regimientos de soldados y de gendarmes fueron enviados al continente. Abandonados a su suerte, los sicilianos de las ciudades y de los pueblos se volvieron hacia los hombres fuertes, los *protettori*, que garantizaban su seguridad a cambio de un impuesto. A mediados del siglo XIX, los *protettori* se aliaron con la organización política secreta de los Carbonarios con el fin de echar de la isla a la dinastía de los Borbones, impuesta por una potencia extranjera. La victoria les dio el respaldo que les faltaba. Legitimados por sus acciones durante la guerra de liberación, arraigaron en el imaginario y en las costumbres, y puesto que los sicilianos iban en masa a Nueva York, era normal que los *protettori* los acompañaran. Nadie en la comunidad tenía ninguna queja.

—Aunque no se hable de ello, todos lo saben. Tú eras el único que no se había dado cuenta —me dijo Navone, un domingo que fui a visitarle—. Eras un verdadero ingenuo. Debes de haberte criado en los bosques para no haber comprendido todo esto mucho antes.

Criado en los bosques, sí, así había sido. Pero ahora era diferente. Me había convertido en un hombre de ciudad y, aunque no había cumplido aún dieciocho años, sabía que a partir de entonces tendría que luchar para imponerme en Nueva York.

SOLDATO DE DELLA FAMIGLIA

Dos meses después de haber comenzado a trabajar para *mastro* Giletti, Polizzi me condujo una tarde a un edificio de pisos que yo no conocía. Sin contestar a mis preguntas, me hizo esperar en la antesala de un apartamento en la última planta. Después de una hora vino a buscarme y, a través de un pasadizo, me llevó a la casa vecina. Allí, en un apartamento muy parecido al que acabábamos de dejar, me esperaba *mastro* Giletti, sentado en un sillón *crapaud*. Tres hombres permanecían de pie detrás de él. No conocía a ninguno de ellos.

—Polizzi me ha hablado mucho de ti, Luigi —dijo con solemnidad mi *protettore*—. Te ha recomendado a mí y estoy contento. Eso prueba que te juzgué bien cuando nos volvimos a encontrar. Nos hemos reunido aquí para aceptarte como nuevo miembro de nuestra familia. Vas a ingresar en la honorable sociedad de Cosa Nostra, la cual sólo acepta hombres de valía y leales. Aunque hay unas reglas que deberás jurar respetar. ¿Estás listo para escucharlas?

Los latidos de mi corazón se aceleraron. Sin embargo, me sentía sereno. Respondí con frialdad que aceptaba.

—Entras vivo entre nosotros. Sólo saldrás muerto. La pistola y el puñal son los instrumentos por los que vives y mueres. A partir de ahora, Cosa Nostra estará por encima de todo en tu vida: por encima de tu esposa, por encima de tus hijos, por encima de tu país, por encima de Dios. Debes acudir siempre que se te llame, incluso aunque tus seres queridos estuvieran agonizando en su lecho de muerte. Hay dos leyes que debes obedecer sin restricciones: jamás traicionarás los secretos de la sociedad, jamás pondrás la mano sobre el hijo o la mujer de otro miembro. La violación de una de estas leyes entraña la muerte sin juicio y sin aviso. Ahora, extiende la mano y haz brotar una gota de sangre mediante este cuchillo.

Tomé la hoja que el *mastro* acababa de poner encima de la mesa. Con un tajo seco y decidido me corté la palma de la mano.

—La sangre que viertes voluntariamente simboliza tu entrada en nuestra familia. A partir de ahora, tienes un nuevo padre. Yo. Y muchos nuevos hermanos... Eres uno con nosotros hasta la muerte, como nosotros somos uno contigo. Ahora eres un hombre hecho, un *amico nostro*, un *soldato della famiglia* y nada, jamás, podrá borrar el juramento de alianza que acabas de prestar.

A partir de aquel día, muchas cosas cambiaron en mi vida. De la mano de *mastro* Giletti recibí veinte dólares en billetes nuevos —una suma importante en la época— así como el gran cuchillo de caza que se había utilizado en la ceremonia.

—Esta es tu primera arma. Llévala siempre contigo. Pudiera ser que te salvara la vida.

Además, dejé de ser pupilo de Polizzi y se me asignó como nuevo tutor a uno de

los tres tipos que habían asistido a mi juramento.

—Me han contado que estabas dotado para la camorra —me dijo este hombre—. ¡Conmigo tendrás toda la que quieras!

El hombre se hacía llamar Lupo, el lobo. Cuarenta años, un poco grueso, cabellos negros y tez cenicienta, era más bajo que yo y llevaba un revólver de seis disparos siempre embutido en la cintura o hundido en el bolsillo. Con él dejé mis funciones de vigilancia del barrio y pasé a las expediciones punitivas.

—De vez en cuando, un fulano se empeña en dejar de pagar el impuesto. No sé qué le pasa a esa gente. Es una idiotez de su parte. Tal vez se creen que de repente están en América de verdad. Nosotros nos encargamos de llamarles la atención, amablemente y con buenos modos la primera vez. Si eso no basta, volvemos y lo destrozamos todo. Es un trabajo fácil.

Mi primera semana con Lupo se desarrolló sin necesidad de intervenir. Nos contentábamos con dejarnos ver, comiendo en diversos restaurantes, sin pagar la cuenta, por supuesto. Todas las mañanas, Lupo empezaba su jornada en la barbería: a las siete en punto, se instalaba en el gran sillón de cuero que el peluquero hacía bascular para embadurnarle la cara de jabón con más comodidad. Un muchacho le enceraba los zapatos, mientras que yo tenía que leerle las páginas de deportes del *New York Herald*. Lo único que Lupo había tomado de América era un interés apasionado por el béisbol. Era seguidor del equipo local, y conocía a todos sus jugadores.

—¡El deporte! —me decía a menudo—. Nadie entre nosotros lo ha pensado todavía, pero estoy seguro de que es un campo en el que hay mucho dinero a ganar. Piénsalo, pequeño.

Por más que me devanaba los sesos, yo no veía cómo se podía ganar dinero si no era manteniendo garitos de apuestas clandestinas. En aquella época todavía no era un visionario.

El primer día de la segunda semana tuvimos que amonestar a un quincallero que se resistía a pagar su deuda con nuestra familia. El hombre empalideció y temblaba como gallina que ve entrar al zorro en el gallinero. Lupo me echó sobre él como se suelta a un perro de presa. No tuve ningún escrúpulo en zarandearle y zurrarle hasta que nos entregó el dinero. Al salir, comenté que el buen hombre me había desgarrado la americana con sus gesticulaciones. Fue el único detalle que me contrarió.

—Polizzi no había exagerado tus cualidades, Luigi —me felicitó Lupo—. Eres fuerte como un buey y parece que no te asusta la camorra. Habrá que ir pensando en darte pronto algo más que un simple cuchillo.

Porque las funciones de Lupo no se limitaban a aterrorizar a algunos comerciantes acobardados. Había amenazas más serias, y eran numerosas.

—No es la policía la que nos crea problemas, evidentemente —me explicó Lupo—. Andan escasos de efectivos, sus agentes pueden ser corrompidos con facilidad, y los policías prefieren patrullar los barrios ricos. Nuestros problemas provienen de

otras comunidades que intentan picotear en nuestros territorios. A los chinos se les da bien ese juego, y a los negros también. Hay que vigilar que no se extralimiten.

Bajo la férula de don Balsamo, las familias italianas no hacían la guerra entre ellas. Al contrario; el don velaba celosamente por que la armonía reinara entre los clanes.

—Los negocios exigen tranquilidad —les decía a quienes acudían a pedirle consejo—. La agitación no es buena para el comercio. Solucionad vuestras rencillas de forma amistosa. Daos pruebas de buena voluntad los unos a los otros. Sólo así duraréis. No saquéis las armas más que contra los *stranieri*.

Si bien la paz reinaba entre nosotros, las hostilidades estaban abiertamente declaradas contra las redes extranjeras similares a la nuestra. Los irlandeses eran nuestros únicos aliados verdaderos en lo que entonces se llamaba las *tong-wars*, las guerras de clanes. En aquella época, sufrían incursiones chinas. Debido a una ley que prohibía la entrada de mujeres asiáticas en territorio americano, para reproducirse o para satisfacer sus deseos los amarillos debían limitarse a aparearse con las negras, las europeas o las judías, a las que secuestraban para violarlas a su antojo en casas de citas secretas y mejor protegidas que la caja fuerte de un banco. Después de los rusos y los alemanes, los irlandeses eran quienes más sufrían esas terribles *razzias*.

—Pronto nos tocará a nosotros —predijo Lupo—. Cuando los chinos se harten de las pecosas, vendrán a tomar a nuestras morenas.

Lupo tenía razón. Unos días después del día de Acción de Gracias de 1899, un nutrido grupo de amarillos se metió en nuestras calles para provocarnos y apoderarse de algunas de nuestras chicas. Hacía frío. Una lluvia helada había cubierto la calzada de una película de escarcha, y los coches no circulaban; los caballos se habían quedado en sus cuadras. Lupo y yo nos calentábamos en la estufa de un café cuando un chiquillo del barrio vino corriendo a buscarnos. El muchacho se había caído varias veces y tenía feas magulladuras en la cara.

—*Signori!* —nos dijo quitándose respetuosamente su gorra de terciopelo—. *Signori!* Tienen que venir. *Mastro* Giletti los manda llamar.

Corrimos a toda prisa en la dirección que el pequeño nos había indicado. Enseguida escuchamos gritos y llamadas. En el primer cruce, vimos una cincuentena de *coolies*, blusas azules, pantalones estrechos, trenzas sedosas hasta más abajo de la espalda, afanados en romper escaparates y en sacar a las mujeres de las casas. Dos o tres de los nuestros, aislados, intentaban resistir, pero fueron barridos por la oleada de asaltantes. Lupo nos hizo señas para que nos detuviésemos. Lentamente, sacó su arma del bolsillo y después se quedó donde estaba, los brazos colgando, sin saber qué hacer.

—No te muevas —dijo—, son demasiados. Esperemos a nuestros hermanos.

Su resignación hizo surgir en mí una rabia inmensa.

—¡Ni hablar! —exclamé.

Le arranqué el revólver de las manos tan rápido que no pudo impedírmelo, y me

eché a correr gritando hacia un puñado de chinos que estaban a mi alcance. Con el brazo extendido apreté el gatillo frenéticamente y abrí fuego hasta agotar la munición. Una, dos, tres siluetas se desplomaron bajo la lluvia de balas. Presas de un pánico repentino, los otros retrocedieron de inmediato, en desorden, abandonando a las mujeres que habían capturado. Ninguno de ellos poseía armas de fuego. Sólo tenían mangos de pico y cuchillos para defenderse. El lugar quedó vacío en medio minuto. En el suelo yacían tres cuerpos inmóviles, bañados en sangre. Eran mis primeros muertos.

Esta acción brillante me valió ser presentado a don Balsamo en persona. Me quedé sorprendido por las muestras de deferencia que incluso *mastro* Giletti ofrecía a aquel hombre, treinta años más joven que él. Besaba su mano como yo había besado la de él, y le hablaba con los ojos fijos en el suelo. Eso no me gustó.

—Así que tú eres el pequeño que hizo huir a los chinos y que salvó el honor de tantas jóvenes, hermanas y esposas —me dijo al fin don Balsamo cuando se dignó dirigirme directamente la palabra.

—Yo no pensé lo que hacía, don —respondí con el tono más humilde que conseguí modular—. Eso no fue valor, sólo un reflejo.

—¡Pues tienes buenos reflejos! —repuso él, divertido—. Y nosotros tenemos la suerte de contar contigo. Recibirás una recompensa por lo que has hecho. *Mastro* Giletti te la dará de mi parte. Ahora, vete, y sé siempre un buen hijo para él.

—Lo seré, don.

De manos de Giletti recibí un reloj y una cadena de oro, así como diez billetes de cinco dólares.

—El arma de Lupo, ¿se la has devuelto?

—Sí, *mastro*.

—Le diré que te la dé. Tú la mereces más que él.

A Lupo no le gustó tener que separarse de su revólver. Me lo entregó con muchas reticencias. Por más que le expliqué que yo no había actuado a propósito contra él, no dejaba de mirarme con odio, y apenas me dirigía la palabra.

—Las cosas no van bien con Lupo —me dijo *mastro* Giletti unos días más tarde—. Voy a separaros hasta que se le pasen la vergüenza y la rabia. Será lo más sensato. He hablado con don Balsamo. Estarás algún tiempo a su servicio; él te aprecia y te reclama. La ocasión es propicia para ti.

Con cierto pesar, dejé a *mastro* Giletti para entrar en la banda que controlaba don Balsamo. Al don no le había gustado la tentativa de intrusión de los chinos y esperaba una ocasión propicia para pagarles con la misma moneda. Escogió a dos veteranos curtidos entre sus vasallos y me añadió a ellos. Nos reunió a los tres una tarde en un taller de chapistería que estaba desierto por las noches. Puso encima de un banco un maletín de cuero como los de los médicos, un fardo de tela y tres cajas de zapatos.

—Quiero que les deis una lección a los amarillos —nos dijo—. Las mujeres sicilianas jamás serán sus esclavas. Es preciso que lo sepan. En el maletín hay cartuchos de dinamita y un detonador.

Arregláoslas como podáis para volar una de sus pagodas de Doyer's Street, de Pell o de Dott, me da lo mismo.

—¿Nosotros tres? —preguntó uno de los tipos, estupefacto—. Pero ¿cómo, don?

Balsamo deshizo el nudo que cerraba el paquete de tela y abrió el petate. Reconocí los pantalones estrechos, las blusas azules, los grandes sombreros cónicos...

—Os pondréis las ropas de los amarillos a los que mató Luigi y os taparéis la cara con fulares. Por último, os pegaréis esto en la nuca.

«Esto» eran las trenzas, que sacó de las cajas de zapatos, cortadas a los tres cadáveres antes de quemarlos sin ceremonias en la caldera de un inmueble. Con gran repugnancia, sujetamos los postizos en nuestros cabellos con alfileres y nos pusimos las ropas de los muertos. Los pantalones llegaban a media pantorrilla y no había zapatos.

—Tanto peor —dijo el don—. Caminaréis descalzos. Bien que lo hacen ellos...

Después pasamos al depósito de un comerciante de carbón. Nos untamos la cara y las manos con polvo negro, nos tapamos la cara con unos pañuelos y nos cargamos a la espalda sendos sacos de carbón.

—Dame tu saco, Luigi —me ordenó Balsamo—. Esconderé en él la dinamita.

Antes de poner el explosivo encima de las gruesas bolas oscuras, el jefe nos enseñó cómo regular el mecanismo de explosión y nos acompañó por un circuito de calles desiertas hasta las fronteras del barrio chino.

Vestidos con ropas ligeras y con los pies desnudos hundidos en la nieve, los otros dos temblaban de frío. Yo apenas sentía su mordedura. Muy pronto me puse a la cabeza del grupo y me adentré en las callejuelas desconocidas. Al fin, después de unos cientos de metros, vi los primeros farolillos de colores que iluminaban las fachadas. Efundimos aún más los hombros y reajustamos los pañuelos sobre nuestras caras. La idea de hacerse pasar por repartidores de carbón era excelente: así podíamos llevar la cara tapada sin llamar la atención.

Igual que mis acólitos, yo no sabía exactamente cuál era nuestro destino. Acababa de enterarme del verdadero objetivo de nuestra empresa: había que hacer saltar una pagoda, y yo ignoraba lo que significaba esa palabra.

—Es una especie de iglesia —me había explicado uno de los tipos con los que iba, antes de que penetrásemos en la zona peligrosa—. Una iglesia roja y negra con un techo puntiagudo y dorado.

Con sólo esta descripción como referencia, vagamos durante casi una hora por las calles del barrio enemigo. Nadie se fijaba en nosotros. Pasamos delante de suntuosos bazares de quimonos y sedas, en cuya entrada colgaban carteles lacados pintarrajeados con ideogramas bárbaros. En sus carritos, los vendedores ambulantes

preparaban sopa de aletas de tiburón y cortaban grandes pulpos gelatinosos. Aun en mitad de la noche, todas las tiendas estaban abiertas de par en par. Delante de sus tarros de hierbas coloreadas, los farmacéuticos se rascaban la espalda con una mano de marfil en miniatura montada sobre un largo mango. Más allá, unos jugadores de *mahjong* fumaban opio mientras movían sus piezas. Observé que en toda aquella turba agitada no había ni una mujer, ni un niño... sólo hombres. Algunos cambiaban fajos de billetes de dólar mugrientos por cierta misteriosa sustancia. Otros llevaban, igual que nosotros, bultos sobre la cabeza, grandes espejos destinados a no sé qué palacio misterioso escondido entre las viviendas de los pobres, tan pequeñas, encerradas y estrechas como nidos de golondrina.

Por fin, a fuerza de dar vueltas, divisamos nuestro objetivo. Era un edificio más alto que los demás, y más extraño también, en la esquina de una travesía. Yo nunca había visto semejante arquitectura. Sin duda se trataba de un edificio chino de importancia, y su destrucción sería una conmoción para toda la comunidad. Un simple intercambio de miradas con mis hermanos de la Mano Negra bastó para que nos pusiéramos de acuerdo sobre el objetivo. Era imposible pasar por la entrada frontal del edificio con nuestros sacos a la espalda sin que nos vieran, así que contorneamos el edificio para encontrar algún acceso. En un callejón cubierto de detritus que el viento arrastraba por encima de nuestros pies helados apoyamos los sacos contra el muro para respirar un instante. Cuando tuvimos la seguridad de que nadie podría sorprendernos, nos arriesgamos a intercambiar algunas palabras.

—Basta con encontrar un sitio donde poner la dinamita y accionar el temporizador. Es fácil —dijo uno de los tipos.

Tal vez le pareciera sencillo, pero se negó en redondo a llevar la carga cuando abrí mi saco para extraer la bolsa que contenía el artefacto mortal.

—Es a ti a quien Balsamo le ha confiado esa cosa. Eres tú el que debe ocuparse de ella hasta el final —me espetó.

Me encogí de hombros; abrí la bolsa manchada de polvo de carbón y tomé los cuatro tubos explosivos atados por un hilo unido a un rudimentario mecanismo de relojería. Metí el conjunto debajo de mi blusa y, bajo la mirada inquieta de los otros dos, me puse a registrar la callejuela en busca de una entrada oculta. Al remover un montón de detritus para comprobar que no hubiera un tragaluz detrás, tuve la agradable sorpresa de distinguir un rayo de luz amarillenta detrás de los desperdicios. Me incliné, aparté los papeles grasientos y los maderos ennegrecidos que estorbaban la vista y pegué los ojos al pequeño vidrio rectangular ya despejado. Lo que vi entonces me llenó de repugnancia. Una chica blanca, pelirroja y desnuda, yacía atada y amordazada sobre una estera extendida en el suelo mientras sufría el asalto de dos chinos con perilla y unas uñas largas como garras de tigre. En el instante en que mi cerebro comprendió la situación, mis párpados se cerraron y retrocedí con rapidez. Por el más grande de los azares acababa de descubrir uno de los burdeles clandestinos donde los amarillos retenían a sus prisioneras. Volví a la carrera junto a mis

compañeros y les describí la escena de la que acababa de ser testigo.

—Hay que intervenir —dije—. Y rápido.

—Si es pelirroja será una irlandesa. Eso no nos incumbe. Como mucho, avisaremos a su gente. Yo no me juego el pellejo si no es por una siciliana —sentenció uno de ellos.

—Ni yo —le apoyó el otro.

Tuve ganas de azotarles por su cobardía. La sangre me hervía y me sentía incapaz de abandonar a su suerte a la pobre muchacha. Ni a ella, ni a las otras que debían de estar recibiendo el mismo trato en la red de sótanos que se extendía bajo la pagoda.

—Propongo una cosa —dijo por fin uno de los tipos—. Regulamos el temporizador a sólo veinte segundos y lanzamos la bomba contra la puerta principal del templo. El ruido y la agitación que provocará servirán al menos para detener a los clientes del hotel. Con un poco de suerte, nadie volverá a aprovecharse de las chicas durante el resto de la noche.

—¿Y después? —dije yo—. ¿Mañana?

—Quizás el don decidirá hacer alguna cosa. Ahora que sabemos dónde retienen a las mujeres, podremos intervenir mejor.

Parecía el mejor camino a seguir. Pese a la rabia que sentía por no poder poner término de inmediato al calvario de las prisioneras, lancé la dinamita contra la entrada de la pagoda. La explosión fue formidable. Aunque había salido huyendo a toda velocidad, la onda expansiva nos atrapó y nos lanzó al suelo con violencia. Uno de mis compañeros perdió dos incisivos superiores. Tener la boca llena de sangre no le impidió juramentar en italiano. Algunas miradas se apartaron del espectáculo de las llamas que lamían las maderas lacadas en rojo y en negro del templo para ir a posarse en nosotros.

—*Santa Madonna!* ¡No saldremos vivos de aquí! —gritó el que no estaba herido.

Su grito acabó de lanzar a los chinos a por nosotros. Bajo los efectos de la adrenalina, puse pies en polvorosa. Corrí procurando encontrar el camino por el que habíamos venido, pero me bloquearon el paso en una calle, tuve que torcer bruscamente y perdí todo sentido de la orientación. Detrás de mí, mis dos compañeros intentaban seguir mi ritmo, pero eran menos jóvenes, menos resistentes, y no tardaron en empezar a perder terreno. Ni siquiera el peligro que representaban los chinos lanzados en nuestra persecución lograba insuflarles un suplemento de energía. El número de perseguidores iba en aumento con los que salían de los umbrales de sus casas, y los refuerzos tomaban el relevo de los que habían iniciado la carrera.

Zigzagueando entre los tenderetes de tablas, escurriéndome como una anguila entre los que intentaban cerrarme el paso, saqué mi pistola y disparé un primer tiro para intentar dispersar a la masa vociferante que nos seguía unos metros por detrás de nosotros. Un hombre cayó, pero eso no detuvo a los otros. Un chino que blandía un bastón lanzó de repente el garrote entre las piernas del siciliano que tenía más cerca.

Éste, alcanzado, cayó cuan largo era. No había tenido tiempo de levantarse, cuando ya una multitud de siluetas le rodeaba, le golpeaba, le daba muerte.

—¡Luigi! ¡No te detengas! —me gritó el otro al ver que yo me volvía para ayudar al desgraciado—. ¡Corre! ¡Corre, pequeño!

Yo sabía que tenía razón. Los perseguidores eran ahora tan numerosos que de nada habría servido vaciar el tambor de mi revólver sobre ellos. Al echar de nuevo a correr, me di cuenta con horror de que me dirigía al fondo de un callejón sin salida. ¡Un alto muro de ladrillos nos cortaba el paso!

—¡Salta sobre mis hombros, Luigi! —rugió mi compañero—. ¡Deprisa! ¡Cuando estés arriba me ayudas a subir!

No había tiempo para pensar. El tipo se arrodilló y yo me puse a horcajadas en sus hombros antes de que él se pusiera en pie. Extendiendo los brazos pude llegar a lo alto del muro y me alcé sobre el borde mientras que el otro me empujaba desde abajo. En cuanto le tendí la mano para atraerlo hacia mí los chinos se arrojaron sobre él y lo arrancaron de mi presa. Fue como si se ahogara en un mar tempestuoso. Lo vi desaparecer bajo una ola de brazos que blandían machetes, picos, ganchos... Un chorro de sangre saltó hacia arriba. Apreté el gatillo y disparé tantas veces como balas me quedaban. Todos los disparos encontraron un blanco, pero eso no bastó para salvar a mi hermano de la Mano Negra. Cuando los chinos hubieron acabado con él, se volvieron hacia mí e intentaron hacerme caer de mi pedestal. Pero yo pasé la pierna del otro lado del muro, y me dejé caer en el suelo. La nieve amortiguó mi caída. Ese lado ya no estaba en el barrio chino. Por aquella vez, estaba salvado.

—Has obrado bien, Luigi —reconoció don Balsamo después de que le hube explicado en detalle mi triste escapada—. Es una pena por los nuestros. Pero serán vengados, puedes creerme. Y sus viudas no pasarán necesidades. Velaré personalmente por ellas y por sus *bambini*.

—*Mastro*, ¿qué va a hacer usted en lo que respecta a las chicas del burdel? —pregunté—. No podemos dejarlas prisioneras.

Balsamo se acarició largamente la barbilla. Era evidente que el tema le incomodaba. Yo lo sentía debatirse entre su egoísmo, los deberes de su cargo y una cierta idea caballeresca que se hacía de sí mismo.

—Evidentemente —admitió por fin—. Aunque no sean sicilianas, no podemos permanecer inactivos. Pero debes comprender, Luigi, que tampoco puedo actuar directamente. Nuestra gente no admitiría que se arriesgara la vida de los hombres por unos *stranieri*. Habrá que actuar por la banda, como en el billar. Si no te importa, esto debe quedar como un secreto entre nosotros. Nunca hables del tema con nadie.

—¡Lo juro, don!

El día siguiente del ataque al barrio chino, a mediodía, Balsamo y yo nos dirigimos al corazón de los barrios de Brooklyn, al encuentro de un tal Dinny

Meehan, el por aquel entonces jefe del hampa irlandesa. Como los italianos de la ciudad, controlaba los burdeles del puerto, extorsionaba a los patrones de pesca y tenía bajo su férula dos o tres garitos clandestinos. En aquella época, los irlandeses estaban peor organizados que nosotros. Aunque más desordenados, no eran menos eficaces, pragmáticos y puntillosos en cuestiones de honor. Desconfiados y desdenosos, sólo respetaban a los sicilianos, de quienes admiraban la organización y envidiaban la disciplina. A primera hora de la tarde, después de pasar por muchos intermediarios, nos llevaron a presencia de Meehan. Era un tipo muy corpulento, de más de un metro ochenta de estatura, relleno de carne y cerveza, que debía de pesar sus buenos ciento veinte kilos. A su lado parecíamos enanos. En pocas frases, don Balsamo le explicó como yo había descubierto uno de los sitios donde tenían secuestradas las irlandesas en el barrio chino. Mientras escuchaba las explicaciones de Balsamo, Meehan se puso de color púrpura y dio un fuerte golpe en la mesa.

—¡Esta noche sacaré a las chicas de allí! ¿Puedes sugerirme algún plan, pequeño?

—Sí. Pero si usted se propone a hacer una incursión, yo también quiero ir —exclamé—. Dos de mis compañeros han muerto allá abajo. La deuda de sangre debe ser saldada.

En realidad, la suerte de los sicilianos me era totalmente indiferente y yo no sentía ninguna pena por su pérdida. Lo que me motivaba era otra cosa, algo que había sentido con violencia la noche anterior, cuando tiré la bomba contra la pagoda y tuve que luchar ferozmente para salvar mi vida. Era el irresistible atractivo por el peligro, el olor de la pólvora y de la sangre que descubría en mi interior.

—Si don Balsamo lo autoriza —declaró Meehan con deferencia—, serás bienvenido entre nosotros, desde luego.

—Eso sólo puede ser provechoso para el buen entendimiento entre nuestras comunidades —respondió Balsamo en un tono untuoso, florentino.

Balsamo regresó a Little Italy aquella tarde. Yo me quedé en compañía de los irlandeses para preparar el golpe de mano que íbamos a efectuar en plena Chinatown. Dinny Meehan reunió a una treintena de sus muchachos en un dique seco al abrigo de las miradas. Tuve que relatar de nuevo lo que había visto. Mi narración levantó exclamaciones de cólera y gritos de venganza. Al caer la noche, Meehan nos condujo a un hangar donde había pistolas y barras de hierro escondidas en un carro bajo la paja. Los hombres las tomaron y yo me hice con una caja de cartuchos para mi arma.

El plan elaborado por Meehan no era un ejemplo de sutileza: un primer equipo tenía la misión de entretener al grueso de los chinos provocando un tumulto general, mientras que un segundo grupo se encargaría de entrar en la pagoda y rescatar a las chicas. Esta doble carga a lo bestia amenazaba con reportarnos numerosas bajas y resultar en un fracaso sangriento, pero Meehan no era hombre que replanteara su estrategia por consideraciones tan fútiles. Distribuyó a sus hombres en los dos equipos y me colocó junto a uno de sus lugartenientes, el que dirigiría el asalto al burdel, un tipo de pelo rizado que se hacía llamar John. En su tropa éramos sólo diez,

pero todos provistos de armas de fuego.

A la hora convenida, llevé a los irlandeses hasta la tapia por la que había escapado del barrio chino la noche anterior. Haciéndonos estribo con las manos, franqueamos uno a uno el muro de ladrillos y nos ocultamos en la sombra. Del bolsillo de mi chaleco saqué el reloj que me había regalado don Balsamo. Escruté las agujas a la escasa luz que caía en el callejón, hasta que indicaron el momento en que se suponía que debía desencadenarse la oleada del asalto principal. Al no escuchar clamores ni tiroteo, dudamos un instante, pero John se decidió al fin y me pidió que abriera camino. Yo había repasado mentalmente varias veces el recorrido de mi huida desde la pagoda hasta el callejón sin salida donde había conseguido escapar. Así pues, me lancé a paso rápido, los ojos pegados al suelo. Permanecemos a cubierto dentro de lo posible, pero nuestra presencia fue advertida ya desde la segunda calle. Se oyeron exclamaciones y empezaron a increparnos, pero también escuchamos justo en aquel momento unos disparos procedentes del corazón del barrio chino.

—La batalla ha empezado —murmuró John—. Acelera, pequeño...

Me lancé a todo correr y rehice en sentido contrario el trayecto que había recorrido veinticuatro horas antes. Sin que nadie viniera a detenernos o empezara una verdadera persecución, llegamos a la vista de la pagoda, cuya fachada maltrecha y montantes de madera calcinados daban testimonio de la violencia de la explosión y el incendio que la había seguido.

—Es aquí —dije, señalando el edificio.

Enseguida, dos tipos corpulentos pasaron delante de mí y hundieron de un golpe de hombro la puerta ligera que había reemplazado provisionalmente a la que hizo volar la dinamita. Entramos gritando como diablos, tanto para asustar a los chinos como para infundirnos coraje. Un primer amarillo fue abatido y molido a puntapiés mientras que yo buscaba frenéticamente un acceso a los sótanos, sin preocuparme del decorado de paneles de laca, de frisos de oro y de dragones esculpidos que se desplegaba ante mí. Al azar, abrí una cortina de terciopelo granate. Detrás de ella, estirados en esteras, una decena de opiómanos se entregaban a su vicio sin ni siquiera fuerzas para reaccionar a nuestra intrusión. Continué mi camino sin prestarles atención y me interné en un largo pasillo jalonado por incontables puertas. Era imposible decidirse por una. Agobiado, efectué un primer disparo al aire y me puse a gritar a pleno pulmón:

—¡Los irlandeses! —chillé, reforzado enseguida por mis compañeros de asalto—. ¡Los irlandeses! ¡Somos vuestros hermanos! ¿Dónde estáis?

Un chino me saltó sobre la espalda antes que yo llegara a escuchar ninguna respuesta. Con un vigoroso golpe de riñones conseguí deshacerme de mi adversario y hacerlo caer, y le rompí la mandíbula con mis zapatos claveteados. Otro apareció frente a mí, agitando dos cortos palos unidos por un cordel. Intentó golpearme en la cabeza con aquel azote, pero falló el golpe y yo le metí un balazo a bocajarro en medio de la frente. El disparo aún resonaba cuando escuché gritos de chicas.

Galvanizado, me arrojé en dirección a las voces y descubrí, detrás de un panel, una abrupta escalera que descendía hacia el sótano. John y dos de sus tipos me siguieron pegados a mis talones, mientras que los demás vigilaban la entrada o exploraban las plantas.

Al final de un túnel iluminado por enormes bombillas, descubrimos una sucesión de habitaciones estrechas y frías que componían la casa de citas. Las chicas estaban retenidas allá, muchas de ellas blancas y algunas negras, vestidas con batas grasientas y corsés desgarrados. Abatimos sin una palabra a algunos clientes que erraban, desesperados, en busca de una salida. Apunté con mi arma a uno de los hombres a los que había sorprendido retozando la víspera y lo liquidé con una bala que lo lanzó violentamente contra la pared. Al chocar, sus largas uñas se rompieron como si fueran de cristal.

Al cabo de diez minutos, habíamos reunido a una treintena de esclavas, muchas de las cuales, en efecto, precedían de Erinn. Las reunimos en la planta baja con otra docena de chicas encontradas en otros puntos de la pagoda.

—Ahora viene lo más difícil —me advirtió John—. ¿Cómo vamos a salir del barrio con todas estas chicas, que están temblando y que son incapaces de correr?

—Por el muro que acabamos de saltar, no —dije yo categóricamente, recargando el tambor de mi revólver—. Tardaríamos demasiado en hacerlas pasar por encima. Sólo veo dos soluciones: o los tejados o las alcantarillas.

No estaba seguro de que los tejados desnudos nos aseguraran un paso practicable. En cambio, sabía dónde encontrar la entrada a la red de canalizaciones subterráneas.

—¡Seguidme, deprisa!

Salí en tromba de la pagoda y volví al callejón donde me había escondido la víspera en compañía de los dos tipos de la Mano Negra. En el suelo había observado entonces una tapa de alcantarilla de la que se elevaba una gruesa columna de vapor. Un irlandés me ayudó a levantar la tapa y John descendió el primero bajo tierra. Las chicas le siguieron. Por mi parte, salté el último a la cloaca. El hedor era inmundito y ratas gordas como liebres bullían en los sumideros. Pese a la oscuridad y la pestilencia, pese al miedo y el frío, las chicas se mantuvieron silenciosas hasta el fin del camino. Guiándonos por la intuición, caminamos más de una hora por las cloacas antes de encontrar una salida segura. Cuando por fin salimos de aquel infierno, el día pálido y gris se elevaba sobre Brooklyn.

La noticia se propagó de boca a oreja por los barrios, pero los periódicos jamás hablaron de aquella noche en la que treinta irlandeses y un siciliano habían librado a cuarenta desdichadas de un destino horrible. Milagrosamente, nuestro grupo no había sufrido bajas. El conducido por Dinny Meehan, en cambio, había dejado cuatro hombres en el cruce de Doyer's Street con Pell. El propio Meehan, a pesar de su estatura de coloso, había sido herido.

—Nada grave —le dijo a don Balsamo, que había ido a visitarle en mi compañía—. Puede usted vanagloriarse de tener un valiente consumado en sus filas —le dijo, mirándome—. John me ha contado que su Luigi se portó como un verdadero general. Tiene usted buen material. Los irlandeses nos alegramos de estar entre sus amigos.

Como yo, Balsamo apretó las mandíbulas para contener una sonrisa. El cumplido nos honraba y nos complacía, pero admitirlo hubiera sido degradante para nuestra dignidad de sicilianos.

LA MANO NEGRA CONTRA LA MANO BLANCA

Después del episodio de la liberación de las chicas, las *tong-wars* se intensificaron durante algunos meses. Los asiáticos reclutaron *desperados* mexicanos a los que enviaron contra nosotros en represalia. Hubo muertos en Queens y Harlem. Pero la guerra contra los amarillos bajó de intensidad de manera brusca después de que la policía se decidiera a llevar a cabo una gran redada en Chinatown. Capturaron a varios jefes chinos y dismantelaron garitos, fumaderos, burdeles... Abrumadas durante un tiempo, las tríadas chinas nos dejaron por fin en paz. En cuanto a mí, siempre al lado de Balsamo, había combatido en el curso de esos enfrentamientos. Mi cuaderno de caza había aumentado con otros cinco o seis tipos tumbados en la alfombra. Aunque me apreciaba mucho, Balsamo me envió de vuelta con *mastro* Giletti al final del verano.

—Le perteneces a él, Luigi —me dijo el don—. Eso hay que respetarlo. Y además, si te quedaras con nosotros, acabarías por hacerles sombra a mis propios hombres. Por el momento, te quieren como a un hermano, y no deseo que eso cambie. Vete, para que se olviden un poco de que eres un bravo. Así siempre serás caro a sus corazones.

Cuando volví a ver a *mastro* Giletti me pareció que había envejecido. En algunos meses, sus cabellos se habían emblanquecido, sus rasgos se habían embotado, su vientre se había redondeado, y ahora se apoyaba en un bastón para caminar. Habían pasado los tiempos en los que hacía caracolear su montura y levantaba tras él una nube de polvo en los campos áridos de nuestra isla. También volví a ver a Lupo. Se había tragado la bilis, y me estrechó la mano con una sonrisa franca para saludar mi regreso.

—¡Luigi! Bienvenido entre los tuyos, hermano.

Me dio un abrazo e insistió en que almorzáramos juntos. Me llevó a casa Dolmenico, un restaurante de verdad, en Mulberry Street. La sala era inmensa, llena de humo, y bullía de gente.

—¡Esto es Nueva York! —dijo Lupo encendiendo un cigarro al final de la comida.

Ignoro qué le había hecho cambiar durante mi ausencia, pero ahora Lupo parecía interesarse en cantidad de cosas de muy distinto calado de las páginas deportivas del *New York Herald*.

—Hemos traspasado la puerta del nuevo siglo, Luigi —me dijo—. Estamos en 1900. ¡Todo va a cambiar! Hay que mirar a largo plazo y pensar a la medida de este continente que nos abre los brazos y donde todavía nos comportamos como los campesinos que éramos en nuestro país. ¡Es un error! Hay tanto que hacer aquí...

—Tienes muchas ideas en la cabeza...

—Ideas todavía imprecisas —reconoció—. Pero ganas de hacer cosas, eso sí.

Fuimos juntos a pasear por los barrios ricos. Dejamos la parte baja de la ciudad y sus calles con nombres, al estilo europeo, y llegamos a las grandes avenidas nuevas, designadas con letras y cifras. Descendimos en toda su longitud, o casi, la Quinta Avenida, línea divisoria de la ciudad. Entre ésta y el Hudson se hallaban las calles Oeste. Del otro lado, las arterias corrían hasta East River. La Quinta Avenida era un mundo completamente distinto al de Brooklyn o de Harlem. Nada de casas rojas con ropa tendida en las ventanas. Nada de gritos estridentes de *mamas* persiguiendo a los niños que saltan con los pies juntos en el agua de los arroyos. Nada de pequeños maleantes como nosotros dedicados a vigilar el barrio y a meditar algún golpe en las esquinas. Por las aceras, caballeros de chaqué azul, sombrero de copa y botas brillantes montaban alazanes nerviosos a trote corto. En la calzada, la moda reciente de los ciclistas marcaba el ritmo de la circulación. Con sus sombreros canotier de tela encerada y pinzas de metal sujetando los bajos de los pantalones, los hombres pedaleaban desenfadadamente bajo la mirada contrita de viejas y muy dignas señoras envaradas en sus hinchados vestidos. Muy pocos negros —criados nada más— seguían humildemente a sus amos a cinco pasos, procurando no pisarles la sombra. Ni amarillos ni hispanos. Y tiendas de lujo donde se vendían a precio de oro los productos importados de Europa; peleteros, joyeros, marchantes de pintura, anticuarios...

—Esto es lo que me gusta. Mientras sigamos limitados a mirar estas cosas sin tocarlas, mientras no tengamos dinero para comprarlas en vez de robarlas, no seremos nadie. La verdadera riqueza está aquí, Luigi. En la Quinta Avenida. No en el Bronx ni en Harlem. Ni en Queens ni en Brooklyn.

En una calle transversal, entramos en una especie de pequeño teatro que proponía como nueva atracción unas fotografías animadas.

—Esto se llama cinematógrafo —nos dijo el taquillero mientras le dábamos treinta centavos.

Había dos salas. Una estaba vedada a las mujeres y a los niños. Elegimos ésa, desde luego. En una especie de tablero blanco desfilaban imágenes entrecortadas que mostraban a caballeros observando en una calle las faldas de las señoritas agitadas por el viento. Se veían las pantorrillas de las damas. Aquello nos hizo reír bastante.

—A medianoche pasan imágenes que muestran más —nos dijo un tipo que estaba sentado a nuestro lado—. Lo sé porque vengo todas las noches.

Pero ni Lupo ni yo teníamos ganas de quedarnos encerrados en aquella sala oscura y atestada, que apestaba a sudor.

—¡El cinematógrafo! —exclamó Lupo—. Esto también podría producir dinero.

Pero su observación no fue más allá, porque ignoraba qué se podía hacer para explotar aquel invento, como no fuera extorsionar a los propietarios de las salas.

Durante algunas semanas volví a mi vida cotidiana en la Little Italy de Brooklyn. Mi reputación estaba consolidada y ya ni siquiera tenía que usar los puños para

obtener el pago de una cuota pendiente. Bastaba con que me presentara para que el imprudente encontrara de súbito el dinero que debía. Como Lupo, adquirí la costumbre de empezar la jornada en la barbería. Ya tenía un poco de dinero y podía permitirme pequeños lujos. Llevaba al fin mis propios trajes y zapatos, que me había mandado hacer a medida en un sastre y un zapatero del barrio. Los había pagado dignamente a tocateja. Dos o tres chavales se habían pegado a mi sombra y giraban en mi órbita desde que salía a la calle. Por diez centavos a la semana, los convertí en mis espías; ellos me informaban de las andanzas de la gente de las calles y eso me permitía conocer pequeños secretos. Por una minucia, mis mocosos se peleaban entre ellos, rodaban por la acera, se mordían, se herían a dentelladas... Cuando alguno de ellos corría peligro de sufrir daño de verdad, yo los observaba un rato sin detenerlos antes de intervenir por fin. No era crueldad por mi parte, sino curiosidad. Mirando a aquellos simples chiquillos fue como aprendí a luchar de verdad. Los niños son formidables profesores de combate. Como nunca han aprendido nada sobre la manera de hacer frente a un adversario o de lanzar los puños contra una mandíbula o un estómago, obran por instinto, sin perder preciosas fracciones de segundo en reflexionar. Con toda el alma puesta en la lucha, sin preocuparse en absoluto del estilo, apuntan a las partes esenciales del cuerpo. Los ojos son el primer blanco. Después vienen las orejas, tan fáciles de despegar con un simple tirón. En último lugar, lanzan los pies con todas sus fuerzas contra las tibias de sus adversarios. Un golpe seco quiebra o rompe un hueso muy fácilmente y paraliza al enemigo con tanta certeza como un balazo en la rodilla. Desde que observé a aquellos chavales, siempre que he peleado con las manos desnudas lo he hecho como ellos, con una furia absoluta, sin calcular los golpes, sino lanzándolos sin pensar, siempre dirigidos a los globos oculares, las orejas y las piernas. Nadie se me ha resistido, ni siquiera boxeadores profesionales o adeptos de las artes marciales asiáticas.

De vez en cuando iba a visitar a mis amigos irlandeses. Siempre era bien recibido, y Dinny Meehan se las componía para pasar a saludarme cuando sabía que yo andaba por sus barrios. Desde que les había ayudado a salvar a las chicas de la pagoda, en aquel sector estaba como en mi casa. Me ofreció libre acceso a los burdeles que controlaba pero, como yo declinara su oferta con delicadeza, me miró con aire suspicaz:

—¿Qué pasa? ¿No te gustan las chicas?

Si me gustaban o no las chicas era algo que nunca me había preguntado. El amor no era un sentimiento que me preocupara y nunca hasta entonces había sentido deseo carnal por nadie. Incluso cuando la hermosa Ángela se había desnudado delante de mí, mi corazón no se había puesto a latir más deprisa. Mi espíritu estaba demasiado herido para esas cosas.

—No irás a decirme que todavía no te has comido una rosca —me soltó Mechan riendo—. ¡Eso hay que arreglarlo!

Casi a la fuerza, me arrastró a una de sus casas, donde me vi en una habitación

tapizada de cretona rosa. Encima de la cama, una joven en ropa interior de encaje se aplicaba en desnudarme. Consideré la experiencia más desagradable y humillante que placentera. La muchacha era guapa, con su piel blanca toda llena de pecas, pero las contorsiones de nuestros cuerpos y los compromisos que éstas implicaban me parecieron penosos a fin de cuentas y, sobre todo, muy poco honorables. No me había alejado tres pasos de allí y ya me había olvidado por completo del desventurado encuentro.

Meehan no se entrometía en este aspecto de mi vida. En cambio, insistía en interrogarme acerca de la forma en que Balsamo había organizado la Mano Negra. Ingenuamente, yo le confiaba lo poco que sabía, y él se aprovechaba de mis informaciones para reforzar su propia estructura. La fortificó, mejoró la jerarquía, la dotó de verdaderos objetivos, y la rebautizó *Mano Blanca*.

A finales de 1900, la fraternidad con los irlandeses empezó a debilitarse. Con toda evidencia, Meehan buscaba salir de las fronteras del puerto de Brooklyn y empezaba a penetrar en nuestro terreno. Desde que se revelaron sus intenciones, las cosas adoptaron un feo cariz y yo ya no osaba visitar el barrio irlandés. La primera riña estalló en el barrio de Harlem. Se trataba de tomar el control de una calle que hasta entonces estaba en territorio neutral. Los irlandeses habían decidido reclamar su propiedad, mientras que los italianos defendían el *statu quo*. La situación se envenenó, el enfrentamiento se produjo y fue el desencadenante de las hostilidades generales. Balsamo reunió a los padrinos y entre todos empujamos a los irlandeses a su parcela. Habíamos ganado, pero aquello supuso el fin de la fraternidad entre nosotros y los hombres de Mechan.

Poco después, tuvimos que luchar también contra los negros, que nos habían creído debilitados a causa de nuestro enfrentamiento con los irlandeses. El pequeño padrino de primera línea, Benedetto Madonia, consiguió él solo echar a nuestros adversarios del negocio de la prostitución en torno a Harlem. Por un tiempo se convirtió en la estrella ascendente de la Mano Negra, pero cometió un error que estropeó su prometedora carrera. Yo había sabido por mis informadores que Madonia proveía a ricos clientes del oeste de Manhattan de niños para fiestas selectas. La noticia puso a Balsamo fuera de sí.

—¡Somos ladrones y asesinos, de acuerdo! ¡Pero no corruptores de niños! Madonia debe ser condenado al paseo.

«Dar el paseo». Era una de las numerosas expresiones que significaban la condena a muerte de un compañero cuya conducta se juzgaba deshonrosa.

—La información viene de ti, Luigi —me dijo Balsamo—. Tendrás que encargarte tú de arreglar esta historia. Confío en ti. ¡Hazlo pronto y bien!

Asesinar a Madonia fue mi primer trabajo verdadero de ejecutor. Hasta entonces, yo sólo había actuado en el calor de la acción. En aquel caso, debía preparar el golpe

para no fallar el blanco. Durante dos días, con la ayuda de mis chavales y de Lupo, seguí a Madonia para espiar sus hábitos. El tipo era desconfiado y nunca se desplazaba sin dos o tres guardaespaldas. Era una especie de esteta, uno de los primeros de los nuestros que había adquirido un magnífico automóvil en el cual gustaba de hacer carantoñas a sus prostitutas. Fue allí, en el asiento trasero de su coche, mientras estaba ocupado en sobar a unas chicas, donde lo maté con una *lupara*, una escopeta de cañones recortados. Antes había tenido que liquidar a los dos guardaespaldas, que habían salido del vehículo para dejar espacio suficiente a los movimientos de su jefe. Como siempre que sostenía un arma y sentía el olor picante de la pólvora y de la sangre, mi corazón se había embalado hasta el frenesí.

—Eres un ejecutor nato —me felicitó Balsamo—. Aprecio tu frialdad y tu falta de escrúpulos. Aunque creo que también me dan un poco de miedo... Eres un joven temible, Luigi. Pronto tendrás edad de fundar una familia. Yo puedo darte un trabajo menos expuesto al peligro, si lo deseas...

¿Alejarme del peligro? ¿Apartarme de la calle cuando empezaba a sentirme bien en ella? ¡Ni hablar! ¿Y qué habría hecho yo con una familia, yo que no me interesaba por nadie? Tomé la proposición de don Balsamo no como un insulto sino como la prueba de que yo le daba miedo en verdad. Creo que el descubrimiento de mi nuevo poder me hizo reír.

Aunque oficialmente me había devuelto a *mastro* Giletti, Balsamo recurrió a mí con frecuencia durante los meses que siguieron. Del estatuto de simple *soldato* había pasado al raro y envidiado de *torpedo*, ejecutor confirmado, a quien se podían confiar misiones difíciles. Tras las luchas con los chinos, los irlandeses y los negros, la policía empezó a causarnos serios problemas. En el curso de los primeros meses de 1905, un pequeño inspector se había empeinado en reunir todas las informaciones posibles con respecto a la Mano Negra. Con veinte subordinados bajo sus órdenes, el teniente Petrosino comandaba la brigada italiana de Nueva York. Desde la primavera hasta el verano, Petrosino había reunido suficientes pruebas de cargo para enviar a prisión a algunos de los nuestros. Se convirtió en el hombre a derribar el día en que el prodigio italiano Enrico Caruso llegó a Nueva York para dar una serie de recitales.

—Vamos a poner a Caruso en la lista —decretó Balsamo, seguro de poder intimidar al artista.

Aunque fingió acceder al chantaje, Caruso en realidad contactó con el teniente Petrosino para informarle de las amenazas de las que había sido objeto. Se tendió una trampa a los hombres que habíamos designado para recoger el ingente pago de quince millones de dólares exigido al cantante. Los atraparon a todos y, una vez juzgados, cumplieron penas muy duras, al término de las cuales fueron expulsados definitivamente a Italia. Bajo la promesa de protección policial y remisión de su condena, uno de ellos traicionó el juramento hecho a la familia y reveló abundantes informaciones sobre la Mano Negra. Por fortuna, no pudo aportar suficientes pruebas para implicar directamente a Balsamo en el asunto Caruso, pero esta defección le

costó al don algunas noches en blanco que lo pusieron de un humor insufrible.

—Tenemos que acabar con Petrosino. Ahora no es más que un cachorro, pero si le dejamos crecer nos arrancará las manos en seis meses. ¡Luigi! Encárgate de los detalles, ¿quieres?

Ajustar las cuentas a un individuo de los nuestros que había faltado no requería grandes esfuerzos. Madonia había sido el primero de una lista que contaba ya casi con una decena de nombres. Liquidar a un oficial de policía constituía, en cambio, un problema de una naturaleza muy distinta. Sin embargo, la concepción de la estratagema que iba a emplear me llegó de repente. Mi plan surgió en mi espíritu completo y detallado, como si hubiera sabido desde siempre lo que iba a hacer. Desaparecí de Little Italy sin prevenir a nadie excepto a Balsamo y a Giletti, y me vestí de harapos, dejé de afeitarme, me embadurné los cabellos de grasa y me friccioné las mejillas con *whisky*. Y para proteger mi cuerpo frente al viento y modificar la corpulencia de mi figura, introduje periódicos debajo de mis ropas.

Durante una semana, recorrí el barrio de la comisaría donde trabajaba Petrosino, empujando delante de mí un viejo carrito de bebé cargado de cachivaches. Para que nadie sospechara mi impostura, debí obligarme a vivir la vida de los mendigos. Estábamos en septiembre y aquel año no había habido verano indio. Llovía a cántaros y fuertes borrascas azotaban las calles. La humedad me congelaba los huesos. Durante todo el día, fingía dormir la mona, retorcido en un rincón de un callejón, no lejos de la comisaría. Al atardecer, me sacudía un poco y tendía la mano a los polis que dejaban su servicio. Después iba a engullir mi única comida del día, un caldo y un trozo de pan distribuidos por una cantina del Ejército de Salvación, a tres bloques de allí.

El segundo día por la mañana localicé a Petrosino. Era un hombre más bajo que yo, de uniforme, que iba siempre seguido por al menos un miembro de su equipo. Los días de diario llegaba y salía de la comisaría a pie, a horas fijas. Procuré que se habituara a mi presencia, y lo hice tan bien que el sexto día me dio veinte centavos cuando le pedí limosna. Un día entero pasó, igual que los anteriores; después, cuando tuve la certeza de que no desconfiaría cuando me viese de nuevo acercarme a él, comprobé el mecanismo de la *lupara* que ocultaba debajo de mi hopalanda y esperé hasta el anochecer maldiciendo los piojos y las pulgas que me infestaban. Al crepúsculo, salí de debajo del montón de mantas apolilladas que me abrigaban y empecé a recorrer la acera a lo largo y a lo ancho a veinte metros de la comisaría. Ante la comisaría, un poli a caballo esperaba a su oficial para empezar la patrulla; ajustó su capote encerado en torno a sus hombros para guarecerse del chaparrón que caía en gotas gordas y apretadas. Los transeúntes empezaron a correr en busca de refugio. Una niñera, tocada con cofia de encaje sobre un moño oscuro, pasó a toda prisa ante mí llevando de la mano a un niño lloriqueante, al que protegía con un gran paraguas abierto, y casi me hizo caer. Lentamente, indiferente al agua que penetraba mis ropas y chorreaba por todo mi cuerpo, avancé hacia la central de la policía. Las

trombas de agua, cada vez más densas, velaban la masa cuadrada del edificio, los arroyos desbordaban. Racimos de ratas negras enloquecidas salían chillando de los desagües repentinamente anegados. Subí los pocos escalones que daban acceso al edificio, fingiendo querer protegerme bajo el tejadillo que sobresalía en la entrada. Apiadado de mi figura andrajosa y empapada, el policía de guardia no me detuvo.

—Un tiempo de perros, ¿eh, *dagos*? —me dijo, empleando el término del argot policial que designaba por aquel entonces a los inmigrantes del sur de Europa.

—¡Y que lo diga, capitán!

Nos quedamos allí un minuto o dos, bailando sobre un pie y sobre el otro, y soplándonos en las manos para calentarnos. Después, se abrió el batiente de la puerta, proyectando un abanico de luz ante nosotros. Dos oficiales aparecieron en el rellano. Reconocí enseguida el porte y el perfil de nariz prominente del teniente Petrosino. Mi mano se cerró sobre la culata de la escopeta de caza de cañones recortados y saqué el arma oculta bajo mis pingos. Ni Petrosino ni su colega vieron mi gesto, porque ya me habían sobrepasado y se habían detenido en el límite de la zona seca para abotonarse los capotes. En cambio, el centinela sí me había visto y ya se llevaba la mano a la cadera para desenfundar cuando yo apreté el primero de los dos gatillos de la *lupara*. El disparo alcanzó al tipo en mitad del pecho y lo mató al instante. Su cuerpo aún no había caído cuando yo ya apuntaba el cañón a la altura de la nuca de Petrosino; pero en lugar del trueno del disparo sólo escuché un penoso silbido de pólvora mojada... Al cabo de un segundo, un breve trazo de fuego salió por fin del cañón, pero la bala se había quedado tercamente atascada en su alojamiento. Expuesto durante una semana a la humedad constante, el cartucho había acabado por echarse a perder. Empleé la escopeta a modo de mazo y lancé con fuerza la culata contra la cara del pequeño teniente, que se había girado apenas sin comprender aún qué sucedía. Con otro golpe igual de rápido y violento me deshice también de su colega. Quise volver junto al policía muerto para apoderarme de su revólver y utilizarlo contra el jefe de la brigada, que yacía inconsciente sobre los peldaños, pero la aparición de un policía me impidió acercarme al cadáver. El tipo comprendió al instante lo que acababa de pasar y empezó a vaciar el tambor de su revólver, a tientas, en dirección a mí. Bajé corriendo los escalones y me hundí en la oscuridad. Cuando ya me creía a salvo, una masa enorme y caliente surgió de pronto ante mis ojos. Choqué de frente contra ella. Era el agente a caballo, que había espoleado su bestia para lanzarla contra mí y detener mi carrera. Tumbado boca abajo sobre el asfalto, la cabeza fuertemente golpeada contra el duro suelo, vi al hombre desenfundar su arma y apuntarme. Pero en la escalera de la comisaría, el agente no había dejado de disparar al azar. Milagrosamente, una de sus balas impactó en el cráneo del caballo, que cayó de golpe sin relinchar siquiera; atrapado bajo el cuerpo de su montura, el jinete soltó su arma. Me puse en pie de un salto para reemprender mi carrera y dejé que el telón de lluvia y de noche se cerrara al fin sobre mí.

Este fracaso no mermó la confianza que me otorgaba don Balsamo. Por el

contrario, éste elogió mi estratagema y mi espíritu de iniciativa.

—Si todos nuestros chicos tuvieran tu determinación y tu lealtad, la ciudad entera sería nuestra, Luigi.

—Le prometo que un día lo será, don...

El teniente Petrosino pasó dos semanas en el hospital. Mi culatazo le había roto la mandíbula y hecho saltar varios dientes.

Vejado por el fracaso, quise retomar mi campaña contra él y tracé un nuevo plan. Con la ayuda de Francesco y de Cario, dos compañeros que don Balsamo designó en persona, conseguí apoderarme de uno de los colaboradores del teniente en la brigada italiana. Condujimos al tipo cerca del puerto y le amenazamos con matarle si no nos revelaba la dirección del domicilio del teniente. Mi plan era entrar en su casa durante su ausencia y esperar tranquilamente su regreso para abatirlo. Tuvimos que golpearle a conciencia y amenazarle con las más terribles represalias contra su familia si no hablaba. El policía tenía coraje: ni una palabra salió de sus labios.

—Hay que actuar de otra forma —sugirió Cario—. Francesco y yo conocemos un método al que nadie se resiste.

Antes de que hubiera dado mi aprobación, Cario sacó del bolsillo una cuerda de piano que enrolló rápidamente en torno al cuello del pobre tipo. Tumefacto, ensangrentado, su rostro era una visión horrible. La cuerda, aunque apretada en torno a su laringe con tanta fuerza que no podía gritar, no lo estrangulaba del todo. Francesco se colocó ante él y, por medio de un fino estilete, le sacó un ojo de su órbita sin vacilar.

—¡Si no hablas, te arranco el otro ojo! —le espetó al policía, a quien sacudían horribles convulsiones silenciosas.

El espectáculo de aquel hombre atado, cubierto de sangre y mutilado me produjo repulsión. Yo podía dar puñetazos y patadas. Matar a sangre fría, también. Pero en el fondo del callejón silencioso adonde habíamos llevado a aquel poli, descubrí que mi crueldad tenía un límite. Sí, yo había golpeado a hombres tendidos en el suelo. Sí, había abierto fuego contra enemigos desarmados. No lo lamentaba y todo eso jamás había pesado en mi conciencia. Pero la tortura fría, metódica, calculada, no era algo que yo pudiera tolerar.

—¡Deteneos! —ordené de inmediato a los dos italianos—. Deteneos o seré yo quien os liquide.

Saqué el arma de mi bolsillo y la apunté contra mis compañeros.

—¡Luigi! ¿Qué te pasa? —Se asombró Francesco, enjugando con indiferencia la hoja de su cuchillo en la ropa de su víctima, ahora inconsciente.

Fueron las últimas palabras de aquel canalla. Dominado por una rabia incontrolable, apreté seis veces el gatillo. Acribillados, Cario y Francesco cayeron uno sobre el otro. Tranquilamente, recargué el tambor y terminé con el poli de un tiro

en plena cara. Era lo mejor que podía hacer por él. Por primera vez en mi vida, acababa de infringir una de las leyes sagradas de la Mano Negra: había matado a dos hermanos a los que ningún padrino había condenado previamente. Me quedé allí diez o veinte minutos, preguntándome cómo iba a salir de aquel atolladero. Si la familia llegaba a conocer la verdad, don Balsamo no podría hacer otra cosa que pedir mi cabeza. Por un momento se me ocurrió irme enseguida a la estación de Grand Central para subir en el primer tren con destino a California. Un minuto después, pensaba en tomar el barco para volver a Europa. Pero mi indecisión duró poco. Yo estaba en Nueva York. Era allí donde había decidido hacer mi vida, y nada ni nadie conseguiría echarme de la ciudad. Con calma, metí los tres cuerpos en unos bidones que encontré en un patio trasero cercano. Lastrados con piedras y adoquines sacados de unas obras viarias, instalé los bidones en un carro de mano y, después de envolver las ruedas de hierro con trapos para sofocar el ruido, llevé mi carga hasta el muelle más cercano. Había conservado un buen conocimiento del lugar desde la época en que trabajaba como estibador. En pocos minutos alcancé sin que nadie me viera un embarcadero situado detrás de un hangar aislado. Dejé caer uno a uno los toneles en el agua negra.

Naturalmente, tuve que dar una razón plausible de la desaparición de Francesco y de Cario. Inventé con todo detalle el relato de un tiroteo en el que el cautivo se enfrentaba a ellos.

—El secuestro ha salido mal. El poli consiguió desarmar a uno de los nuestros mientras que yo me había alejado un momento para comprobar que no había nadie merodeando por los alrededores. Cuando volví, los tres estaban muertos.

—Es lamentable... ¿qué has hecho con los cadáveres? —me preguntó Balsamo.

—No he podido traerlos, don. Los he tirado debajo de una placa de hormigón en una cantera cercana —mentí, inventando la respuesta al mismo tiempo que la formulaba.

No creo que Balsamo llegara a plantearse ninguna duda acerca de esta versión. Yo había dado infinitas pruebas de mi lealtad hasta entonces como para que él sospechara de mi debilidad momentánea.

—¿Vuelve a estar en pie la condena del teniente Petrosino? —pregunté.

—La condena continúa. Pero te prohíbo que te encargues tú de este asunto a partir de ahora. Cuando la ocasión se escape dos veces, más vale no insistir.

Renunciar no me hizo feliz. Pero juzgué más prudente no objetar esta decisión. Petrosino escapó milagrosamente a otra tentativa de asesinato efectuada por otro *torpedo*, pero al fin cayó bajo nuestros disparos, no en América, sino en Piazza Marina, en Palermo, donde se había trasladado con el fin de establecer contactos con la policía siciliana.

—Ya lo ves, Luigi —me dijo entonces don Balsamo—, los enemigos declarados de la Mano Negra acaban por recibir su merecido. Y también los que la traicionan...

LA NOCHE DE LA QUINTA AVENIDA

El inicio del verano de 1907 marcaba el octavo aniversario de mi llegada a Estados Unidos. Aquel año obtuve la nacionalidad estadounidense.

—¿Cuál es su profesión? —me preguntó el funcionario municipal antes de sellar mi certificado de naturalización.

—Soy contable en una oficina de importación y exportación —contesté.

Esto no era del todo falso: como necesitaba tener una ocupación oficial, Giletti me había instado a que me inscribiera en el registro de una de sus sociedades tapadera. Y si bien durante un principio sólo había sido una mascarada, el *mastro* me aconsejó que me interesara de cerca por los entresijos financieros. Al cabo del tiempo, descubrí en mí un interés real por las cifras, bien entendido que la única contabilidad que me interesaba era la de los garitos y los burdeles.

El año 1907 fue también el mismo en que Nalfo, el hijo mayor del *mastro*, reemplazó a su progenitor a la cabeza del clan. Al igual que en otro tiempo había besado la mano del viejo, ahora tuve que poner los labios, en señal de sumisión, sobre los dedos que Nalfo me tendía. Yo apenas conocía a aquel tipo de treinta años, de cabello corto y tez oscura y que siempre había permanecido a la sombra de su padre. Por lo poco que sabía, era un mujeriego y tenía reputación de bebedor.

—Eso se le pasará con las responsabilidades —nos aseguró el *mastro*, que había reunido a sus mejores hombres en su oficina para informarnos de su marcha—. Nalfo tiene cualidades. Dejadle sólo un poco de tiempo para que las saque a relucir. Sed indulgentes. Es el último favor que os pido.

Con esta última petición, el viejo *protettore* se apartó de nuestras vidas. Incapaz de caminar desde hacía meses, con los atroces sufrimientos que le causaban la gota y una mancha en el pulmón que había convertido su respiración en penosa y silbante, dejó con dignidad la Mano Negra, añorado por sus hombres y respetado por sus iguales.

En contra de lo que yo presentía, la ascensión de Nalfo al poder se desarrolló sorprendentemente bien. Parecía haberse redimido de su conducta pasada y trabajaba quince horas al día en los asuntos de la familia, con seriedad, mostrándose accesible y justo. «Siento mucho respeto por mi padre. Sólo quiero ser digno de él. Es lo menos que un hijo puede hacer», le gustaba decir.

Bajo la dirección de Nalfo, los negocios prosperaron y extendimos nuestras actividades de la prostitución y los garitos clandestinos al tráfico de tabaco y de alcohol, así como a la explotación de máquinas tragaperras. Los beneficios obtenidos permitieron a Nalfo emprender una reforma espectacular de nuestras actividades.

—Hace tiempo que pienso sobre ello —nos explicó una tarde en que había invitado a treinta de nosotros al restaurante Delmonico—. Decididamente, creo que

deberíamos ir abandonando las viejas actividades de extorsión de dinero a los comerciantes del barrio. Ya no constituye una fuente de ingresos importante, y enturbia considerablemente nuestra reputación. Y lo que es peor, predispone cada vez más a que la gente exasperada se convierta en confidente y colabore con la policía. De seguir así tenemos mucho que perder.

Para muchos de mis hermanos, este anuncio supuso una pésima noticia. De hecho, la mayor parte vivía únicamente del pago impuesto a los humildes.

—Van ustedes a cambiar de actividades, señores, es así de sencillo —les espetó Nalfo mientras, por detrás de él, vi que Lupo me dirigía una amplia sonrisa al tiempo que hacía cruzar su habano entre los dedos.

Los nuevos sectores de actividad elegidos por Nalfo nos enriquecieron más de prisa de lo que ninguno de nosotros hubiera podido esperar. El hijo nos arrancó de la era de su padre y nos hizo entrar de manera definitiva en el siglo xx.

—¡Mirad al mundo que cambia a vuestro alrededor! —no dejaba de decir—. Los italianos de Nueva York eran trescientos mil hace quince años, y hoy son medio millón. ¿Quién sabe cuántos serán en 1930, en 1950? Nuestro deber es pensar a largo plazo. Si queremos que la familia prospere, debemos adelantarnos a las necesidades futuras, explotar los inventos recientes, ¡y sobre todo los nuevos vicios! El dinero fluye a raudales en la zona alta. Cada minuto se crea un banco o una empresa. No debemos quedarnos al margen de ese movimiento.

Las intenciones de Nalfo eran buenas y su visión justa. Lupo se las había arreglado para introducirse en su círculo y le sugería las ideas que llevaba años alimentando. La familia adquirió participaciones en una pequeña sociedad de distribución cinematográfica y controlaba una agencia de colocación para cantantes y artistas de teatro cuya dirección recayó en Lupo. Yo no estaba celoso de los favores que recibía él. Por aquel entonces ya vivía en una casa propia, en una calle de Harlem. Vivía solo pero pagaba a una *mamma* para que se ocupara de la intendencia. Mi única compañía era *Tabbs*, un *epagneul* bretón de pelo rojo que había encontrado un día, flaco y enfermo, tumbado en mi patio y al que había curado y adoptado. En 1908 me compré mi primer coche, un Ford blanco que parecía un gran insecto brillante y que yo conducía a cuarenta kilómetros por hora por las calles cada vez más abandonadas por los caballos. De vez en cuando salía con alguna chica, más por distraerme que por necesidad. Me había acostumbrado a frecuentar a dos de ellas. El resto del tiempo, estaba a las órdenes de *mastro* Nalfo para los asuntos cotidianos, o de don Balsamo, quien sólo requería mis servicios cuando surgían problemas serios. Así, en febrero de 1909, el jefe de la Mano Negra me convocó. En su gran despacho con las persianas siempre bajadas, incluso en invierno, me expuso los términos de un nuevo encargo.

—Es un abogado de negocios. Un hombre que podría hacernos perder mucho dinero por el retraso de numerosos proyectos en curso si, por desgracia, hiciera ganar a su cliente.

—¿Por qué no eliminar más bien al cliente? —sugerí yo.

—No, porque ese tipo no es un don nadie. El abogado, en cambio, si gana la apuesta esta vez, sabrá que puede ganar otros pleitos relacionados con otros asuntos... Prefiero eliminar la amenaza de cuajo.

—Don —me atreví a decir con respeto—, mataré a ese hombre si usted me lo pide, pero prepárese a suprimir a todos los juristas de la ciudad si teme llegar a perder algún día un juicio por asuntos de negocios.

Mi observación sorprendió a don Balsamo.

—No te tomes este encargo a la ligera, Luigi. Conozco personalmente al hombre al que vas a matar. Hay algo extraño en él, algo malsano. Quizá pienses que es superstición por mi parte pero, *Santa Madonna*, te juro que he visto en el fondo de sus ojos verdes un brillo... ¡diabólico! Ese hombre debe ser eliminado cuanto antes. Es así, no discutas.

Dejé a don Balsamo casi riéndome. ¡Por fin un desafío a mi altura!

El hombre al que tanto parecía temer el jefe de la Mano Negra no era siciliano. Ni siquiera era italiano. Su nombre era Preston Ware y nadie sabía de dónde venía ni cuál era su país de origen. Como siempre, yo había hecho de antemano mi propia investigación sobre mi objetivo, con la ayuda de mis pequeños gorilas del barrio, a quienes ahora pagaba medio dólar por semana. Los niños encontraban invariablemente los medios de pasar allá donde un adulto suscitaría desconfianza. Los eché como a una jauría tras los pasos de Ware. En tres o cuatro días me dijeron todo lo que necesitaba saber sobre mi hombre. Stefano, de catorce años, el más dotado, se desenvolvía con destreza con el lápiz y me esbozó un retrato bastante acertado del tipo. El dibujo mostraba un hombre de unos cincuenta años, calvo, de cuello grueso, labios finos y ojos asiáticos. Al verlo, comprendí al momento la naturaleza del malestar que sentía don Balsamo ante ese hombre. Los rasgos del abogado no parecían humanos. Se diría que era un Buda mefítico surgido de la sima de los tiempos, una divinidad antigua que posara sobre el mundo su terrible mirada de águila.

—Ware nunca sale de casa —me informó Stefano—. Recibe allí a sus clientes. Duerme todo el día y sólo atiende por la noche, desde las diez hasta la tres de la madrugada. Nunca defiende en persona a sus clientes, eso lo delega a sus subordinados. Pero instruye todos los casos. Hace dieciocho meses que se instaló en Nueva York y no ha perdido ni un solo juicio. Trabaja exclusivamente para grandes sociedades: United Steel, Standard Oil, Canadian Pacific, o trata los asuntos privados de los magnates. Es íntimo de las familias Rockefeller y Vanderbilt...

—¿Tiene protección? ¿Guardaespaldas?

—No he visto ninguno.

—¿Cómo has conseguido verle?

—Sale una vez a la semana, de manera regular.

—¿Para ir con chicas?

—¡No! —rió Stefano—. Para husmear en las tiendas de los anticuarios. Colecciona libros viejos.

Provisto de estas indicaciones, acercarme a Ware me pareció la cosa más fácil del mundo. Hablé por teléfono con su secretaria haciéndome pasar por un cliente.

—El señor Ware sólo recibe de noche. Puedo darle cita a las veintitrés horas. Es la hora más temprana de la que dispongo. ¿Le parece bien?

—Preferiría una hora más tardía, si es eso posible. Dirijo un teatro en Broadway —me inventé—, y después de medianoche suelo estar bastante ocupado.

—En ese caso le daré cita a las tres. Será usted el último cliente.

—Perfecto, señorita.

El día y la hora convenidos, me dirigí a pie a casa de Ware. Se alojaba en un flamante edificio de lujo cerca de la Quinta Avenida.

La fachada estaba esmaltada en oro y azur, estilo *art nouveau*, una moda venida de París. Se veían frescos en los que cuerpos de mujeres se enredaban con serpientes o con hombres con caras de animales. Envarado en su estrecho abrigo rojo con galones, un adusto conserje vigilaba la entrada. Abrió la reja del ascensor y me acompañó hasta la planta donde residía Ware. El abogado vino a abrir en persona en respuesta a la campanilla de la puerta. Las paredes de su despacho estaban completamente tapizadas de negro, lo que causaba la impresión de entrar en una cueva, o más bien en el santuario de una religión primitiva y bárbara. Flotaba un olor a incienso, como en una iglesia. Casi sin palabras, Ware me hizo entrar en su despacho y me indicó un asiento con un vago movimiento de su mano regordeta. En mi bolsillo, mi palma se cerró sobre la culata de mi arma justo antes de que mis ojos se encontraran al fin por primera vez con los de aquel tipo.

—Así que es usted el encargado de matarme —anunció Ware como si fuera una evidencia y sin que el menor rastro de temor alterase su voz.

Se habría dicho que era un acontecimiento pronto a suceder sin que él intentara el menor gesto de oposición.

—¿Quién le ha advertido? —pregunté, desconcertado.

—Poseo buenos informadores, los mejores —me contestó en un tono de conversación banal—. Ni siquiera los que usted paga son más eficaces. Hay algo que se me ha escapado, sin embargo. No me han revelado su verdadera identidad. ¿Puedo conocerla antes de que usted apriete el gatillo?

Yo estaba atónito. ¿Cómo podía saber Ware que yo era un ejecutor? ¿Y por qué no intentaba disuadirme de mi propósito?

—¿De qué le serviría conocer mi nombre, señor Ware? —repliqué yo—. Usted sabe cuál es mi función. Eso es lo esencial. Pero siento curiosidad. ¿Quiénes son sus informadores y por qué no se opone a la condena dictada contra usted?

—¿Mis informadores? —respondió el abogado, divertido—. ¡Son los sueños y los

signos! Se acumulan a mi alrededor desde hace semanas. Los veo, los siento. Y además, sobre todo, son los muertos. Sí, señor asesino, los muertos me han dicho que usted vendría por mí. No busco distraerle de su tarea, puesto que me esperan al Otro Lado... Ha llegado para mí la hora de penetrar en los misterios que me obsesionan desde siempre y que no se desvelan si uno no sacrifica su cuerpo. He puesto mis asuntos en orden. Estoy preparado para mi oblación. Esta noche es usted mi Caronte, mi Pasador. Va usted a hacer su oficio y está bien así. Pero antes, déjeme retribuirle por la molestia.

Ware se giró ligeramente en su sillón y cerró un instante las pupilas. Sus manos, extendidas sobre la mesa con los dedos separados, empezaron a temblar ligeramente. Cuando volvió a abrir los ojos, vi que sus pupilas estaban tan dilatadas que el color verde del iris sólo formaba un fino anillo apenas detectable.

—¡Gracias! —dijo por fin alzando la voz—. ¡Gracias! Veo que el que va a darme muerte no es un ser ordinario. Esta noche va a poner fin a mi existencia y también va a cambiar la suya, señor Monti. Ésta es la noche de la metamorfosis para ambos. Franquearemos una puerta, yo hacia la luz, usted, hacia tinieblas aún más profundas. ¡Sí, Monti, he tenido la visión! Usted cree haber atravesado el infierno, usted cree haber sufrido más de lo que le corresponde con las muertes de Leonora y de Giuseppina. Pero esto no va a detenerse ahí. La muerte se cierne sobre usted. Ella lo acuna y lo mimas. Ella es su amor, y usted no lo sabe. Le tomará y le soltará, Monti. Como la víbora de los Medici, lo engullirá, lo escupirá, y después se llevará a sus seres más queridos... Ella se encuentra ya sobre su hombro... ¡La estoy viendo! ¡La estoy viendo!

Sudoroso, presa de un pánico repentino, y sin poder soportar que una sola profecía más saliera de la boca de aquel adivino satánico, apreté el gatillo de mi arma sin ni siquiera tomarme el tiempo de sacarla de mi abrigo. Seis balas se hundieron en el cuerpo fofo de Ware. El abogado cayó sobre su mesa, la pechera bañada en sangre. Me quedé allí unos minutos, sin moverme, sin preocuparme de comprobar si alguien había oído los disparos. Mi mente estaba en otra parte. ¿Cómo había podido Ware conocer mi historia? ¿Cómo había podido saber de mi madre y de mi abuela? Yo mismo, de alguna manera, había borrado aquel drama de mi memoria. Nunca lo evocaba en mi interior y sólo venía a mí en forma de pesadilla durante la noche. Incluso había ocultado el juramento de venganza que le había hecho al doctor Lurano antes de dejar el pueblo. Entonces ¿cómo podía haberlo sabido Ware? Me levanté por fin, y me lancé a registrar frenéticamente el despacho del abogado. Lo examiné todo. En primer lugar su mesa, donde forcé cada uno de los cajones para revisar por encima sus carpetas, después el resto de la estancia, donde sólo encontré papeles profesionales sin interés alguno para mí. Más allá de una entrada formada por dos puertas tapizadas de cuero, penetré por fin en sus aposentos privados. La visita al dormitorio no me ofreció nada, ni tampoco el saqueo de dos salitas amuebladas con antigüedades. La biblioteca, en cambio, llamó mucho mi atención... Era una pieza

extraña, muy larga, apenas más ancha que un pasillo, con los muros cubiertos de estanterías atestadas de millares de libros antiguos. Unos cuadros iluminados por lamparitas verdes marcaban el riguroso alineamiento de los volúmenes. Todas las pinturas sin excepción tenían como protagonistas a demonios gesticulantes, alquimistas trabajando en sus antros o brujas en el sabbat. En cuanto a los libros, trataban exclusivamente sobre magia, alquimia y espiritismo. Leí algunos títulos al azar: *Claves de la magia negra*, de Stanislas de Gaita; *Hermippus redivivus o Victoria sobre la tumba*, de Cohausen; *El libro de los espíritus*, de Kardec; *Viridarium chymicum*, de Stolcius; *Carta sobre demonología*, de Scott...

Encastrada en un profundo nicho había una mesa de trabajo cubierta de hojas garabateadas con horóscopos y pentáculos trazados con tinta roja. Más allá de la mesa, sobre un atril, vi una especie de enorme catálogo abierto cuya apretada escritura no se parecía a la de ningún alfabeto de los que yo conocía. Como una burbuja que estalla de pronto en el agua estancada, la voz de mi madre acudió en un eco a mi memoria. Tan claramente como cuando era un niño, la escuché repetir las frases que pronunciaba en otro tiempo para explicarnos sus actos mientras creaba el fetiche milagroso:

«Escribir el nombre del fetiche con la ayuda de un signo inventado fija el espíritu de ese nombre y guarda el secreto para nosotros solos».

Una escritura inventada por Ware y reservada para su uso exclusivo. He aquí lo que parecía contener aquel volumen. Generaciones de sabios podrían consagrarse al estudio de aquellas líneas sin descubrir su clave, porque ésta sólo pertenecía al hombre que la había inventado. Pese al conocimiento de esta evidencia, hojeé al azar las páginas del grimorio. Pronto encontré bocetos o planos de arquitecto, encuadrados como las miniaturas de los libros de horas. Después, se me encogió el corazón. En dos páginas enfrentadas, el abogado había esbozado la representación exacta de San Ezequiel, la pequeña iglesia del padre Vittorio. Reconocí los contornos y el lugar. ¡No faltaba nada, ni las grietas en la torre del campanario, ni el tramo de escalera que llevaba a la rectoría contigua, ni la perspectiva de la plaza! Con sorpresa y horror, vi, por encima de todo, la silueta de una mujer medio desnuda colgada de la rama de un roble, grotesca y desarticulada. Fue como si toda mi sangre se retirara bruscamente de mi cuerpo. Me sentí desfallecer, pero un sobresalto nervioso me permitió conservar una brizna de conciencia. Jadeante, hojeé una por una las páginas de aquel libro demoníaco en busca de indicios que pudieran revelarme de dónde sacaba Ware sus visiones, pero de repente sentí posarse en mi nuca la boca fría de un revólver, mientras me ponían las manos a la espalda de una manera brutal y escuchaba el seco chasquido de unas esposas que se cerraban en torno a mis muñecas.

BLACKWELL'S ISLAND

La penitenciaría de la isla de Blackwell, en medio del East River: ésa era la fosa a la que me arrojaron tras mi arresto en casa de Preston Ware. Era un conjunto de edificios siniestros de granito negro, de aspecto medieval, erigidos en su mayor parte casi un siglo atrás. Había tres pabellones de cuatro pisos reservados a los homicidas, a los ladrones, a los proxenetas y a los violadores. El último edificio hacía los oficios de asilo de alienados. Éramos novecientos, quizá mil prisioneros, vestidos con uniformes grises y calzados con zuecos, mal alimentados, maltratados, siempre a merced del malhumor de los guardianes, que hacían llover golpes de porra bien porque no avanzábamos suficientemente rápido en las filas, bien porque nuestra mirada se cruzaba con la suya. «Estáis aquí para sufrir. Estáis aquí para expiar», advertía un inmenso cartel escrito con alquitrán que pendía sobre el refectorio.

Sufrí mucho en Blackwell. Pero no expié nada. Nada. Después de que me detuvieran en casa del abogado, fui inculpado de asesinato. Unos policías y un juez encantados con aquella ganga se encargaron de llevar la instrucción con rapidez. El arma que había matado a Ware estaba aún en mi bolsillo. No perdí el tiempo en negarlo. ¿Para qué? En cambio, jamás pudieron arrancarme el nombre del que me había enviado ni confesión alguna sobre las actividades de la Mano Negra.

—La única forma de salvarse y de escapar a la pena capital es revelarnos la identidad de la persona para quien trabajaba —me advirtió el juez, frunciendo el ceño a la manera de un maestro de escuela creyendo impresionar a un granujilla.

Su observación me hizo reír.

—¿Y qué? —contesté—. ¿Pretende hacerme creer que toda una vida entre cuatro muros es preferible a una muerte rápida? ¿De verdad piensa que el trato que me propone me es favorable?

El magistrado suspiró. La batalla estaba perdida de antemano, y él lo sabía.

—El proceso se celebrará dentro de unas semanas. Su *dossier* es transparente; no espere nada.

Esta observación también me arrancó una sonrisa maligna. Tan pronto noté las esposas en mis muñecas, supe el final del viaje en el que me había embarcado. En Blackwell, me encontraron un jergón en una celda donde diez hombres compartían un espacio que ya era escaso para ellos. Mi llegada provocó revuelo, quejas, un empujón y por fin un altercado general. Los guardianes no intervinieron. En la cárcel no hay dónde esconderse, no hay adonde huir, nadie a quien dirigir una llamada. Recibí un golpe, y golpeé a mi vez. Ciegamente. Sin preocuparme a quién alcanzaban mis puños. Tumbé a un tipo, después a otro, y a un tercero aún. La fuerza y la violencia de las que di muestras sirvieron para que me dejaran en paz. Al precio —mínimo— de una costilla quebrada y una parte del cuero cabelludo goteando sangre, me gané el

derecho de residencia. Me quedé allí en espera de mi proceso, entre aquellos hombres de los que nada quería saber y que nada me pedían. Desde que franqueamos las puertas de hierro de la penitenciaría, dejamos de existir entre los humanos. Nuestro pasado, nuestras ambiciones, nuestras esperanzas, todo eso no existía ya sobre aquella franja de tierra de poco más de dos millas de largo y ochocientas yardas de ancho que se extendía justo enfrente de las calles Cincuenta y uno a Ochenta y ocho de Manhattan. ¡Manhattan! A apenas veinte minutos a nado para un hombre robusto. Y, sin embargo, al otro lado del mundo. Como todos los que llegaban allí, yo había sido trasladado a la isla en un transbordador especial que hacía el viaje de ida y vuelta dos veces al día entre la prisión y el gran depósito general de la policía. En Blackwell todos los prisioneros trabajaban. Me asignaron al equipo encargado de construir un dique cerca del faro, hasta que se anunciara oficialmente mi sentencia, después de un proceso expeditivo que duró menos de una mañana.

—Monti, Lewis: el jurado le condena por unanimidad a la pena de muerte por electrocución.

La silla eléctrica, he aquí la suerte que me estaba reservada. Me preparaba para ella desde hacía semanas. No sentí sorpresa ni abatimiento. El pobre abogado a quien le había tocado defenderme estaba más apenado que yo.

—No ha hecho usted nada por ayudarme, Monti —se quejaba cuando me dirigí la palabra por última vez—. ¡Si al menos hubiera confesado quién le envió a casa de Preston Ware! Ahora, su única oportunidad reside en la gracia del nuevo presidente Taft. Acaba de ser elegido. Quizá desee hacer un gesto...

Pero Taft no intervino. ¿Por qué habría de hacerlo? Todo aquello no me importaba. Mi única pena era morir en la ignorancia de lo que Ware había sabido de mi historia y, sobre todo, cómo y por qué medios se había enterado de los detalles de las muertes de mi madre y de mi abuela. Ése era el misterio que ocupaba todos mis pensamientos. Nada más.

La sentencia me valió un cambio de celda; me transfirieron al pabellón de los condenados a muerte. Era un pequeño edificio, menos alto pero más siniestro aún que los otros. Un doble cinturón de muros lo aislaba de su vecino inmediato, el asilo de los locos. Me encerraron en un calabozo individual, una especie de tumba por anticipado, donde sólo entraba hacia el mediodía un hilo de luz que se vertía desde un tragaluz protegido por alambre de espinos y barrotes de acero gruesos como mi muñeca. Una tabla de madera fijada al muro que hacía las veces de cama, un colchón de borra húmeda, un recipiente de barro para hacer las necesidades... nada más. Veintitrés horas al día allí, sin salir, sin ver a nadie, sin saber cuándo se llevaría a cabo la ejecución para librarme por fin de aquel infierno de soledad y desesperación.

Poco antes del anochecer, tenía derecho a una hora de paseo, con hierros en los pies, esposas en las muñecas, con un solo compañero de infortunio y bajo la vigilancia de tres guardianes armados, subidos a unas plataformas, que sostenían sus fusiles entre sus brazos como si fueran bebés, con el percutor ya levantado para abrir

fuego en caso de rebelión por nuestra parte. El primer tipo con el que compartí este paseo era un pequeño alemán que había estrangulado a cinco o seis prostitutas en el barrio de Hells Kitchen, en la esquina de la calle Treinta y nueve con la Décima Avenida. Ojillos de ratón, frente huidiza, mentón débil... apenas hablaba inglés y yo no entendía nada de su jerga. No lo eché de menos el día en que fue ejecutado. Lo reemplazó un mexicano que había envenenado a toda su familia para conseguir una magra herencia. Nos paseamos mucho tiempo juntos, quizá diez o doce meses, antes de que le llegara su turno y se lo llevaran. Tuve uno o dos compañeros de infortunio más y después, al cabo de casi dos años, colocaron junto a mí a un tipo alto que se movía de forma extraña, mezclando la suavidad de un bailarín y la brutalidad de un animal. Su nombre era Maddox Green. Cuando me vio, sonrió como uno imagina que lo haría un viejo lobo al descubrir el rastro de un cervatillo perdido.

—Primero te afeitarán...

—¿De qué hablas, Green?

—Digo que primero te afeitarán. Completamente. Tu cuerpo deberá estar liso para disminuir la resistencia al paso de la corriente eléctrica. Después te atarán a la silla con correas de cuero.

El patio era muy pequeño. Imposible huir de Maddox Green, de su mirada de loco, de sus palabras, sobre todo de sus palabras, que me describían con detalles atroces todo el desarrollo de mi ejecución. En la cárcel no hay dónde esconderse. En la cárcel no hay adonde huir. Y en el patio de los condenados a muerte menos que en ninguna parte.

—Estrujarán una esponja con agua sobre tu cráneo pelado y te pondrán un casquete de metal erizado de electrodos. Debajo de la pierna te pondrán otro hilo. Te vendarán los ojos, justo antes de retirarse a la sala de observación. Entonces, el verdugo bajará la palanca que liberará una corriente de diez mil voltios...

—¡Por Dios! ¡Cierra la boca, Green!

—¡Diez mil voltios, Luigi, durante treinta segundos! Pero no reventarás enseguida, ¡ah, no, eso sería demasiado bonito! Primero, tus músculos se contraerán y tus manos se cerrarán sobre los brazos de la silla mientras tus piernas se sacuden queriendo romper las correas, con tanta fuerza que te romperás los huesos. Un olor a quemado subirá a tu alrededor, un olor tan penetrante que lo percibirás a pesar del dolor. Entonces tus ojos explotarán. O arderán, o se saldrán de las órbitas y colgarán sobre tus mejillas como dos bolas al extremo de sus fibras nerviosas. Vomitarás sangre y bilis. Tus intestinos se vaciarán, porque tus órganos internos se estarán cocinando...

—¡Cállate, te digo!

—Tu piel... tu piel ennegrecerá y se agrietará. Empezará a echar humo y se formarán ampollas. Querrás gritar, pero tu lengua ya no será más que un trocito de

carbón en tu boca. Entonces, el verdugo levantará la palanca. Con suerte, ya estarás muerto, Luigi. Un medico vendrá a verificarlo. Pero a menudo es necesaria otra descarga. Treinta segundos más. Y a veces una tercera. El cerebro y el corazón tardan mucho en asarse, son dos buenas piezas de casquería. Chisporrotean como el beicon que se echa en una parrilla demasiado caliente. Los que estén allí, detrás del cristal, mirándote, vomitarán. Algunos se desmayarán. El olor de tu carne carbonizada será tan fuerte que después se verán obligados a tirar sus ropas. Si tu madre está allí, Luigi, si tu mujer está allí, tendrán que raparse el cabello, porque les será imposible librarse del olor infecto que las habrá impregnado para siempre...

En cada paseo, Green me repetía la misma escena de horror. Por la tarde, yo ya sabía que escucharía de nuevo la descripción de lo que ocurriría en la sala de ejecución. El crepúsculo se había convertido en una pesadilla para mí. Pedí a los guardianes que me cambiaran la hora del paseo o incluso que me dejaran pudrirme en mi celda antes que imponerme la mirada de loco y las palabras inmundas de Maddox Green, pero los guardianes ignoraron mis peticiones. En la cárcel no hay dónde esconderse, no hay adonde huir.

Y después, un día, después de semanas de este juego, Maddox Green se calló por fin. Era una tarde de verano ardiente, el cielo amenazaba tormenta. Nubes negras cubrían la ciudad. A través de la alambrada tendida por encima de nuestro patio ya no veía el sol, y la única luz venía de los relámpagos sordos que laceraban un cielo del fin del mundo. Desde el asilo de locos contiguo se alzaban los gritos de los enfermos, excitados por el bochorno y por la inminencia de la tempestad. El viento se levantó en borrascas. Maddox callaba. Miraba las nubes con fijeza, husmeando el aire como lo habría hecho un animal. Yo había recostado la espalda contra el muro en un rincón. Me costaba respirar. Mis pulmones parecían encogerse al paso de los segundos. Los dientes empezaron a castañetearme, la cabeza me daba vueltas y me dejé caer al suelo con un ruido de cadenas. Entonces vi a Maddox Green acercarse a mí. Su silueta no era más que una gran sombra negra, de rasgos desdibujados, indistintos como los de una fantasma. Se agachó junto a mí y pegó su boca a mi oreja.

—¿Tú eres el que ha matado a Preston Ware, verdad? —me dijo con una voz que rezumaba odio.

Pero yo no podía contestar. Presa de temblores, los nervios tensos a punto de romperse como si ya me estuvieran recorriendo los miles de voltios de la silla eléctrica, quise empujarle, pero no quedaba ninguna fuerza en mis músculos.

—Hay un secreto, Luigi —prosiguió Green en un tono más suave—. Ware me ha hablado. Me ha pedido que te transmita un mensaje. ¿Quieres oírlo? No saldrá de mis labios hasta que no me digas que quieres oírlo, Luigi.

Yo parpadeaba, mis pestañas se movían como mariposas del infierno. Por un momento creí ver que el rostro de Green se modificaba. Su frente se abombó, sus mandíbulas se ensancharon y se alargaron como las de un perro. Un forro de piel oscura cubría su cara, ¡y el iris de sus ojos estaba hendido por la pupila rectangular

del macho cabrío! Su olor infecto cayó sobre mí como un trapo mojado. Sin embargo, yo sabía que todo aquello no era verdad, que estaba a punto de hundirme en una pesadilla provocada por la fiebre. Reuní las fuerzas que me quedaban para responder a Green.

—Quiero escuchar el secreto —conseguí balbucir al fin—. Habla.

Mis ojos se cerraron y sentí la mano del monstruo pasando sobre mis cabellos, mientras se permitía el placer de soltar una risita ante su revelación.

—Las religiones mienten, Luigi. Los hombres no tienen alma. Después de la muerte no hay nada. ¡Nada!, ¿me oyes? Ni siquiera el vacío. Ni la negrura. Ni el silencio. Todo eso no existe ya. ¿Lo comprendes, Luigi? ¡La muerte es el gran término! Pero hay una excepción, una sola, para los que han tenido el coraje de forjarse un alma a partir de su vida. Preston Ware lo ha hecho, y quiere que tú lo hagas también. No dejará que revientes en la silla eléctrica. ¡Preston Ware! El hombre a quien has desembarazado de su corteza de carne para que su espíritu viva por siempre. ¡Él te salvará! Sabe que tienes una gran obra que realizar y quiere agradecerte lo que has hecho por él. Confía en él, Luigi, ¡confía en él!

Pese al tornillo de dolor que me apretaba el cráneo, rompí a reír. Maddox no era más que un alienado, y yo lo era tanto como él; yo, que seguía mirando su morro de animal colgando sobre mí.

—¿De qué te ríes? —Ladró—. ¿No me crees? ¿Acaso dudas? ¿Te niegas a creer en tu misión? ¡Estás loco!

Su puño cayó sobre mi frente.

—¡Serás salvado, Luigi Monti! ¡Serás salvado! ¿Quieres entenderlo de una vez? —gritaba, mientras me golpeaba la cabeza, el vientre, el pecho.

Escuché a los guardias llamar desde lo alto de sus plataformas. Hubo gritos. Mis ojos se cerraron y mi cuerpo se aplastó contra el ángulo del muro. Sentí que arrancaban a Green de la presa que había hecho en mi túnica. El tejido se desgarró, al tiempo que se oía un trueno y las primeras gotas de lluvia se estrellaban en el cemento. La sensación del agua deslizándose sobre mi cuerpo me devolvió un poco las fuerzas. Me levanté y vi a Maddox agarrado por los guardianes. Tres o cuatro hombres intentaban reducirlo pero, a pesar de las pesadas cadenas que le estorbaban, el prisionero era un adversario temible. Con una energía multiplicada por la rabia y la locura, Maddox arrojó a los guardianes al suelo uno detrás de otro. Uno de ellos cayó con tal violencia que su cabeza golpeó el suelo. Su sangre de un rojo vivo, casi fluorescente bajo el resplandor de los relámpagos incesantes, era el único color en aquella escena de infierno en blanco y negro. Perdidos bajo los truenos, estallaron disparos. Dos, después tres, después quizá diez... Maddox cayó cerca de mí. Su camisa estaba hecha trizas y dejaba ver un gran tatuaje que recorría su torso. Era una gran imagen de la Virgen rodeada de serpientes de cuyas fauces rezumaba veneno...

Las palabras que pronunció Maddox Green justo antes de su muerte no dejaban de acosarme. A pesar de su absurdo, la profecía imposible que había proferido constituía el único arrecife al que mi espíritu náufrago podía aferrarse. No comprendía cómo había podido saber Green que yo había ejecutado a Preston Ware. ¿Lo habría leído en los periódicos antes de que lo encerraran en Blackwell? ¿Se lo habrían contado otros presos? ¿Y por qué razón lo habrían hecho? Nada de todo aquello tenía sentido. El misterio Ware se hacía todavía más opaco... Todos estos pensamientos me consumían. En la oscuridad y el silencio casi absolutos, en la soledad y el frío, acabé por tomar el camino que llevaba a los confines de la locura. También a mí, como a Maddox, empezaron a hablarme los muertos. Vi la sombra del gángster Madonia a quien había abatido en su coche, las de los asesinos Francesco y Cario a los que había matado en un callejón porque estaban torturando a un pobre tipo... Vi la cara del policía al que había asesinado bajo la lluvia... Y después vi a Leonora y a Giuseppina. El recuerdo de las dos mujeres era el que con más frecuencia volvía a mi memoria. Ellas me decían que era preciso que fuera valiente, que pronto llegaría mi hora y que mi liberación estaba muy cerca. La figura de mi madre era horrible. Llevaba la cuerda que el notario Galline le había pasado por el cuello. Sus vértebras estaban rotas y la cabeza le colgaba sobre el hombro de un modo grotesco. Su piel estaba jaspeada de negro. La vieja Giuseppina, por su parte, chorreaba agua del pozo en el que la habían arrojado. Su carne estaba hinchada y cuarteada. No hablaba, pero su boca me sonreía.

—¡Prisionero Monti, Lewis! ¡Prepárese!

La mirilla de mi puerta se abrió bruscamente y me arrancó de mis ensoñaciones. Había llegado la hora. Iba a morir dentro de unos minutos. No había nada que hacer, y yo sentía un alivio inmenso. La espera había sido larga: una prueba mucho más terrible que el dolor físico que me habían prometido. En poco más de una hora, desaparecería de la superficie de la faz de la tierra, y lo único que lamentaba era no haber estrangulado con mis propias manos a las personas del pueblo que se habían abalanzado aullando sobre nosotros cuando nos disponíamos a destruir el fetiche sanador oculto en el dorso de la figura de María. La puerta se abrió y entró un sacerdote católico.

—Es la hora, hijo mío. ¿Quiere confesarse?

—Siempre me he pasado sin sacramentos, padre. Hoy no voy a cambiar de hábitos.

Un guardián cubierto con una bata penetró después en mi celda. Como Maddox me había contado innumerables veces, me raparon por entero y me preguntaron si quería tomar mi última comida, pero yo rehusé.

—Que la cosa se haga deprisa. Es todo lo que pido. No tengo ninguna otra voluntad.

Comprobaron mis cadenas y después me condujeron hasta la planta inferior. Debían de ser las diez de la mañana. Los procedimientos eran interminables. Un juez se retrasó, un médico también. Me hicieron esperar justo delante de la silla, en una pieza exigua, desnuda excepto por el instrumento de muerte. Unas manchas de carbón manchaban el asiento... Por fin, detrás de un cristal, vi que un hombre de paisano hacía una señal a los guardias para que me instalaran. Me pareció que el corazón dejaba de latirme, que la sangre se cuajaba en mis venas. Mis pensamientos quedaron en suspenso. Me senté sin resistirme. Unos gruesos brazaletes de cuero encerraron mis tobillos y mis puños, y el verdugo apretó una esponja empapada contra mi cráneo. El agua estaba fría y me resbalaba por el cuello, los ojos y la nariz. Sentí que fijaban un objeto de metal pesado encima de mi cráneo desnudo. Un tipo se acercó con una venda, pero hice señas de que no la quería. Mi calma debió de impresionarle, porque retrocedió. Por fin, me dejaron solo. El verdugo se acercó al tablero eléctrico. Su mano se posó sobre la palanca de madera y se quedó inmóvil por un instante. Esperaba la autorización del juez. A través del cristal yo lo veía todo. El magistrado, un hombre corpulento con bigote blanco y pelo cortado al cepillo, hizo una pequeña señal con la barbilla. La palanca bajó, dando la corriente. Pero no pasó nada. Apenas sentí una crepitación que subía hacia mí. No noté quemazón alguna, ningún dolor. Se oyeron exclamaciones en la sala de observación.

—¿A qué espera? ¡Vuelva a empezar! —ordenó secamente el juez al encargado de la ejecución.

El mecanismo fue puesto de nuevo en marcha y la palanca fue nuevamente bajada. Igual que la primera vez, la electricidad rehusó salir de su acumulador. La tercera y la cuarta tentativa fracasaron del mismo modo. Un barullo indescriptible se propagó por el lugar.

—¿Quién es el encargado del buen funcionamiento de la instalación? —gritó el juez, rojo de cólera—. ¡Que me lo traigan inmediatamente!

Los técnicos verificaron los circuitos. Todo fue examinado sin que se descubriera ninguna anomalía. Me desataron de la silla y me volvieron a poner otra vez para una última tentativa, que fracasó tan penosamente como las anteriores.

—Hay que aplazar la ejecución —declaró finalmente el hombre del bigote blanco—. No podemos seguir así. Señor director, usted es el responsable de sus locales. ¿Puede explicarme qué pasa?

Cogido de sorpresa, el director de la prisión no sabía qué decir ni qué hacer. Prometió mil veces verificar cuanto antes la integridad de la red eléctrica, lo que no lo libró de soportar una lluvia de injurias por parte del magistrado. Aún escuchaba sus invectivas mientras me llevaban de vuelta a mi celda.

—Puedes decir que eres un tío con potra, muchacho —me dijo un carcelero antes de que cerraran la puerta detrás de mí—. Una ejecución fracasada, ¡es lo nunca visto en Blackwell!

Antes del fin del día, la noticia se había propagado por toda la isla. Desde mi

celda, yo escuchaba el jaleo que armaban los prisioneros, que cantaban frenéticamente mi nombre mientras golpeaban sus escudillas. A la hora del paseo, me hicieron caminar en solitario por el patio. Yo me pasaba la mano por el cráneo calvo y reía. Maddox Green no me había mentido: ¡Preston Ware acababa de salvarme la vida!

Transcurrieron dos o tres meses sin que volvieran a buscarme para ponerme de nuevo en la silla. Mis guardianes me habían contado ciertos rumores. Se decía que una sentencia capital que fracasa equivale a una gracia, y que la administración firmaría pronto la conversión de mi pena de muerte en reclusión de por vida. Otros, por el contrario, pensaban que yo volvería a manos del verdugo, pasara lo que pasase, allí o en otra penitenciaría si fuera preciso. Morir o pasar la vida en Blackwell... para mí, no había una gran diferencia.

No obstante, algo había cambiado después de aquella mañana en la que me ataron a la silla eléctrica; algo que nadie más que yo podía notar y que sin embargo alteraba por completo la situación. Me había atrapado un repentino deseo de vivir, un deseo de luchar con todas mis fuerzas contra la suerte adversa que se había abatido sobre mí desde el día en que mataron a mi madre. Había necesitado casi quince años para deshacerme del fardo que pesaba desde entonces sobre mis hombros. Para ello, me había sumergido de buen grado en la violencia y el asesinato, me había ofuscado hasta llegar al umbral de la locura y de la muerte. Pero ya me recuperaba, y quería ser un hombre de verdad. Aunque tuviera que cavar la tierra con las manos y con los dientes, quería dejar Blackwell para renacer al mundo.

Una tarde de diciembre, fui conducido al paseo por un guardián al que nunca había visto antes. Mientras hacíamos un breve alto, se inclinó hacia mí.

—Tus hermanos no te olvidan, Monti. Están preparando algo. Te avisaré cuando llegue el momento.

Estas palabras me recomfortaron por encima de todo. ¡Por fin, la Mano Negra se acordaba de su hijo! Esperé aún varias semanas, febril, antes de que un olor a incendio me despertara en plena noche. Cuando abrí los ojos, el humo se infiltraba ya por debajo de mi puerta. Sonó la alarma, y casi inmediatamente después el ulular de una sirena en aumento. Por mi tragaluz apenas podía ver la tinta negra de una noche sin luna. Escuché carreras en los corredores. Una llave fue insertada en mi cerradura, y el guardián que me había hablado durante el paseo apareció en el umbral, revólver en mano.

—¡Monti, es hora de que huyas! ¡Ven conmigo!

El tipo me arrastró consigo. Una luz roja y vacilante iluminaba el corredor. El incendio arrasaba en nuestro edificio y devoraba en parte la estructura. Los prisioneros eran sacados uno a uno de sus celdas para ser conducidos fuera de allí. Pin lugar de seguir el movimiento de pánico general, remontamos la marea humana de condenados y guardianes que corrían en desorden hacia la salida principal.

—Hay que atravesar las llamas —dijo el hombre—. Si pasamos, serás libre.

¡Vamos!

Me agarró por la manga y ganamos un corredor tapizado de humo; después me empujó hacia un vestuario. Sacó de un armario de hierro dos grandes impermeables de tela encerada, así como dos pañuelos empapados de agua.

—Ponte esto y aplica el pañuelo sobre tu cara —me ordenó al tiempo que él también se preparaba.

Protegidos de este modo, dejamos la pieza por la puerta del fondo y nos lanzamos de frente hacia la hoguera. El tipo sabía lo que hacía. Sin mostrar ninguna vacilación, pero comprobando que yo seguía sus pasos, me hizo atravesar una sucesión de salas en llamas antes de detenerse para echar abajo una puerta desprovista de barrotes. Mientras que la succión del aire alimentaba aún más el vigor del fuego, nos echamos hacia delante. El choque fue duro, pero nuestros cuerpos cayeron sobre un montón de tierra blanda y no sobre piedras. Nos levantamos a toda prisa y continuamos nuestra carrera hasta llegar al muro exterior. Había una pequeña puerta abierta y sin vigilancia.

—Al otro lado, a doscientas yardas, está el río. Ésa es la parte que entraña un mayor riesgo. Hay un edificio con guardias entre nosotros y el agua. Imposible evitarlo. Tenemos que correr y confiar en la suerte. ¿Estás listo?

Aspiré una larga bocanada de aire, tensé los músculos y me preparé para el esfuerzo. Recorrimos cincuenta yardas sin que repararan en nosotros, antes de que los disparos sonaran en dirección a nosotros.

—¡Continúa! ¡Continúa! —gritó mi cómplice.

Sacó su arma y disparó al azar, doblado en dos, sin aminorar su marcha. Por fin, el río apareció a la vista. Nos lanzamos los dos de cabeza al agua oscura y helada, sin mirar atrás. Ante mí, suave y rico, Manhattan vibraba como una cálida montaña de luces...

SEXTA TUMBA DE LAS QUIMERAS

LOS NUEVOS JUGADORES

Buenos Aires, octubre de 1946

—¿Sabe usted por qué es útil la mentira, Gärensen?

Thörun Gärensen apretó las mandíbulas y se abstuvo de contestar.

—La mentira es útil porque permite que la verdad vuelva a imponerse —continuó Ruben Hezner, fingiendo no reparar en el mal humor de su compañero.

Gärensen le dirigió una mirada de hastío. El modo en que Hezner se había acostumbrado a esmaltar sus conversaciones de aforismos de un aire pretendidamente cabalístico tenía el don de ponerle los nervios a flor de piel. Aunque le vino a la mente una repuesta mordaz, el corpulento noruego optó por la mesura y eligió el silencio. Acodado sobre la balaustrada de una terraza del aeropuerto de Buenos Aires, posó su mirada en el gran Dakota civil que se acercaba. Golpeado de lleno por el sol de mediodía, el fuselaje del aparato era un espejo incandescente nimbado de chispas blancas. Con un golpe seco, Gärensen hizo caer sobre su nariz las gafas de cristales ahumados que llevaba descuidadamente sobre la frente.

—¡Es él! —le dijo a Hezner—. Es el vuelo del coronel Tewp. Venga...

Los dos hombres descendieron hasta la sala de espera, frente al vestíbulo de desembarco.

Embutido en un sobrio traje civil que llevaba con la rigidez de un uniforme, el coronel David Tewp se reunió con ellos. Era la primera vez que el inglés viajaba a América del Sur, pero su cuerpo estaba habituado desde hacía mucho tiempo al clima de los países cálidos. Al ver que Tewp le tendía la mano abierta y que su rostro se iluminaba con una sonrisa, Gärensen no pudo reprimir una exclamación.

—Disculpe mi grosería —se excusó, como si acabara de cometer la más imperdonable torpeza.

En lugar de vejado, Tewp pareció divertido ante su turbación.

—La sorpresa es comprensible, Gärensen. Hasta ahora, usted siempre me había visto llevar una máscara. Es normal que el cambio le sorprenda.

Entre las nieves de Europa oriental, tras encontrar al fin a la agente de los servicios secretos nazis Ostara Keller después de una azarosa búsqueda, ésta le había roto la nariz a Tewp durante el combate final. La herida no había podido repararse, y sólo un pedazo de cuero ocultaba la horrible abertura que desfiguraba desde entonces al coronel. Pero en Jerusalén, el concurso de un artesano y un rabino habían obrado milagros, y juntos habían creado un objeto perfecto, una nariz de coral y marfil tan fina, tan delicada, que apenas se diferenciaba de la carne del inglés.

—¡Nunca había visto una prótesis tan perfecta! —murmuró Gärensen, que no podía apartar los ojos del rostro de su amigo—. ¿Quién se la hizo?

Tewp sonrió.

—Es una larga historia. Ya se la contaré más tarde. Antes, hagamos las presentaciones.

Balanceándose sobre un pie y sobre el otro, Hezner mostraba signos de la más viva impaciencia. No entendía nada de la conversación entre los dos hombres y apenas sabía que el británico le había buscado en vano en Palestina unas semanas antes.

—Soy el doctor Ruben Hezner —dijo con autoridad.

—Gärensén me ha hablado mucho de usted. Estoy encantado de que haya logrado convencerle de colaborar con nosotros a partir de ahora.

—El señor Hezner no actúa por bondad de corazón —intervino Gärensén—. Le he pagado unos honorarios. Unos emolumentos extremadamente elevados...

Tewp miró a ambos hombres con asombro, sin comprender. ¿Cómo iba a adivinar que el precio exigido había sido sangre? La sangre de Sacha Hornung.

—Nuestro pequeño acuerdo ya está resuelto —concluyó Hezner—. Ya es hora de que olvidemos los resentimientos personales, si queremos que nuestras investigaciones progresen. Nos hemos reunido para encontrar a los Galjero, ¿no es así? ¿Sabe, coronel? He puesto a algunos hombres a su disposición. Son cuatro voluntarios. Espero que esto suponga una buena noticia para usted.

—Una buena noticia, desde luego —aprobó el inglés.

—Y bien, Hezner, ¿por dónde empezamos? —preguntó el coronel en un tono lleno de energía.

La primera sesión de trabajo acababa de dar comienzo en un salón privado del gran hotel donde Tewp y Gärensén ocupaban ya habitaciones contiguas. El inglés sólo se había permitido una ducha antes de sumarse a sus compañeros. Los había encontrado sentados cara a cara, silenciosos y cerrados, conteniendo a duras penas su hostilidad recíproca. Ruben Hezner, ensimismado, alisaba su espesa barba como una crin sin dignarse contestar a la invitación del coronel.

—Ayúdenos o no lo haga, Hezner —le previno Tewp, exasperado por las poses del doctor—. Pero le agradecería que se decidiese ahora y no nos hiciera perder el tiempo.

—Les ayudaré —aseguró Ruben—. Lo he prometido y lo haré. Sin embargo, y a riesgo de decepcionarles, no puedo revelarles con exactitud dónde se encuentran los Galjero. De todos modos, coronel, Herr Gärensén ya sabe el consejo que voy a darles, ¿no es así, *Standartenführer*?

Pese al tono de broma, el propósito era hiriente. No había sido por torpeza por lo que Hezner había aludido a la pertenencia del noruego al ejército nazi.

Thörün se hundió en el sillón y bajó los ojos, como un boxeador que acusa un golpe.

—Para encontrar al maestro, hay que encontrar al alumno. Eso es lo que quiere decir, ¿no es así, Hezner? —dejó escapar entre dientes.

—Exacto, pero le dolerá mucho menos abatir a ese alumno que a su amigo Sacha Hornung, Gärensen. Matthieu-Marie Dandeville es el responsable de la muerte de su esposa, ¿verdad? Eso debería ayudarle a apretar el gatillo cuando llegue el momento.

Dieciocho meses antes, Thörun había enterrado el cadáver de Fausta Pheretti en el cementerio de Venecia, en la isla San Michele. Mucho antes de que entregara su alma, el cuerpo de la joven se había descompuesto, raído por una lepra que ningún médico ni ningún sacerdote habían podido combatir. Aquel chancro había sido la venganza de Dandeville y de Keller —dos satélites de los Galjero—, aprendices de brujo, almas torvas asociadas en el mal y la perversión. Thörun había acabado con la joven Keller, pero el hombre continuaba vivo y coleando.

—En otra época estuvo usted muy unido a Dandeville, ¿no es cierto? —prosiguió Hezner, que se complacía de continuo en recordar cuánto había llegado a comprometerse el noruego con los individuos de la peor calaña antes de elegir ayudar a los aliados en el curso de los últimos años de la guerra.

—¿Cómo encontraremos a esa persona, a ese Dandeville? —cortó Tewp, que sentía la necesidad de intervenir para calmar la tensión que crecía entre los dos hombres.

—Mi equipo ha estado a punto de atrapar al francés hace muy poco, aquí mismo, en Buenos Aires. Poco después de escapársenos entre los dedos, ese señor buscó la ayuda de Sacha Hornung, pasador al servicio de los criminales de guerra en fuga y, por lo tanto, tan culpable como ellos y que ya ha recibido su castigo. En los archivos de Hornung encontramos la respuesta a su pregunta. Dandeville está en México, en Tijuana para ser más exactos. Ése es nuestro próximo destino para desenmascararle.

—¿A Tijuana? ¿Qué ha ido a hacer allí? ¿Es un alto en el camino, o pretende establecerse?

—¿Cómo puedo saberlo? Tendremos que ir a averiguarlo.

Así pues, se dirigieron hacia el norte. Encontraron un avión que partía de Buenos Aires con destino a Bolivia. En La Paz, tuvieron que pasar seis horas de hastío en un hotel en el que unas cañerías de otra era vomitaban un agua parda y maloliente. Una tormenta de polvo había paralizado la ciudad, obligando a sus habitantes a recluirse en sus hogares y haciendo que los aviones permanecieran en tierra. Por fin, pudieron reemprender su largo periplo a través del continente. Tras franquear la cordillera de los Andes, tuvieron que hacer transbordo en Lima. De Perú apenas vieron los ladrillos amarillos del aeropuerto internacional, un edificio deteriorado que no estaba a la altura ni de una estación de ferrocarril de provincias de Europa. A continuación viajaron a Colombia y después, esta vez en tren, a Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras y de Guatemala hasta México por fin.

—¿Está usted seguro de sus informaciones, Hezner? —había insistido Twep en preguntar durante el curso de ese periplo interminable.

—No tengo ninguna información —repetía pacientemente Ruben—. Sólo me guío por las conclusiones extraídas del examen de los archivos hallados en casa de Hornung. Pero tranquilícese, coronel. Esas conclusiones son acertadas. Tenga confianza.

¿Tener confianza? ¿Cómo podía tener confianza Tewp? Eso era como pedirle que proyectara sobre el mundo una mirada de niño: desde que un día de 1936 había desembarcado del *Altair* para abrirse camino a través del denso gentío del puerto de Calcuta, había perdido bastante más que la capacidad de creer en la palabra de individuos turbios del temple de Hezner.

En México, los tres hombres establecieron sus cuarteles en un hotel del centro, donde permanecieron casi una semana, ya que, incluso antes de su partida de Buenos Aires, Ruben había enviado a sus agentes como exploradores, y deseaba esperar su retorno antes de emprender la última parte del trayecto.

—¿Por qué no actuamos ahora? —Se impacientaba Gärensen—. Dandeville puede escapársenos entre los dedos a cada instante. Suponiendo que esté donde usted cree, Hezner.

—Ya he visto con mis propios ojos escaparse a Dandeville en Argentina. Habíamos cercado el bar donde estaba sentado. Teníamos armas de fuego. Disparamos a bocajarro sobre él en cuanto nos vio... y aun así escapó. ¡No pienso repetir el mismo error! Actuaremos con suma prudencia, con mucho método, y procederemos según mi criterio. Sólo con esta condición dispondrán de mis servicios.

—No sé si es usted inteligente, Hezner, pero le aseguro que resulta odioso.

—¿Y usted, Gärensen? ¿Qué es usted? ¿Un muchacho encantador que cayó en una trampa a causa de personas malintencionadas? ¿O bien un débil, un oportunista que se ha contorsionado toda su vida para situarse del lado que sopla el viento?

En cada altercado entre Thörun y Ruben, Tewp debía hacer prodigios de diplomacia para sofocar las brasas del conflicto que se incubaba entre sus dos compañeros de viaje. Eso, sumado a la tensión de la caza y a las duras condiciones climáticas del país, lo agotaba. Por fin, el sexto día después de su llegada a México, un joven explorador del equipo de Hezner regresó de Tijuana. Delgado, de cara alargada y labios finos, llevaba unas ropas demasiado pequeñas para su talla. La mitad de sus antebrazos pálidos y huesudos sobrepasaba de las mangas de su chaqueta raída, en extremo gruesa para el clima mexicano.

—Dandeville está aquí, como usted había vaticinado, doctor —dijo, estrujando su gorra a cuadros entre sus finos dedos—. Ha alquilado una casa pequeña donde vive solo.

—¿A qué dedica su tiempo?

—A poca cosa, al parecer. Apenas sale y de manera irregular. Una vez a la semana se acerca a la plaza de toros. Pero recibe visitas a menudo. Dos o tres hombres, siempre los mismos. Aún no sabemos quiénes son exactamente.

—¿Alemanes?

—No lo creo, señor.

—¿Gringos, entonces, norteamericanos?

—Aún no estamos seguros. No puedo decírselo con certeza, pero creemos que son rusos.

Estas últimas palabras cayeron con el peso de la tapa de un ataúd. Gärensen se frotó la nuca. Tewp suspiró. Hezner elevó los ojos al cielo.

—¿Rusos? —dijo—. ¿Qué te hace pensar eso, Tobías?

—Sólo sus fisonomías y sus rasgos faciales. Es una impresión. Nada tangible, pero los demás comparten mi opinión.

—¿Los han visto de cerca? —preguntó Tewp.

—Sólo desde un coche cerrado a veinte metros —respondió el muchacho, dirigiéndole una dura mirada a Tewp.

—No es lo bastante cerca para determinarlo con certeza —juzgó Gärensen—. Creo que se lo están imaginando. ¿Qué interés pueden tener los rusos en relacionarse con Dandeville?

—El mismo interés que nosotros —aventuró Tewp—. Quizás ellos también estén buscando a los Galjero.

—A menos que sea otra cosa muy distinta lo que los atraiga, coronel —aventuró Hezner, sonriente—. Y entonces todo tendría sentido. Como los aliados, los bolcheviques quieren reclutar a antiguos nazis que podrían serles de utilidad. Dandeville ocupaba un alto cargo en el organigrama de Ahnenerbe. Tal vez estén intentando servirse de sus conocimientos.

—Su suposición es sencillamente una idiotez, Hezner —repuso Gärensen con desdén mientras aplastaba una bolita de papel—. Sé perfectamente que los norteamericanos y los soviéticos andan tras la busca de expertos en balística, químicos, biólogos o ingenieros. Pero el Ahnenerbe no era más que una reserva de alienados que se entregaba al estudio de asuntos descabellados. ¡Los rusos no perderían su tiempo con ellos!

—¡Tiene usted la memoria corta, *Standartenführer*! Refutaré sus argumentos. Para empezar, recuerde que los rusos se han dejado adelantar muy seriamente por los norteamericanos en materia de armamento. Estados Unidos es el único país que posee la bomba atómica en este momento. Y ya ha demostrado dos veces que no tiene miramientos a la hora de usarla. Es evidente que a Moscú este retraso le produce pánico. En lugar de Stalin, yo intentaría jugar en todos los terrenos y exploraría de manera metódica todas las pistas que pudieran, fuera por los medios que fuese, compensar este desequilibrio de fuerzas. Ergo, ¿por qué no lo sobrenatural? En segundo lugar, aunque el Ahnenerbe fuera en su origen una simple y pura farsa montada por su gran amigo Heydrich para desacreditar a Himmler, olvida que el esoterismo y la magia son algo más que fantasías. Usted lo ha sufrido en su carne, Gärensen, y usted en la suya, coronel Tewp. Si nosotros tres sabemos que la brujería es una realidad, ¿por qué habrían de ignorarlo los rusos? ¿Acaso los considera más

estúpidos que nosotros? No cometa ese error. Yo crecí en el imperio de los zares, en tiempos de Rasputín. Los rusos son unos místicos, unos exaltados, pero no unos idiotas. Sé bien lo que me digo.

La parrafada había sido larga, pero convincente. Gärensen y Tewp se rindieron a sus argumentos.

—Entonces ¿qué hacemos ahora ante esta nueva competencia que se nos presenta?

—¡Acelerar el paso! Capturemos al peón Dandeville antes de que el bando rojo lo elimine del tablero.

—Entonces ¿se trata de una partida de tres adversarios, doctor?

—Tendremos que verificar esa hipótesis, desde luego, pero es más que probable, coronel.

Acompañados por Tobías, Tewp, Hezner y Gärensen llegaron a Tijuana tres días antes de la fiesta de los muertos. Los preparativos de la celebración popular eran evidentes en la ciudad. No quedaban una calle ni un escaparate sin decorar con esqueletos recortados de papel, cráneos modelados en barro y pequeños ataúdes tallados en madera de balsa. El bochorno era intenso y enormes nubarrones negros ocultaban el cielo. Apenas el motor del automóvil en el que viajaban se hubo detenido en una callejuela silenciosa cuando las primeras gotas de una fuerte tormenta empezaron a caer como metralla.

—Hemos alquilado una casa aquí al lado —dijo Tobías, poniéndose la americana por encima de la cabeza—. ¡Acompañenme!

Corriendo entre los charcos, el joven sacó un juego de llaves del bolsillo de su pantalón y se dirigió hacia un edificio anónimo de una planta, de techo plano y fachada mal enlucida. Tewp no habría sabido decir con exactitud el porqué, pero aquel muchacho le producía cierta incomodidad. Era moreno, alto y desgarbado; filiforme, parecía no haber abandonado aún la adolescencia. El coronel estaba seguro de no haberlo visto nunca antes, pero sus rasgos le recordaban a alguien, aunque no sabía a quién. Sin embargo, lo que le molestaba no era tanto esa sensación como el comportamiento de Tobías. En varias ocasiones, Tewp lo había sorprendido dirigiéndole miradas sombrías, acusadoras, rayanas en el odio. Al principio casi no les había concedido importancia, lo atribuía a su imaginación; después, a medida que se repetían, no había tenido más remedio que tenerlas en cuenta.

—¿Quién es exactamente ese Tobías? —le preguntó el coronel a Hezner durante un alto en la ruta del noroeste que llevaba de México a Tijuana.

—Un chico abnegado. Muy voluntarioso. Ni él ni su familia se encontraban en Europa durante la guerra, pero odia a los nazis como si sus padres hubieran muerto en los campos de concentración. ¿Por qué me lo pregunta, coronel?

Tewp hizo un vago gesto con la mano, como para dar a entender que era simple

curiosidad por su parte. Pero en realidad, el enigma no dejó de ocupar su mente durante todo el viaje. Sin embargo, lo dejó de lado en cuanto los hombres encargados de vigilar a Dandeville presentaron su primer informe.

—El francés sigue en su villa. Por el momento no muestra intenciones de abandonarla.

—¿Sale?

—Muy poco y con horarios imprevisibles, a excepción de los lunes por la tarde, cuando asiste a la corrida. Aparte de eso, no tiene hábitos particulares. A veces va acompañado por los hombres que suelen visitarle.

—¿Siguen creyendo que son rusos? —le interrogó Gäremsen, con un dejo de escepticismo en la voz.

—En efecto. Podríamos asegurarnos fácilmente registrando sus cosas, puesto que sabemos dónde se alojan.

Introducirse en casa de los desconocidos no exigiría una sólida organización logística. Poco desconfiados, los cinco tipos salían juntos casi todas las noches para atiborrarse de mezcal en las cantinas de la ciudad.

—No me parecería un comportamiento propio de agentes de inteligencia responsables —ironizó Gäremsen—. Creo que se ha forjado usted demasiadas ilusiones, Hezner. Nos ha inquietado por una nadería.

—No podremos estar seguros hasta que nos introduzcamos en su casa. En su lugar no apostaré a que se trata de un error. Estoy convencido de que tengo razón.

La primera noche de la fiesta de los muertos, a las once, Tewp, Gäremsen, Hezner y dos de sus hombres forzaron la puerta del apartamento alquilado por los misteriosos contactos de Matthieu-Marie Dandeville. Fuera reinaban la risa y el barullo. Canciones, música y gritos sonaban por todas partes, y nadie les prestó atención. En las habitaciones de los occidentales, el doctor se acercó al ropero y comprobó las etiquetas de las ropas colgadas de las perchas. Con un pequeño grito de victoria, blandió la americana de un traje ante los ojos de Thörun.

—¡Cirílico, Gäremsen! La marca de un sastre escrita en cirílico. Se lo había dicho. ¡El imbécil es usted!

—¿Qué dice la marca?

—Nada más que el nombre y la dirección de un sastre de Moscú. Pero basta para probar que mi hipótesis era acertada.

En un cajón, Tewp descubrió tres pistolas Tokarev y una cajita de metal que contenía una jeringa, un torniquete de goma y algunos frascos de un producto claro como el agua.

—Hay algo escrito en los frascos. ¿Qué significa, Hezner?

Ruben tomó uno de los recipientes y lo colocó a la altura de sus ojos para descifrar la inscripción.

—«Pentotal».

—¿Pentotal? —preguntó Thörun—. ¿Qué es eso?

—Un desinhibidor —respondió el coronel del MI6—. Lo utilizan para hacer hablar a los prisioneros. Es un producto tan potente que lo llaman el «suero de la verdad».

—¿Cree que lo usan con Dandeville?

—Quizás estaba destinado a él —sugirió Hezner—. Pero al parecer el francés ha decidido colaborar voluntariamente... ¡miren!

El hombrecillo acababa de sacar del cajón de una cómoda una máquina de escribir portátil y una carpeta con hojas mecanografiadas que estaba hojeando con rapidez.

—¿Qué? —le presionó Tewp—. ¿Algo interesante?

—Es el informe de las entrevistas que esos tipos han mantenido con Dandeville. Explica con detalle la manera en que llegó a trabajar para el Ahnenerbe. ¡Toda una novela! Mire, habla de usted, Gärensen. Sus palabras no son muy halagadoras. ¿Quiere que se lo lea?

—¡Hezner! —Se irritó el inglés—. ¡No tenemos tiempo para niñerías! Límitese a decirnos si encuentra algo interesante relativo a los Galjero.

Como Hezner estudiaba los folios uno a uno, Thörun tiró de la manga a David Tewp para hablarle aparte.

—Ni usted ni yo leemos cirílico —murmuró febrilmente el noruego—. Hezner podrá contarnos lo que le parezca, será imposible verificarlo. ¡Tal vez se reserve informaciones capitales!

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —replicó Tewp—. Nos vemos obligados a confiar en él.

Gärensen se encogió de hombros y exhaló un suspiro de descontento.

—Bien, Hezner, ¿todavía nada? —preguntó, acercándose a echar un vistazo a las páginas, como si una repentina inspiración le permitiera descifrarlas.

—Dandeville expone las actividades del Ahnenerbe. Los campos de investigación, los resultados obtenidos, los nombres de los colaboradores...

—Sí, pero ¿y los Galjero?

—Nada por el momento... ¡Oh! ¡Esperen!

El rostro del doctor se había crispado de repente.

—¡Sí! ¡Aquí lo dice! A propósito de las protecciones sutiles de las que Hitler se había rodeado. Dandeville enumera los atentados a los que el canciller escapó de milagro gracias a los fetiches fabricados por Dalibor y Laüme...

—¿Y *el palladium* de Berlín? La piedra protectora que los Galjero querían preparar para la capital, ¿dice algo de ella?

—Ah, no sé... parece que no. Pero este informe está inacabado. Tal vez el francés se guarde eso para el final, como elemento de negociación.

—Creo que ya sabemos bastante por esta noche —decidió Tewp—. Se hace tarde, señores. Sugiero que lo volvamos a poner todo en orden y salgamos de aquí lo antes posible. Piemos descubierto lo que queríamos saber. Cada cosa a su tiempo...

En unos minutos, los cinco hombres dejaron el apartamento como estaba, aunque ojos expertos hubieran podido percibir que el lugar acababa de ser objeto de un registro metódico. Por fortuna, al volver de su noche de fiesta en Tijuana los hombres enviados por el NKVD, el servicio de inteligencia soviético, para establecer contacto con Matthieu-Marie Dandeville no gozaban de la lucidez necesaria para advertir nada.

—Lo veo triste, Gärensen. ¿Será que mis conclusiones se han revelado exactas y las tuyas erróneas? ¿O lo atormentan pensamientos más sombríos?

Thörun, que llevaba varios días soportando los desagradables sermones de Hezner al respecto, prefirió no contestar. Fue a buscar una botella en un armario y volvió a sentarse en el canapé desfondado, bebió un trago a morro y se secó los labios con el dorso de la manga, bajo la mirada torva de Hezner y de los cuatro cazadores de nazis que le servían de guardaespaldas. En el equipo del doctor nadie ignoraba quién era Gärensen. Para hombres como ellos, acompañar a diario a un antiguo oficial del ejército alemán era una dura prueba, y la tensión que eso generaba se hacía cada día más palpable. Tewp lo sabía y presentía que tarde o temprano estallaría un incidente entre Gärensen y los judíos... que le sería imposible controlar. Incluso empezaba a arrepentirse de haber aprobado la incorporación de Ruben Hezner al grupo reunido por lord Bentham.

—¿Cómo vamos a integrar el nuevo parámetro que supone la entrada de los rusos en la partida? —preguntó para reconcentrar la atención sobre el problema Dandeville.

—Se los elimina. Es lo más simple —gruñó Thörun en el tono del que elige la solución más fácil por tedio y por pereza.

—La opción no es mala —admitió Hezner, contra toda expectativa—. Cuando hay peligro en la demora, no hay que ponerse a discutir sobre el sexo de los ángeles. Por mi parte, voto por la eliminación pura y simple. Aunque fíjense que eso no hará más que desplazar el problema, aunque con ello ganemos un poco de tiempo.

—¿Desplazar el problema? ¿Quiere decir que los soviéticos no dejarán así las cosas?

—Stalin tiene de corderito lo mismo que tenía Hitler, y no va a perder la oportunidad de recuperar a unos brujos auténticos. Si, a través de Dandeville, persuade a los Galjero de que trabajen para él, acaso se creará lo bastante fuerte para lanzar sus tropas al Oeste. Puede imaginarse la continuación.

Gärensen volvió a tomar un trago de alcohol antes de poner juiciosamente aparte la botella.

—Usted aún no ha dicho nada. ¿Qué opina al respecto, coronel? —le preguntó a David Tewp.

El inglés estiró los brazos para levantarse del sillón desfondado en el que había tomado asiento y se fue sin una palabra hasta la cocina contigua. Siguió en silencio

mientras ponía un hervidor encima de un hornillo eléctrico, y después habló elevando la voz para hacerse oír mientras el agua empezaba a silbar en el recipiente de metal.

—Matar a sangre fría a unos agentes soviéticos en territorio mexicano no me parece un asunto anodino. Podría convertirse rápidamente en un desastre. Así que deberíamos intentar apoderarnos de Dandeville de un modo más sutil, sin levantar oleaje. Nuestro hombre acostumbra ir a las corridas, ¿verdad? ¿Por qué no aprovechamos esa ocasión para capturarlo? Con la agitación del ambiente, en la efervescencia de la fiesta de los muertos combinada con la de los toros, debería resultar fácil.

—¿Y si los rusos le acompañan? —objetó Hezner.

—Entonces ya encontraremos otro medio —murmuró el inglés—. Por ahora, demos prioridad a la discreción y evitemos el enfrentamiento ¿les parece?

En compañía de Tobías y de Nathan, Tewp pasó todo el día siguiente vigilando los alrededores de la plaza de toros de Tijuana. Con aplicación de colegial, dibujó una serie de croquis detallados de los accesos a la arena. Todas las entradas y salidas quedaron reflejadas en los planos. Tres, cuatro, hasta cinco veces recorrió el coronel el contorno de la plaza que unos operarios acababan de engalanar de blanco, rojo y verde, los colores de México. Nadie le molestó y nadie se fijó en él. Para los nativos, Tewp no era más que un gringo de piel blanca y ojos claros con quien no tenían nada en común y a quien no tenían nada que decir. Ni siquiera los niños que vagabundeaban por las calles, en pandillas, con las manos en los bolsillos, le pedían limosna ni le miraban. El desorden provocado por la fiesta de los muertos era demasiado grande para que nadie notara el comportamiento extraño de un anglosajón.

Hacia las cuatro de la tarde se formó una aglomeración en la trasera de la plaza. Unos críos con cabelleras lacias por la grasa corrieron a apiñarse contra las barreras de tablas; pasaron entre las piernas de Tewp, al que casi arrollaron. Detrás de un vasto vallado, unos camiones de laterales abatibles levantaban nubes de polvo mientras se alineaban unos junto a otros. Sobre la plataforma de cada vehículo iba amarrado un enorme cajón con gruesos barrotes de hierro. En el interior, bramando y babeando, había un toro de lidia esperando a ser descargado. Cuando comprendió qué era lo que atraía al gentío, Tewp no se entretuvo en mirar los animales. En cambio, aprovechó la aglomeración provocada por las bestias para pisar la arena del ruedo e impregnarse de la topografía del lugar. Tobías y Nathan fueron a reunirse con él contra la puerta de un toril, en el lado sol.

—Al parecer, Dandeville no tiene un sitio fijo —explicó Nathan—. Las dos veces que lo hemos seguido hasta aquí se ha sentado un poco por debajo de la fila diez, cara a la salida de los toros, lado sombra, naturalmente.

—¿Creen que reparó en ustedes? —preguntó Tewp haciendo visera con la mano para observar el lugar indicado por Nathan.

—No, en absoluto —respondió el otro con seguridad—. Desde que cazamos nazis en fuga, hemos mejorado mucho nuestras técnicas de localización y seguimiento. Ya

hace mucho que no somos novatos. Puedo asegurarle que Dandeville no nos ha visto. Desde luego, sería mejor que ni el doctor Hezner ni el alemán se dejaran ver por aquí. A ellos los conoce muy bien.

—Thörun Gärensen no es alemán, Nathan —informó Tewp con un punto de irritación.

—Quizá, coronel. Pero de todos modos los noruegos fueron pronazis en la guerra, ¿no?

Sin querer entrar en polémicas, Tewp atravesó en silencio la arena y se alejó a paso lento del edificio. La manera en que iba a atrapar a Dandeville ocupaba todos sus pensamientos. Nathan tenía razón. En aquella operación él era el único que podía mostrarse en primera línea. Aunque hacía mucho tiempo que no temía enfrentarse cara a cara con un hombre, el coronel sospechaba que el francés podía estar protegido frente a tentativas de secuestro por un guardián sutil, un nuevo *therapon* según la terminología de Gärensen. El fracaso de Hezner en Buenos Aires bien podía haber sido provocado por un espíritu de ese tipo. Si ése era el caso, nada sería posible sin que previamente destruyeran o al menos debilitaran el objeto protector.

—Soy consciente de ello —afirmó Hezner cuando Tewp le hizo partícipe de sus reflexiones—. Pero debemos actuar como si Dandeville no se beneficiase de ninguna protección particular. Señores, estamos condenados a actuar en el plano de la más estricta materialidad.

—¿Y eso por qué? —preguntó Gärensen—. Usted es un poco cabalista, ¿no? Ciertos rituales de magia judía se destinan a dar la muerte. ¿Por qué no utilizarlos contra el *therapon* de Dandeville?

—Porque he sido un mal alumno, Gärensen. Debo admitir que no he aprendido nada de los maestros a los que he frecuentado. Lo poco que me enseñaron no bastaría para elaborar un hechizo de muerte. Y además, aunque fuera capaz, eso requeriría demasiado tiempo. Provocar una muerte rápida por vías mágicas es extremadamente complejo. Yo no soy capaz. Además, entraña un enorme riesgo para el oficiante, yo podría perder la razón. No voy a jugármela para atrapar a Dandeville.

—Entonces, habrá que reconocer que no existe solución al problema —suspiró Tewp pasándose una mano por el cabello.

—No se deje abatir, amigo mío —rugió entonces Thörun como si despertara de pronto de un largo sueño—. Tengo que hacerles una proposición...

Bajo el sol vertical de un gran lunes de corrida, el alguacil estaba vestido a la española: con el rostro empolvado con polvos de arroz, un sombrero como los de los cuadros de Velázquez en la cabeza, pantalones abombados que envolvían ampliamente sus piernas, un jubón oscuro que dibujaba su talle un poco grueso y una espada de gala colgada al costado, espoleó a su bestia. En las gradas no quedaba un asiento libre. Apretados unos contra otros, los mexicanos aguardaban desde hacía

horas el inicio del espectáculo. Comían, bebían, cantaban, y eran como una marejadilla agitada por corrientes misteriosas sobre la que David Tewp no ejercía ningún control. Anegado entre el gentío, encaramado en uno de los bancos más altos, y totalmente ajeno a la atmósfera de fiesta que crecía a su alrededor, el inglés sólo tenía ojos para una pequeña silueta que se veía más abajo, un punto claro que él sabía que era Matthieu-Marie Dandeville.

En su traje bien cortado de lino blanco, el francés miraba al alguacil sin distraerse. El jinete hizo dar dos vueltas a la arena a su montura, al trote corto, mientras que el griterío de la masa decrecía, se reducía a un murmullo y al final se extinguía. El maestro de ceremonias detuvo su carrera ante el palco oficial donde el alcalde y los notables ocupaban sus plazas, y, tras quitarse respetuosamente el sombrero, pronunció un largo y complicado discurso que concluyó con la solicitud de autorización para abrir la corrida. Con un gesto teatral, el alcalde le arrojó una enorme llave de plata, que el alguacil recibió en sus grandes manos abiertas. Blandiendo el símbolo, se desplazó por el costado mientras la puerta principal del ruedo se abría para dar inicio al desfile de los toreros y la cuadrilla. Tres escribanos municipales abrían la marcha en sus trajes de satén negro. Después vinieron los picadores, pesados y macizos, impresionantes como caballeros con su larga lanza y sus caballos blindados de cuero y de tela dura. Nueve espadas y veinte banderilleros los seguían, adelantando apenas unos pasos a los toreros en traje de luces atestados de pasamanería, chorreantes de colores ácidos, con una pesada capa roja pasada por el brazo izquierdo. Los encargados de dar el golpe de gracia, los puntilleros, cerraban la marcha, así como los monosabios, unos paisanos con ropas y gorras rojas que conducían tres cuadrigas de mulillas enjaezadas con borlas y decoradas con collares de flores, bestias flacas y sucias equipadas con badales de los que pronto se colgarían los cadáveres de los toros sacrificados.

Todavía hubo una parada de caballeros mexicanos ejecutando vueltas y acrobacias, mientras los últimos preparativos se llevaban a término en el secreto del callejón. Después, entre los gritos de la multitud, se hizo salir al primer combatiente. Era un animal enorme, de un blanco rojizo bastante feo, con los cuernos largos y curvados hacia el cielo. Cinco o seis jóvenes se lanzaron contra él, clavándole picas que se iluminaban con fuegos, como bengalas, al plantarse en la carne del animal. Después de que el toro perdiera el aliento corriendo en vano tras los banderilleros, un picador fue conducido muy cerca de él. El caballo del picador iba cegado por una banda pasada sobre sus ojos, pero eso no le impedía sentir la presencia del animal y percibir el olor de la sangre ya vertida. Nervioso, envarado dentro de sus protecciones, hizo un mal movimiento justo cuando el picador hundía la punta de su arma en la cruz del toro. Éste, liberándose del hierro con una torsión ágil, aprovechó el desequilibrio para cargar con todas sus fuerzas. Sus cuernos afilados encontraron el camino a través de la irrisoria armadura acolchada. Con el vientre rajado, el caballo relinchó de forma atroz y se desplomó en la arena entre una pequeña nube de polvo.

Atrapado bajo la carne sacudida por estremecimientos de agonía, el picador tendía las manos hacia las de los monosabios que se habían precipitado para socorrerle, pero el toro volvió y dispersó al grupo de hombres por las esquinas de la arena, impidiendo que nadie se acercara a menos de treinta pasos del prisionero. El forcejeo continuó así dos o tres minutos, sin que nadie pudiera hacer nada. La situación parecía divertir al respetable, pero Tewp no comprendía por qué no se tomaban medidas radicales para abatir de inmediato a una bestia que ponía en peligro la vida de un hombre.

—¡Ehe! ¡Ehe! ¡Corre! —gritaba la multitud mientras el toro volvía hacia el caballo y hundía de nuevo los cuernos en sus entrañas con furia.

Este nuevo ataque levantó la masa inerte del caballo y permitió al jinete liberar la pierna atrapada. El picador se puso enseguida en pie, y echó a correr tan deprisa que alcanzó el primer burladero sin ser molestado por el animal, que seguía ocupado en agitar las vísceras humeantes esparcidas por el suelo. Los espectadores aplaudieron hasta que hicieron su entrada los cabestros para calmar al combatiente.

—Los cabestros. Es lo mejor para templar la furia de un toro enloquecido por la sangre...

Tewp giró la cabeza para ver quién le había dirigido la palabra desde atrás.

—¡Gärensén! No debería estar aquí —dijo el inglés—. ¡Dandeville no debe verle!

—Tranquílícese, coronel. Sólo he venido a verle a usted un momento. Le traigo buenas noticias. Hezner y yo acabamos de descubrir un fetiche en la villa de Dandeville. Lo hemos corrompido con arsénico, como yo hice en otra ocasión con los *therapoi* que guardaba Ostara Keller. Si era la estatuilla de un ángel guardián, ya no debería causarnos más problemas. Tenemos vía libre para atacar al francés. Ahora le toca a usted actuar.

—¡Han sido ustedes rápidos! ¿Cómo ha ocurrido?

—Tengo experiencia con Dandeville, coronel. Conozco sus pequeñas manías y los rugares que prefiere para esconder sus tesoros. Por fortuna para nosotros, no ha cambiado sus hábitos desde la época del Ahnenerbe. Le espero en el coche, con Hezner. Tómese su tiempo. Supongo que aprovechará el momento de la salida para actuar.

—Sí —confirmó Tewp—. Nathan y los otros tres acorralarán a Dandeville en uno de los corredores de salida. Habrá tanta gente que nadie nos prestará atención, estoy convencido.

—De todos modos, buena suerte, coronel...

Tras darle una palmadita amistosa en el hombro, Gärensén se eclipsó, dejando de nuevo solo al inglés. El penoso espectáculo de la corrida se eternizó durante tres interminables horas. Dandeville no abandonó su asiento ni una vez. Aplaudía como experto los mejores pases y se entusiasmaba tanto como los mexicanos con ese oficio cruel que Tewp consideraba con repulsión como una sórdida sesión de asesinato. Por fin, el alguacil entregó la llave del festejo al alcalde y las trompetas tocaron una última marcha, mientras que los espectadores se levantaban para dirigirse hacia las

puertas de salida.

Tewp se puso en camino a su vez, rezando por no perder de vista a Dandeville. Sabía que, desde diversos lugares de las gradas, otros cuatro pares de ojos seguían los movimientos del francés. Tobías, Ariel, Benny y Nathan habían empezado a acercarse a Matthieu-Marie, que trotaba por las escaleras detrás de un hombrecillo gris. Tewp atravesó dos hileras de bancos para alcanzar un pasillo y unirse a Benny y Nathan antes de detenerse bajo una larga columnata que conducía al exterior. Dandeville estaba apenas a diez metros de ellos. Benny llevaba en la mano una botella vacía que sujetaba por el gollete, y Nathan ocultaba una cachiporra emplomada enrollada en un periódico. Tewp, por su parte, tenía unas cuerdas enrolladas en el bolsillo. Abriéndose camino a codazos para acercarse a su blanco, los tres hombres ganaban terreno por segundos. Benny llegó por fin a la altura del francés, y estaba a punto de simular un altercado cuando sus ojos se posaron en dos hombres de cabellos pajizos que esperaban en el extremo del corredor.

—¡Los rusos! —susurró volviéndose hacia el coronel—. Dos al menos. Seguramente más. Esperan a Dandeville. ¿Qué hacemos?

Tewp no vaciló.

—Imposible deshacernos de los rusos sin llamar la atención —observó—. Hay que abortar la operación. Avise a los demás.

Preso de rabia, Tewp vio como Dandeville se dirigía directamente hacia los agentes del NKVD y se perdía con ellos en la noche que caía.

—Quizá podríamos acorralarlos en un callejón —sugirió Nathan.

—Hay demasiada gente en la ciudad. Todo Tijuana está en la calle. Plasta los norteamericanos de San Diego se han desplazado para las festividades. Mientras los rusos estén aquí, apoderarnos de Dandeville nos va a exigir todas las fatigas del mundo.

—Entonces, suprimámoslos —sentenció Nathan, con apenas más emoción en la voz que si hablara de pulgones que hubiera que eliminar de un rosal—. Será lo más sencillo.

—Sea. La captura ha fallado y debemos considerar una solución más radical —admitió Gärensen—. Pero ¿con qué vamos a disparar contra los ivanes? ¿Con petardos comprados en la calle a medio peso? Esto no es serio, Hezner.

—No podemos echarnos atrás, *Herr* Gärensen. Puesto que el barullo es inevitable, aprovechemos el jolgorio popular para disimular nuestros tiros entre el estrépito general. Es una suerte que hayamos llegado aquí en esta época.

El día siguiente se consagró por entero al desmontaje y limpieza de las armas que Tobías, Nathan, Benny y Ariel habían podido procurarse con bastante facilidad en el mercado negro. Tewp hizo recuento de las adquisiciones.

—Veamos: tenemos dos Sten con tres cargadores cada una, una Beretta 9 mm y

un Remington de tambor. No es que sea un arsenal muy coherente, pero bastará; contamos con el beneficio del factor sorpresa.

—Y con el de la claridad mental —añadió Hezner—. Los rusos se sumarán sin duda a la borrachera general. Con un poco de suerte, ni se darán cuenta de lo que les pasa.

—De todos modos, sólo disponemos de cuatro armas. ¿Quiénes serán los tres suicidas que avanzarán desarmados?

—El coronel Tewp, usted y yo, por supuesto —contestó Hezner sonriente, como si el asunto estuviera ya acordado desde mucho tiempo atrás—. No se inquiete, nosotros tomaremos los Tokarev que los rusos tienen en su armario.

A las once de la noche, en medio de las tracas, el coronel Tewp y Thörun Gärensen subieron al gran Buick en el que habían venido a Tijuana. Los asientos estaban aún cubiertos de polvo rojo de los desiertos que habían atravesado. Las calles estaban atestadas de bailarines, de músicos, de niños que corrían chillando con bengalas encendidas en la mano. Nathan, el conductor, se volvió hacia el inglés y el noruego echando pestes.

—¡Celebrar la muerte! ¡Muy propio de los católicos! Ustedes dos, por lo menos, son protestantes. Les sucede como a mí, no entienden nada ¿eh?

Thörun sacó la mano por la ventanilla abierta para tomar una tortita que una muchacha de piel oscura le tendía sonriendo. Mientras mordía la tortita, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás en espera de llegar a su destino. Sumergido en sus sueños, Tewp permanecía tan ensimismado como su compañero. Aquella noche, unos hombres iban a morir, y la idea le desagradaba. Aunque matar se había convertido poco menos que en algo habitual desde que se había cruzado en el camino de Ostara Keller y los Galjero, en la India, diez años antes, jamás había podido acostumbrarse a la violencia, al olor de la pólvora, a la mirada congelada de los cadáveres. La sangre, el crimen, no pertenecían a su naturaleza. Y sin embargo, más de una vez había demostrado que estaba dotado de un instinto de supervivencia extraordinario. Con los párpados cerrados, intentando abstraerse del estrépito que lo rodeaba, soñó en qué se habría convertido si un desgraciado cúmulo de circunstancias no le hubiera llevado a integrarse en las filas del MI6; le esperaba una carrera tranquila de funcionario anónimo, una vida simple como la que llevan millones de hombres en Occidente, una existencia ordenada que ni siquiera la guerra conseguiría alterar. Una vida sin una mujer y niños a su lado, pero al menos sin los fantasmas de tantos amigos perdidos en las junglas de Asia, las nieves de Europa o las arenas de Palestina.

—Ya llegamos, coronel.

La mano de Gärensen oprimió el brazo del oficial inglés. Tewp volvió a abrir los ojos. Nathan giró la llave de contacto para detener el motor y esperó a que Hezner viniera a su encuentro. El vehículo del doctor estaba estacionado un poco más lejos. En su interior, Tobías, Ariel y Benny permanecían inmóviles.

—¿Prefiere esperar aquí o venir con nosotros? —preguntó Hezner, abriendo a

medias la portezuela.

—Ir, por supuesto.

Ocultando sus Sten bajo largos impermeables, Benny y Ariel abrían la marcha hacia el apartamento de los rusos. Ninguna luz brillaba en las ventanas. Como suponían, los hombres del NKVD debían de haber salido a recorrer los bares. Los siete hombres penetraron en el local sin más dificultades que la vez anterior y se instalaron en la sombra para esperar el regreso de los rusos. No encontraron las automáticas Tokrev ni en el cajón de la cómoda ni en los otros muebles.

—¿Por qué se habrán llevado las pistolas para ir a emborracharse? No tiene sentido —se inquietó Tewp.

—No importa. Mis hombres están bien armados, eso es lo que cuenta —respondió Hezner, sentándose en el suelo, al abrigo de un gran sofá de tejido gastado.

Cerca de Hezner, Tewp estuvo rumiando unos minutos antes de decidirse a decirle al doctor en un murmullo lo que no dejaba de atormentarlo.

—A fin de cuentas, no creo que estemos obligados a asesinar a esa gente. Podemos simplemente reducirlos por medio de amenazas y atándolos. El resultado sería el mismo, pero sin forzarnos a matar.

—¿Se resiste a ensuciarse las manos, coronel? Me sorprende. Me han contado muchas historias acerca de usted, algunas muy recientes, por cierto. Ninguna hacía mención de su sensiblería.

—Pero podríamos interrogar a los rusos. El pentotal podría servirnos —sostuvo el inglés—. ¿Por qué no intentamos saber más de sus intenciones?

—Ya conocemos la razón de su presencia aquí. Y además, estamos en guerra, coronel. Una guerra no declarada, a la que los discursos no han imprimido un carácter oficial, pero una guerra al fin y al cabo. No somos asesinos sino combatientes. Los rusos no pensaban ni actuaban de otro modo en tiempos del zar. ¿Quiere que le enseñe las marcas que me han quedado?

—Su argumento es inaceptable, Hezner. Déjeme exponerle mi impresión: lo que le anima es el espíritu de venganza. No sé contra quién se dirige, pero le ciega a usted y compromete gravemente las posibilidades de éxito de nuestra misión.

Tewp se levantaba para interpelar a Gäreisen cuando un rayo de luz pasó de repente bajo la puerta de entrada.

—¡Agáchense! —susurró Nathan—. ¡Ya llegan!

Indeciso entre dos movimientos, Tewp permaneció petrificado un instante. Vio girar el picaporte de la puerta y a una silueta negra detenerse un segundo, tanteando el muro en busca del interruptor. Tewp apenas había iniciado su movimiento de descenso cuando una claridad blanca y cruda bajó del techo. Hezner comprendió de inmediato que los tipos del NKVD no se habían pasado la noche bebiendo ni bailando por las calles. No hablaban como borrachos ni titubeaban. Al contrario, sus gestos daban fe de una conciencia intacta. Los dos hombres entraron en bloque dentro del apartamento; el segundo de ellos aún no había colgado su sombrero en la percha

del vestíbulo cuando el primero soltó una exclamación y se llevó la mano a la cintura para desenfundar su arma y apuntar a la cabeza de David Tewp. Nathan se le adelantó e hizo retumbar su Sten, salvando la vida del coronel. El alto y corpulento agente soviético se desplomó sobre un velador que se rompió bajo su peso. Gärensen quiso saltar hacia él para apoderarse de su pistola, pero una bala enemiga le alcanzó en el hombro y le produjo un dolor punzante. Se retiró como pudo detrás de un mueble, mientras un nuevo cartucho impactaba muy cerca de él. Tobías y Benny se levantaron y se unieron para formar el tiro de barrera más rápido y poderoso posible. Vaciaron sus cargadores a la vez, calentando los cañones al rojo blanco, sin mirar a quién disparaban. Tewp oyó la caída de los cuerpos entre el martilleo de las balas que despedazaban la madera, hacían saltar el yeso y rompían los cristales. Cuando todo hubo terminado, entre los vapores de pólvora que llenaban la pieza, el inglés vio que Hezner se levantaba para comprobar el estado de los cuerpos.

—*Abroch!* —le oyó jurar—. Tenemos un nuevo problema.

Cuando Tewp salía de su escondite, vio a Hezner inclinado sobre el cadáver de un hombre delgado y moreno a quien no conocía.

—Les presento a Matthieu-Marie Dandeville —dijo sobriamente Hezner.

Gärensen se acercó, el rostro pálido y la mano sobre su hombro sangrante.

—¿Han matado a Dandeville? —gritó—. ¡Pandilla de imbéciles! ¡Han actuado como unos aficionados! ¡Son unos inútiles! ¡Unos inútiles! ¡Todos!

Hezner lo miraba sonriente, pero sus ojos rezumaban desprecio.

—Usted no se opuso a este plan, *Standartenführer*. Aparte de tumbarse en el sofá con una botella en la mano, no ha hecho usted gran cosa últimamente. Además, habrá que curarle, por lo que veo... En fin, la muerte imprevista de su amigo le evitará la penosa labor de ejecutarlo usted mismo.

—Dandeville no era mi amigo —gruñó Gärensen—. Su muerte me es indiferente. Pero ahora ¿cómo vamos a sacarle información? ¿Sabe usted hacer hablar a los muertos?

Hezner frunció el ceño y prefirió registrar los bolsillos del francés en lugar de contestar.

—¿Qué hacía Dandeville con los rusos esta noche? —preguntó Tewp, que había llevado a Gärensen al baño con la excusa de ocuparse de su herida.

—Ni idea... Y ahora probablemente ya no lo sepamos nunca. Todo el tiempo dedicado a buscar a Hezner, todos los esfuerzos... usted en Palestina, yo en Argentina. ¿Y para qué? La primera intervención de ese tipo termina en catástrofe. ¡Qué idiota fui al pensar que podría ayudarnos!

—Quizá no esté todo perdido —murmuró Tewp mientras desinfectaba la herida con un antiséptico que había encontrado en el armario del baño—. Aunque confieso que sospecho que Hezner y sus hombres nos ocultan algunas cosas.

—Esa es también mi opinión. Pero mire...

Thörun sacó una cajita de hojalata del bolsillo de su pantalón.

—El pentotal —murmuró—. Lo he cogido discretamente durante el tiroteo. Nadie se ha dado cuenta.

—¿Piensa usarlo contra Hezner?

—Si fuera necesario, sí.

Tewp terminó el vendaje improvisado sin comentarios. Era una herida limpia, la bala había atravesado la carne de lado a lado sin dañar el hueso. Si se mantenía limpia, la herida sanaría por sí sola con el tiempo. Los dos hombres regresaron al salón, donde Tobías y Nathan se ocupaban en alinear los cadáveres de los rusos y el francés contra la pared, mientras que los otros abrían cajones y reunían todos los documentos que podían encontrar.

—Estudiaré todo esto con detenimiento —explicó Ruben—. Pero ya puedo avanzarles que no hemos perdido la noche.

Sostenía en la mano un *dossier* de documentos impresos en los que se veía una bandera roja con una luna creciente y una estrella.

—Billetes de barco con destino a Turquía, emitidos hoy mismo. Lo acabamos de comprobar: están a nombre de los agentes que acabamos de abatir, excepto el último, que corresponde a Dandeville...

—¿Entonces? —preguntó Gärensen dando un último vistazo al cuerpo ensangrentado del francés.

—¿Entonces? —rió Hezner—. Próxima parada, ¡Estambul!

SEGUNDO LIBRO DE LEWIS MONTI

LOS FELICES AÑOS VEINTE

Nueva York, diciembre de 1914

¡Don Giuseppe Bautista Balsamo! Después cíc cuatro años recluido en la penitenciaría de Blackewll's Island, estaba de nuevo en el despacho en sombras del jefe de la Mano Negra. No lo había visto desde el día en que me había encargado ejecutar al abogado Preston Ware. Nunca había dado señales de vida durante mi reclusión. Ni una palabra, ni un signo, ni una ayuda... Eso no me sorprendió. Era la regla de la Mano Negra; yo la conocía y la había aceptado hacía mucho tiempo. Sin embargo, la regla había sido al fin transgredida. Si bien yo había escapado a la silla eléctrica por un milagro, mi evasión había sido orquestada por una voluntad muy humana, la de don Balsamo.

Había envejecido mucho en cinco años. Lo encontré fatigado, gastado. Sus arrugas se habían marcado y el cabello se le caía por clapas, mostrando su frágil cráneo. En cuanto a mí, la prisión me había adelgazado, pero yo era un hombre joven: mis músculos y mi carne estaban allí, nerviosos, ávidos de reencontrar todo su vigor y de emplear su energía.

—¡Hijo mío! —exclamó Balsamo—. Contraje contigo una deuda terrible. ¿Crees que algún día podré pagártela?

—¿Una deuda, don? Soy yo quien le debe el haber recobrado la libertad. No hay ninguna deuda entre nosotros.

Balsamo soltó una clara risita.

—Te he dejado en Blackwell casi cinco años sin hacer nada por ti. Permití que te condenaran a muerte, te dejé subir a la silla eléctrica, Luigi. ¿Y de verdad crees que no te debo nada?

—El día en que me corté la mano para verter mi sangre delante de *mastro* Giletti, comprendí y acepté las leyes que nos rigen, don. Somos sicilianos, pertenecemos a la Mano Negra. No obedecemos las reglas ordinarias. Eso tiene un precio. Siempre he aceptado pagarlo.

—Hablas con rectitud, Luigi. Más aún: actúas con rectitud. Siempre me lo has demostrado. Ignoro cuál es la fuerza que te salvó de las manos del verdugo. Pero sea Dios o el Diablo, le doy las gracias con el mismo fervor. Cuando supe que habías sobrevivido, comprendí que aquello no se debía al azar. Comprendí que *debías* sobrevivir, era necesario. Hay un gran designio que te concierne, y yo tengo un papel en el cumplimiento de ese destino. Hemos organizado tu evasión. Ahora que estás de nuevo entre nosotros, tengo proyectos para ti, Luigi. Grandes proyectos.

—Ejecutaré sus encargos como antes, don. Nada ha cambiado.

—Te equivocas. Al contrario, todo ha cambiado. ¡Todo! Para empezar, el mundo,

que ya no es el que conocías. Europa ha entrado en guerra, ¿lo sabías?

—No, don Balsamo. He vivido en la ignorancia de lo que ocurría fuera de mi celda.

—Allá abajo hay una guerra de todos contra todos. Se están librando batallas como el mundo jamás había conocido. Esto va a cambiar el equilibrio de fuerzas. Por el momento, América no ha elegido aún su bando. Quizá lo hará, o quizá permanecerá neutral... Eso carece de importancia. Sea cual sea la vía que tome y cualquiera que sea el bando vencedor en Europa, Estados Unidos se llevará el premio. Y ese premio será enorme, ¡enorme!

Al principio me costaba entender adonde quería ir a parar don Balsamo. Después, de pronto, entendí el sentido de su discurso y su relación con la Mano Negra.

—El dinero europeo va a venir aquí ¿verdad?

—Sí, Luigi. Ya está llegando. Apenas después de tres meses de guerra, hay un nuevo millonario al día en suelo americano gracias a los muertos de Europa. ¿Te imaginas lo que será si el conflicto se extiende aún más? ¿Si dura un año? ¿Dos años? ¿Cuatro tal vez?

Todo cambiará, pero nosotros, nosotros no tenemos nada que temer. Estamos en una isla. Nadie puede invadir Estados Unidos. Pase lo que pase, nosotros veremos siempre las cosas desde lejos, protegidos por los océanos. La situación es ideal para el comercio. Todos los comerciantes y los banqueros de aquí se volverán grandes y gordos. América es la nueva Babilonia, Luigi, y tú...

—¿Yo?

—Tú no te quedarás como simple ejecutor. La época en la que no eras más que un *torpedo* ha pasado, o casi. Aún tienes que matar a un hombre antes de volver definitivamente esta página de tu historia.

—¿Quién es? —pregunté, algo aturdido por el ardiente discurso del viejo.

—Nalfo Giletti, el hijo de tu primer *protettore*. Cuando cumplas este último encargo, ocuparás su lugar a la cabeza de su clan.

—¿Nalfo Giletti? ¿Qué ha hecho él para disgustarle, don?

—Es un muchacho que no se merece el lugar que ocupa entre nosotros. Ha vuelto a sus vicios, el alcohol, las mujeres, la droga también... Han empeorado y lo están destruyendo. Su casa está ahora al borde de la ruina. Sus propios hombres le desprecian, ya no confían en él. Si no intervenimos, su clan desaparecerá y nuestra organización entera quedará debilitada. Es mi deber encontrar un nuevo jefe para esa familia. Tú lo ignoras aún, pero tu prestigio es inmenso, Luigi. Lo sucedido en la cámara de ejecución te ha rodeado de una aureola de santo. Tu llegada al poder será vivida como un gran honor. Un honor que sería inconcebible que rehusaras.

—Pero yo soy un fugitivo, don. Un condenado a muerte evadido. No puedo dirigir una familia en estas condiciones.

Balsamo rechazó la objeción con el dorso de la mano.

—Serás discreto los primeros tiempos, desde luego. Pero dentro de unos años

¿quién se acordará aún del prisionero Monti? ¿Tu juez? Lo tenemos vigilado. ¿Qué documento probará tu arresto? ¿Tu *dossier* en los archivos de la policía? Lo destruiremos. ¿El registro de la prisión de Blackwell? Seguro que no, porque después del fracaso de tu ejecución no se ha redactado ningún informe específico. Nueva York es gigantesca. Todos los días engulle y escupe hombres. Las identidades se barajan, se mezclan y se olvidan muy deprisa. Nada impide que reaparezcas pronto a la luz del día. Yo me ocuparé de todo a fin de que nadie venga nunca a echarle en cara ese episodio de tu vida, Luigi. Será borrado. Tu libertad será total. ¿Qué dices?

La eliminación de Nalfo Giletti fue simple y rápida. La desaparición natural de *mastro* Maurizio Giletti, su padre, dos años antes, había borrado el último escrúpulo que yo hubiera podido sentir al apretar el gatillo. Don Balsamo lo organizó todo. Los guardaespaldas que solían acompañar a Nalfo se habían retirado por iniciativa propia cuando yo llegué para liquidar a su jefe. Sumido en el sueño, embrutecido de alcohol y de morfina, el último de los Giletti ni siquiera se dio cuenta de que un asesino entraba en su habitación y se inclinaba sobre él. Tres balas en la frente y otras tres en el corazón pusieron final a su decadencia. No encontré ninguna objeción para ponerme a la cabeza de la antigua familia Giletti. Investido oficialmente por Balsamo en presencia de todos los demás padrinos de Nueva York y Nueva Jersey, recibí mi título de don. Era a mediados de enero de 1915. Yo no había cumplido aún treinta y tres años.

—Algo te preocupa, *figlio mio*, lo noto. ¿Quieres que hablemos?

La voz de don Balsamo era suave pero imperiosa. Era verdad que había solicitado un encuentro con él y que, desde mi llegada a su oficina, yo empleaba toda mi energía en evitar el único tema que me inquietaba en realidad.

—Preston Ware —murmuré por fin—. El abogado a quien maté por orden suya. ¿Quién era en realidad?

Los ojos de don Balsamo se entornaron un instante y creí escuchar un leve suspiro escapar a través de sus finos labios.

—Cuando te hice el encargo relativo a ese hombre, te revelé todo lo que sabía entonces sobre él. Habría podido hacernos perder mucho dinero, enviar a algunos de los nuestros a la cárcel. A mí mismo, quizá, si le hubiéramos dejado hacer... Yo no te mentí, Luigi. Por nuestra seguridad, ese hombre debía ser eliminado.

Pero también es verdad que eso no es todo. Han ocurrido cosas después de su muerte, sueños... ¿Me creerás, Luigi, si te digo que ese hombre viene a veces a verme en sueños desde que lo abatiste?

—Le creo, don Balsamo —asentí en un murmullo apenas audible—. Pero ¿qué le dice?

—Me habla de ti, claro. Oh, su alma no busca venganza, Luigi, no te preocupes. Al contrario, parece más feliz y poderosa allá donde se encuentre que en este bajo mundo, prisionera de su viejo cuerpo. Muerto éste, lo puede todo, o casi. Fue él quien te salvó de la silla eléctrica; ya lo sabías ¿no?

No pude contestar con palabras. Mi cabeza se inclinó hacia el suelo, como si mi nuca se cargara de repente con un peso imposible de soportar.

—Es un milagro que no comprendí. Un muerto que habla y que no busca venganza ni contra su asesino ni contra el que ordenó su ejecución. Un muerto que, en cambio, los ayuda a ambos. Es un enigma. Tal vez un día tú llegues a desvelar el secreto. En cuanto a mí, prefiero considerar a Ware como un cadáver entre los demás, un despojo convertido en polvo después de tanto tiempo. No quiero penetrar el secreto que os une. No lo intentes tú tampoco antes de que llegue el momento, muchacho. Sé paciente. Un día, seguramente, comprenderás...

Pese al consejo del don, tuve la tentación de volver de inmediato a la Quinta Avenida, al lugar donde había abatido a Preston Ware seis años atrás. Pero ¿de qué me habría servido, aparte de llevar mi espíritu por los caminos de la locura? Decidí mantenerme apartado por un tiempo del misterio de Preston Ware, y elegí huir y olvidar sumergiéndome en los problemas de la vida real.

Consagré los dos primeros años que pasé a la cabeza de mi clan a poner en orden los asuntos. Poco a poco, hice que mis hombres reconquistaran todos los territorios que habíamos perdido frente a bandas extranjeras. Nos enfrentamos a las triadas chinas y a las bandas mexicanas y negras de Harlem. Hubo muy pocas bajas en nuestras filas, y en cambio causamos muchas en las de nuestros adversarios. Bajo el mandato de Nalfo, nuestra familia había perdido mucho crédito y tenía graves signos de debilidad, algo que debía corregirse lo antes posible. Yo mismo me ponía en primera línea siempre que era posible, para hacerme respetar por mis tropas y temer por nuestros enemigos.

—Usted es el hombre que sobrevivió a la silla eléctrica, don Luigi. El hombre al que la muerte no quiso. Ya no hace falta que asuma riesgos inútiles. Imagínese la pérdida que sufriremos si por desgracia recibiera un mal golpe.

Era Lupo quien así me hablaba. Lejos quedaban ya los tiempos en que él y yo entrábamos en las tiendas de Little Italy para amenazar a los tenderos con represalias si se «olvidaban» de pagar la cuota de la Mano Negra. Superviviente de la purga que yo había promovido a mi entrada en la antigua familia Giletti, Lupo se había convertido en un colaborador muy cercano. Los años lo habían mejorado y hasta hecho más sabio. Como don Balsamo, pensaba que la guerra de Europa era nuestra ocasión. Seguía ocupándose con ardor de su agencia de colocaciones para actores, y desde los tiempos de Nalfo la había convertido en una de las raras empresas tapadera que daban beneficios. Desde que volví de Blackwell, ya no se atrevía a tutearme.

—¿Se acuerda de aquel día que nos paseamos por la Quinta Avenida, don? Entramos en una sala cinematográfica.

—Me acuerdo como si hubiera sido ayer, amigo mío.

—Desde entonces han abierto cien salas más como ésa. En la costa Oeste se han creado estudios gigantescos. Es una nueva industria que está naciendo. Apenas consigo satisfacer la demanda de los productores que me piden sin cesar personal

para sus rodajes. Entre Hollywood y Broadway, nado en contratos...

—Al fin has encontrado tu camino, Lupo. Me alegro por ti. Haz dinero con esa gente. Ayúdalos a convertirse en estrellas en unos años. Fabrica cantantes y actores. Haz que estén en deuda con nosotros. Su notoriedad siempre podrá sernos de utilidad, cuando llegue el momento...

—Pienso exactamente lo mismo, don.

Lupo tenía lágrimas en los ojos. Quizás aquélla era la primera vez que recibía una aprobación tan completa por su conducta y por sus proyectos. Su emoción hizo que me echara a reír.

—Vamos a construir un imperio, Lupo —le confié—. ¡La cárcel me ha abierto el apetito, un apetito atroz! Ahora que hemos casi recuperado lo que habíamos perdido, no repararemos en medios para extendernos. Y quiero que tu contribución sea esencial. Háblame de esa industria cinematográfica que tanto te apasiona...

Fue en aquel período, una tarde que estaba de visita en las oficinas de la agencia dirigida por Lupo, cuando conocí a una joven morena, pequeña y fina, que decía ser actriz; estaba sentada discretamente en la sala de espera, las manos sobre las rodillas como una colegiala atenta. No era la más bella de las muchachas que acudían en busca de un contrato. Su rostro era demasiado puntiagudo para ser del todo armonioso, y su boca era demasiado fina para resultar sensual. Pero ella me gustó. Inmediatamente... Locamente.

—¿Cómo se llama, señorita? —le pregunté mientras me acercaba lentamente.

—Carla, señor. Carla Pulciano...

Después de ocho meses de un cortejo asiduo, paciente y casto, Carla Pulciano aceptó convertirse en mi esposa. De origen italiano, había nacido en Estados Unidos y había vivido hasta entonces de pequeños papeles en Broadway. La existencia que yo le ofrecía la sacó de la miseria. Nos instalamos en la villa que yo acababa de hacerme construir en el barrio de Greenwich. En aquella época yo ya era rico; no millonario aún, pero próximo a serlo. Por el césped que se extendía detrás de nuestra mansión corría *Tabs*, el perro que había recogido unos años antes, enfermo y hambriento. La *mamma* a la que yo empleaba entonces como intendente se había negado a abandonar al pobre animal después de mi arresto. Cuando supo que yo estaba de regreso, acudió a besarme las manos y a devolverme mi perro. Finalmente, viví la alegría más grande de mi vida cuando, algunas semanas antes del fin de la guerra en Europa, Carla trajo al mundo a nuestro hijo, al que bautizamos Gian.

—Me alegro por ti, Luigi —me felicitó don Balsamo—. Un hombre sin mujer y sin hijos... ¡bah! Eso no es natural. Educa bien a tu *bambino*, enséñale nuestros valores. Sobre todo, que sepa mostrarse digno de su padre. Ahora que la guerra está a punto de terminar, las posibilidades son inmensas. Te lo había dicho, acuérdate. El conflicto ha cumplido todo lo que prometía: América tiene ahora todos los triunfos para convertirse en el primer país del mundo. Hasta ahora, sólo éramos artesanos en un país todavía balbuciente. ¡Ahora ha llegado de verdad la hora de la Cosa Nostra!

Los felices años veinte. Este fue el apelativo familiar de la década prodigiosa y terrible que comenzaba.

El 16 de enero de aquel año quedó marcado de un modo imborrable para los criminales. En efecto, en esa fecha entró en vigor la decimoctava enmienda de la Constitución que validaba la ley Volstead, un decreto que pronto fue más conocido como la *ley seca*. Se inauguraba así la gran época de la prohibición, la ilegalización de todas las bebidas alcohólicas, que consolidó la fortuna de todos los criminales de Estados Unidos y que provocó también enfrentamientos sin fin entre bandas rivales. En aquella época, Nueva York no era más que una inmensa obra donde cada día eran elevados rascacielos más y más altos. Los caballos habían desaparecido por completo de las calles. Ya sólo circulaban automóviles. Todo el mundo poseía al menos uno, a menudo dos, a veces tres o cuatro. El teléfono se instaló en las casas particulares, y las orquestas tocaban el fox-trot que bailaban mujeres peinadas a la *garconne*, llevaban vestidos cortos y habían tirado sus corsés para encanallarse mejor en nuestros garitos clandestinos. El maná que representaba el tráfico de alcohol era enorme e hizo saltar muy pronto todos los tratados de paz y las alianzas de los viejos tiempos.

Cada cual quería su parte del pastel. Incluso entre italianos, incluso entre sicilianos, nadie estaba dispuesto a renunciar al tesoro. Presintiendo el peligro, don Balsamo asumió la tarea de reorganizar una última vez a las familias, con el fin de evitar que surgieran demasiadas disensiones internas. Sabía que si nos alzábamos unos contra otros la policía lograría abatirnos fácilmente.

Al tiempo que las rivalidades se calmaban entre nosotros y que Battista Balsamo repartía equitativamente las actividades, un nuevo enemigo surgió a nuestra espalda. Después de tanto tiempo, creíamos haber acabado con la Mano Blanca, los irlandeses de Dinny Meehan. A costa de grandes pérdidas, habíamos conseguido irlos echando poco a poco de los burdeles, de los garitos y de los sindicatos de trabajadores del puerto que antes dominaban. En aquella época ya sólo controlaban las flotas pesqueras de los puertos de Nueva York y Nueva Jersey. Pero todo eso cambió con la llegada al poder de un nuevo personaje.

Bill Lovett había sido un héroe de la Gran Guerra. Con el cuerpo sembrado de esquirlas de obús, siempre con la Cruz de Servicios Distinguidos en la solapa de su americana, era muy corto de talla, carecía de músculos y su constitución parecía extremadamente frágil. Sus pecas, sus grandes ojos de pescado, sus orejas separadas y el eterno canotier de paja con el que se tocaba incluso en pleno invierno, acababan de darle un aire de payaso, un Buster Keaton en miniatura incapaz de cometer una mala acción. Sin embargo, bajo su apariencia anodina se ocultaba un auténtico asesino.

Llegó a Estados Unidos a principios de 1919. Seis meses más tarde, había asesinado con sus propias manos a los once jefes irlandeses de la Mano Blanca y se

había proclamado general de las bandas de Erin. Su territorio se extendía desde el puente de Brooklyn hasta la zona de los muelles de Greenpoint y Red Hook. En febrero de 1920, Lovett nos declaró la guerra abierta. El sábado 26, hacia las seis de la tarde, hizo penetrar a algunos de sus hombres en el Stauch's Dance Hall, una sala de baile de Surf Avenue, cerca de Coney Island, que pertenecía a uno de los nuestros. Los irlandeses abrieron fuego sin hacer distinciones. Tres *amici nostri* cayeron aquella noche. Pero no fueron sus muertes las que causaron más conmoción, sino el asesinato a sangre fría de una joven bailarina italiana de diecinueve años. En el entierro, toda Little Italy siguió al cortejo fúnebre para llorarla. Apenas una hora después de que la pobre chica recibiera sepultura en el cementerio de Santa Cruz, yo estaba en casa de Balsamo en compañía del Estado mayor de nuestras familias. Éramos unos sesenta como mínimo.

—Hay que atacar a la cúpula de los irlandeses —gritó el don, dando un golpe sobre la mesa con la palma de la mano—. ¡Quiero que la *vendetta* sea espectacular!

La cúpula... así llamaban al consejo superior de las organizaciones criminales. Todo el mundo aprobó la propuesta, desde luego. No podíamos dejar pasar la provocación de Stauch's Dance sin reaccionar.

La primera víctima de nuestras represalias fue Charleston McFarlane, uno de los consejeros más próximos del pequeño Lovett, y quizás el instigador de la idea del ataque al local de baile. Lo atrapamos mientras realizaba el circuito de los cafés irlandeses para recaudar el impuesto. El maletero de su coche estaba repleto de sacos de dinero. Ejecutamos a McFarlane y dejamos su cadáver en una barca abandonada en el puerto, rodeado de dinero esparcido por el suelo de la embarcación. Debería ser evidente para todos que el motivo del crimen era la venganza y que no se trataba de un vulgar robo.

Después de aquel primer asesinato, los irlandeses redoblaron las precauciones y no fue ya tan fácil acercarnos a ellos. Todos los personajes relevantes de la Mano Blanca se desplazaban acompañados de tres o cuatro guardaespaldas. Debimos esperar meses antes de poder abatir a Edward Fletcher, amigo de la infancia de Lovett.

Lo matamos durante una representación del Brooklyn Court Theatre... Mientras estábamos esperando el momento propicio para aumentar las represalias, ocurrió un acontecimiento inesperado. El padrino supremo de Chicago era un tal Alphonse Capone, quien informó a Balsamo del enorme disgusto que le había causado la muerte de Fletcher, ya que era su confidente de alto rango en el seno de la mafia irlandesa. Ya poderoso en aquella época, Al Capone podía causarnos serios problemas. No era cuestión de abrir las hostilidades contra él. Consciente de su paso en falso, Balsamo sacrificó un peón para contentar a Capone: el hombre que había planeado el tiroteo del teatro fue entregado a la mafia de Chicago atado de pies y manos. Por su parte, los irlandeses encontraron un medio de asestarnos un golpe. Mientras permanecía detenido en su coche para dejar pasar a unos escolares que

cruzaban la calle, Tony Desso, el ahijado de don Balsamo, fue alcanzado por el fuego que abrieron varios hombres con armas pesadas. Su cuerpo quedó cortado en dos por las cien balas que le impactaron. El acontecimiento enfureció a don Balsamo. Ordenó que le trajeran la cabeza de Lovett en una bandeja lo antes posible. Nueva York se convirtió entonces en un verdadero campo de batalla entre los irlandeses y los nuestros. Uno tras otros, nuestro *torpedos* liquidaron a los esbirros de Lovett. En dieciocho meses de enfrentamientos, de tiroteos en los bares, de persecuciones en coche por los muelles e incluso por el corazón de Manhattan, ciento veinte personas encontraron la muerte. Italianos e irlandeses, desde luego, pero también inocentes, simples transeúntes cuyo único delito había sido encontrarse en el lugar y en el momento equivocados.

La guerra que estaba causando estragos no le impidió a Lovett enamorarse y preparar su boda. La víspera de la ceremonia, la noche de Halloween, decidió celebrar su despedida de soltero en el Lotus Club. Estuvo de fiesta hasta las cinco de la madrugada. Sus guardaespaldas y él mismo bebieron tanto que acabaron por desplomarse en los divanes para dormir la mona. Prevenidos por el patrón del *cabaret*, cinco de los nuestros entraron por una puerta trasera y descubrieron al todopoderoso patrón del hampa irlandesa durmiendo a pierna suelta. Lo asesinaron en pleno sueño, exactamente como yo había abatido a Nalfo Giletti.

—¿Recuerdas lo que te dije hace tiempo, Luigi?

—¿Qué, don Balsamo?

—Los enemigos de la Mano Negra mueren siempre... pase lo que pase.

A finales de 1923, Giuseppe Battista Balsamo decidió retirarse. Su tiempo había pasado, y él lo sabía. Su última acción de relieve había sido eliminar la amenaza que representaba para nosotros la Mano Blanca dominada por Lovett.

—Escúchame con atención, Luigi —me previno cuando me recibió en audiencia privada por última vez—. Capone no se contentará con su feudo de Chicago. Es un hombre notable. Guárdate de enfrentarte a él directamente. No le declares jamás una guerra abierta. Tampoco hagas alianzas con él. Debes mantenerte neutral. Ya tendrás problemas suficientes con la nueva generación.

La nueva generación era sobre todo la de Frankie Yale, el hombre que se había llevado la parte del león en el conflicto con los irlandeses. A pesar de su apellido, Yale era italiano de pies a cabeza. Su ambición desmesurada y sus primeros éxitos lo condujeron pronto a cometer un error. Persuadido de que podía apropiarse impunemente de la red de distribución de alcohol adulterado que Capone en persona había puesto en marcha en los restaurantes y bares de Nueva York, Yale empezó a arañarle la clientela al padrino de Chicago. Aquello duró poco tiempo. En julio de 1920, seis asesinos a sueldo descendieron al andén de la estación Gran Central. Cada uno de ellos transportaba en su maleta una ametralladora Thompson con cargador de

tambor. Veinticuatro horas más tarde, Frankie Yale fue abatido en la calle Cuarenta y cuatro mientras conducía su flamante Chevrolet. Esa misma noche, los asesinos informaban a Capone, que les tendió un sobre con cinco mil dólares a cada uno.

En la época, Nueva York ya no era el centro de las actividades del sindicato del crimen. Se había convertido en una simple provincia al lado de la verdadera metrópoli de las actividades mafiosas: Chicago. La administración de la capital de Illinois, corrompida por un Capone riquísimo y todopoderoso, estaba a las órdenes de aquel truhán. Podía hacerlo todo, permitírsele todo, comprarlo todo, y no permitía que nadie se interpusiera en su camino. Como nosotros, había tenido que enfrentarse a los irlandeses antes de hacerse con un poder sin competencia. Era dueño de una fortuna colosal: un litro de alcohol adulterado le reportaba cinco dólares; cada noche, doscientos litros se vertían en cada uno de los mil trescientos ochenta y cinco bares clandestinos de su propiedad. Una sola noche de copas en Chicago le daba a ganar, por lo tanto, ¡doscientos setenta y siete mil dólares! En comparación, el beneficio mensual de un millón y medio de dólares que generaban sus casas de citas era casi anecdótico...

Yo no era nadie comparado con él. Él era el emperador del crimen. Yo sólo era un modesto capitán y, aunque ganaba grandes sumas, jamás hubiera podido rivalizar con la desmesura de Capone. Naturalmente, nos conocíamos. Como todos los jefes de familias de la costa Este yo había sido invitado a su feudo, en enero de 1927, dieciocho meses antes de que decretara la muerte de Frankie Yale. Capone había decidido una reunión general so pretexto de limar algunas asperezas. En realidad, pretendía imponerse oficialmente a nosotros como el primer *cappo di tutti cappi*, jefe de todos los jefes, una tentativa que fracasó pese a que Capone desplegó todas sus artes de seducción.

Un día antes de la reunión oficial, me convocó para una entrevista que tuvo lugar en el barrio de Cicero, en el piso veintidós del hotel Hawthorne, donde él alquilaba por todo el año una *suite* de seiscientos metros cuadrados con tres mayordomos, cuatro camareras, dos barberos, seis mensajeros, dos cocineros, tres secretarias, cuatro abogados y dos o tres prostitutas nuevas cada noche. Capone me pareció afable, cortés, maravillosamente encantador. Salido de un arroyo de Brooklyn, aquel hombre más joven que yo podría sin duda haber sido un ejemplo que inspirase mi conducta, un maestro a quien seguir. Por lo demás, me había hecho ir hasta allí para comprarme. Era demasiado inteligente para andarse con misterios.

—Don Monti —me dijo después de ofrecerme un cigarro y una copa de excelente coñac—, es usted una figura respetada entre nosotros. Don Balsamo le quería como a un hijo, todo el mundo lo sabe. ¿Cree que de verdad goza de la posición que se merece en Nueva York? ¿No cree que juntos podríamos aspirar a algo más grande para usted?

Era imposible enfrentarse con Capone. Su susceptibilidad era conocida, y yo no tenía la menor intención de darle un motivo de resentimiento hacia mí. Con muchos

circunloquios, conseguí al menos apartarme de sus garras y resguardar mi independencia. Prometí permanecer neutral en el conflicto que le enfrentaba a Yale. No tuve que forzarme demasiado para ello; aquel asunto no me concernía y yo no sentía clara simpatía ni por uno ni por el otro. Cierto que la prohibición me reportaba ingentes ganancias, como a todos pero, al contrario de lo que les ocurría a muchos, yo poseía un perfecto conocimiento de las fuerzas y las debilidades de mi clan. Necesitaba de la paz para sobrevivir. Sólo la tranquilidad permite los negocios y la prosperidad; la guerra siempre reduce los beneficios de los que se ven obligados a combatir en primera línea.

En mayo de 1928, Capone cometió un error en apariencia banal, pero que iba a provocar la cadena de acontecimientos que conduciría finalmente a su caída. La escena se desarrolló en el aeropuerto de Chicago, cuando un fotógrafo del *Chicago Daily News* disparó el *flash* de su aparato. En la placa que acababa de impresionar estaba Capone estrechando calurosamente la mano de Francesco di Pinedo, un aviador italiano que daba la vuelta al mundo a bordo de su aeroplano para transmitir un mensaje de amistad del gobierno de Mussolini a las comunidades italianas de emigrantes. Con una amplia sonrisa en los labios, flanqueado por el cónsul Canini y por Bernard Barasa, el representante del alcalde, Capone parecía ser parte integrante de las autoridades de la ciudad. Esta fotografía le fue mostrada a Calvin Coolidge, que por entonces ocupaba el Despacho Oval de la Casa Blanca. Aquélla fue la gota que desbordó el vaso. Coolidge sufrió un acceso de rabia incontrolable al descubrir que Capone se permitía representar a las autoridades oficiales de la nación, cuando su estatuto de criminal era conocido por todos. El presidente lo tomó como un asunto personal, hasta el punto de que durante cierto tiempo estuvo contemplando la posibilidad de repatriar a los marines destacados en Nicaragua para ponerlos a patrullar por las calles de Chicago. Sin embargo, no fueron los militares los que se alzaron contra Capone, sino una alianza de tres hombres fuera de lo común: el fiscal general George Johnson, el teniente de policía Eliot Ness —una especie de nuevo Petrosino de Illinois— y Arthur Madden, el jefe local de la oficina de impuestos, unieron sus fuerzas y empezaron a dar los primeros mazazos contra la organización mafiosa. Eso hizo saltar en pedazos el *statu quo* que Capone había logrado imponer mal que bien.

El jefe del sindicato del crimen fue acosado como un viejo lobo por una manada de perros jóvenes que soñaban con verle derribado para repartirse su imperio. La banda de Bugs Moran fue la primera en pasar al ataque, al operar en territorios que no le habían sido otorgados en la reunión de 1927. Fueron destruidos cargamentos de alcohol, hubo ataques a garitos y hombres abatidos. Al Capone replicó con presteza y contundencia, enviando a sus hombres en una misión punitiva al cuartel general de Moran. El 14 de febrero de 1929, día de San Valentín, siete colaboradores de Bugs Moran cayeron bajo las balas de asesinos vestidos con uniformes de policía. La advertencia tuvo efecto inmediato, pues los ataques contra Capone cesaron

abruptamente, y el propio Moran desapareció sin dejar rastro, mientras que un nuevo presidente reemplazaba a Coolidge en Washington: Herbert Hoover prosiguió la obra de su predecesor aún con mayor saña, y fue bajo su mandato que Ness y sus hombres consiguieron por fin detener a Capone por fraude fiscal. Condenado, aquel que había hecho reinar el terror en Chicago ingresó en prisión en el momento en que la ley seca era abolida. La prohibición llegaba a su fin, pero una nueva línea de fuego se abría a partir de entonces. Una línea de fuego en la que yo ya me había prometido situarme.

EL EMPERADOR Y LA EMINENCIA

Aunque la caída de Capone marcó el final de una cierta edad de oro de la mafia, no puso fin a las actividades del sindicato del crimen. La derogación de la ley que prohibía el consumo de alcohol en territorio americano nos hizo perder uno de nuestros recursos principales, pero yo ya había previsto el agotamiento de ese cuerno de la abundancia. Por ello, había movido mis piezas desde hacía tiempo. Quizá yo fuera uno de los que menos sufrieron las consecuencias de la nueva situación; mis fuentes de ingresos eran el juego, las apuestas, las carreras... También me había convertido en propietario de dos o tres de los clubes nocturnos más elegantes de Nueva York, donde presentaba a estrellas como Cab Calloway, Bennett Cárter o Don Redman. Era la época del Cotton Club y del Onyx, con los cuales yo rivalizaba. Gracias a Lupo, me había introducido en otros medios artísticos; todos los directores de Broadway me conocían, lo mismo que los productores de Hollywood. Tenía participación en sus sociedades —la RKO, la Paramount— y les ayudaba a conseguir financiación para sus filmes. A cambio, las estrellas del cine y del music-hall se dejaban ver en mis clubes y cenaban a mi mesa. Tenía como invitados habituales a Charlie Chaplin, James Cagney, Bela Lugosi, Gary Cooper... Aunque era irlandés, John Wayne pasaba a verme cada vez que sus giras promocionales le llevaban a Nueva York. Aún era joven, pero su notoriedad no dejaba de afianzarse en cada rodaje. Gian, mi hijo de catorce años, lo adoraba. El actor no era aún muy conocido, pero a sus ojos ya era un dios vivo.

—Tienes un chaval estupendo —me decía siempre John después de jugar una hora al béisbol en el césped con el muchacho y con el viejo *Tabs*, que ladraba entre ambos mientras intentaba robarles la pelota.

Carla y yo los mirábamos de reojo a través del gran ventanal de mi despacho. Entonces, tomaba la mano de mi mujer y me sentía orgulloso.

La sucesión de Capone se desarrolló previa abundante efusión de sangre. Estalló una nueva guerra interna, en la que se enfrentaron Salvatore Maranzano y uno de sus exlugartenientes, Lucky Luciano. Hubo ajustes de cuentas aún peores que el de la matanza de San Valentín. Maranzano nunca me había inspirado confianza, y tuve la suerte de apostar muy pronto a caballo vencedor. Para reafirmarse en el poder, Luciano ordenó la muerte de sus posibles adversarios en todo el país. A mediados de septiembre de 1931 consiguió la posición que siempre se le había negado a Capone: *cappo di tutti cappi*. Una revolución en nuestro mundo, ya que Luciano, rompiendo una antigua costumbre, se rodeó de gente que no era exclusivamente italiana. Su colaborador más próximo era un judío, un tipo llamado Meyer Lansky, con el que estaba unido desde la infancia. Desde aquel momento, los antiguos vestigios de la Mano Negra desaparecieron para dejar paso a un verdadero sindicato del crimen que

cubría todo el país y en el que se mezclaban múltiples nacionalidades.

En 1935 yo tenía poco más de cincuenta años. Era rico y respetado. Mis negocios seguían siendo fructíferos a pesar de la gran depresión económica que asolaba el país. Me había protegido de manera que la ley nada pudiera contra mí. En apariencia, yo no era más que un empresario que había hecho fortuna a fuerza de trabajo y de coraje... Mi hijo tenía diecisiete años y estudiaba en la mejor universidad. Amaba a Carla y ella me correspondía. Nunca la había engañado desde nuestra noche de bodas, y la idea ni siquiera se me había pasado por la mente.

—Luigi —me decía Carla cada vez con más frecuencia—, ¿qué te parecería retirarte de tus negocios? Ya no tienes nada que demostrar después de tanto tiempo, y tenemos más dinero del que se necesita para ofrecerle lo mejor a Gian y no privarnos de nada. Podríamos dejar la ciudad, terminar tranquilamente nuestros días donde quisiéramos. Tal vez bajo un cielo más cálido; quizás incluso en Italia, ¿por qué no?

¿Retirarme? Sí, me apetecía, e incluso ya estaba preparando discretamente mi sucesión. El hombre a quien había designado no era Lupo, que tenía casi veinte años más que yo; el pobre viejo había disfrutado demasiado de las aspirantes a actriz a las que había hecho pasar audiciones en el profundo sofá de su despacho: una de ellas le había dejado la sífilis como recuerdo. Su estado empeoraba cada día y ya nada podía salvarle. En su cama del hospital, con el cerebro corroído por el mal, aún tuvo suficiente lucidez para preguntarme:

—¿Entonces, don Luigi? ¿A quién ha elegido? ¿A quién va a confiarle nuestro clan? ¿Al pequeño Gian?

—No, amigo mío —respondí, emocionado—. A Gian, no. Él es demasiado joven y no quiero que arriesgue su vida. Nadie va a ir a matarlo cuando esté sentado en su palco del Metropolitan con su mujer y sus hijos. Y ningún juez lo condenará a la silla eléctrica. Gian no asumirá mi sucesión. He elegido a Stefano.

Stefano Gorgia era aquel pequeño bribón que, en 1909, había seguido al abogado Preston Ware y había dibujado su retrato. En 1935 era un hombre hecho. Yo mismo le había tomado el juramento de alianza con la Cosa Nostra, exactamente de la misma manera en que *mastro* Giletti lo había hecho con el estibador de dieciocho años que era yo en 1900. Stefano era astuto como un zorro y estaba dotado de numerosos talentos. Durante algunos años había asumido las funciones de primer *torpedo* a mi servicio. Era zurdo, y desde mucho tiempo atrás empleaba una técnica peligrosa pero temible: avanzaba sonriente hacia su víctima con la mano derecha extendida, y aprovechaba el momento en que la palma de su víctima estaba atrapada entre sus dedos para paralizar toda respuesta y sacar su arma tranquilamente con la mano izquierda. La maniobra nunca le falló, pero también tuvo la prudencia de abandonarla antes de que su ardid fuera del dominio público. Yo no le conocía vicios mayores. Su figura esbelta y sus aires suaves gustaban a las mujeres. Mantenía la cabeza fría y no abusaba ni de su encanto ni de las facilidades que le daba la posición cada vez más importante que yo le ofrecía a mi lado. Era además un contable excelente, que nunca

olvidaba lo que le debían y que no permitía que ningún intermediario distrajera un solo dólar.

Yo sabía que podía depositar mi confianza en ese hombre, y por eso me aseguré de que estuviera presente un día en que un individuo a quien jamás había visto insistió en tener un encuentro conmigo. Carmine Ferrara era el representante del partido fascista en Nueva York. Lo había conocido unos años antes en Chicago, durante una fiesta ofrecida por Capone, que a su vez era amigo de Ugo Galli, el representante de los partidarios de Mussolini en Illinois. Ferrara era alto, grueso, vigoroso. Le gustaba el vino. Terriblemente charlatán, con la frente constantemente perlada de gotas de sudor que enjugaba con un pañuelo a cuadros, llevaba el cabello demasiado largo y una nube de caspa invadía los hombros de su americana oscura.

—Me alegro de poder hablar al fin con usted, don Luigi —me dijo después de tomar asiento en un sillón reservado a los invitados—. Hace mucho que espero esta ocasión. Pero como todos los hombres importantes de nuestra comunidad italiana, es usted difícil de contactar.

El tono de Ferrara era prudente y untuoso. Exactamente el de alguien que espera de ti que le prestes un servicio importante.

—¿Qué puedo hacer por usted, *signore* Ferrara? Su visita ¿es de carácter privado o profesional?

—Ni profesional ni privada, don. Mi visita es de orden político.

Ferrara hizo una pausa para dramatizar su propuesta. Como yo me contentaba con mirarle sin proseguir la conversación, no tuvo más remedio que descubrir sus cartas. Lo noté furioso de que hubiera fallado su golpe de efecto.

—La Unión de Fascistas de Nueva York desearía saber si quiere usted aportar una contribución a su causa —dijo por fin.

—Nunca me he metido en política, *signore* Ferrara. Conozco mal ese terreno, y ésa es razón suficiente para no intervenir en él. Me parece la actitud más prudente para mí y la más cortés hacia los demás.

—Eso le honra, don. Pero los tiempos cambian. Hoy en día, la política está por todas partes. Lo quiera o no, a usted también le atraparé. Europa hierve de nuevo, no puede usted ignorarlo. Se preparan grandes acontecimientos que repercutirán aquí, en Estados Unidos. Ciertas causas merecen ser defendidas, don Luigi. Incluso aunque no hubiera pensado en ello antes.

—¿Usted quiere que yo abrace la causa fascista?

—Evidentemente —respondió Ferrara con una sonrisa que pretendía ser seductora—. El fascismo es el porvenir de Europa, pero también es el porvenir de América.

—¿Y eso por qué?

—Porque es la causa del hombre blanco, don Luigi, así de sencillo. Eso trasciende las fronteras y los continentes. Hitler lo ha entendido muy bien. Pero es nuestro Duce, Mussolini, el que da ejemplo. Usted es italiano. Como todos los

italianos, debe seguirle.

—Me parece que estamos en Estados Unidos. Respiramos su aire, pisamos su suelo. Mi pasaporte está sellado con el emblema del águila americana, no con el *aquila* romana. Su cruzada no es la mía, *signore* Ferrara.

El gordo se retorció un poco en su silla. Seguía confiando en su labia natural para convencerme.

—En pocos años, toda Europa será fascista. Francia, España, incluso Gran Bretaña... Oh, veo que sonrías, don, pero es un error por su parte. Inglaterra cuenta cada día con más simpatizantes seducidos por nuestros programas y nuestro éxito. Personas en posiciones muy elevadas... Hasta se dice que el príncipe de Gales se muestra extremadamente sensible a nuestro punto de vista. Como nosotros, teme al bolchevismo de los rusos asiáticos. Como a nosotros, le inquieta el poder financiero de los judíos. Como a nosotros, le asusta la fecundidad de los pueblos de África, que un día nos hundirán si no nos preparamos. La ascensión al trono del príncipe bien podría propiciar un brusco cambio de las alianzas en el viejo continente. ¿Se lo imagina? ¡La Entente Cordiale franco-británica dinamitada, las Islas Británicas acercándose a su hermana germánica del continente! ¿Todo esto le deja indiferente?

—Tan frío como el mármol de Carrara en el que esculpen los bustos de su héroe —dije en tono de chanza—. El fascismo le fascina porque hace desfilar a unos pobres tipos de uniforme. Le gusta, sobre todo, porque exalta los valores de los que carece. *Signore* Ferrara, usted es un hombre mediocre. Siempre le he juzgado como tal y hoy no me ha hecho cambiar de opinión. Su Duce no me interesa, es más, me repugna. No creo que Europa en pleno se convierta jamás a las posturas que usted me describe. Si algo así ocurriera sólo podría ser gracias a un monstruoso golpe de mano. Y sería un episodio momentáneo, porque la historia demuestra que ningún dictador ha tenido jamás el continente bajo su dominio sin sufrir terribles reveses. E incluso aunque los habitantes de Londres o de París se pusieran la camisa negra de buena gana, los americanos jamás lo harían... Dicho lo cual, le deseo buenos días, *signore*.

Haciendo crujir los brazos del sillón bajo su peso, Carmine Ferrara se levantó lentamente de su asiento. Mientras se ajustaba su borsalino, creyó conveniente proferir una especie de advertencia.

—Muchos de sus colegas se nos han sumado ya, don Luigi. Son más clarividentes que usted, porque nosotros tenemos un arma contra la que sus viejas escopetas de feria Thomson no podrán nada...

—¿Eso es una amenaza? —pregunté con calma, mientras notaba que Stefano, que estaba a mi lado, se ponía en tensión.

—Tómelo más bien como el anuncio de la evidencia de la que aún no es usted consciente, don Luigi.

La parrafada de vibrantes acentos antimussolinianos que pronuncié aquel día no había

sido fruto de un análisis. Desde su ascensión al poder en 1922, yo nunca me había interesado realmente por Benito Mussolini ni había pensado en lo que representaba, Tal vez don Balsamo, más versado en política que yo, hubiera podido aclararme el sentido profundo que había que darle a la llegada de los fascistas a Roma; pero la rivalidad con los irlandeses de Moran, la prohibición y el ascenso de Capone no nos habían dejado mucho tiempo para meditar acerca de cuestiones de política internacional. Aunque buscara el apoyo de la mafia en Estados Unidos, Mussolini le había declarado una guerra sin tregua en su país. En Sicilia, los jefes de la Cosa Nostra eran arrestados y condenados a la horca. En Nápoles, la Camorra sufría el mismo trato. Yo lo sabía de fuentes fidedignas, y el doble discurso de aquel antiguo profesor socialista que ahora se paseaba con casco y botas me desagradaba profundamente. De hecho, mi análisis se basaba en esas premisas. Stefano, más joven y consciente de que quizá tendría que vivir más tiempo a la sombra de Mussolini, descifró mejor que yo los sobreentendidos de Ferrara.

—Ese tipo es detestable, don —me dijo mientras abría las ventanas de mi despacho para ventilarlo del infecto olor a rancio que el gordo había dejado como un perfume detrás de sí—. Pero acaba de plantearnos un juego de cartas que no podemos ignorar.

—Quizá, Stefano, quizá...

En el curso de las semanas que siguieron, ambos procuramos prestar oído a los rumores que corrían entre la comunidad italiana. Me di cuenta de que las pasiones ya estaban a flor de piel. Es cierto que desde hacía tiempo yo veía carteles de propaganda fascista en los pequeños comercios de Little Italy; pero el rostro de Mussolini estaba colgado al lado de un grabado de una Madona o de una vista de Roma o de Florencia. La opinión del pueblo, fácil de modelar, no me preocupaba. Yo no creía que el mal fuera profundo. Pero estaba equivocado. Carmine Ferrara y sus esbirros habían trabajado bien, y eran muchos los mafiosos importantes que sentían una enorme simpatía por el Duce.

—Todavía no es visible si uno no se fija, pero es evidente que está a punto de producirse una fractura —me advirtió Stefano—. Eso tiene sus pros y sus contras. La situación podría enconarse si las cosas se pusieran feas en Europa. Desde ese momento, la neutralidad sería la peor elección, porque nos colocaría como enemigos de todos.

—¿Crees que la guerra es inevitable en Europa?

—No estoy seguro, pero eso es lo que me temo, sí.

—En ese caso ¿nos pondremos a favor o en contra de los fascistas?

Stefano frunció el ceño, como si mi pregunta fuera un insulto.

—¿Por qué me pregunta eso, don?

—Porque pronto tendrás el clan a tu cargo. No quiero comprometerme con un bando al que tú no apruebes.

—¿A favor o en contra, me pregunta? ¡En contra, naturalmente!

—Perfecto. Ésa es también mi opinión.

Durante los meses que siguieron, los signos de la confrontación que se preparaba entre simpatizantes y opositores al fascismo se acentuaron. Después de salir de mi oficina, Carmine Ferrara había entendido la lección que le di. Desde entonces abordaba a las familias, no dirigiéndose al jefe, como con tanta torpeza había hecho en mi caso, sino ganándose primero a los *soldati* de las calles, a los *torpedos* y a los pequeños oficiales intermedios.

Aproveché un encuentro con el emperador Lucky Luciano y con su eminencia gris, Meyer Lansky, para abordar el asunto abiertamente con ellos. Era el verano de 1935. Almorzamos en Villa Tamaro, un restaurante de Coney Island famoso por su excelente cocina de pescado y por sus vistas al mar. Con gran sorpresa por mi parte, descubrí que los dos hombres estaban muy preocupados por el activismo fascista que atravesaba Estados Unidos. Lansky, en particular, había meditado sobre el tema. El delgado hombrecillo, siempre vestido con un traje de tres piezas demasiado grande para su talla, se mostraba indignado.

—El equilibrio de fuerzas se modifica —dijo, chupando la cáscara de un gran langostino—. Los hermanos gemelos nazi y fascista se extienden por Europa como una mancha de aceite. Esa gente está preparando sus piezas para una nueva confrontación a escala internacional.

—¿Preparan sus piezas aquí?

—Está claro, Monti. La intervención a última hora de América en 1917 no fue lo que decantó la balanza del lado de los aliados. Si los *boys* no hubieran atravesado el Atlántico, la guerra habría durado unos meses más, pero el resultado habría sido el mismo: Guillermo II tumbado y el Imperio austrohúngaro borrado del mapa. Sin embargo, la América de hoy no tiene nada en común con la de hace veinte años. Ahora somos inmensamente ricos y poderosos. Si Washington entra en guerra contra los alemanes al lado de los ingleses, Hitler no resistirá mucho tiempo. En cuanto a Mussolini, bastarán un par de cañonazos para hacerle caer del trono. *Play* que mirar las cosas de frente, caballeros: los italianos son excelentes francotiradores, pero pésimos soldados. En su país no disponen de tropas en condiciones para defender seriamente al régimen.

—¿En conclusión? —preguntó Luciano sin darse por aludido.

—Es muy sencillo: América tiene el poder de poner trabas a la expansión fascista en Europa, y es normal que Roma o Berlín intenten por todos los medios paralizar al gigante antes de que se despierte.

—Pero ¿qué tiene que ver el sindicato del crimen con todo eso? —pregunte yo—. ¿Por qué mezclarnos en historias políticas?

—No se haga el ingenuo, don Luigi —dijo Lansky con una sonrisa—. Nuestras familias son muy poderosas. Son las que controlan las calles, en realidad. Quien controla la calle, controla al gobierno... la ecuación es de una simplicidad infantil.

—Por eso el cerdo de Mussolini combate a la mafia en el interior de sus fronteras

mientras que aquí le hace la corte —gruñó Luciano.

—Para mi gusto, le hace un poco demasiado la corte —añadió Lansky—. Yo diría que aquí hay gato encerrado.

—¿En qué está pensando? —pregunté.

—Aún no lo sé. Pero si yo fuera un dictador y opusiera atar de pies y manos a un país como éste, empezaría por meterme en el bolsillo a los sindicatos para tomar el control de las infraestructuras de transporte, de energía y de comunicaciones. Me infiltraría también en los medios criminales para crearme una milicia dispuesta a actuar por todo el país cuando llegase la hora. Y, finalmente, buscaría un hombre de paja que me representara a los ojos de los buenos burgueses.

—¿Carmine Ferrara?

—¡Desde luego que no! Ni Carmine Ferrara, ni Ugo Galli tampoco. Esos tipos son unos simples sargentos de leva. No, yo escogería a un hombre ya conocido por los americanos. Un héroe, un hombre sin tacha. Un puro.

—Parece que está a punto de nombrar usted a alguien, Meyer.

Lansky apuntó con un dedo hacia el cielo. Muy arriba, negro contra el cielo azul, un pequeño avión pasaba zumbando.

—¿Eso no le dice nada?

—¿Un piloto? ¿Charles Lindbergh? —pregunté, incrédulo.

—Precisamente. Lindbergh —afirmó Lansky, antes de reventar con sus dientes una gran uva blanca.

Desde que en 1927 había realizado su gran travesía del Atlántico sin escalas, Charles Lindbergh era un héroe nacional. El drama que había golpeado a su familia algunos años después de aquella proeza, con el secuestro y el sórdido asesinato de su hijo, había conmocionado a América y le había valido un impulso renovado de simpatía. Pero Lindbergh poseía otra faceta además de la de caballero heroico vapuleado por el destino: el aviador había revelado un talento para la política. Sus ideas enlazaban con las de una cierta casta intelectual americana, cuya importancia iba creciendo con el tiempo y que había elaborado una alternativa cada vez más elaborada a la política de Roosevelt y su entorno.

Meyer Lansky percibió que sus palabras en el restaurante de Coney Island habían despertado mi interés. Acordamos vernos más a menudo para hablar de todos estos problemas. Sin la menor duda, Meyer era una especie de genio político. Fue él quien, en la sombra, había situado a Luciano en el lugar donde estaba y le había animado a dejar los pequeños trapicheos para lanzarse a los negocios legales, con el fin de adquirir el barniz de respetabilidad que le faltaba y los apoyos políticos indispensables para conferir tranquilidad a sus asuntos. Meyer era una especie de Maquiavelo. Tenía la talla de un hombre de Estado, pero había nacido demasiado abajo en la escala social para aspirar a alcanzar algún día escalones más altos. Fue

también a iniciativa suya que los mejores *torpedos* de las diversas familias habían sido reagrupados en el seno de lo que conocíamos como la Murder Incorporated, una sociedad de asesinos profesionales a las órdenes de la cúpula de la mafia.

—Hay que entender bien a Estados Unidos, don Luigi, y en especial su situación geográfica y sus orígenes culturales, para juzgar correctamente su política exterior. De este estudio se extraen notables enseñanzas. ¡Sí, absolutamente notables!

—¿Qué clase de enseñanzas, Meyer?

—Para empezar, Estados Unidos ha conservado la llama que animaba a los padres peregrinos. Este país se ve a sí mismo como la contrapartida de una Europa corrupta, de un territorio caótico del que fueron rechazados los protestantes ingleses más estrictos. América es ante todo la tierra de los elegidos. Y esos elegidos tienen por misión iluminar al mundo. Ése es el símbolo de la estatua de la Libertad, ¿no?

—Sí, pero eso no es más que una imagen.

—No se engañe, don Luigi. Las imágenes concentran los deseos. No los mire con condescendencia, tómese los como lo que son en realidad: la representación de aspiraciones simples y profundas a la vez. Para los que piensan que Estados Unidos es el modelo universal, el presidente de Washington es el nuevo vicario de Dios en la tierra; más que el Papa de Roma.

—Así que, según su opinión, ¿Estados Unidos se ve a sí misma como un modelo? Bueno. Pero no obstante, practica una política de aislamiento.

—Es verdad, pero eso ya ha dejado de interesarle a nuestro nuevo presidente Roosevelt. Su New Deal está condenado al fracaso. La Corte Suprema está contra él, los militares de la Liga Naval también. La gran crisis económica está camuflada, pero no terminada. ¿Se acuerda del escándalo de la Comisión Nye, el año pasado?

—¿El informe del senador Nye? Reveló que el presidente Wilson había hecho entrar a Estados Unidos en la guerra en 1917 solamente para evitar la quiebra de sus clientes franceses e ingleses.

—Sí. Pues bien, las cenizas de la crisis financiera siguen ardiendo. Para sofocarlas por completo no hay más remedio que la guerra, y Roosevelt cambiará de política para ir por ese camino. Oh, desde luego, él nunca golpeará primero, pero se las ingeniará para que haya provocaciones por parte de los japoneses o de los alemanes. De aquí a cuatro o cinco años, alguien encenderá la mecha de una manera u otra.

—Y nosotros, Lansky, ¿qué tenemos que hacer?

—Debemos cerrar los ojos a las motivaciones profundas de los inquilinos de la Casa Blanca y ser más patriotas que nunca. Los grandes peligros son el fascismo, el nazismo y el bolchevismo. Prefiero tener a un cerdo gentil hipócrita y protestante en el Despacho Oval antes que ver la hoz y el martillo o la cruz gamada ondear sobre el Capitolio. En la guerra que se anuncia, don Luigi, formaremos una unión sagrada detrás de la bandera estrellada. No lo dude.

Pero si Meyer Lansky no tenía dudas, otros en la mafia no compartían su punto de

vista, y las reuniones públicas de apoyo a los fascistas de Italia contaban con más participantes cada día. Envié discretamente a algunos de mis hombres a esos congresos. Regresaban con noticias alarmantes.

«Las salas se llenan a reventar —me decían algunos—. Aplauden a rabiar los discursos de Carmine Ferrara, y se dice que está pensando seriamente en presentarse a la alcaldía de la ciudad».

«En las calles, los *soldad* se llenan la cabeza con proyectos de guerra civil. Ya se ven marchando sobre Washington, como marchó Mussolini sobre Roma con sus camisas negras. Cada vez desembarcan en el puerto más italianos y alemanes sospechosos. Se diría que se está preparando un golpe», me decían otros.

Estas noticias no constituían una prueba formal de un complot, pero yo quise tomarme en serio la amenaza. De acuerdo con Meyer Lansky y Lucky Luciano, fingí cambiar de parecer con respecto a Ferrara. Le pedí una nueva entrevista a finales de 1935; mi intención era hacer doble juego para tratar de penetrar el misterio que intuía que se ocultaba detrás de él.

—Estoy muy sorprendido de que haya querido volver a verme, don Luigi —dijo con aire de superioridad—. Había creído entender que su postura estaba bien definida y que no nos era favorable.

—Es cierto, en su momento rechacé de pleno su propuesta. Pero la conversación que mantuvimos me llevó a descubrir intereses insospechados para mí. Desde aquel encuentro me he interesado mucho en la política, un campo que hasta ahora había preferido ignorar. Ahora reconozco que no actuaba correctamente.

—Le comprendo, don —dijo Ferrara, en un tono suave—. Sus negocios eran lo más importante, es comprensible...

—Pero las conclusiones que he sacado de mis lecturas me llevan a compartir muchos de los puntos de vista del partido fascista. Debo reconocer que cometí un error al juzgar a la ligera a Mussolini y a Hitler. En primer lugar, considero que ni el uno ni el otro son enemigos de Estados Unidos. Bien al contrario. Ellos pueden asegurar la estabilidad del viejo mundo de un modo mucho más eficaz que las democracias parlamentarias.

El rostro de Carmine Ferrara estaba radiante. Sus ojos brillaban. Mi discurso le había hecho estremecerse de placer. Supe que había mordido el anzuelo, y decidí darle el toque final.

—Me gustaría que hiciéramos las paces, Carmine. Y quisiera, además, hacer una donación al partido fascista.

—El partido acepta agradecido todas las donaciones. Y con más gratitud todavía su adhesión a nuestra causa. Su ayuda será preciosa para nosotros, don Luigi. ¡Tenemos grandes proyectos para América!

—Ésa es una excelente noticia —me obligué a responder, sonriente—. No me gustaría que mi hijo Gian viviera en un país dirigido por los negros y los extranjeros de todas partes. Nuestra nación necesita grandeza. Franklin Delano Roosevelt no es el

hombre que necesitamos en la Casa Blanca.

—Asista usted a nuestra próxima gala de fin de año —me propuso de inmediato Carmine—. Conocerá a personas notables. Que le acompañen su hijo y su esposa. Para mí será un gran placer conocerlos.

EDIFICIO SHELTON

—Siempre me has gustado de esmoquin, Luigi. Estás tan guapo...

Carla enderezó un poco mi pajarita. Sus manos eran frescas y suaves. Las tomé en las mías para besarlas. A pesar de todos los años pasados juntos, no nos habíamos distanciado. A mis ojos, Carla seguía siendo la muchacha de atuendo recatado a la que me había atrevido a abordar una tarde de 1918 en la oficina de nuestra agencia de colocación de artistas. Cuando miraba su rostro y contemplaba su figura sentía la misma emoción, el mismo impulso amoroso de entonces. En cuanto a ella, yo sabía que, a pesar de mi cara abollada y de mis modales un poco bastos, sólo otro hombre en el mundo podía rivalizar conmigo en su corazón: Gian, el hijo al que los dos amábamos por encima de todo.

Al principio había sido muy reacio a pedirles a mi esposa y a mi hijo que me acompañaran a la fiesta que daba Carmine Ferrara, pero Meyer Lansky me había convencido de la necesidad de entrar de lleno en el juego, hasta el fondo.

—Lo peor que puede hacer ahora es conformarse con participar a medias —me aconsejó la eminencia gris del *capo di tutti capi*—. Cuando informé a Lucky Luciano de su intención de ver por sí mismo lo que se está cocinando en la camarilla de Ferrara se sintió aliviado. Él le ha dado su aprobación y su confianza, lo mismo que yo. Pero tenga cuidado. Nadie en el campo enemigo debe sospechar nuestras intenciones. Juegue a su juego con la mayor seriedad posible. Es la única manera de descubrir sus planes.

Así pues, seguí al pie de la letra las directivas de Lansky. Puesto que necesitaba estar en buenos términos con Ferrara, tendría que soportar sus actividades mundanas hasta el fin. Presentarme como un buen esposo y padre de familia entre los fascistas era toda una declaración de intenciones: así daba fe de que me unía a sus filas sin miedo y sin reservas. Salí de casa con Carla y Gian hacia las siete de la tarde del 21 de diciembre de 1935, para acudir en coche al hotel Shelton, en Lexington Avenue. Stefano conducía el largo Cadillac con aromático tapizado de cuero que yo utilizaba en las grandes ocasiones. Negro y reluciente, el automóvil se deslizaba en silencio por las calles de la ciudad, sobre las que caían los primeros copos de nieve del invierno. Carla estaba callada y miraba la nieve arremolinarse en torno a las torres iluminadas de los edificios. Gian silbaba un viejo tema de Cab Calloway y llevaba el ritmo con el pie.

*I'm the world's most happy creature,
Tell me, what can worry me?
I'm crazy 'bout my baby*

And my baby's crazy 'bout me!

Llegamos ante el Shelton Building, un rascacielos masivo, imponente. La fachada roja y oscura del edificio y la ausencia de ventanas visibles le daban el aire de una torre medieval. Por un instante, pensé en los muros de granito negro de la penitenciaría de Blackwell, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Te encuentras bien? —dijo Carla con inquietud.

Tranquilicé a mi esposa, puse en torno a su nuca el cuello de pieles y la tomé del brazo para que franqueáramos juntos el umbral del Shelton. A tres pasos detrás de nosotros, Gian nos sobrepasaba con su alta estatura. En el piso cuarenta, nos hicieron entrar en un vasto salón que ya estaba abarrotado de invitados. Sobre un estrado, una pequeña orquesta tocaba una música entretenida pero sin mucho carácter. En cuanto nos vio, Ferrara se abrió paso entre los invitados para acudir a saludarnos. Aquella velada debía de tener una importancia especial a sus ojos, porque se había cortado el pelo y su esmoquin estaba cepillado. Hasta llevaba las uñas limpias.

—Don Luigi, estoy muy contento de tenerle entre nosotros. Le prometo que será una velada inolvidable.

Tras dirigirles apenas una mirada amable a Carla y a Gian, me llevó al encuentro de unas personas que se habían vuelto hacia mí desde mi llegada. Había muchos italianos entre los invitados. También mucha gente con la que me había cruzado en ocasiones muy diversas. Algunos mafiosos, desde luego, con los cuales intercambié el abrazo usual entre los miembros de la familia. No eran padrinos de gran envergadura, pero entre todos ellos debían de contar con cerca de diez mil *soldati* bajo sus órdenes. El más importante entre los asistentes era Petrone *Peppo* Bari, un hombre de mi generación, napolitano, reputado por su crueldad. Corrían infinidad de anécdotas sobre Peppo Bari. Ignoro si todas eran ciertas, pero incluso las menos sangrientas eran espantosas. Se decía, por ejemplo, que sólo utilizaba a sus *torpedos* para que le trajeran a las víctimas, a las que él asesinaba en persona, y cuyas cabezas conservaba en tarros de formol depositados en las cajas fuertes de un banco. Si Ferrara era una especie de carnero, Petrone era un toro salvaje, de pocas luces, fornido, extraordinariamente fuerte y resistente. Yo sabía que tenía celos de Luciano y que detestaba por encima de todo a Meyer Lansky. Antisemita feroz, no soportaba que el *capo di tutti capi* hubiera abierto las puertas de la mafia a los extranjeros.

—¡Don Luigi! —exclamó tras estrecharme contra su corto torso—, me maravillo de verle entre nosotros. ¡Creía que era usted una criatura de Luciano! Ferrara me ha contado sus ideas sobre el futuro de nuestro país. ¡Las apruebo plenamente! Roosevelt es un veneno para América. Peor: un veneno para todo Occidente.

—Desde luego, don Petrone —confirmé con sobriedad y una sonrisa forzada—. La situación se agrava de día en día. Deberíamos decidarnos a pasarnos al elefante republicano para aplastar al asno demócrata.

—¡Ja, ja! —Ferrara rompió a reír—. Me lo ha quitado de la boca, don Luigi...

Acompáñeme, a un lugar tranquilo donde estaremos más cómodos y podamos charlar en serio.

A pesar de la lavanda con la que se había rociado en abundancia, Carmine empezaba ya a exhalar tufos de puesto de carnicería. Casi tuve que taparme la nariz para soportar su olor mientras me arrastraba aparte, con *Peppo Bari* a nuestra estela. Ferrara se dirigió hacia una puerta de doble batiente cuyo acceso estaba protegido por dos guardaespaldas de esmoquin. Bajo sus axilas se notaban los bultos de las fundas de sus armas.

Penetramos en una pequeña sala de fumar decorada al estilo de un club inglés: lámparas tamizadas, sillones hondos, paredes tapizadas de libros y cuadros, tapices espesos. Había ya diez o quince personas instaladas en la estancia, algunas totalmente desconocidas para mí y otras a quienes reconocí como miembros de la mafia. Pero no había ningún neoyorquino. Estaban Cello Altieri, de una pequeña familia de Baton Rouge; Jillo Leopardi, de Orlando, Florida; Paolino Di Castello y Hiero Zadamante, de Nueva Orleans.

De pie casi en el centro de la reunión vi a la única mujer del grupo. Vestida con un traje sastre negro con pantalones, zapatos lustrados, con lazos, y un reloj de pulsera, fumaba con desenvoltura un largo cigarro cuyo humo azul y espeso, enervante como una nube de incienso, la rodeaba de una aureola. Peinada a la *gargonne*, la cabellera alisada y engominada al estilo berlinés de finales de los años veinte, la piel muy blanca y la boca bien perfilada y pintada de un rojo profundo, desprendía un encanto animal, una sensualidad de pantera que magnetizaba todas las miradas. Durante los últimos años, numerosas actrices y *vedettes* de revista famosas habían pasado por mi mesa, y yo estaba acostumbrado a codearme con mujeres muy hermosas. Después de tanto tiempo habían dejado de impresionarme. La escultural Theda Bara, habitual de los papeles de reina de Oriente desnuda de tiempos del cine mudo, que me había cogido del brazo con frecuencia y se había puesto a jugar con aire de ingenua con las perlas que caían en cascada por su escote, no llegaba a acercarse siquiera al magnetismo erótico de la desconocida. Esgrimiendo mil fanfarronadas obsequiosas, Ferrara acercó su grueso corpachón hasta ella y aprovechó la excusa de presentármela para inclinarse sobre su mejilla.

—Le presento a don Luigi Monti, uno de los más importantes representantes de nuestra comunidad italiana en Nueva York y, desde hace poco, un muy generoso donante y amigo de nuestra causa.

—Laüme Galjero —dijo ella, y me tendió su larga mano de uñas pintadas de color sangre.

Toqué sus dedos con mis labios de la forma más leve posible y tomé asiento en el sillón que me indicaba Ferrara.

—Así pues, se une usted a nuestra causa, don Luigi... ¿Podemos conocer la naturaleza de las reflexiones que le han traído a nuestro lado? —me preguntó un hombre al que no había sido presentado y en el que no me había fijado hasta

entonces.

Hablaba con un fuerte acento arrastrado, típico de Luisiana. En la penumbra, no pude distinguir con claridad sus rasgos.

—El caballero que interviene es mister Ephraim Cassard —deslizó Carmine Ferrara, como para excusar la descortesía del sudista—. Dueño de plantaciones en Baton Rouge y en Nueva Orleans. Una de las grandes fortunas del Mississippi...

—Eso no es lo más importante —le corrigió Cassard—. En el fondo no es más que una fachada tras la cual se reúnen más de cuatro millones de conciudadanos.

—¿Una fachada? —bufó el padrino Hiero Zadamante—. Diga más bien una máscara. ¡Una máscara blanca y puntiaguda! Don Luigi, esto no debe ser un misterio para usted: nuestro amigo Ephraim Cassard es el sumo sacerdote del Ku Klux Klan.

Apreté las mandíbulas. Hasta entonces mi camino nunca se había cruzado con el de esa organización secreta que, desde el fin de la guerra de Secesión, había empezado sus actividades cazando a los negros en los estados del Sur, y que había extendido después su odio a los católicos, a los judíos y a todos los nuevos inmigrantes cualquiera que fueran su origen y el color de su piel. En un tono bastante apagado al principio, procuré contestar de manera adecuada a su pregunta. Mis palabras sonaron bastante huecas, pero pareció darse por satisfecho. La conversación se desvió a otros temas y durante unos minutos no fui interpelado. Aproveché para observar con el rabllo del ojo las figuras que me rodeaban. No estaba al corriente de su posición y sus funciones, pero Laüme Galjero parecía ser el árbitro de los debates. Aunque apenas intervenía, todos esperaban su aprobación. Hasta Cassard, dominante con cualquiera de nosotros, se volvía humilde al dirigirse a ella. Al poco rato, noté que Ferrara no dejaba de consultar su reloj. Lo sacaba del bolsillo y miraba sus agujas con una mezcla de impaciencia y aprensión. Al advertir mi mirada interrogante, sonrió y me hizo un guiño cómplice, exactamente como si solicitara mi concurso para una sorpresa que llevara mucho tiempo preparando. Por fin, después de que la misma escena se repitiera cinco o seis veces en veinte minutos, agitó las manos para pedir la palabra.

—Señora, señores —dijo en el tono propio de un maestro de ceremonias anunciando con ardor la atracción principal de una función circense—. Debo interrumpirles para hacerles una revelación importante...

Aunque se escucharon algunos «¡ah!» y «¡oh!» de sorpresa, la mayoría de los rostros adoptaron una grave expresión de connivencia, y enseguida se hizo el silencio.

—Para quienes aún lo ignoran —empezó Ferrara—, esta noche quedará señalada con piedra blanca en la historia de Estados Unidos de América. ¿Una piedra blanca he dicho? ¡Cierto! Pero es otro el color que brillará en esta noche de invierno: un color vivo, un color de fuego, ¡el rojo de la llama de nuestro renacimiento! ¡Y, sobre todo, el rojo de la sangre de nuestros enemigos!

El orador enfebrecía al calor de su propio discurso. No pude dejar de pensar en

una caricatura de Mussolini o de Hitler: enrojecía como el primero y tronaba como el segundo.

—¡Amigos! En este mismo momento, decenas de los nuestros están subiendo a sus automóviles y se dirigen por las calles hasta sus objetivos. ¡Esta noche, el traidor Lucky Luciano dejará de existir! ¡Esta noche, el judío Meyer Lansky será eliminado! Esta noche, todos los padrinos de la Cosa Nostra que no se han unido a la bandera del fascismo triunfante serán borrados de nuestro camino.

Sonaron aplausos. Laüme Galjero expelió una bocanada de humo de su cigarro y enseñó los dientes en una amplia sonrisa. Cassard alzó su copa en dirección a mí y me hizo una leve señal con la cabeza. Su mirada rezumaba ironía. «De buena te has librado, chico —parecía decirme—. Te has embarcado justo a tiempo en la nave de la nueva revolución americana... ¡Bienvenido! Pero no voy quitarte los ojos de encima».

Le devolví el saludo y me esforcé por parecer contento. La noticia, sin embargo, me infundía terror. Aunque me aplicaba a no dejar entrever nada, el corazón me palpitaba a la carrera y mi cuerpo estaba cubierto de un sudor frío. Mis pensamientos se dirigían a un solo objetivo: encontrar un medio de eclipsarme sin llamar la atención, a fin de prevenir a Luciano y a Lansky del peligro que se cernía sobre ellos. Quizá fuera ya demasiado tarde pero, si había que dar fe a las palabras de Ferrara, los asesinos acababan de salir de su base. Con suerte, si lograba hablar por teléfono con el *capo di tutu cappi* o con su lugarteniente ellos podrían huir o, por lo menos, prepararse para el inminente ataque. Recorrí la sala con la mirada, en busca de una salida discreta, pero no había otra puerta que aquella por la que había entrado. Esperé unos instantes a que las conversaciones se reanudaran a mi alrededor. Alimentada por el sensacional anuncio, la marea de palabras no cesaba de crecer. Al ver que nadie se fijaba en mí, dejé mi asiento e hice como si me dirigiera al bar para llenar de nuevo mi copa. Durante un minuto, esperé a la sombra de la biblioteca, sin moverme, casi sin respirar. Nadie pareció reparar en mi sillón vacío; giré el puño de la puerta y dejé el salón privado. Unos metros más allá, tuve la suerte de descubrir la figura larga y estilizada de Gian, en animada conversación con unos chicos y chicas de su edad. Le hice señas de que se acercara.

—Gian —le dije a la oreja, llevándole al abrigo de un recodo—. Gian, te necesito. Se trata de un acontecimiento de extrema gravedad, y no tengo tiempo de darte los detalles, así que escúchame bien y haz lo que te diga sin hacer preguntas. Ve corriendo al garaje a buscar a Stefano y dile que te lleve a casa de Lucky Luciano.

Avisad a Lucky de que unos asesinos se dirigen a su casa, enviados por Carmine Ferrara, don Petrone Bari y un tal Ephraim Cassard, de Nueva Orleans. Otro grupo va a encargarse de Meyer Lansky. ¿Lo has entendido?

Gian asintió en silencio. Por su expresión grave comprendí que era consciente de la urgencia y la gravedad de la situación.

—Ahora vas a hacerme una promesa —le dije todavía, poniendo mis manos sobre

sus hombros—. Quiero que Stefano te entregue una de sus armas. Pero no la uses más que como último recurso, y sólo para defenderte. Pase lo que pase, te prohíbo que te acerques a Luciano o a quien sea si el combate ya ha empezado. Te envíé allí pero, si comprendes que llegas demasiado tarde, retírate enseguida con Stefano. ¿Me has entendido bien, hijo?

—Sí, papá. Te prometo ser prudente y no arriesgar mi vida sin necesidad. Cumpliré mi promesa.

Su mirada era franca y yo sabía que en él no cabía la doblez. Mi hijo nunca me había fallado hasta entonces; siempre había cumplido todas sus promesas.

—Muy bien. Ahora, vete. E intenta pasar inadvertido.

Mientras que dejaba que Gian volara en busca de Luciano, atravesé el salón de baile en busca de Carla. Escruté con mucha atención el espacio abarrotado, pero me fue imposible distinguir su silueta menuda entre las oleadas de invitados. Rabioso, me puse a buscar un teléfono.

—Encontrará teléfonos en los servicios, señor —me informó un criado de librea roja.

En el fondo de un corredor, más allá de unos lavabos de mármol y de un gran espejo sin marco, encontré unas puertas batientes con paneles vidriados. Una de las cabinas ya estaba ocupada. Entré en la otra, sin preocuparme de la identidad de mi vecino. Febril, más ansioso aún por la vida de Gian que por las de Luciano y Lansky, pedí a la operadora el número de Luciano. El timbre sonó durante un minuto.

—Nadie contesta en el número marcado, señor, ¿sigo insistiendo? —me dijo la operadora según la costumbre.

—¡No! Haga otra llamada, por favor.

Esta vez le di el número de la residencia particular de Meyer Lansky. Sonaron tres timbres sin respuesta. Al cuarto, por fin, descolgaron. Con un suspiro de alivio, reconocí el timbre un poco desabrido del consejero de Luciano.

—Meyer —le dije en un tono enloquecido—. Luigi Monti al aparato. Tengo que darle una información muy urgente.

Expuse la situación en pocas palabras y le di los nombres de los principales conjurados. Al otro lado del hilo, Lansky me escuchaba sin interrumpirme. Cuando hube acabado, habló él a su vez:

—Salgo de inmediato a prevenir a Lucky. En cuanto a usted, deje enseguida el Shelton y reúnanse con nosotros dentro de dos horas en Coney Island, en el restaurante Tamaro, donde almorzamos en agosto con Luciano. Hablaremos...

Un poco más tranquilo, colgué el auricular. Al menos ya no era el único que conocía la existencia de la purga que se preparaba en el seno de la Cosa Nostra. Uno de los principales blancos del ataque ya estaba advertido del peligro, y el otro lo estaría enseguida. Fui a echarme un poco de agua en la cara para refrescarme. Una gran vidriera daba al exterior, pero era imposible ver la ciudad, porque las alturas de la torre estaban encerradas en un banco de nubes espesas. Copos de nieve gruesos

como castañas se estrellaban con violencia contra la ventana, empujados por un viento fuerte y caprichoso. Muy por debajo de mí, adivinaba la circulación lentificada por la tempestad que se había levantado durante la hora anterior. El mal tiempo debería constituir un freno a los asesinos enviados por los conjurados pero, en contrapartida, entorpecería también el avance de Gian y de Stefano hacia Lucky Luciano. Me estaba secando las manos cuando la puerta de los aseos se abrió a mi espalda. Para mi sorpresa, no era un hombre, sino Laüme Galjero quien acababa de entrar. La joven cerró la puerta con suavidad detrás de sí, y encendió otro habano. Se apoyó descuidadamente contra el muro, embaldosado con un mosaico azul a cuadros que imitaba un zigurat de película. Con una mano en el bolsillo, la otra dándole vueltas a su cigarro, dobló la pierna, apoyó la suela de su zapato contra la pared, abrió los tres botones de su blusa y se inclinó. Las puntas de sus senos desnudos se clavaban en la seda de la camisa blanca. A pesar de su postura y su aire provocativos, fingí no prestarle atención y continué secándome las manos como si aún estuviera solo. Pero no podía mantenerme así mucho tiempo y, al final, no tuve más remedio que darme la vuelta.

—Don Luigi Monti, ¿verdad? —me preguntó ella, sonriente.

—Así es —contesté de modo escueto, haciendo ademán de dirigirme a la salida sin entretenerme con ella.

—El que acaba de salir precipitadamente del edificio es su hijo, ¿verdad, don Monti?

Mi corazón dejó de latir por un momento.

—La noche es peligrosa en Nueva York —continuó ella—. No debería haberlo dejado solo. Los jóvenes como él son criaturas tan tiernas, tan frágiles, aunque les guste darse aires de hombres mayores.

Aunque tenía un marcado acento europeo, dominaba el inglés con tanta soltura como una anglosajona. Sus aires de gata en celo no me impresionaban: fijé mis ojos en los suyos con aire amenazador.

—Mi hijo va adonde le parece y cuando le apetece. Sólo su madre y yo tenemos derecho a mezclarnos en su vida. Nadie más.

Nuestros rostros estaban muy cercanos ahora, y nos mirábamos con evidente desafío. La escena se paralizó un instante; después, Laüme hizo palpar de forma ostensible las aletas de su nariz, como un animal carnívoro que descubriera de pronto la pista de una presa.

—Me gusta el perfume que lleva, don Luigi —dijo al fin—, pero detesto su olor. Es un relente agrio que he respirado demasiadas veces como para no reconocerlo. ¡Es el olor de la doblez y de la traición! Usted, don Luigi, es un traidor a nuestra causa ¿no es así?

Sin darme tiempo a responderle, Laüme Galjero dio dos golpes en el tabique de azulejos. La puerta se abrió de inmediato y tres gorilas se abalanzaron sobre mí. El ataque había sido demasiado rápido para que yo pudiera reaccionar. Apenas tuve

tiempo de lanzar torpemente mi puño al azar, y fui apresado por los guardaespaldas.

—Evitemos armar un escándalo aquí, caballeros —dijo Laüme Galjero—. Desháganse de Luigi Monti sin que nadie lo advierta. Que nunca más se le vuelva a ver vivo, ¿está claro?

—Sí, señora —asintió el tipo que parecía el cabecilla.

Laüme giró sobre sus talones sin ni siquiera dedicarme una mirada. El perfume picante de su tabaco quedó pronto como último vestigio de su presencia.

—Vamos, Monti, te llegó la hora de disfrutar del paseo. Por lo que dicen, tú se lo has hecho dar a otros muchas veces. Ya podías figurarte que te tocaría a ti algún día...

Mientras que dos de los esbirros me sujetaban firmemente por debajo de las axilas, el jefe armó su brazo y me lanzó tres o cuatro golpes seguidos al estómago. El matón sabía dónde y cómo golpear, su eficacia delataba la experiencia de un exboxeador. No llegué a perder el conocimiento. Me arrastraron por una escalera de servicio, de hormigón, y me arrojaron de cabeza dentro de una estrecha cabina de ascensor oculta tras una valla. Mi cabeza chocó de forma brutal contra la pared de la cabina, lo cual acabó de ponerme fuera de combate. Tirado en el suelo, entre las piernas de tres tipos que se apretujaban en torno a mí, sentí que nos movíamos. No hubo paradas durante unos diez pisos. Al fin, me pusieron en pie y me empujaron por un dédalo de corredores oscuros. El boxeador abrió un candado con una llave que sacó del bolsillo y empujó de un puntapié una puerta de hierro combada, roída por la herrumbre. Sentí el viento glacial pasar por mi rostro; unos copos enormes de nieve entraban en el corredor y se posaron en mi esmoquin. El frío me reanimó un poco y hubiera podido levantarme, pero preferí permanecer como un peso inerte, con el fin de parecer inconsciente y que el recelo de los tipos disminuyera. Cuando me levantaban para subirme a la plataforma que conducía al tejado del edificio, me apoyé contra el muro y me impulsé con las piernas con todas mis fuerzas. Lo repentino de mi acción sorprendió a uno de mis guardianes, que perdió por un instante el equilibrio. Llevado por la inercia, cayó hacia atrás sin poder evitarlo, de modo que dejó libre uno de mis brazos. El velo rojo de la rabia pasó en aquel momento ante mis ojos y cegó mi razón. Sin pensar, agarré la oreja de mi adversario más cercano y tiré de ella. La unión entre el cráneo y este órgano es fina; cuando se rompe, provoca un dolor terrible que paraliza toda reacción. El tipo chilló y cayó de rodillas delante de mí, la mano apretada contra la sien, de donde fluía un arroyo de sangre. En cuanto al tercer individuo, pasmado por el brusco giro que había dado la situación, no le di tiempo a llevarse la mano bajo la axila para desenfundar y lancé un pie contra su tibia con todas mis fuerzas. El hueso crujió como una rama seca al romperse, haciéndole gemir y llorar de dolor.

En unos cuantos segundos había logrado tumbar a mis tres adversarios. Le arranqué el arma al que había mutilado y le disparé un balazo en la cabeza. Desplacé el cañón del arma unas pulgadas y le volé la caja del cráneo al segundo antes de

apuntar al primero, al que tan sólo le había hecho perder el equilibrio. Pero el tipo ya se había levantado y arrastraba los pies por la nieve porfiando en perderse bajo la tempestad. Debió de lastimarse al caer, porque iba dejando tras de sí un delgado rastro rojo. Disparé una o dos veces a tuestas y después tuve que echarme al suelo, pues mi blanco había conseguido deslizarse fuera de mi campo visual. Una bala silbó cerca de mí. Otra impactó a la altura de mi cara, en el muro de hormigón que tenía a la derecha. Avancé encorvado siguiendo las huellas que el tipo dejaba en la nieve. A aquella altitud, las ráfagas de viento eran tan violentas que apenas podía mantenerme en pie. Zarandeado, me tambaleaba peligrosamente, con riesgo de ser arrastrado a cada paso, y tenía que apoyarme con firmeza sobre mis piernas para no ser barrido cual brizna de paja. Soy un hombre de hechuras sólidas y de buenos músculos. Un físico como el de Stefano, más esbelto y ligero que yo, no hubiera sido capaz de resistir el viento que rugía sobre la plataforma.

Por fin, me encontré frente al boxeador. Su figura estaba cubierta de sangre, pero yo no veía la herida que había recibido. El hombre, harto de huir y de seguir escondiéndose, me hacía señas de que me acercara, como si quisiera mantener conmigo un duelo digno del salvaje Oeste.

—¡Monti! ¡Venga, Monti! ¡Y que gane el mejor!

Apenas podía entender sus palabras entre el rugido de la tempestad, pero no importaba. Abrimos fuego a la vez, él sin moverse, yo sin dejar de acercarme, arrojando una cortina de balas tanto para protegerme como para alcanzarle. Ambos tuvimos mala suerte; no sé si debido a que las turbulencias desviaron nuestros proyectiles o que si un dios oscuro había decretado que llegáramos a las manos, el caso es que su cargador y el mío se vaciaron exactamente al mismo tiempo. Entonces, mientras el boxeador registraba sus bolsillos en busca de más munición, le arrojé mi automática a la cara. Hubo un ruido de dientes rotos. El tipo se tambaleó mientras mascullaba un juramento; su pie resbaló en la nieve y cayó hacia atrás, al vacío... No sé si se había dado cuenta, pero había decidido enfrentarse conmigo al borde de la terraza, donde ninguna barandilla corría sobre el saledizo del tejado. ¿Cuánto tiempo tarda un cuerpo en estrellarse contra el suelo tras caer desde cincuenta pisos de altura? Por lo que sé, el corazón sufre un síncope. Lo que mata es el miedo, no la caída. Y te mata mucho antes de que se produzca el choque físico.

Volví sobre mis pasos y registré los cuerpos sin vida de los otros dos matones con el fin de apoderarme de sus armas y de sus cartuchos de reserva. Después de aquel combate sólo me obsesionaba una idea: encontrar a Carla cuanto antes y sacarla de aquella trampa hormigueante de enemigos en que se había convertido el Shelton Building. A pesar de lo urgente de la situación, preferí no usar el ascensor que, como sabía por experiencia, no era más que un ataúd vertical en el que muchos *amici nostri* habían entrado un día sin desconfiar para no volver a salir nunca más. Bajé pues diez pisos por la escalera de servicio antes de concederme un minuto para recuperar el aliento y volver a poner en orden mis ropas. Oculté las dos automáticas bajo el

cinturón, entre los riñones, y volví a la sala de recepción por el camino de los lavabos decorados con azulejos azules. Un vistazo rápido al espejo me permitió borrar los hilillos de sangre que salían de mi nariz y de la comisura de mis labios. Había transcurrido muy poco tiempo desde el momento en que Laüme Galjero me había echado a sus perros encima. Diez o quince minutos a lo sumo...

En la sala, la orquesta seguía tocando, y nada en la actitud de los invitados hacía pensar que acabaran de desarrollarse unos sucesos sangrientos algunos pisos por encima de sus cabezas. Las mujeres tenían copas de champán en sus manos cargadas de joyas, y los ojos de los hombres brillaban al abismarse en los pronunciados escotes o al ascender por las aberturas de las faldas. Estaba escrutando la multitud en busca de Carla, cuando sentí que me asían de pronto por el brazo.

—¿Gian no está contigo, Luigi? —me preguntó mi esposa, que empezaba a sospechar que algo inhabitual había ocurrido.

—He enviado a Gian afuera con Stefano —contesté—. Ya te lo explicaré. Ahora, es preciso que salgamos los dos de aquí lo antes posible. Sígueme. Cuando estemos fuera te explicaré todo lo que hay que saber.

Sin insistir ni mostrar inquietud, Carla se afianzó a mi lado y se mostró dispuesta a dejar el Shelton en el acto. Con paso tranquilo, nos dirigimos al vestuario, donde recuperamos nuestros abrigos como si no pasara nada. En el momento en que yo presionaba el botón de llamada del ascensor, escuché un tumulto que crecía a nuestras espaldas. Al darme la vuelta, vi aparecer por la esquina del corredor a Ephraim Cassard, seguido de cerca por cuatro de sus esbirros. Encima del elevador, la flecha indicaba que la cabina se encontraba cerca, entre los pisos veinte y treinta.

—¡Al suelo! —le grité a Carla—. ¡Deprisa, échate al suelo!

Mientras mi mujer se agachaba, saqué de la cintura las dos automáticas y abrí fuego contra los esbirros de Cassard. Los dos primeros, tocados en el torso, cayeron sin tener tiempo de replicar, pero los otros dos se pusieron a cubierto, uno detrás de un gran mueble panzudo y el otro tras el quicio de una puerta. En cuanto a Cassard, retrocedió despacio, sin mostrar temor en absoluto.

Lancé una breve andanada en dirección a él, sin acertarle, pero pronto tuve que renunciar a ese objetivo para responder a las balas de sus mercenarios. A mi izquierda, la caoba del mueble panzudo explotó en una lluvia de astillas bajo mis impactos. A mi derecha, lo que saltaba era el yeso. Una bala enemiga se perdió en el techo, otra rompió un gran espejo con marco de oro, una tercera rebotó en una lámpara e hizo estallar las bombillas. Gritos de terror se elevaban en la sala. Cassard chilló una frase que no entendí. Sin dejar de hacer fuego para cubrirme, lancé una mirada angustiada a la flecha del ascensor que ya se acercaba rápidamente. En el instante en que por fin llegó la cabina, el percutor de una de mis armas chasqueó en el vacío.

—¡En pie, Carla! ¡Al ascensor, deprisa!

Subir a la cabina era una locura, y yo lo sabía. Si hubiera estado solo habría

probado suerte por las escaleras, pero mi mujer no era tan aguerrida ni tan rápida como yo. Había que optar por la solución más rápida, aunque fuera la más peligrosa. Mientras empujaba a Carla a través de las puertas deslizantes, hice un último disparo detrás de mí. Dentro del ascensor había un botones acurrucado en un rincón, con la cabeza entre los brazos, temblando y gimiendo. Carla, que a diferencia del muchacho no había perdido la sangre fría, presionó el botón para descender. Las puertas se cerraron ante nosotros con un susurro y se inició el descenso. Tomé de los bolsillos las municiones robadas a los muertos del tejado y rellené metódicamente los cargadores mientras me esforzaba en respirar hondo y conceder una tregua a mi corazón palpitante. Hice señas a Carla de que se colocara justo detrás de mí. Pasó un minuto aún antes de que llegásemos a la planta baja. Salí de la cabina con los brazos extendidos delante de mí, dispuesto a abrir fuego contra el primer adversario que se manifestara, pero nadie osó detenernos. Las pocas personas presentes en el vestíbulo del Shelton nos miraron con miedo y con un aire de incompreensión absoluta en sus rostros. Al parecer, ni Cassard, ni Ferrara, ni don *Peppo* Bari habían tenido tiempo de organizar convenientemente la persecución. Después de haber pasado la puerta giratoria del edificio, atravesamos corriendo la explanada frontal. La nieve caía cada vez más copiosa y un viento helado soplaba en la calle con tanta fuerza como en el tejado.

—¡Taxi! —grité al ver uno que pasaba.

Arrastrando a Carla de la mano, la hice subir y tomé asiento a su lado, comprobando por última vez que nadie nos siguiera. Blanca como una sábana pero sin temblar, mi mujer estaba concentrada, tensa, todavía dispuesta a todo.

—¿Adonde vamos, señor? —preguntó el taxista.

—Diríjase a Harlem. Le daré la dirección exacta cuando estemos allí.

—¿Por qué a Harlem? —me preguntó Carla con voz neutra.

—Te llevo a un lugar seguro. A casa de un amigo.

MURDER INCORPORATED

Murphy Drop era uno de los grandes jeques negros de Harlem. Las buenas relaciones que mantenía con él databan de la época en que yo había aceptado abrirle las puertas de uno de mis *cabarets*. En aquel tiempo, el Cotton Club y el Sugar Cane —mis dos principales rivales— estaban estrictamente vedados a los clientes de raza negra. En el escenario, muchachas cíe cuerpos de bronce movían las caderas al son de los tambores, pero aquello no era más que una mascarada siniestra, porque sólo los blancos estaban autorizados a disfrutar del espectáculo en la sala. Yo fui el primero que dejó entrar a un negro en uno de mis locales. Eso me había valido numerosos reproches y no pocos desaires, y ver, durante un tiempo, como parte de la clientela me abandonaba. Pero poco a poco las aguas volvieron a su cauce y, si bien había perdido algunas relaciones importantes, en contrapartida había ganado nuevas amistades muy fructíferas. Drop se encontraba sin duda entre estas últimas. Siempre que una chica bonita con pretensiones de bailarina se presentaba en su barrio, me la enviaba para una audición. Del mismo modo, cuando una cantante de gospel destacaba en los oficios religiosos del domingo, se la mandaba a mis directores artísticos. Gracias a él en gran parte yo había hecho algunos de mis mejores descubrimientos y mis clubes gozaban de una reputación de calidad y originalidad cuando menos igual a la de las otras grandes salas de la ciudad.

Drop no era un hombre ostentoso. Dirigía sus negocios más o menos como yo los míos. Algo más joven que yo, no empleaba la violencia si no era necesario y sólo aspiraba a mantener el pequeño reino que se había forjado en el seno de la comunidad, sin mostrar ambiciones desmesuradas. Preferí hacer una entrada discreta en su antro, e hice parar el taxi un buen trecho antes de llegar al corazón de Harlem; después, tomé a mi mujer de la mano y me interné en las arterias oscuras. Mientras avanzábamos de bloque en bloque, teníamos la impresión de sumergirnos en el pasado. No había allí fachadas peripuestas como en Little Italy, sino casas viejas mal conservadas, a lo largo de las cuales corrían cables eléctricos peligrosamente desnudos. Descendimos por toda la calle Cincuenta y uno Oeste y caminamos doscientos metros siguiendo la línea del ferrocarril elevado, hasta llegar a una explanada donde habían dispuesto una tosca pista de patinaje para los chavales de la calle. Pero la tempestad había atrapado a todo el mundo; las lámparas de arco brillaban sin iluminar a nadie. Entramos en un túnel que olía a orina y a aceite usado, detrás de la pista de patinaje. Había tres tipos sentados contra el muro, calentándose junto a un bidón en el que se consumían unas tablas. Nos dejaron pasar sin mirarnos siquiera. Al otro lado del túnel subimos una escalera y atravesamos un porche pintado de rojo. En el fondo de un patio empedrado se encontraba un taller de carpintería en el que fabricaban material para entierros. Contra una pared se alineaban unos ataúdes

cubiertos de nieve. Llamé a una puerta. Me abrió un dandi de cabellera lanuda, pasmado al ver a una pareja de blancos.

—Soy Luigi Monti —dije, sin darle tiempo a expresar su sorpresa—. Murphy Drop me conoce bien. Ve a decirle enseguida que quiero verle.

El portero nos hizo pasar y nos pidió que esperásemos en el recibidor mientras desaparecía en las profundidades del edificio. Por una puerta cercana se filtraban los ruidos de la cena familiar todavía en curso; tintineo de cubiertos, parloteo de niños, una voz femenina rotunda y falsamente amenazadora. Un olor de especias nos llegó a la nariz. Me esforcé por sonreír para tranquilizar a Carla.

—Todo irá bien —le aseguré—. Aquí estarás segura.

Pero yo bien sabía que no era su propia suerte lo que la preocupaba. Sus pensamientos estaban volcados ante todo en Gian, después en mí, porque ya hacía un buen rato que había comprendido que pronto me iría para afrontar nuevos peligros. Le expliqué la situación en pocas palabras. Eso pareció calmarla un poco, porque no hay nada más alarmante que saber que nos ronda un peligro sin conocer su naturaleza.

—¿Qué pasará si asesinan a Luciano y a Lansky aunque tú les hayas avisado? —me preguntó después de un minuto de reflexión.

—Si no conseguimos controlar la situación por nosotros mismos, tendremos que decidimos a poner este asunto en conocimiento de las autoridades. Esto no es un vulgar ajuste de cuentas entre bandas. Lo que preparan Ferrara y las familias del Sur es un golpe de Estado, ni más ni menos... Carla, esta noche debemos dejar de actuar como unos simples sicilianos inmigrados. Esta noche somos ante todo americanos.

—Yo nunca he pensado dejar de serlo —dijo mirándome directamente a los ojos.

Sus mejillas y la punta de su nariz estaban enrojecidas, y vi que temblaba bajo su vestido de noche. La tomé en mis brazos y la abracé para hacerla entrar en calor. Le estaba frotando vigorosamente la espalda cuando se abrió la puerta. Una damita de cara redonda, ropas de colores vivos y aros de oro brillando en las orejas, nos traía dos boles de sopa en una bandeja.

—El tiempo no invita a dejar fuera a los blancos —dijo mientras nos tendía los recipientes humeantes—. Tómense esto, les calentará.

Carla se deshacía en agradecimientos cuando Murphy Drop hizo su aparición al fondo del pasillo.

—¡Don Luigi! ¡Sea bienvenido! Pero ¿qué ocurre?

—Tengo que pedirle un servicio. Esta noche, la ventisca no es la única tormenta que se ha desencadenado.

Drop aceptó cuidar de Carla sin reticencias.

—No sólo voy a ocuparme de ella —me prometió—. También voy a ocuparme de usted. Tomaré a algunos de mis hombres y le acompañaremos a Coney Island. Si

eliminan a Luciano, todas las bandas se nos echarán encima sin que nadie las contenga. Ni siquiera en Harlem servirá de nada ser negro.

De un garaje contiguo salió un suntuoso Bugatti Royale azul eléctrico con cromados rutilantes. Dos tipos con abrigos largos y sombreros de fieltro subieron delante. Yo tomé asiento al lado de Murphy Drop. La excelente máquina mordía el asfalto a pesar de la espesa capa de nieve que cubría la calzada. Silenciosa y rápida, se lanzó en tromba hasta la costa. Cuando estábamos llegando a nuestro destino, Drop sacó un gran estuche de debajo del asiento.

—Sírvase —me dijo haciendo saltar los cierres de latón.

En el interior brillaban dos fusiles ametralladores Thompson con sus cargadores redondos. Sin una palabra, tomé uno de ellos, fijé el tambor en su alojamiento con un golpe seco y monté una bala en el cañón. Drop me miraba con aprensión. Era evidente que mi relato sobre el complot de las familias del Sur contra Luciano y Lansky le había inquietado sobremanera. El coche aminoró la marcha. El conductor se volvió hacia nosotros para indicarnos que estábamos llegando. El Bugatti avanzó de cara al mar a lo largo de un espigón. Más allá, una cortina de nieve nos impedía ver a más de diez pasos. Sin embargo, al mirar por el cristal reconocí el lugar donde estábamos. El restaurante Tamaro se encontraba a cincuenta metros de allí. Me subí el cuello, tomé la Thompson, y dejé el calor del coche para sumergirme en la borrasca. Detrás de mí venían Drop y sus hombres, al acecho. Debía de ser poco más de medianoche, y la única luz en aquel decorado lúgubre era la que dispensaba la gran noria del parque de atracciones cercano.

—Esto no es normal —dijo Drop refiriéndose al artefacto—. Nadie viene al parque de atracciones en invierno. ¿Por qué están encendidas las bombillas? Sería mejor ir a ver, ¿no le parece, don Monti?

No me hacía ninguna gracia alejarme del restaurante. Tenía prisa por saber si Lansky había podido reunirse con Lucky Luciano y, sobre todo, esperaba que mi hijo Gian estuviera también allí en compañía del emperador y de Stefano. Acepté a regañadientes seguir a Drop hacia el parque. Encorvados para oponernos al viento, con los sombreros hundidos hasta la frente y los guantes de cuero aferrando las armas, caminamos a lo largo de una verja hasta encontrar una entrada a la feria. Durante tres o cuatro minutos, buscamos un medio de abrir la puerta; nuestros esfuerzos fueron en vano y, como no vimos nada anormal, finalmente decidimos acercarnos al Tamaro sin más demora. Visto de lejos, el restaurante no era más que un bloque de tinieblas; no obstante, al acercarnos vimos una lámpara brillar en el gran salón. Golpeé con suavidad contra el cristal con la boca de mi cañón.

—¿Lansky? ¡Soy Monti! ¿Lansky, están aquí?

La puerta principal se abrió y en el umbral apareció Danny Levine. Danny era una de las figuras relevantes de Murder Incorporated, el sindicato de asesinos a sueldo montado por Meyer Lansky. Sabía que era fiel entre los más fieles de Luciano.

—Entre, don Luigi —dijo Levine mirando con sorpresa a Drop y a sus matones

negros—. Entre, Meyer le espera.

Los tres hombres de Harlem penetraron detrás de mí en la *trattoria* sumida en la penumbra. Lansky estaba sentado a una mesa al fondo de la sala, con un vaso de *whisky* delante.

—Meyer, Drop me ha prestado su ayuda —le expliqué—. Está tan preocupado como nosotros por lo que está pasando en la ciudad. Nos ofrece sus servicios.

Murphy y Meyer apenas se conocían. Se midieron medio segundo antes de estrecharse las manos con calor. Sin mediar palabra, su alianza quedó sellada.

—Conseguí localizar a Lucky —nos informó Meyer—. Debería de unirse a nosotros de un momento a otro. Por mi parte, he apostado a gente de confianza por todas partes en los alrededores.

—¿Alguno de vosotros está en la noria?

—Mickey Cohen es un tirador de élite. Está arriba en una barquilla con un rifle con mira telescópica. No sé si será eficaz con toda esta nieve, pero es una seguridad añadida. ¿Por qué?

Murphy no contestó, sólo se limitó a mostrar una franca sonrisa. Había adivinado el misterio de la noria y eso le complacía.

—Don Luigi, cuénteme al detalle lo ocurrido en la fiesta del Shelton. ¿Qué ha pasado exactamente?

Tardé unos minutos en relatar los acontecimientos de las últimas horas. Mi narración dejó a Meyer Lansky pensativo y preocupado.

—Que *Peppo* Bari y Carmine Ferrara se hayan asociado en esa empresa no me sorprende ni me asusta. Son un par de miserables, el uno y el otro. La morralla es fácil de barrer. Los que me inquietan son los otros, los de Nueva Orleans, Orlando y Baton Rouge... me preocupan porque son poderosos, autónomos, rebeldes por naturaleza, y ahora aliados del Ku Klux Klan. Tienen medios para levantar a todo el Sur y hasta para provocar una segunda guerra de Secesión, si no logran tomar el poder de Washington por las urnas.

—¡Las cosas no pueden llegar tan lejos! —exclamó Drop—. Tal vez estemos exagerando un poco su poder.

—No se engañe. Estados Unidos sufre terribles debilidades internas. La época de la guerra civil no está tan lejos de la nuestra. Permanece en la memoria de todas las familias de los antiguos Estados confederados. Los viejos odios son fáciles de reavivar, sobre todo cuando alguien tiene interés en soplar en las brasas.

—¿Conoce a Ephraim Cassard? —pregunté yo—. ¿Qué reputación tiene?

—Es descendiente de plantadores franceses, por lo que sé. Su árbol genealógico incluye a uno o dos oficiales de alto rango del ejército del general Lee. Pero nunca se ha mezclado abiertamente en política, que yo sepa.

—Pues al parecer el lobo ha salido de su guarida y tiene los colmillos muy largos. ¿Y esa mujer, esa Laüme Galjero de la que le he hablado?

—Por lo que me ha dicho usted es una europea, pero no la conozco. Sin duda una

agitadora enviada por Roma o por Berlín. Quizá tenga pasaporte diplomático... La investigaré.

—¿Y ahora, Meyer? —intervino Drop—. ¿Cuál es su plan?

—Podremos discutir eso con Lucky. Creo que ya llega.

Nuestras miradas se desplazaron a un tiempo hacia la entrada; Danny Levine, empuñando su arma, abría de nuevo la puerta. Lucky Luciano entró y frotó en la alfombra sus zapatos cubiertos de nieve. Detrás de él reconocí las figuras delgadas de Gian y de Stefano.

—Su hijo ha hecho bien su trabajo, don Luigi —me felicitó el emperador mientras me daba el abrazo de rigor—. Se ha presentado justo un minuto después de que Meyer se pusiera en contacto conmigo. Le agradezco de todo corazón que lo haya enviado. Nunca olvidaré el sacrificio que ha hecho para salvarme la vida.

Su comentario me conmovió. Luciano sabía perfectamente que yo proyectaba evitar a Gian la carga de dirigir mi clan, y había aprobado tiempo atrás la elección de Stefano para sucederme. Nos instalamos alrededor de la mesa más grande del Tamaro, sin distinciones de rango, de religión ni de raza.

—Vamos a perder a muchos de los nuestros esta noche —anunció Luciano con solemnidad—. Hasta donde me ha sido posible, he lanzado llamadas y advertencias a todos los que podían ser objetivos del complot de Bari y Ferrara. Ahora, nuestros amigos están en manos de Dios. Nosotros no podemos hacer nada más para salvarlos. En cambio, podemos empezar a lanzar la contraofensiva desde ahora mismo.

—Hay que golpear lo más pronto posible —aprobó Meyer—. Y a la cabeza.

—A partir de este instante, Cosa Nostra sentencia a Carmine Ferrara, Petrone Bari, Cello Altieri, Jillo Leopardi, Hiero Zadamante y Paolino di Castello... ¿Recuerda otros traidores que debemos añadir a la lista negra, don Luigi?

Añadí rápidamente los nombres de cada uno de los pequeños padrinos con los que me había cruzado durante la fiesta del Shelton, y terminé citando a Ephraim Cassard y a Laüme Galjero. Luciano mostró extrañeza al oír ese nombre.

—No sabemos todavía quién es esa mujer —intervino Lansky—. Pero parece que está en el núcleo del complot. Ella le echó sus matones encima a don Luigi.

—Entonces será eliminada como los demás —sentenció Luciano—. Ahora, pasemos a la acción.

Meyer Lansky le pidió a Danny Levine que hiciera entrar uno a uno a los hombres de Murder Incorporated que protegían el edificio. Incluso Mickey Cohen tuvo que bajar de su barquilla de la noria para acudir a escuchar las órdenes de Lucky. Cohen era un tipo de mirada torva y modales bruscos; yo prefería saber que estaba en mi bando a tenerlo contra mí. Los otros asesinos colegiados no eran más simpáticos que él. Aparte de Levine, cuyas maneras y porte recordaban las de un gentilhomme de tiempos remotos, todos eran individuos peligrosos, sanguinarios, aficionados a matar, una jauría de perros que sólo vivían cuando tenían una presa designada. El pequeño calabrés Roberto había matado al primer hombre a los once años con una

horca. El veneciano Jacoppo manejaba tan bien el veneno como el cuchillo o el Colt 45. El sardo Constanzo firmaba todos sus asesinatos descargando una bala en la entrepierna de su víctima. El gordo *Bubble* Lemona era hijo de un hospedero de la región de Siena que asesinaba a sus clientes solitarios. El padre había enseñado a su retoño de ocho años cómo hundirles un punzón en la carótida sin que brotara demasiada sangre. En cuanto al último del grupo, Zino Saporta, su especialidad era la tortura con ácido... todos aquellos tipos eran asesinos de la peor calaña. ¡Sin embargo, sobre ellos reposaba esa noche la suerte de América!

—Bari y Ferrara no pueden saber a estas horas que su plan ha sido desbaratado. Seguramente esperan ser informados de un momento a otro de la muerte de Lansky y la mía —dijo Luciano—. Quizás incluso aún están en el Shelton. ¿Qué opina usted, don Luigi?

—Dudo que se hayan quedado allí después del tiroteo. En mi opinión habrá que buscarlos en otra parte.

—¿Dónde?

—En el edificio Chrysler —sugirió Lansky—. Ephraim Cassard posee dos plantas en lo alto.

—Quizá sea un globo sonda lanzado como arma de distracción —dije—, pero sólo se me ocurre un modo de comprobarlo. Iré inmediatamente con Murphy y con mis hombres.

—Ni hablar, Monti —saltó Luciano—. Usted se queda aquí con Meyer, con Levine y conmigo... Murder Incorporated es la que debe cumplir el encargo. Usted no, desde luego.

—¡No! No podemos permitirnos actuar con prudencia. Usted y Meyer quédense. Si las cosas salen mal, todavía podrán arreglarlas. Los demás vendrán conmigo.

Luciano quiso argumentar aún, pero Lansky puso una mano sobre su antebrazo para calmarlo.

—Don Luigi tiene razón, Lucky. Es mucho, demasiado lo que está en juego. Elimine a Ferrara y a Bari, Monti. Elimine también a Cassard. Hay que decapitar su grupo cuanto antes. Sin cuartel. ¡Esta noche, son ellos o nosotros!

Saqué las automáticas de mi cintura y se las lancé a Gian.

—No se lo digas a tu madre, pero vas a venir conmigo, hijo, te guste o no.

—Creo que me gusta, papá —respondió mi chico, sopesando las armas.

Unos minutos antes de las cuatro de la madrugada, nuestros coches se detuvieron ante la fachada principal del Chrysler. Aunque no era el rascacielos más elevado de Nueva York, el edificio ofrecía seguramente la arquitectura más bella de todas las torres de la ciudad. Rodeado de estilizadas gárgolas de bronce, su hechura pulida, realzada con arcadas, brillaba como un faro por encima de Manhattan desde la salida del sol. Pero en aquel instante, perdida entre la nieve y la noche, la cima del edificio permanecía

invisible. Armados como para una guerra, dejamos nuestros vehículos, atravesamos la calle silenciosa y la elevada puerta giratoria del inmueble. El vestíbulo estaba desierto. Verifiqué los pisos a visitar en un panel de cobre.

—Cassard & Associates, planta cincuenta y seis...

Subimos en tres ascensores, en grupos ya distribuidos. Levine llevaba a Zino Saporta, Mickey Cohen, Roberto y Jacoppo. Murphy Drop trabajaba con sus dos hombres, a los cuales se había sumado *Bubble* Lemona. Gian, Stefano y Constanzo me rodeaban. Habíamos acordado que Levine irrumpiría directamente en la planta cincuenta y seis, donde especulábamos que los conjurados estarían reunidos. Murphy detendría su cabina un nivel por encima para tomar posiciones en las escaleras, abatir a los posibles fugitivos y estar preparado para intervenir por las puertas de servicio en caso de necesidad. Yo atacaría de frente, por el ascensor, pero diez minutos después con relación a Levine. Apoyé el pulgar contra el botón marcado con el número 56. Mientras empezábamos a subir, noté que el tablero de luces saltaba directamente del 56 al 58, sin posibilidad a detenerse en el nivel 57.

—Seguramente es la planta privada de Cassard —dijo Stefano, que había advertido también la anomalía.

Al llegar al piso cincuenta, detuve el ascenso de la cabina.

—Volveremos dentro de un minuto y medio aproximadamente —dije a mis compañeros—. Estad preparados.

Mi mente estaba por entero volcada en lo que habíamos ido a hacer. Ni por un segundo me permitía pensar que mi hijo de diecisiete años se encontraba detrás de mí, empuñando dos revólveres. Yo debía comportarme con él como con cualquier otro miembro de Murder Incorporated, sin intentar protegerle más que a los demás. Era el precio a pagar para no cometer errores de apreciación en pleno combate, y, sobre todo, para mantenerme concentrado, pasara lo que pasase, en el objetivo que nos habíamos fijado: eliminar a Carmine Ferrara, a *Peppo* Bari y a sus acólitos. En el silencio de la cabina, el único sonido perceptible era el tictac de mi reloj. Treinta segundos después de haber interrumpido nuestra ascensión, juzgué que el grupo Levine debía de haber alcanzado ya la planta correcta.

—Danny seguramente habrá llegado ya —dije, mirando de forma estúpida la cabina, como si mis ojos pudieran atravesar las paredes.

El silencio se hizo aún más espeso; todos reteníamos la respiración para intentar captar ruidos que indicaran qué estaba ocurriendo seis pisos por encima. Tictac, tictac, sonaba mi reloj al final de su cadena de oro. Después, un chasquido sordo cubrió el sonido de las ruedecillas, otro, y otro más.

—¡Disparos! —siseó Stefano—. Tenemos que ir.

Frenético, puse el ascensor en marcha. Con la Thompson pegada a la cadera, contuve la respiración hasta que la puerta deslizante se abrió ante nosotros. Enseguida vi al primer muerto, bañado en un mar de sangre. Era Jacoppo, el veneciano. Lo reconocí por sus polainas blancas, ya que su cara había sido martilleada y hundida

por una ráfaga. Sin perder un segundo en apiadarme de su suerte, me agaché para tomar su arma y guardármela en el bolsillo mientras avanzaba por el corredor salpicado de impactos de balas. Las plantas se componía de despachos ordinarios. Cassard & Associates no parecía brillar por un sentido revolucionario de la disposición de su espacio laboral. Justo delante de los ascensores, había un gran mostrador de madera de palo de rosa que debía de albergar a las señoritas encargadas de la recepción, y un poco más allá vi unos canapés alineados a lo largo del muro formando una pequeña sala de espera. Plantas en tiestos, y fotografías de campos de algodón y de pozos de petróleo colgadas de las paredes blancas completaban la decoración, antes del inicio de las interminables sucesiones de pasillos por los que un centenar de empleados debían de codearse cada día.

—¡Danny! —grité, sin saber adonde dirigirme, ya que no se percibía ruido alguno.

—¡Aquí, don Luigi! —respondió Levine desde el fondo de un corredor.

Corrí a su encuentro y vi a Danny y al resto de su grupo que rodeaban a dos tipos tumbados en el suelo. Una mancha roja jaspeaba la camisa de uno de ellos. El otro se mantenía boca abajo contra el suelo por el pie que Mickey Cohen apoyaba en su nuca. La Thompson de Saporta estaba apuntada sobre su cráneo.

—Creo que estos dos tipos están solos —dijo Danny—. Le han dado a Jacoppo en cuanto hemos entrado. Acabamos de atraparlos. Pero sólo uno de los dos se encuentra en condiciones de hablar.

Levantamos al tipo y le registramos rápidamente. Encontramos un cuchillo de caza atado a su pantorrilla con un elástico. La hoja llevaba el sello de un armero de Nueva Orleans.

—¿Vienes de Luisiana? ¿Te ha enviado Cassard? Pero el individuo se negaba a responder. Le sacudimos sin resultado.

—No perdamos el tiempo —escupió Saporta—. Yo sé cómo hacerle hablar.

Zino sacó del bolsillo una botellita de cristal protegida por una funda de acero. Retiró el tapón y blandió el frasco debajo de la nariz del sudista.

—Ácido sulfúrico —le dijo con aire goloso—. Mira lo que puede hacer esto.

Saporta tomó una lámpara de mesa y la acercó al cadáver para iluminar su rostro. Después, vertió unas gotas en los ojos del muerto. La carne empezó enseguida a chisporrotear y a hacer ampollas, provocando horribles ondulaciones en la superficie de la piel. Los globos oculares se fundieron y desaparecieron, dejando las órbitas vacías.

—Si no quieres que te pase lo mismo, contesta a nuestras preguntas. ¡Ahora!

La demostración de Saporta había surtido efecto. El prisionero estaba verde de miedo y sus dientes castañeteaban. A pesar de su disgusto y su terror, no podía dejar de mirar el amasijo de pulpa roja en que se había convertido la cara de su camarada.

—Entonces, ¿sabes dónde está Cassard? ¿Dónde están los demás?

El hombre levantó los ojos hacia el techo.

—Arriba. Justo arriba —respondió simplemente—. Encontrarán un ascensor privado en el despacho del patrón. Pero ninguno de nosotros tres tiene la llave para ponerlo en marcha.

Como no sacaríamos nada más del tipo, lo tumbamos de un culatazo y lo atamos antes de salir en busca del despacho de Cassard. Mientras estábamos saqueándolo para encontrar la famosa llave que daba acceso al piso cincuenta y siete, una bala surgida de ninguna parte alcanzó a Constanzo el sardo en plena médula espinal. Aún no había llegado al suelo cuando unas ráfagas barrieron la estancia, haciendo saltar el cuero y la crin de los hondos sillones. Danny Levine recibió varios impactos en las piernas y se desplomó, sin conocimiento, detrás de una mesa volcada. Roberto fue alcanzado en pleno pecho. Su cuerpo se enredó en las cortinas antes de caer entre un ruido de tela desgarrada. Gian se tumbó detrás de un canapé con Stefano, mientras que Cohen y Saporta se agachaban en sus puestos. Sentado tras la gran mesa de despacho de roble de Cassard alargué la mano para recuperar la Thompson que había dejado descuidadamente sobre el escritorio y logré tomarla sin problemas. Los otros replicaban ya, al azar, sin mirar contra quién disparaban. Por mi parte, lancé una andanada a tientas. No tenía ni idea del número y la identidad de nuestros asaltantes. Lancé una mirada a Gian. Protegido por un gran mueble, no corría el riesgo de ser alcanzado mientras no abandonara su escondite. Cohen y Saporta se habían retirado lentamente y habían encontrado también cobijo. Sin embargo, yo sabía que no resistirían mucho así. Me levanté como un diablo saliendo de una caja y vacié mi cargador.

—¡Zino, Mickey! —grité mientras las balas de mi tambor hacían saltar en pedazos un gran ventanal—. ¡Atrás! ¡Conmigo!

Saporta consiguió arrastrarse a mi lado, pero Mickey quedó atrapado por el fuego del contraataque.

—*A broch*^[1]! —exclamó con malevolencia Zino en yiddish.

Nuevos disparos estallaron más lejos, en las oficinas. El tiroteo no duró lo suficiente para que llegáramos a sumarnos a él. Al cabo de unos segundos, el silencio volvió a reinar en el edificio Chrysler y Murphy Drop, con la metralleta humeante en las manos, apareció en el marco de la puerta.

—¡Cazador cazado! —dijo, lanzándose a la boca con gran rapidez una bola de pepsina.

Nos apresuramos a vendar groseramente las heridas de Danny Levine antes de que *Bubble* Lemona se lo cargara a la espalda para evacuarlo.

—Mirad lo que acabo de encontrar —dijo Stefano, que regresaba de explorar los alrededores en busca de algún eventual superviviente entre nuestros asaltantes.

Sobre el escritorio cubierto de polvo de yeso dejó dos maletines con forma de sombrerera. No tenían cerraduras, y las abrimos. Colocadas sobre serrín, descubrimos las cabezas cortadas de don Theodore Ulico y de don Pietro Rogo, dos vasallos directos de Lucky Luciano.

—*Peppo* Bari debe de estar también por ahí arriba —afirmé, sombrío, cerrando los maletines—. Nadie como él para coleccionar este género de trofeos.

Registramos frenéticamente los cuerpos de los hombres caídos bajo las balas de Murphy Drop. En un bolsillo del chaleco de uno de ellos mis dedos dieron por fin con lo que buscábamos.

—¡Ya la tengo! —exclamé, mientras hacía girar la llave en la cerradura del ascensor.

El reducido espacio no bastaba para contenernos a todos. Nos apretamos Stefano, Murphy, Zino, Mickey y yo. Los otros, a regañadientes, tuvieron que conformarse con esperarnos. Dirigí el montacargas hacia la planta 5 7. Al extremo de mi brazo, la Thompson no pesaba tanto como cuando entramos en el edificio: su cargador ya estaba casi vacío. Con los índices crispados sobre los gatillos de las armas, saltamos fuera de la cabina como fieras escapadas de la jaula. Avanzamos por un vasto salón decorado con paneles de laca y sedas orientales. Había un hombre allí, sentado de cara al ascensor. No había oído el estrépito que habíamos montado en el piso inferior y esperaba ver llegar nuevas entregas de cabezas cortadas en lugar de enemigos armados hasta los dientes. Lo liquidamos a sangre fría, descargamos nuestras balas sobre él antes de que pudiera llevarse la mano al revólver. Seguimos avanzando, con la única preocupación de matar a todos los que se interponían en nuestro camino. Mickey Cohen no se había olvidado de enviar el ascensor a los compañeros que habíamos dejado atrás. Sabíamos que los refuerzos llegarían pronto y esta idea nos estimulaba. Nos deshicimos fácilmente de algunos guardaespaldas, sin sufrir bajas. En contra de lo que había temido, la planta no había sido convertida en una fortaleza. Incapaz de imaginarse que podríamos acorralarle en su guarida aquella misma noche, Cassard había cometido el grave error de no defenderla correctamente. Tal vez él y sus aliados habían lanzado demasiados ataques contra los nuestros en proporción al número de asesinos del que disponían. Había puesto todas sus piezas en juego, y apenas le quedaba una delgada línea defensiva.

Tras haber limpiado el gran salón, empujamos la única puerta, que se abría al fondo de la pieza. Pasamos a una antecámara. Sobre una cómoda se alineaban cuatro frascos de vidrio que contenían cabezas bañadas en formol. Los rostros hinchados y sanguinolentos eran de amigos cercanos, de *amici miei*...

Hirviendo de cólera, empujé la puerta que llevaba a las piezas contiguas. Detrás de un doble batiente tapizado de muletón de cuero, entré en una cámara iluminada con luz filtrada. En una cama gigantesca y deshecha, *Peppo* Petrone y Carmine Ferrara estaban tendidos, desnudos, muertos uno al lado del otro. Había botellas de champán tiradas en el suelo, como después de una orgía. Al avanzar hacia los dos hombres, mis zapatos pisaron trozos de cristal de copas rotas. Lanzados al azar por la estancia, sobre los muebles y las alfombras, distinguí diferentes prendas: un esmoquin negro, una chaqueta, un pantalón de pinzas, una blusa de seda... Mientras mis hombres rodeaban a Bari y a Ferrara abriendo los ojos con incredulidad, me

agaché para tomar una pechera blanca. Al frotarla entre mis dedos, exhaló el perfume que yo había aspirado unas horas antes, cuando me incliné para besarle la mano a Laüme Galjero.

—Todavía están calientes —constató Cohen tentando las frentes de Carmine Ferrara y Petrone Bari—. Acaban de desangrarse.

Me acerqué a examinar los cadáveres. Una fina ranura en sus gargantas había bastado para vaciarles la vida. Su carne aún estaba blanda y sus músculos aún no se habían contraído.

—Ha sido la chica —dije—. Esa Laüme Galjero. Ha debido de matarlos cuando ha escuchado los disparos en el salón.

—Entonces no debe de estar lejos —murmuró Saporta, de repente muy excitado ante la idea de poder matar a una mujer.

—Sin duda está muy cerca de nosotros —apuntó Stefano dirigiendo la mirada hacia los rincones en sombras de la habitación.

Murphy se unió a nosotros y descubrió él también el espectáculo de los cadáveres.

La habitación daba a un juego de corredores que formaba una especie de laberinto. En silencio, dispersé a mis hombres en busca de Laüme Galjero mientras que conservaba a Gian junto a mí para registrar la habitación. No encontré nada interesante en los cajones ni en los armarios; después, cuando acababa de registrar en vano los bolsillos del esmoquin de Laüme, escuché gritos y un disparo que retumbó en una pieza contigua.

—¡Le ha dado a Stefano! —gritó Murphy—. ¡Disparad! ¡Disparad!

No tuve tiempo de coger mi Thompson. La puerta se abrió ante mí de golpe y una silueta fina y blanca apareció ante mis ojos. Era Laüme, que corría en dirección al gran salón con un puñal que goteaba sangre en la mano. Quise abatirla con una ráfaga, pero el percutor chasqueó en el vacío. Dejé mi arma pesada, saqué del bolsillo la pistola que había recuperado del cadáver de Jacoppo y eché a correr tras sus talones. Atravesé la antecámara y la seguí al vestíbulo. Los dos truhanes de Harlem que acompañaban a Murphy Drop estaban haciendo guardia cerca del ascensor. En cuanto vieron a la chica, apuntaron e hicieron fuego. Entonces se produjo uno de los hechos más extraordinarios que jamás haya presenciado. En la penumbra de la pieza, Laüme Galjero, completamente desnuda, corrió directamente hacia el torrente de balas que zumbaban hacia ella. Nadie en el mundo habría podido escapar a las salvas que restallaban alrededor de su cuerpo. Nadie... ¡salvo ella! Con la rapidez del viento, la mujer llegó a la altura de los dos negros corpulentos que seguían vaciando sus cargadores sin ningún resultado. Con dos reveses de la mano tan precisos como los gestos de un cirujano, les rajó la garganta a ambos antes de lanzarse a la cabina del ascensor. Mientras las puertas se cerraban, tuve tiempo de ver como, serena y divertida, lamía con sensualidad la hoja húmeda de sangre. Sonreía. Bajo la luz amarilla y cruda que le caía directamente encima, vi que su vientre era liso...

—¡Esa perra no baja! ¡Mirad el indicador! ¡Va a la terraza!

Murphy Drop señalaba con el dedo las agujas que indicaban el movimiento del ascensor. Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta...

Llamamos de nuevo al elevador y subí con Drop y Cohen hasta el piso donde se había detenido Galjero.

—Siento mucho lo de Stefano —dijo Murphy mientras recargaba su Thompson—. Ella salió de la oscuridad detrás de él y le clavó el estilete en la nuca. No he podido hacer nada.

—Ahora saldaremos esa cuenta —contesté, sin creerme ni yo mismo mis propias palabras.

Había una ventana abierta en el corredor de la planta sesenta donde bajamos. Franqueamos el parapeto y saltamos a la terraza, que, como un camino de ronda, daba la vuelta al edificio. Por encima de nosotros se elevaban la cúpula y la aguja de acero que coronaban el edificio Chrysler. La nieve seguía cayendo, pero el alba empezaba a teñir de gris el cielo aún sombrío de aquella interminable noche de solsticio de invierno. En la nieve en polvo se distinguían huellas de pies pequeños y desnudos. Seguimos la pista, fácil de ver, durante veinte o treinta yardas, hasta el promontorio desde el que se asomaban las gárgolas. Las huellas corrían hasta el extremo de una de las figuras monstruosas para, de pronto, desaparecer.

—¿Cree que ha saltado? —preguntó Cohen.

—No hay otra explicación —constató Murphy al tiempo que echaba una mirada impresionada al monstruoso abismo que se abría debajo de nosotros.

—No hay otra, desde luego —confirmé mientras me guardaba el arma en el bolsillo.

Nos miramos un segundo sin decir nada. No éramos unos ingenuos. Pero preferíamos atenernos a esa mentira tranquilizadora antes que enunciar con claridad una verdad imposible.

EL PUEBLO DE LAS CIÉNAGAS

Meyer Lansky vestía su traje de las grandes ocasiones. Había reunido en su residencia a todos los miembros influyentes de Cosa Nostra que seguían fieles a Luciano.

—Debemos agradecerle a Luigi Monti que hoy estemos vivos —dijo para empezar—. Todos estamos en deuda con él. Él nos previno de la existencia de un complot montado por Bari y Ferrara y no dudó en disparar él mismo contra nuestros enemigos. Los dos traidores ahora están muertos. Murder Incorporated se ha encargado de sus principales lugartenientes, aquí en Nueva York y en las ciudades del Sur. Pero nos queda una figura que derribar: el magnate Ephraim Cassard estaba en el núcleo del complot; debe pagar igual que los otros. Sin embargo, la acción perpetrada en el seno de nuestras familias no era sino la primera fase de un vasto plan político. ¡Un golpe de Estado, sin duda preparado desde un país de Europa! Quizá desde la patria de origen de muchos de nosotros...

Para la mayor parte de los mafiosos, esta revelación supuso un verdadero golpe de efecto. Si hasta entonces pensaban haber sido víctimas de una nueva lucha intestina entre bandas, el discurso de Lansky les desengañaba cruelmente. Se elevaron exclamaciones por todas partes y Lansky tuvo que responder a innumerables preguntas. Yo mismo tuve que explicar todo lo que sabía sobre el asunto. Cuando la curiosidad general pareció satisfecha, Meyer retomó la dirección del debate.

—¡Amigos! —exclamó en un tono solemne—. ¡Hermanos! Os he reunido a mi alrededor, de don Monti y de nuestro jefe, Lucky Luciano, para pedir os que aprobéis una decisión que no tomaremos sin vuestro consentimiento.

—¿Qué hay que aprobar? —preguntó uno.

—Sí, ¿qué decisión es ésa? —insistió otro.

—Creemos que la colusión entre el partido fascista, algunas familias desviadas de la mafia y el sumo sacerdote del Ku Klux Klan justifica ampliamente que transmitamos a los *feebies*, a los agentes federales del FBI, todas las informaciones de las que disponemos.

Un silencio glacial cayó sobre la asamblea. Pronunciar las tres letras «F, B, I» en los oídos de un miembro de la familia es peor que mentar la soga en casa del ahorcado. Transcurrió un minuto al menos sin que nadie osara reaccionar. Todos fijaban la mirada en sus zapatos o en el techo. Alguien tosió. Otro sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Hay que considerarlo con seriedad —intervino al fin Luciano en persona—. Estoy persuadido de que ése es el camino correcto a seguir y sólo pedimos vuestra aprobación. Vuestro nombre jamás será mencionado. Tomaremos todas las precauciones necesarias, podéis estar seguros.

—En ese caso... sí. Quizás habría que advertir a los *feebies* —admitió un viejo siciliano al que yo conocía por haber trabajado con él en tiempos de don Balsamo.

—No me hace ninguna gracia admitirlo, pero yo también lo estimo indispensable —reconoció un pequeño padrino del Bronx.

—¡Yo voto a favor!

—Yo también...

—¡Y yo!

Una tras otra, las manos se alzaron en señal de aprobación. Nadie se abstuvo, nadie se opuso.

—Así pues, queda aprobado —concluyó Luciano—. Después de la reunión, advertiré a mis contactos. Don Monti —dijo al final, volviéndose hacia mí—, puesto que ya ha intervenido en primera línea, me temo que necesito apelar a usted de nuevo.

El mismo día de la reunión en casa de Lansky, seguí al cortejo fúnebre que llevaba a nuestro querido Stefano a su última morada, en el cementerio de Santa Cruz. Carla estaba hundida y vertía cálidas lágrimas bajo su velo negro. Yo, con un crespón de duelo en la solapa de mi chaqueta como si enterrase a un segundo hijo, me juramenté tener un día a la asesina delante del cañón de mi arma. El rostro de Gian estaba descompuesto. Stefano siempre había significado mucho para él, tanto como para su madre y para mí. Gian sabía además que tras haber perdido a mi mano derecha ya no podía pensar en perpetuar mi clan sin volverme hacia él para elegir un sucesor.

Cuando volvimos a casa, Gian me pidió hablar conmigo de inmediato. Allí, en mi despacho, me abrió su corazón.

—He pensado mucho durante las últimas horas, papá. Estoy dispuesto a sucederte en tus negocios si tú me lo pides.

—Creo que aún tendremos tiempo de hablar de eso. Lo que pasó en el edificio Chrysler ha repartido la baraja de otro modo. Ya no puedo retirarme tan pronto como había previsto. Al menos tendrás ocasión de terminar tus estudios de Derecho en la universidad. Después, volveremos a hablar de tu porvenir con un poco más de calma que hoy.

Gian suspiró y me miró fijamente a los ojos.

—Quiero vengar a Stefano, padre. Quiero estar a tu lado cuando mates a Cassard y a esa mujer.

Nunca he considerado la sed de venganza como un sentimiento condenable. Cuando se recibe una herida, es sano reaccionar con el deseo de devolverla; la naturaleza nos ha hecho así. Ni siquiera intenté persuadir a mi hijo de que sofocara su odio.

—Si resulta posible, te prometo llevarte conmigo cuando llegue la hora.

Gian se levantó y tomó mi mano para besarla.

—Eso no ha sido el juramento del soldado. Nada más que la gratitud de un hijo

hacia un padre que le comprende y no le desdenna.

El Algonquin, en el corazón de Manhattan, era uno de esos bares de lujo en el que era imposible ser admitido sin ser un actor, un escritor o un político de renombre. Georges, el maitre, sólo abría el cordón turquesa que cerraba el corredor de entrada a aquellos a quienes reconocía por haber visto su rostro en los periódicos. Aunque yo nunca había aparecido en las noticias, uno de los hombres que me acompañaban había visto en cambio su retrato impreso muchas veces en las secciones de política del *New York Evening Journal*, del *New York Post*, del *New York Sun*, del *New York Sunday Mirror* o del *New York Times*. Ese hombre era Alien Welsh Dulles, uno de los lobatos que pululaban en torno al sillón de John Edgar Hoover, el director de la policía federal desde 1924. De aspecto muy británico, Dulles sólo llenaba su pipa con tabaco Cap, y encargaba sus trajes de día a Pope & Bradley de Dover Street, los de noche a Leslie & Roberts en Saville Road y la ropa interior a Slash & Borington en Picadilly.

—Buenos días, George —dijo Dulles al portero como si lo conociera desde su más tierna infancia—. ¿Qué ricos y famosos se encuentran hoy entre tus paredes?

—Miss Gloria Swanson y mister Fred Astaire ocupan una mesa al fondo con unos amigos. También tenemos a mister Orson Welles, que está un poco apartado, escribiendo. Y después, a los señores Howard Hughes y Rockefeller en plena discusión.

—¡Todo el gran mundo!

—Sí, señor Dulles, como de costumbre, ni más ni menos.

—Este George sufre de un esnobismo extravagante ¿no le parece, Monti? —dijo Dulles una vez que estuvimos instalados en un lugar tranquilo.

Yo no estaba de humor para reír, y me limité a asentir con una vaga sonrisa. A pesar de sus maneras estudiadas y su barniz de impecabilidad, la estructura psíquica de Dulles estaba hecha de contradicciones. Ambicioso, inteligente, influyente con apenas cuarenta años, había elegido hacer carrera en los que él llamaba eufemísticamente «asuntos especiales». En aquella época, los servicios secretos de Estados Unidos eran, por así decirlo, inexistentes. Bajo el pretexto de que el presidente Wilson consideraba indigno abrir el correo de personas sospechosas de atentar contra los intereses del Estado, los escasos servicios dedicados a actividades de inteligencia durante la guerra habían sido disueltos mucho tiempo atrás. De modo que era al FBI al que le correspondía ocuparse de los asuntos de contraespionaje. A Dulles le gustaba especialmente esa atmósfera de tinieblas, de complots y de peligros que exhalaba el mundo de los truhanes y los espías. Si bien aquello le agitaba la sangre y la mente, no perdía ni un ápice de su perspicacia y su eficiencia, antes al contrario.

—Estamos casi desarmados frente a las oposiciones internas que nos amenazan. Pero las cosas van a cambiar —me explicó Dulles—. Hoover lo ve así, Roosevelt también, aunque su voluntad es poco menos que accesoria. Somos muy conscientes

de que no estamos protegidos. Y la historia de la cual nos informan usted y Luciano es la prueba de ello.

Aunque Dulles frecuentara los salones políticos, no había olvidado jamás el viejo adagio según el cual el poder reside tanto en la calle como en los gabinetes de los ministerios. Ése era el motivo de que mantuviera con cierto éxito una red de informadores en los bajos fondos. Luciano lo sabía, y así era cómo, al fin y al cabo, se había establecido la conexión entre los dos hombres.

—Luciano no escatima elogios sobre usted, señor Monti. Debo decir que estoy impresionado de conocerle. ¿Sabe por qué?

Dejé que Dulles concluyera su argumentación sin responderle.

—Estoy tan impresionado porque nunca había oído hablar antes de usted. Pero según dice Luciano, es un hombre muy influyente en el seno de la comunidad italiana.

—Hablemos con franqueza, Dulles. No es momento para fiorituras. Yo soy un canalla, pero amo a este país. Me instalé en él hace mucho tiempo. He vivido auténticas pesadillas pero también grandes alegrías, que compensan de sobras todo lo que he debido soportar. Hoy le ofrezco mi ayuda en un asunto que no consiste en enfrentar al FBI con los gánsteres, ni a los policías contra los criminales, sino a los patriotas contra los conspiradores. No intente juegucitos sutiles conmigo; soy un viejo zorro y le ganaría en todos los tableros.

Dulles se aclaró la garganta, con semblante algo contrito. En ese instante su acompañante habló por primera vez, tratando de enmendar el paso en falso de su colega.

—Hemos comprendido perfectamente la situación, señor Monti. Puedo asegurarle que si usted aporta su plena colaboración en este asunto, no solamente no será molestado en ningún caso, sino que quizás incluso podamos ofrecerle compensaciones interesantes por sus esfuerzos.

El hombre se llamaba Virgil Tulroad. Era un teniente del FBI que había trabajado mucho tiempo a las órdenes directas de Elliot Ness en la época de la confrontación con Al Capone. Tulroad era un veterano del aquel equipo que los periódicos habían dado a conocer al gran público bajo el apodo de «Los Intocables».

—Hoover exige discreción absoluta sobre este expediente. Las primicias de una tentativa de golpe de Estado. Como comprenderá, no es algo corriente. Adelante, Monti: cuéntenos en detalle su versión de los hechos.

Saqué dos ejemplares de un informe mecanografiado de un maletín que había traído conmigo. La noche anterior al encuentro con Dulles y Tulroad, yo había puesto sobre el papel todos los datos de los que disponía con respecto al complot Ferrara-Cassard. Entregué las hojas a los dos hombres antes de relatar mi historia una vez más. Cuando terminé mi relato, Dulles se quitó las gafas y las limpió con el borde del mantel. Su frente estaba cubierta de una fina capa de sudor y sus labios temblaban ligeramente.

—No tenía ni idea de que las cosas hubieran llegado tan lejos —confesó con cierta pena.

Tulroad, por su parte, aparentaba menor sorpresa. Sabía que en la noche del 21 de diciembre, en los edificios Shelton y Chrysler, se habían desarrollado acontecimientos sangrientos, aunque ignorase los detalles del asunto.

—Bien, señor Monti... —dijo al fin Alien Dulles volviendo a ponerse sus gafas de concha—. Creo que hemos estado al borde de la catástrofe, es un hecho irrefutable. Prefiero tener a Luciano a la cabeza del crimen organizado que a un loco politizado admirador de Mussolini. Dice usted que Petrone Bari ha sido eliminado, lo mismo que el responsable de los fascistas de Nueva York, Carmine Ferrara. Dice también que sus tenientes han sido objeto de... eh... ¿cómo les llaman a sus órdenes de ejecución?

—Encargos, señor Dulles.

—¡Ah, sí, eso es! Encargos. Pintoresco, ¿verdad?

—Queda Ephraim Cassard, señor —le recordó Tulroad—. Nuestra oficina de Nueva Orleans está tras su rastro, pero sin novedades por el momento.

—¡El sumo sacerdote del Ku Klux Klan! —tronó Dulles, cerrando los puños como un niño presa de una rabieta—. ¡Será preciso que le pida a Hoover que un día de éstos le dé una patada a ese hormiguero infecto!

Tulroad me miró con aire afligido. Era evidente que Dulles tenía tendencia a exagerar su propia importancia, y eso disgustaba al ex Incorruptible.

—¿Cree que Cassard ha regresado a su feudo?

—Sería lógico —respondió Tulroad—. En Luisiana puede disponer de una red de soporte que le ha faltado en Nueva York. Pero háblenos de esa mujer a la que menciona en su informe, esa tal Laüme Galjero. ¿Había oído hablar antes de ella?

—Ni una sola vez —repliqué—. Ignoro por completo de dónde viene. Creo que es europea, al menos a juzgar por su acento y sus modales.

—Buscaré información sobre esa chica. No puede haber surgido de la nada.

Incómodo por la evocación de Laüme Galjero, pensé en el modo en que había huido del edificio Chrysler. Como bien acababa de observar Tulroad, seguramente no había salido de la nada... pero sin embargo había desaparecido ante mis ojos exactamente como un fantasma.

Dejé a Tulroad y a Dulles a la hora en que los empleados terminan su jornada. Solo, con las manos hundidas en los bolsillos, caminé un buen rato por Manhattan. Bajé por la calle Cuarenta y dos, iluminada bajo la niebla que caía. Aunque habían despejado y enarenado las calzadas, pocos automóviles se arriesgaban a salir, porque el hielo y la noche hacían peligrosa la conducción. Envueltos en sus pesados capotes negros, con la gorra hundida en la cabeza, los agentes de policía pateaban el suelo en los cruces esperando al relevo. Hacía años que yo había perdido la costumbre de errar

solo por la ciudad. El golpe de gracia que en otro tiempo le di a Nalfo Giletti y mi consagración como don me habían dado poder, pero me habían privado al mismo tiempo de la sencilla libertad de las gentes anónimas. Siempre desconfiado, siempre temeroso de la aparición de un *torpedo* a mi espalda... Había pasado todos los años de la prohibición rodeado de guardaespaldas. Después, Stefano había reemplazado él solo a todo aquel pesado dispositivo, pero no recordaba haber hecho jamás en su compañía otra cosa que desplazarme en automóvil de un punto a otro de la ciudad, sin concederme nunca tiempo para callejear.

Otra razón, íntima, casi secreta, me había impulsado a evitar el barrio de la Quinta Avenida durante todos aquellos años: era el recuerdo de Preston Ware, el abogado en cuya casa había descubierto los dibujos de la iglesia de San Ezechiel. El hermetismo de sus palabras, el misterio de sus profecías y sus visiones, los lazos que había mantenido, después de muerto, con el loco Maddox Creen seguían siendo impenetrables. Nada hubiera podido ayudarme a levantar el velo que cubría esos enigmas que habían conmocionado toda mi vida. Igual que me ocurrió tras la muerte de Leonora y Giuseppina, mi espíritu se había desplazado a otro horizonte cuando escapé de la penitenciaría de Blackwell's Island. En el fondo de mi ser, no había olvidado nada, ni una palabra pronunciada por Ware ni una imprecación salida de la boca de Green... Pero ¿cómo hubiera podido seguir viviendo o ni siquiera sobreviviendo si hubiera dejado que mi espíritu quedara atrapado en las redes de aquellos acontecimientos imposibles? Eso me hubiera llevado directo a la locura. Había preferido borrar de mi memoria los rostros del abogado y del condenado. A veces volvían a mí en sueños, pero entonces me daba la vuelta hacia Carla y encontraba en sus brazos la fuerza necesaria para expulsar a los fantasmas del pasado.

Sin embargo, aquel día, con los acontecimientos que acababan de producirse y, sobre todo, a causa del encuentro con Laüme Galjero, las ventanas de mi memoria se abrieron de nuevo de par en par. «Ware sabe que tienes una gran obra que realizar», había gritado Green antes de caer bajo las balas de los guardianes de la prisión. ¿Una gran obra que realizar? ¿Cuál? ¿Situarme en el mundo del hampa? Sin duda no se trataba de eso. ¿Entonces? Yo presentía sombríamente que la frase estaba unida a la mujer Galjero. La razón me decía que esto no tenía ningún sentido, pero entonces ¿por qué era tan intensa aquella sensación?

Quería dejar de pensar. Alcé los ojos y vi que había abandonado la calle Cuarenta y dos para enfilar por la Quinta Avenida. A mi pesar, mis pasos me habían llevado hasta el sitio donde, veinticinco años antes, se alzaba el edificio con la fachada decorada por ninfas y demonios donde vivía Preston Ware. Pero el edificio ya no estaba en ese lugar. El antiguo inmueble había sido derruido y en su lugar se elevaba un rascacielos. Me sentí aliviado, en cierto modo como si se hubiera realizado un exorcismo. Desprovisto de repente de toda mi energía, sentí que me fallaban las piernas y tuve que apoyarme contra el muro para no caerme. Me quedé allí mucho tiempo, con la espalda contra la piedra, respirando la brisa del mar que penetraba en

la ciudad por la puerta del doble estuario.

¡Entonces la vi! ¡Ella, Laüme Galjero! Estaba en la acera de enfrente, llevaba un largo abrigo negro de pieles que le daba un aspecto de animal salvaje. Sus ojos estaban fijos en mí y me sonreía desafiante, la misma sonrisa que se había dibujado en su rostro justo antes de que las puertas del ascensor se cerraran tras ella en el edificio Chrysler. En un acto reflejo, me llevé la mano a la axila para coger el arma que llevaba encima. La joven se puso en guardia, pero no se movió. Disparé, pero el mecanismo de mi automática se bloqueó de manera inexplicable. Intenté recargarla mientras ella atravesaba la calzada con indolencia, sin temor. Los raros transeúntes que había cerca no prestaban ninguna atención.

—Deje ya ese jueguito inútil —dijo Laüme, que se había acercado a mí—. Esa arma no le será de ninguna utilidad contra mí.

Yo esperaba en cualquier instante ver brillar en su mano un estilete, un puñal... pero no. Se contentaba con sonreírme.

—Sabía que le encontraría aquí. No es por azar. Usted ha sobrevivido al Shelton, y también al Chrysler... Ahora sé quién es usted, don Luigi Monti. He aprendido mucho sobre usted. Tiene un aliado poderoso, más de lo que puede imaginarse. A él le debe el haber superado la prueba aquel día. Él le permitió salir con vida de Blackwell. Todavía le protege e intenta salvarlo de mí. Pero eso no durará, don Monti. Mi poder es mayor que el suyo. ¡Romperé sus defensas! Un día cercano, sabré encontrar el camino hasta usted.

Pegado al muro, yo era incapaz de moverme. La asesina de Stefano estaba allí, a escasas pulgadas, y mis miembros estaban paralizados como los de un insecto bajo la picadura de una araña. Mis mandíbulas estaban cerradas y mi garganta era incapaz de articular ningún sonido. Si hubiera querido, Laüme habría podido matarme en aquel momento tan fácilmente como un carnicero sacrifica una res en el matadero. Pero no lo hizo. Reemprendió su paso tranquilo, se alejó de mí y desapareció en la noche mientras que, poco a poco, yo sentía la vida volver a mi cuerpo y la sangre correr de nuevo por mis venas.

—¡Quiero encontrar a esa chica, cueste lo que cueste! —grité en el despacho de Meyer Lansky—. Los encargos contra los padrinos del Sur todavía no están todos cumplidos. Dejadme ir a Nueva Orleans.

—¿De verdad cree que es allí donde encontrará a Laüme Galjero? Meyer miró a Lucky Luciano con aire interrogante. A ninguno de los dos parecía entusiasmarle la idea de que yo me fuera a Luisiana.

—En todo caso, Tulroad y Dulles piensan que podría ser así. El FBI ha logrado remontar su rastro hasta su llegada a Estados Unidos hace unos meses. Venía de Berlín, donde la periodista Merry Groves, que cubre las informaciones de la embajada, los ha visto muchas veces a ella y a su marido. Son personajes cercanos a

las altas esferas del poder nazi.

—¿Así que esa tigresa está casada?

—Con un rumano, un tal Dalibor Galjero. Fue visto con frecuencia en Estados Unidos a principios de la década, pero no consta en la lista de visados después de 1933. En estos momentos no está con ella.

Luciano resopló con fuerza, como para expulsar el tropel de complejas reflexiones que nublaban su pensamiento.

—¡Unos rumanos que viven en Berlín y conspiran con italianos y con nostálgicos de la confederación de los Estados del Sur! Lo lamento, señores, pero es una mezcla que se me atraganta.

—La historia siempre sigue caminos complejos. ¿Quién hubiera creído que un pequeño judío como yo y un siciliano como tú se asociarían para dirigir la organización criminal más importante de Estados Unidos? —observó Meyer.

—Galjero ha pasado una larga temporada en casa de Cassard. El FBI piensa que los dos se han marchado a Luisiana. Tenemos trabajo en la región. Creo que es hora de continuar la caza de manera activa. Me marchó esta tarde con Tulroad.

—Llévese también a algunos de los nuestros —insistió Luciano—. No me gusta la idea de que se haga acompañar únicamente por *feebies*. Le asignaré a *Bubble* Lemona, por ejemplo. Conoce bastante bien la región y su hermano trabaja para una de nuestras conexiones. Daré órdenes para que se ponga a su servicio en cuanto usted llegue.

En la estación Grand Central, tomamos el tren expreso para Luisiana. *Bubble* Lemona me acompañaba, y Gian también. Pese a las protestas de su madre, yo había querido mantener la promesa que le hice en mi despacho. Sí, estaría presente cuando yo eliminara a Laüme Galjero.

Ocupamos un gran compartimento Pullman, y las miradas que intercambiamos al empezar el trayecto con los dos agentes federales que flanqueaban a Virgil Tulroad no fueron en absoluto amables. A todas luces, los dos investigadores se morían de ganas de colocarnos allí mismo las esposas. Por fortuna, Tulroad vigilaba. Cuando, por una nimiedad, el tono se elevó de pronto entre Lemona y uno de los agentes, su jefe tuvo que imponer el orden. El ambiente electrizado se fue atenuando según avanzaba el viaje, y todo acabó tan bien que cuando él tren entraba en la estación de Nueva Orleans *Bubble* y los dos tipos se llamaban por sus nombres de pila...

La primera noche no pasó nada. Nos limitamos a establecer nuestros cuarteles en un gran hotel del centro para habituarnos al clima extraño de la ciudad. Yo nunca había viajado más abajo de Florida, donde estuve en 1928 con motivo de un breve viaje de trabajo. No conocía nada del Sur profundo. La Navidad acababa de pasar y, mientras que en Nueva York reinaba un tiempo glacial, en las orillas del Mississippi el aire era húmedo y dulzón. Era imposible recorrer más de unos cientos de yardas sin transpirar abundantemente bajo nuestras gruesas ropas de yanquis.

Como es natural, Tulroad no mencionó mi verdadera identidad en la sede local

del FBI. Me presentó como un simple consejero civil. El método no debía de ser extraño a las tradiciones de la institución, ya que no hubo objeciones a mi presencia junto al antiguo Incorruptible. En una sala dedicada a la consulta de archivos nos entregaron el material concerniente a Cassard. La pila de recortes de prensa era tan voluminosa que hubiéramos necesitado una semana para leerla en su integridad. No obstante, Tulroad empezó a espulgar minuciosamente las noticias recientes relativas al sacerdote supremo del Ku Klux Klan; lo dejé allí, porque yo tenía que arreglar cuanto antes algunos asuntos relacionados con las familias.

Bubble Lemona me presentó a su hermano, Damiano, algo mayor que él, pero con los mismos ojos saltones, frente baja y cabello espeso. Junto con ellos, eliminamos en dos días a cinco traidores a Luciano.

—Creo que el trabajo ya está acabado, don Luigi —dijo Damiano mientras tachaba el último nombre de la lista de encargos.

—El trabajo no estará terminado mientras Cassard no haya pagado. ¡Y nos debe mucho!

Cuando me reuní con Virgil Tulroad aquella noche, comprendí por su sonrisa que tenía alguna pista.

—Oh, tal vez sólo se trate de un principio —dijo el teniente quitándole importancia— pero no sé por qué, presiento que el indicio podría ser fructífero.

—Veamos.

—Uno de nuestros infiltrados en el seno del Ku Klux Klan acaba de informarnos de que dentro de dos días se celebrará una reunión importante en una granja abandonada de los pantanos. Asistirán todos los jefes de la región. Incluso aunque Cassard no esté entre ellos, apostararía a que al menos alguno de esos tipos disfrazados sabrá dónde se oculta.

La ocasión era demasiado propicia para dejarla pasar. Durante las cuarenta y ocho horas siguientes, dejé a los hombres del FBI preparar su plan sin intervenir. Se había acordado que Tulroad y Lemona, Gian y yo nos mantendríamos en la sombra, mientras que las fuerzas policiales actuarían en primera línea. Yo acepté la sugerencia. Cassard no era mi presa principal; la que me interesaba en realidad era Laüme Galjero, la asesina de Stefano y poseedora de secretos concernientes a Preston Ware. Quería a esa mujer sólo para mí y cuanto antes. Abandonar toda pretensión sobre Ephraim Cassard no era un precio muy elevado a cambio de poder tenerla a ella. El día señalado por el informador, muy temprano, dos unidades completas de policía de la ciudad dejaron el cuartel para adentrarse en el campo, ochenta millas al norte de Nueva Orleans. Tulroad y sus dos agentes seguían al convoy en un coche sin identificativos. Lemona, Gian y yo cerrábamos la caravana.

—Estas carreteras son asquerosas —gruñó *Bubble* Lemona tras dejar las rutas asfaltadas al cabo de una hora de trayecto para tomar las pistas arenosas, estrechas y llenas de baches.

Las máquinas sufrían lo indecible en aquellos senderos reblandecidos, que se iban

haciendo más esponjosos a medida que nos acercábamos a las ciénagas. En dos ocasiones tuvimos que bajarnos y empujar uno de los vehículos que se quedaba empantanado. Dos veces también tuvimos que desandar el camino, ya que incluso los conductores expertos se perdían por aquellas vías que cambiaban a menudo bajo los asaltos de una vegetación exuberante combinada con niveles de agua inestables.

«Este brazo de río se ha desbordado. Hay que retroceder».

«Ese puente está corroído por la podredumbre. No aguantará nuestro peso. Hay que dar media vuelta...».

Tras casi siete horas en estas condiciones, al fin nos detuvimos al borde de una llanura gris, donde el viento soplaba a ráfagas. Debían de ser las tres de la tarde, y aún nos quedaban cinco millas que recorrer a pie antes de llegar a las inmediaciones del lugar de reunión del Klan.

—Los vehículos se quedan aquí —dijo Tulroad—. No podemos permitirnos avanzar más en automóvil sin arriesgarnos a que reparen en nuestra presencia. Lamento obligarles a esto, pero tendrán que caminar si quieren venir con nosotros.

—¡Desde luego que vamos!

Tres hombres se quedaron con los camiones y los coches, y nosotros seguimos a las siluetas negras de los policías. Protegidos por sus botas altas, los hombres avanzaban más deprisa que nosotros, que no habíamos previsto llevar equipo especial para aquel periplo. Atravesar la llanura de hierbas secas y amarillas no fue muy difícil, pero pronto nos adentramos en una zona de arboleda donde había baches disimulados por arbustos de zarzas. Nos hundíamos hasta los tobillos en un barro maloliente que se metía en los zapatos.

—¡Unos zapatos de trescientos dólares! —se lamentaba Lemona—. ¡Y un traje de novecientos! ¡Maldita sea!

Aunque nos habían permitido conservar nuestras armas ligeras, Tulroad no nos autorizó el uso de las Thompson.

—Demasiado visibles. Los polis con los que vamos a colaborar harían preguntas. De todos modos, está previsto que la operación se realice con sutileza.

—¿No temen encontrar resistencia? —pregunté.

—Algún rifle de caza, todo lo más... Es el arsenal habitual del Klan —me contestó el teniente con una despreocupación evidente mientras encendía un cigarrillo.

Yo, por mi parte, no estaba tan seguro de que los sudistas fueran a rendirse sin oponer resistencia. Sobre todo, si Cassard se encontraba entre ellos.

Después de los baches, llegaron las ciénagas. El sendero que corría entre las extensiones de agua no era más ancho que una viga. Marchamos en fila india, silenciosos, por un decorado verde y negro donde el sol ya no llegaba. Un poli local me precedía. Al oírme resbalar en el barro, se volvió para ayudarme.

—¡Tenga cuidado, señor! El agua es profunda y está infestada de caimanes y de sanguijuelas.

—¿Y quién diablos vive aquí? —pregunté—. Hay que estar loco para tener una granja en este sitio...

—Son los cajún, señor. Y están a cuál más loco. Es congénito.

¡Los cajún! Yo apenas sabía de su existencia. Para mí eran como los indios de las praderas del Salvaje Oeste, o como los esquimales de la banquisa; un pueblo al margen de la historia y del tiempo, criaturas con las que se atemoriza a los niños.

—Los cajún son deportados franceses venidos de Canadá cuando los ingleses los echaron —murmuró el policía—. Viven aquí desde hace siglos, y casi nunca salen de los pantanos. Se casan entre ellos, debido a lo cual todos tienen la misma cara y no son muy inteligentes.

—Sí, pero son fuertes, y conocen las ciénagas como la palma de su mano —añadió el tipo que marchaba delante de él y que estaba escuchando nuestra conversación.

—¿Son miembros del Klan?

—¡Eso sí! No les gustan los negros, eso seguro... Bueno, no les gusta nadie en general. Muchos de ellos sólo hablan su dialecto y jamás dicen una palabra en inglés.

Durante casi dos horas más chapoteamos en la cloaca, de donde a veces se escapaban bolsas de gas que se inflamaban en fuegos fatuos. *Bubble* Lemona llevaba las ropas empapadas y le castañeteaban los dientes. Mi hijo iba bastante bien. Se había hecho un bastón con una rama gruesa y parecía el más decidido de la cuadrilla. Cuando ya habíamos encendido linternas para poder seguir avanzando, uno de los hombres de Tulroad se torció un tobillo y tuvimos que abandonarlo apoyado contra un tronco, porque su lesión nos hubiera retrasado. Por fin, después del infierno de las marismas, llegamos a una suerte de landa todavía húmeda pero cubierta de una vegetación menos densa que la del manglar. Hicimos un alto allí por primera vez desde nuestra partida. Los *feebies* consultaron sus mapas y Tulroad vino a informarme de la situación.

—Pistamos a sólo trescientas yardas de la granja. Nuestros hombres se desplegarán en arco alrededor. Le propongo eme ustedes pasen al otro lado para controlar la carretera principal. Escóndanse allí y atrapen a los eventuales fugitivos. No los habrá si hacemos bien nuestro trabajo, pero nunca se sabe...

—De acuerdo, yo cerraré la trampa. De todos modos, deme algunos hombres; si sólo somos tres, algunos podrían escapársenos.

Con un plano mediocre en la mano, guí a Gian, Lemona y dos policías que nos habían asignado a través de una nueva extensión cenagosa; después, tras una sucesión de fosas demasiado largas para saltarlas y en las que tuvimos que hundirnos hasta el talle, llegamos al borde de una carretera de polvo gris. Gian y Lemona se apostaron a un lado, mientras los agentes y yo nos agachamos entre la maleza de enfrente. Congelados por el agua que empapaba nuestras ropas, esperamos en silencio durante

más de una hora sin escuchar más que el ulular de los búhos y el chapoteo de las nutrias en los canales. Finalmente, se oyó un ruido de motor en la noche. A lo lejos vimos primero dos y después cuatro puntos luminosos en la oscuridad. Los faros se acercaban segundo a segundo. Dos camiones con los laterales abiertos pasaron en tromba ante nosotros. En las plataformas, una docena de tipos se agarraba a los montantes de hierro. Muchos llevaban ya la túnica del Klan, otros iban ataviados con simples monos o batas de faena. Todos empuñaban armas.

—No sólo rifles de caza —dije con suavidad para mí mismo una vez pasaron los camiones.

—¿Perdón, señor? —preguntó uno de los policías a mi lado.

—¡Esos sudistas tienen fusiles ametralladores, no simples fusiles de posta!

—Eso parece, sí...

Un minuto más tarde, otro convoy compuesto de cuatro camionetas pasó a nuestra altura. Después, tres grupos de ocho o diez jinetes cada uno llegaron al trote corto, y dos coches particulares en los cuales viajaban figuras vestidas de blanco.

—Por lo que parece, son casi setenta —le anuncié al poli—. Muchos más de los que había indicado el informador.

—Lo lamento, señor. No estaba al corriente de eso. Pero lo cierto es que nos superan en número, al menos son el doble que nosotros.

El doble que nosotros, bien armados y con un conocimiento perfecto de unos terrenos traicioneros, ¡donde un paso en falso podía costar la vida! Las cosas se presentaban mucho peor de lo previsto. Me preguntaba si Tulroad tendría el atrevimiento o la locura de lanzar el ataque pese a todo. Por un momento, pensé en volver sobre mis pasos para advertirle del peligro, pero apenas había decidido levantarme cuando escuchamos los primeros disparos.

—El ataque ha empezado, señor. Tenemos que permanecer en nuestra posición, son las órdenes —murmuró el policía poniendo un brazo sobre mí para conminarme a permanecer agachado.

Tenía razón, y yo lo sabía. ¿De qué habría servido en ese momento que corriera por el bosque para advertir a Tulroad? El asalto estaba lanzado y nada podía hacer para detenerlo.

Permanecimos en nuestras posiciones. Ansiosos, con los ojos fijos en la carretera, escuchamos intensificarse el tiroteo durante los minutos que siguieron. Unas ráfagas respondían a otras. Aquello parecía no tener fin. ¡Y ningún fugitivo que capturar! La carretera estaba desesperantemente desierta.

Gian salió corriendo de su arbusto para reunirse conmigo.

—He mirado el reloj cuando empezó el asalto. Ya hace cuarenta minutos...

¡Cuarenta minutos en combate! La batalla había sido excepcionalmente larga. Eso significaba el fracaso del efecto sorpresa, que los hombres del Ku Klux Klan probablemente esperaban una operación policial. Y eso demostraba también que estaban vendiendo cara su piel.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó mi hijo.

—Vamos a volver despacio para encontrarnos con el teniente Tulroad.

Hice señas a Lemona de que se levantara y, juntos, empezamos a caminar lentamente en dirección al norte, allá donde debía de estar la vieja granja cajún escenario de los enfrentamientos. Apenas habíamos recorrido doscientas yardas cuando escuchamos el ruido de un motor.

—¡A cubierto! —ordené.

Saltamos entre los arbustos justo a tiempo de evitar que uno de los camiones de los sudistas nos iluminara con sus faros. Petrificados de horror, vimos a los hombres de blanco sentados en el lateral. Su actitud no era la propia de fugitivos en retirada, sino más bien la de soldados victoriosos después de un cruel combate. Pasó otro camión, después un tercero y un cuarto...

—¡Miren! —murmuró Gian señalando al horizonte, después de que los vehículos hubieron desaparecido.

De pronto, la noche dejó de ser negra. Las llamas se elevaban al fondo del camino, iluminando de rojo la oscuridad.

Me puse en pie y eché a correr por el sendero. Los policías gritaron, pero no hice caso a sus llamadas. Tenía que ver con mis propios ojos qué había sucedido en las inmediaciones de la granja. Mis piernas no sentían la fatiga, ni mi cuerpo el frío. Llegué a una pequeña depresión y me detuve junto al borde. Delante de mí, atados a treinta cruces encendidas, ardían los cuerpos rociados de petróleo de los policías enviados al asalto del Klan. El calor era tal que tuve que retroceder, tapándome la boca y la nariz con la manga de mi abrigo para no respirar el olor infecto, atrozmente azucarado, de la carne que se consumía. A mi espalda, Gian y Lemona descubrieron también el espectáculo infernal.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó Lemona.

Y él, que no había rezado en su vida, se dejó caer de rodillas y se persignó.

—Ya no podemos hacer nada por estos pobres tipos —dije, retrocediendo—. Vamos, es inútil quedarse aquí.

—¿Y los otros? —gritó Gian—. ¿Dónde están los otros miembros del Klan? ¿Dónde está Cassard?

—Esto era una trampa y hemos picado el anzuelo —repliqué yo—. Cassard no está aquí, por supuesto.

—Tenemos que asegurarnos. No todos los coches ni los caballos han vuelto a pasar delante de nosotros. Tenemos que saber adonde han ido.

Sin que pudiera detenerle, Gian bajó la pendiente en dirección a las cruces en llamas. Pasó corriendo en medio de ellas y desapareció en segundos de mi campo de visión.

—El pequeño tiene razón, don. No podemos irnos así después de lo que esos cerdos acaban de hacer. Hay que encontrarlos.

Monté mi revólver y me lancé detrás de mi hijo. El calor de horno debajo de las

cruces devoradas por las llamas era tan intenso que mis ropas empezaron a humear pese a estar empapadas de agua. Me deshice del abrigo y continué corriendo en línea recta hasta reunirme con mi hijo. Lo encontré agachado tras una barrera de tablas, observando la granja.

—¡Aún están aquí! Hay caballos atados fuera y una hilera de coches. He visto salir del edificio principal a un tipo con una túnica blanca. Los otros deben de estar en el interior.

—¿Puedes hacer un cálculo aproximado de cuántos son?

—Diez al menos. Quizás alguno más.

—Demasiados para nosotros tres.

—¡Cassard! —se exaltó Gian—. ¡Liquidemos a Cassard al menos!

—Suponiendo que esté con ellos, no podrás acercarte a él a menos de treinta pasos. Ése no es el mejor sistema.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Esperar, pequeño. Don Luigi tiene razón... ni siquiera tenemos armas pesadas. No podremos hacer gran cosa.

—A menos que empleemos un viejo truco de los sioux —propuso Gian.

Desde su más tierna infancia, mi hijo sentía pasión por las películas del Oeste, en particular las protagonizadas por su amigo John Wayne. Jamás habría pensado que esos rasgos de puerilidad podrían llegar a sernos útiles un día.

—Aparte del que acaba de salir, no he visto centinelas. Deben de sentirse a salvo. Creo que podríamos dispersarlos si atacamos a sus caballos.

—Pero ¿de qué nos serviría eso? —objetó Lemona—. Es demasiado arriesgado, sólo somos tres.

—Cinco, señor, con su permiso.

Sin que los hubiéramos oído, los dos policías se habían reunido con nosotros. Sus Thomson eran bienvenidas y reforzaban nuestras oportunidades, pero aun así seguíamos en franca desventaja en el enfrentamiento que se avecinaba. Gian persistió en su idea de dispersar los caballos.

—Al menos eso los hará salir. Y podremos cazar a bastantes con las metralletas en tiro cruzado. Después, ya veremos.

—El pequeño tiene razón, señor. Es tentar al diablo, pero ya que esta noche ha salido de su infierno, juguemos hasta el final.

Lemona hizo chasquear la hoja de una navaja de muelles que siempre llevaba en el bolsillo y después reptó hacia los automóviles y los caballos, procurando mantenerse contra el viento para que los animales no lo olieran. Pese a las redondeces que le habían valido su apodo, Lemona era ágil, fuerte y rápido. Llegó en silencio detrás del centinela y lo apuñaló antes de que tuviera tiempo de reaccionar. Hice señas a los dos policías de ponerse en batería lo más cerca posible de la puerta principal de la vieja granja, y fui a reunirme con Lemona cerca de los vehículos mientras que Gian se ocultaba tras una cisterna devorada por el musgo y la

herrumbre. Desatamos las bridas de los caballos y los arreamos en dirección al bosque, pero sólo algunos de los animales salieron al trote. Los otros se negaron obstinadamente a dejar el vallado.

—¡Sucias bestias! —exclamó Lemona—. En ese caso, a grandes males grandes remedios.

Con la punta de su navaja cortó dos tiras de tela de su camisa, las retorció formando mechas y las insertó en los depósitos de dos de los coches. La esencia impregnó las mechas como si fueran esponjas. Con la llama de su encendedor, Bubble prendió los trapos y huyó a todo correr a refugiarse detrás de las chapas donde yo me había apostado. Los dos depósitos explotaron uno tras otro, lanzando fragmentos de metal muy arriba en el cielo rojo e hiriendo de muerte a algunos de los caballos más cercanos. Los relinchos de las bestias y la violencia de las detonaciones hicieron salir enseguida a cuatro o cinco tipos vestidos de blanco, con las capuchas puntiagudas típicas de su clan. En cuanto aparecieron, las Thomson lanzaron sus primeras salvas y los tumbaron a todos sin excepción.

—¡Ataquemos, ahora! —le dije a Lemona—. ¡Sígueme!

Corrimos derechos hacia la granja, pistola en mano, despreciando las balas que seguían estrellándose en las tablas torcidas de la fachada. No darles a nuestros adversarios tiempo de reaccionar, de organizarse, hacerles creer que éramos mucho más numerosos que ellos, ése era el único modo de desestabilizarlos y sacarles ventaja. Gritando, bramando cuanto podíamos, irrumpimos en la cabaña en sombras, iluminada por velas pegadas directamente a la mesa, y descargamos nuestras armas sobre las siluetas que teníamos delante. Una vez vaciamos nuestros cargadores, nos lanzamos a un combate cuerpo a cuerpo. Lemona hundió su navaja en el corazón de un tipo gordo que rugía en dialecto cajún, y yo lance mi arma contra la frente de un hombre con capirote. Bajo el impacto, la tela se manchó de escarlata y el tipo cayó cuan largo era. Los dos policías rompieron las ventanas a culatazos y eliminaron a los últimos resistentes, mientras Gian, desde fuera, abatió a dos que intentaban huir. Habían transcurrido menos de tres minutos desde la explosión de los coches.

Retiramos las capuchas a los muertos, uno a uno. Cada vez que retiraba una máscara, esperaba descubrir los rasgos de Ephraim Cassard, pero todos los que se ocultaban bajo la máscara puntiaguda del KKK eran desconocidos para mí. Me pareció que muchas caras tenían un aire de familia innegable.

—Los cajún son consanguíneos —me explicó un policía al observar mi malestar—. Se casan y se reproducen entre primos desde hace generaciones. Eso provoca resultados extraños. Los yanquis como usted no están acostumbrados.

—¿Y quién podría habituarse a esto? —masculló Lemona echando una mirada de profundo desprecio a aquellas caras lunares.

En ese momento, el segundo policía, que había ido a fisgar en las profundidades del edificio, regresó y me hizo una señal discreta.

—Creo que aquí todavía hay gente —me dijo en voz baja—. He oído crujir una

tabla del suelo al fondo del corredor.

Recargué mi arma y avancé con prudencia junto a él a lo largo de un corredor lleno de telarañas, con las paredes tapizadas de enormes manchas de humedad. Lentamente, puse la mano sobre el picaporte de una puerta, deslicé el cañón de mi arma por la abertura y me interné en la pieza. Un olor rancio me golpeó. Un olor indudablemente humano... Pero yo no veía nada en la oscuridad. El policía que estaba a mi espalda encendió su linterna. Bajo el haz de luz, vimos un cuerpo tendido. No era un cajún, ni un hombre del Ku Klux Klan... ¡era el teniente Virgil Tulroad! Sus miembros se agitaban sacudidos por temblores y su piel estaba tan blanca y reluciente como la de un ahogado. Dejé caer mi arma al suelo mientras me precipitaba a socorrerle. Sus ojos estaban en blanco y no se veía el iris; de su boca abierta salía una espuma amarillenta que le cubría el mentón y bajaba por el cuello. Sin embargo, no tenía heridas visibles, ni sangre ni hematomas.

—¡Santería! —gritó, horrorizado, el policía que sostenía la linterna detrás de mí.

—¿Cómo dice?

—¡Santería! —repitió el agente—. ¡Vudú! Magia negra. Ya he visto esto antes, en el barrio francés de Nueva Orleans. Mire su vientre...

Al observar el abdomen del teniente, noté unas costras de color claro que dibujaban arabescos extraños justo debajo de su esternón.

—Un tentáculo dibujado con cera de vela —murmuró el sargento—. ¡Dibujos del diablo!

En aquel momento, de lo más remoto de mi memoria surgió un recuerdo perdido desde hacía mucho tiempo. Me vi a mí mismo, de niño, inclinado sobre una niña cuyos brazos y piernas temblaban tras haberse caído de la rama de un olivo. Un rayo de fuego pasó de mi corazón a mis manos, y las puse en las sienes de Tulroad. Con todas mis fuerzas, con toda mi alma, quise salvar a aquel hombre. Sentía que poseía el poder oscuro. Pero ya era demasiado tarde: en la espuma que salía de su boca aparecieron pequeñas manchas negras, móviles, rápidas... Después, las manchas engordaron y empezaron a hormiguar. Cientos de arañas, de lombrices, de escolopendras largas como una mano extendida escapaban del cuerpo del agente federal y corrían por la pieza; subían también por nuestros cuerpos, invadían nuestros brazos, nuestras piernas... El policía fue presa del pánico. En su agitación, intentaba deshacerse de los bichos que trepaban por él hacia su cara; el haz de luz de su linterna empezó a dar vueltas por la habitación. Ya no veía a Tulroad, pero eso ya no importaba. Mis palmas sentían que la vida lo había abandonado. Mientras me incorporaba, la luz iluminó una figura blanca oculta cerca de la puerta. ¡Era Ephraim Cassard! Me sonreía, inmóvil. Busqué mi Colt, pero lo había dejado caer en mi apresuramiento por ayudar a Tulroad.

—Laüme Galjero me ha dado esto para usted, don Monti —susurró el hechicero.

Avanzó un paso, abrió la mano y sopló con fuerza en la palma para hacer volar hasta mí un polvillo fino, del color de la absenta, que había tenido dentro de su puño.

Pero no fui yo quien respiró la sustancia maligna. Procedente del pasillo, Gian se precipitó a protegerme del ataque de Cassard. Con la cara cubierta de polvo, profirió un grito horrible al aspirar de lleno el polvo demoníaco. Un disparo sonó a nuestra espalda y alcanzó al brujo del Ku Klux Klan en mitad del pecho. Cassard cayó pesadamente al suelo mientras el policía disparaba una segunda bala.

—¿Qué es lo que has hecho? —le grité al moribundo, cuyos ojos se iban poniendo vidriosos—. ¿Qué le has hecho a mi hijo?

—Pregúntaselo a Galjero, Monti —balbució Cassard en un último desafío—. Laüme Galjero. Ella lo sabe...

LA CARA DE LOS MIL ROSTROS

Regresamos a Nueva Orleans después de aquella noche terrible, recorriendo en sentido inverso el camino que habíamos seguido después de dejar los camiones en la explanada de hierba seca. Lemona vio a los hombres que se habían quedado a vigilar los vehículos.

Yo había lavado lo mejor que había podido todo rastro de partículas de polvo en la cara de Gian, y le había obligado a vomitar el contenido de su estómago. Durante más de una hora, mi hijo había permanecido alelado, al límite de la conciencia. Después, había vuelto en sí lentamente. Su rostro estaba descompuesto, y las palabras salían de su boca con dificultad; pero estaba vivo, y su salud parecía mejorar con el paso de las horas.

En la ciudad, el FBI nos retuvo mucho tiempo para tomarnos declaración, hasta que Alien Dulles en persona viajó desde Nueva York para venir a buscarnos. La muerte de los treinta hombres de la escuadra comandada por Tulroad le había afectado profundamente, y la forma en que había muerto el teniente no dejaba de atormentarle.

—¡No sabemos nada de los misterios del mundo, Monti! Somos unos ignorantes.

—En efecto, lo somos.

«Los misterios del mundo», había dicho Dulles. Yo había sido testigo de ellos desde siempre, los había visto de frente. Durante años había querido ocultarlos, rechazarlos. Pero siempre volvían, como vuelven las olas, obstinadas, a golpear la misma roca. En el tren que enfilaba hacia Grand Central, mientras miraba a mi hijo, cuyo rostro y cuerpo no habían recobrado aún todo su vigor, tuve que admitir que la huida no era la solución. Hiciera lo que hiciese, los *misterios del mundo* se impondrían en mí. Quizás iba siendo hora de aceptar la evidencia.

—El FBI y yo mismo le agradecemos inmensamente la ayuda que nos ha prestado, Monti.

La voz de Dulles apenas me llegaba. Mecido por el balanceo del tren, fatigado por la expedición a Luisiana y, sobre todo, preocupado por la salud de Gian, me costaba entablar conversación.

—Ayer por la noche hablé por teléfono con Hoover. Sólo lo dijo a medias, pero creo que tiene grandes proyectos para usted.

—¿John Edgar Hoover? ¿El director del FBI? —dije con asombro—. ¿Qué proyecto puede tener para mí, aparte de encerrarme entre rejas?

—Es usted un hombre extraño, Monti —comentó Dulles mientras miraba desfilas por la ventana el monótono paisaje del llano—. Hoover también lo es por más de un motivo. En el fondo, los dos son de la misma raza. Lo único que los separa es que él está del lado de la ley, y usted...

—Yo no lo estoy.

—¡Oh! Bastaría muy poco para que usted traspasara la barrera. O, mejor dicho, para que la abrieran para usted.

—¿Quiere hacer de mí un hombre respetable, Dulles? Eso no funcionaría.

—Usted ya es respetable. Al menos en apariencia, y eso es lo que cuenta, ¿no es así? No, yo no quiero cambiarle, y Edgar tampoco.

—¿Entonces?

—Usted ha dado prueba de su adhesión a los valores en los que se funda nuestra nación, Monti. Eso es todo lo que importa a nuestros ojos. Quizá le gustaría seguir siendo útil. ¿Por qué no emprende una carrera política, por ejemplo?

—¿Una carrera política? ¡Está loco! Mi pasado no es intachable. No resistiría una investigación seria.

Dulles sacó su pipa de brezo y se tomó su tiempo para llenarla de tabaco de Cap antes de exponer sus argumentos.

—¿Teme que se revele su estancia en la isla de Blackwell? Tranquilícese. A nadie le interesa sacar a relucir esa vieja historia. Sólo Hoover y yo tenemos constancia de su condena y su evasión, y aunque alguien estableciera la conexión entre usted y un oscuro condenado a muerte huido de la isla, ¿cómo probarla? Y, sobre todo ¿a quién le preocupa? Un pasado se fabrica, Monti. Sobre todo aquí, en Estados Unidos, nación de hombres sin raíces y sin memoria.

—¿Qué está tramando, Dulles?

—Hoover se lo explicará mejor que yo. Pero creo poder informarle de que le gustaría hacer de usted algo así como un miembro del Congreso... O un senador, ¿por qué no?

—¿Yo sería una criatura suya?

—¡Desde luego! Todos nosotros lo somos. Hoover puede ser un personaje maquiavélico, pero no está loco. Quiere el bien de la nación. Y usted también...

—Quiero el bien de América, es cierto, pero también quiero la muerte de Laüme Galjero.

—Se diría que ambos intereses van estrechamente ligados. Piense en el poder que le daría una carrera política. Usted, un hombre respetado y escuchado en su comunidad. Un enlace entre el mundo de la luz y el de la oscuridad. Un nexo entre la ley y el crimen. ¡Qué gran obra podría usted realizar! Véalo como una oportunidad que le ofrece el destino.

Debo reconocer que la proposición de Dulles me bailó por la cabeza durante varios días. Pero otro tema de preocupación vino pronto a sustituir a esa difusa perspectiva de carrera política. La salud de Gian se degradaba día tras día. Si a la vuelta de Nueva Orleans estaba débil, pero todavía lúcido, unos días más tarde cayó en una somnolencia permanente de la que nada podía sacarlo. Había dejado de comer, y

empezó a dar signos de un profundo debilitamiento. Su tez adquirió un color ceniciento, y las venas de sus ojos se inyectaron en sangre. Su madre y yo convocamos a varios médicos junto a su cabecera y después, ante la impotencia de éstos, llamamos a profesores e incluso a un especialista canadiense que nos habían recomendado. Ninguno de los tratamientos prescritos se reveló eficaz. Muy al contrario, el estado de Gian se agravaba irremediamente. Sus miembros se paralizaron y hubo que alimentarlo por perfusión. Sus mejillas hundidas, el silbido ronco de su respiración y el hilillo de saliva que caía de manera permanente de la comisura de sus labios me recordaban la agonía del teniente Tulroad. Yo había entregado a un laboratorio analítico el pañuelo con el que había limpiado de la cara de mi hijo el polvo verde que Cassard le había arrojado. Los resultados no aportaron nada significativo: era una mezcla de plantas anodinas, ninguna de las cuales contenía veneno, ni sustancias urticantes o alérgicas. Gian no sufría ninguna enfermedad conocida, ningún síntoma registrado. Sus órganos aparecían sanos en las radiografías.

—Quizá se trate de una degeneración cervical —nos sugirió un neurólogo—. Para confirmarlo sería necesario trepanar, pero eso entraña un serio riesgo y no implica que vayamos a poder curarlo.

¿Trepanar a Gian? ¿Para qué? Yo sabía que la medicina oficial nada podía hacer por él. Un brujo —mejor dicho, una bruja— lo había hechizado. Si el veneno procedía de ella, ella sin duda poseería el remedio. Más que nunca, era vital encontrar a Laüme Galjero. Me encontré con Dulles en Algonquin y le pedí que me entregara todas las informaciones que el FBI tenía sobre ella, sin restricciones.

—Voy a ayudarle —me prometió—. Pero sepa que esto puede llevarle muy lejos y costarle mucho más caro de lo que piensa. Y por descontado que no hablo de dinero.

—Si pierdo a mi hijo, lo pierdo todo. No puede pasarme nada que sea peor.

Alien Dulles sacó de su maletín una delgada carpeta. En el interior, algunas páginas con el sello de «Confidencial» resumían los conocimientos del FBI sobre la pareja Galjero. Leí el informe con atención de la primera a la última línea.

—La mayor parte de las informaciones proceden de nuestra agente en Berlín, Merry Groves. Oficialmente es corresponsal del *Chicago Tribune*; oficiosamente, nos entrega excelentes informes sobre la corte del canciller Hitler. En la actualidad, los Galjero están en gracia. Tienen reputación de magos, de ilusionistas o no sé qué... Un poco como Rasputin en la época del zar Nicolás II.

—Laüme Galjero ha regresado a Alemania, ¿verdad?

—No. Según otra fuente, llegó a Roma hace unos días. Pero ignoramos por qué medios salió de Estados Unidos. Sin duda pasó la frontera de México de forma clandestina.

—¿Podría conseguirme un visado para Italia?

—¿Pretende perseguirla allí? ¿Solo?

—Si es necesario, sí.

—No cuente con ello, Monti. En el estado actual de las cosas no es posible. No puedo permitírselo. Y, si se le mete en la cabeza atravesar el Atlántico por sus propios medios, dudo que los mussolinianos le reserven una buena acogida. Su mafia no está bien vista, ya sabe... Si le echan el guante acabará colgado, y yo no podría hacer nada para sacarlo de allí.

—Entendido, Dulles...

Por el momento no sacaría nada del colaborador de Hoover. Nos separamos, y nuestro apretón de manos fue como un adiós. Él sabía lo que yo iba a emprender, y no ignoraba que mi tentativa estaba condenada al fracaso. Pero ¿qué otra cosa podía hacer yo sino buscar a quien había envenenado a mi hijo? ¿Rezar por que se produjera un milagro? Pero ¿rezar a quién?

«Se llama Manea...».

¡La voz de mi madre! La voz de mi madre volvía del pasado más lejano y estallaba en mi espíritu como una burbuja en la superficie del magma. Manea, el fetiche sanador que ella había fabricado cuando yo era niño. ¿Qué habría sido de él? ¿Seguía oculto en el cuerpo de la Virgen de madera, detrás de la verja de hierro forjado de la iglesia de San Ezechiel? ¿Estaba todavía activo? ¿Podría yo implorarlo? ¿Tendría siquiera derecho a hacerlo?

Me quedé toda la noche a solas en mi despacho, obsesionado por el recuerdo de Nuestra Señora Bajo Tierra. Ella había obrado milagros, milagros auténticos, yo lo sabía... Estaba aquel loco de Pietro Pirozzi al que había devuelto la razón, y muchos otros, curados cuando ya estaban más allá de toda esperanza. De un cajón cerrado con llave saqué una bolsa de tela que vacié en mi escritorio. Cuatro plaquitas de cobre tintinearón bajo mis ojos, cuatro plaquitas grabadas con los nombres de los asesinos de mi madre y de mi abuela: Pirozzi, Galline, Memmo, Guglielmo. Cuatro nombres que resumían la complicidad de todo el pueblo. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Cuántos años había dejado pasar sin cumplir mi venganza? ¿Qué edad podían tener ahora? ¿Setenta, ochenta años? Si aún no habían muerto, serían unos ancianos, gente a la que yo había tenido la debilidad de dejar vivir en paz, mientras el cuerpo de la vieja Giuseppina se pudría en un pozo y el cadáver de mi madre se balanceaba colgado de la rama de un roble. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

Lentamente, guardé las placas de cobre y cerré el cajón. Una sombra avanzó entonces hacia mí; alcé los ojos. Era Gian, de pie, y parecía haber recuperado todo su vigor. Mi corazón saltó en el pecho. Una sonrisa iluminó mi cara.

—¡Gian! —exclamé, mientras me levantaba para precipitarme hacia él y estrecharlo en mis brazos.

Pero mientras permanecía allí, sin moverse, en el centro de la habitación, vi que su mirada estaba vidriosa y ausente. Tendí la mano para acariciarle la mejilla. Tomó mi puño y lo apretó con una fuerza titánica. Aullé de dolor.

—¡Gian! ¡Suéltame!

Pero mi hijo no me escuchaba. Su mano libre aprisionó mi garganta. Soy un

hombre fuerte, pero nada podía hacer contra la locura asesina que se había apoderado de mi hijo. Me faltaba el oxígeno, me ahogaba. Intenté de nuevo liberarme, pero yo era como un niño luchando contra un ogro de puños de hierro. Vi llegado mi fin, y mis ojos se cerraron. Entonces, se escuchó el ruido de un trueno y el olor de la pólvora inundó el aire. Un líquido cálido, pegajoso, roció mi rostro. La presa de Gian se aflojó y pude aspirar una larga bocanada de aire que me devolvió la conciencia. Cuando volví a abrir los párpados, mi hijo yacía en el suelo, con el cráneo volado en parte por la bala que lo había matado. Carla estaba ante mí, delgada y frágil en su vestido negro, con un arma humeante en la mano. Me hundí de rodillas junto al cadáver de Gian.

—Ya estaba muerto —dijo Carla con voz temblorosa—. Muerto desde que lo trajiste de Nueva Orleans. ¡Yo te maldigo, Luigi!

Y antes de que pudiera impedirlo, puso el cañón del revólver sobre su sien y disparó.

Mi mujer y mi hijo fueron enterrados el mismo día, en el mismo panteón del cementerio de Santa Cruz. Sólo tres hombres me acompañaron en su entierro: Meyer Lansky, Lucky Luciano y Alien Dulles. En pocos días había perdido lo que fue toda mi vida durante tantos años. De nuevo, mis seres queridos me habían sido arrebatados. Lansky recitó la oración judía por los difuntos y Luciano depositó un lirio blanco sobre cada ataúd. Dulles permanecía en silencio, tan conmovido como los dos *amici mei*.

—Si continúa queriendo capturar a Laüme Galjero —me dijo después del funeral—, estoy decidido a ayudarlo de todas las maneras posibles.

—El único consuelo que me queda es la venganza. Ya cometí una vez el error de negligir una deuda de sangre. Esta vez no voy a repetirlo. Con su ayuda o sin ella, mataré a Laüme Galjero.

—Cuenta con nuestra ayuda, Monti. Organizaremos su viaje a Roma. Hoover está de acuerdo, él mismo lo pide. No obstante, me temo que habrá una contrapartida.

Miré a Dulles con más impaciencia que sorpresa.

—Deje de andarse por las ramas, Dulles, no lo soporto. Dígame con franqueza que es lo que Hoover tiene en mente.

—Se lo resumiré: él cree, exactamente como el presidente Roosevelt, que la guerra estallará en Europa tarde o temprano.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Cierto. Pero muchos piensan todavía que Estados Unidos no intervendrá. El partido pacifista se refuerza, y cuenta con personalidades importantes; entre ellas, Charles Lindbergh. Toda esa gente sigue convencida de que América es una isla y no debe mezclarse en los asuntos del resto del mundo. América para los americanos, y Europa para los europeos, ése es su credo. Todavía no han comprendido que las cosas

ya no son como en los buenos viejos tiempos del presidente Monroe. Ya no estamos a mediados del siglo XIX.

—Sigo sin ver adonde quiere ir a parar, Dulles. Déjese de preámbulos, se lo ruego.

—¡De acuerdo, pues! Tendría usted que establecer contacto con sus amigos de la península y sondear sus intenciones para el caso bastante probable de que Estados Unidos se enemistara con el fascismo.

—¡Pero yo no tengo amigos en Italia! Dejé ese país hace casi cuarenta años.

—No hablo de amigos personales. Hablo de los miembros de la familia... de su mafia. Luciano me ha confirmado que tienen contactos con ellos.

—Los lazos no están del todo rotos, es cierto —concedí prudentemente.

—Nos gustaría pagarles a los mussolinianos con su misma moneda. Ellos han enviado a sus emisarios para poner al hampa italiana en contra nuestra. ¿Por qué no íbamos a hacer nosotros lo mismo?

—Es factible, en efecto. Pero es arriesgado. ¿Planean ustedes un golpe de Estado? Dulles se echó a reír.

—¡Oh, no! ¡Un golpe de Estado, no! No tendríamos ninguna posibilidad. Pero en cambio, si estalla un conflicto, le vaticino que nuestros muchachos almorzarán un día en la Piazza Navona, mientras que sus *bersaglieri* no subirán jamás a la terraza del Empire State Building para disfrutar de las vistas.

—¿Así que Cartago está segura de poder invadir Roma?

—... Si aliamos a los clanes de Sicilia y de Nápoles a nuestra causa, tomar la península será un juego de niños.

—¿Y asegura que Hoover y Roosevelt han concebido juntos ese plan?

Dulles se limitó a inclinar la cabeza.

—Muy bien. Acepto la proposición. Ayúdeme a entrar en Italia, y yo me encargo de reclutar un ejército de bandidos para su futura guerra.

—¡Por fin, gracias a Dios! —se animó Dulles, aplaudiendo como un niño ante un truco de magia.

—Diga más bien: ¡gracias al Diablo!

Dulles tenía a veces los modales de un dandi, pero hacía bien su trabajo. Gracias a él, obtuve una identidad falsa y las autoridades italianas me concedieron enseguida un visado. Una medianoche de abril de 1936 me embarqué en un transatlántico que, en poco más de una semana, llegó hasta el Mediterráneo. Hacía más de treinta y cinco años que no veía el cielo de Europa. En la gran sala de la aduana había retratos de Mussolini colgados en las paredes. Por todas partes había letreros con eslóganes e imágenes ensalzando las virtudes del fascismo, y sembraban también el suelo, en papeles a modo de folletos publicitarios.

—¿Motivo de su visita, *signare*?

—Negocios —contesté yo—. Soy comerciante de vinos en Nueva York. Vengo para firmar nuevos contratos con los viticultores de Sicilia.

—Bienvenido. Y buena suerte en sus negocios...

En Roma, me instalé en un hotel modesto, pero limpio y tranquilo. El segundo día después de mi llegada tuve un encuentro con Merry Groves, el contacto recomendado por Dulles.

—Busca usted a los Galjero, ¿no es así? —me preguntó la dama, de unos cuarenta años, de rostro tosco y modales poco finos.

—En concreto, a la mujer. El hombre no me interesa de por sí, a menos que pueda servir de cebo.

—Laüme Galjero sólo ha estado de paso en Roma antes de proseguir su viaje a Berlín. No sé con exactitud cuándo regresará, pero sus idas y venidas entre las dos capitales son bastante frecuentes. Volverá a aparecer en cualquier momento. En cambio, Dalibor, su esposo, hace bastante tiempo que se deja ver en el norte, en Venecia.

—¿Qué hace allí?

—Lo ignoramos. Tenemos un agente allí, uno muy bueno. Le pondré en contacto con él, seguramente podrá decirle algo más.

Tomé el tren desde Roma con destino a la estación de Santa Lucia. Era a principios de mayo, y el viento del Adriático hacía soportable el calor, que ya empezaba a apretar en el Lacio. Después de dejar la maleta, fui hasta San Marcos y me senté en un banco de piedra frente a la laguna, allí donde en otros tiempos atracaba el *Bucentauro*, el navío de guerra de los dogos. Ese día había tres torpederos grises amarrados al muelle, listos para entrar en combate. Ante mí pasaron unos oficiales de la marina con fajín y charreteras de oro. Después, una joven con falda negra y chaqueta ceñida vino a sentarse a mi lado.

—Usted es Lewis Monti, ¿verdad? Le habría reconocido entre mil. Merry Groves ha trazado un retrato asombrosamente fiel de usted.

La muchacha era bonita. Sus ojos grandes y su piel blanca le daban el aspecto de una princesa de cuento de hadas. Debía de tener unos veinte años.

—Soy Fausta Pheretti —prosiguió—. ¡Oh, sonrío usted, *signore*! Eso no está bien, ¿sabe?

Era cierto. Pese a la pena que me corroía desde la muerte de Gian y de Carla, yo había sonreído mientras la *signorina* Pheretti se presentaba. No era malevolencia ni burla por mi parte, pero ¿cómo no sorprenderse al ver a una joven tan fresca e inocente presentarse como emisaria de una red de espionaje? Cualquiera hubiese hecho una mueca de asombro. Pero la *signorina* Fausta no se molestó por mi reacción. Era demasiado inteligente para eso.

Era hija de uno de los orfebres más importantes de la ciudad, un tallador de piedras preciosas de un talento excepcional. Ella diseñaba joyas. Experta gemóloga, capaz de calcular al primer vistazo el valor en quilates de un diamante, era capaz de

decir el país de origen de un ágata o de un ópalo con sólo tomar la piedra en su mano. Pero aquélla no era, me atrevo a decir, sino la faceta menos relevante de sus múltiples dones.

Su padre había educado a Fausta Pheretti según los principios de la religión de Abraham y de Moisés. Aunque respetaba el sabbat y jamás pronunciaba el nombre de Dios, también vivía como una joven de su tiempo. En 1936, en Italia, el antisemitismo no podía compararse con el que azotaba Alemania. El propio Mussolini estaba lejos de seguir el ejemplo de Hitler en este terreno. Evidentemente, los judíos mantenían un perfil bajo, pero no eran perseguidos como en las provincias del Reich, donde eran víctimas de maltratos y continuos ataques. Roma no había promulgado leyes equivalentes a las de Nuremberg, que prohibían a los judíos poseer empresas y vetaban los matrimonios mixtos.

—Tal vez eso ocurra un día cercano, señor Monti —me dijo Fausta mientras caminábamos al azar por las callejuelas con embaldosado en forma de espinas de pescado que serpenteaban detrás de San Marcos—. Sí, quizás eso llegará, pero no sin que antes nosotros hayamos luchado con todas nuestras fuerzas.

—¿Prefiere arriesgar la vida aquí en lugar de elegir el exilio? América los acogería con los brazos abiertos a usted y a su padre.

—Es en Venecia donde soy útil, *signare* Monti. Ésta es mi ciudad. Nadie me echará nunca de ella.

La exaltación, la exigencia de pureza, la sed de absoluto, animan a muchas jóvenes. El carácter caballeresco de Fausta, sin embargo, no era ni un artificio de seducción ni un avatar en el curso de las metamorfosis que llevan desde la infancia a la edad adulta.

No, la intransigencia de la *signorina* Pheretti era su llama íntima, el núcleo irreductible de su personalidad. Comprendí por qué Merry Groves la tenía en tan gran estima.

—Busca a un extranjero —dijo—, a Dalibor Galjero, ¿me equivoco?

—Si ese hombre es la clave para llegar a Laüme Galjero, su esposa, entonces sí, es a él a quien busco.

—¿Cree usted en las coincidencias, *signore* Monti?

—No, *signorina*, no creo en las coincidencias.

Esta vez, la pregunta provocó en mí una sonrisa auténtica.

Fausta avanzó unos pasos y se apoyó en el parapeto de un puente sobre un río tranquilo. Un gatito negro sesteaba allí, instalado sobre las piedras porosas en las que se concentraba el calor del día. Con un gesto suave, la *signorina* se apoderó de él, lo tomó en sus brazos, contra el corazón, y le acarició largamente la cabeza. El felino estaba tan tranquilo y tan feliz que ni siquiera abrió los ojos.

—Hace unos meses conocí a un hombre. Un hombre joven, extranjero. Viajaba en compañía de su Dalibor, aquí mismo, en Venecia. Según él, Galjero acudía cada día a un palacio en los barrios del norte.

—¿Qué iba a hacer allí?

—Lo desconozco. Pero es el único indicio que tengo por el momento.

Tras dejar el gato en sus piedras, Fausta tomó el camino de Canareggio, el *sestiere* septentrional de la ciudad. El sol estaba bajo en el horizonte. Pasamos por un mercado que ya estaba cerrando. Las viejas recogían los manojos de menta, de orégano y de berro que no se habían vendido y los envolvían en telas limpias. La cara dulce de manzana arrugada y la figura menuda de una de ellas me recordaron a Giuseppina, mi abuela. Fausta advirtió mi tristeza.

—¿Nació usted en Italia, *signore* Monti?

—Nací en las colinas de Sicilia, *signorina*. No sé si se puede decir que soy un italiano auténtico.

—Pero usted ama este país, ¿no es verdad? Usted ama a nuestro pueblo. Lo noto en la manera en que observa a estas gentes humildes. Su mirada es tierna.

Evité responder. El fondo de mis pensamientos hubiera podido desagradar a la joven, y no pretendía correr el riesgo. Sabía desde hacía mucho tiempo que los «humbles» —como Pheretti los llamaba no sin ingenuidad— tienen las mismas taras, la misma ferocidad que los pudientes. Quizás incluso más...

—¿Adonde me lleva exactamente? —pregunté para cambiar el rumbo de la conversación.

—Quiero enseñarle el lugar donde Galjero se retiraba cada día. O, mejor dicho, cada noche, porque las puertas del palacio Caetano permanecen obstinadamente cerradas entre la salida y la puesta del sol.

Aquella noche, pasé mucho tiempo ante el portal del alto y austero edificio, revestido de estuco mohoso, que Fausta Pheretti me había señalado como el domicilio del conde Caetano, veneciano de muy antiguo linaje. El esposo de Laüme Galjero había viajado recientemente a la laguna para visitar a este hombre. Desde que Fausta me había dejado para reunirse con su padre, al caer la noche, había llamado a la puerta y dado voces. Nadie había venido a abrirme ni se había preocupado por mi presencia. Sin embargo, el palacio no estaba abandonado. En algunas ventanas brillaban luces. Incluso vi pasar sombras ante ellas, y una cara encuadrada en un tragaluz me había observado, al parecer sin temor. Pero por mucho que aporreé la puerta hasta pasada la medianoche, todos mis esfuerzos fueron en vano.

Al día siguiente, al encontrarme con Fausta, le comuniqué los detalles de mi fracasada intentona.

—Caetano es un excéntrico. Si ha decidido no mostrarse, puede pasar semanas y hasta meses sin salir de casa. No le será posible verlo.

Pese a tan pesimistas augurios, decidí volver a probar suerte aquella misma noche. Llegué a Canareggio mucho más tarde, en plena noche. Debían de ser las tres de la madrugada cuando llamé a la gruesa puerta de madera del palacio. Sin embargo,

igual que la víspera, nadie me abría. Seguí insistiendo sin éxito. Después, mientras me encontraba recostado al otro lado del callejón, casi a punto de tirar la toalla, escuché accionarse un picaporte y deslizarse una llave en la cerradura. El portal se entreabrió, y un hombre de unos cincuenta años, vestido con un traje gris de corte impecable, salió con paso elástico y vino derecho hacia mí.

—Si no me equivoco, usted desea verme, ¿no es así?

—Si es usted el conde Caetano, no, no se equivoca —respondí, en tono algo seco.

—Soy Caetano, en efecto. Hágame el honor de seguirme, ¿quiere?

Con esto, y sin volverse siquiera para asegurarse de que yo le seguía, Caetano se fue derecho hacia su antro como un ratón que regresa a su madriguera. Entré tras él en la casa. Después de algunos pasos por un corredor oscuro de paredes desnudas, el conde se apartó para hacerme pasar a una sala de trabajo escasamente iluminada. Había cortinas en las paredes, y pilas de libros cubrían el suelo abombado, pavimentado con losas blancas y negras. Caetano tomó asiento tras su escritorio, un poco a la manera de un médico que recibe a un paciente en su consulta. Un olor singular flotaba en el ambiente, un olor que yo había respirado antes, aunque no lograba recordar en qué circunstancias. Curiosamente, el decorado, el ambiente, la actitud y hasta las posturas de Caetano no me eran extrañas. Sin embargo, yo tenía la absoluta certeza de no haber visto nunca a aquel hombre; pero según pasaba el tiempo, me invadía una sensación de *deja vu*, como una pesadilla lenta inducida por una droga desconocida. Como un pianista antes del concierto, Caetano estiró sus dedos largos y finos y los hizo crujir. El ruido de huesos resonó en medio del silencio y me llevó a pensar en un latigazo.

—*Ignore* —dijo por fin el conde—, ¿sobre qué asunto desea conversar conmigo? ¿Qué le ha llevado a sitiar mi residencia durante dos días, a imagen del Gran Turco plantando sus tiendas ante Bizancio?

Cada vez más incómodo, con la boca seca y la mente embotada, no sabía qué responder. Busqué las palabras y empecé a balbucir una frase larga, mal construida, que no llegué a terminar, porque el conde alzó la mano para interrumpirme.

—Siento haberle hecho esa pregunta. Ha sido muy grosero por mi parte, puesto que, en realidad, ya conozco el motivo de su presencia aquí.

—¿Cómo es eso? —articulé penosamente.

—Poseo buenos informadores. Los mejores.

¡Aquellas palabras! ¡Exactamente aquellas palabras! Ya las había oído. Un hombre, sentado detrás de un escritorio, en una habitación decorada de manera casi idéntica, las había pronunciado un día lejano, en el mismo tono, en un pequeño edificio de Nueva York. Habían transcurrido veintisiete años desde entonces. ¡Veintisiete años desde que había asesinado a Preston Ware! Todo vino a mí entonces con la violencia del rayo. El olor que flotaba en aquel palacio veneciano era el mismo que bañaba el gabinete del abogado. Los libros en el suelo, las cortinas en las paredes, hasta las cenefas de la madera del escritorio... Incluso la sonrisa tranquila en

el rostro del conde se superponía a la que había mostrado Ware un segundo antes de que vaciara mi cargador sobre él.

—Los misterios de la vida y de la muerte, *signore* Monti —prosiguió Caetano sin hacer caso del pánico que se apoderaba de mí—. Ésos son los únicos asuntos a los que los hombres deberían prestar atención. Usted sabe mucho de eso, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir, conde? He visto cosas, es cierto... Muchas eran inexplicables. Pero nunca he tenido la revelación de ningún misterio.

—Una revelación clara, tal vez no. O todavía no. Pero ciertos individuos no tienen necesidad de pasar por el intelecto para recibir la iluminación. Ésta les viene dada por el destino, o bien por las pruebas que atraviesan. Y éste es precisamente su caso, ¿no es cierto?

—Sigo sin entender nada de lo que quiere decir.

—¿Desea que otros se lo expliquen, *signore* Monti?

Entonces, como había hecho Preston Ware en Nueva York, Caetano extendió las manos ante sí y echó la cabeza hacia atrás al tiempo que cerraba los párpados. El trance apenas duró un instante en realidad, pero me pareció que la operación se prolongaba un siglo. Cuando volvió a abrir los ojos, vi que el color de sus iris había pasado del negro a un azul muy claro, casi blanco. Sus rasgos también se habían modificado. Las arrugas se habían difuminado, la nariz y los pómulos se habían como borrado. Se hubiera dicho que su cara era cera virgen sobre la que otro rostro comenzaba a nacer. Creí enloquecer pero, en lo más hondo de mi ser, una voz secreta, mucho más poderosa que la de mi voluntad consciente, me imponía la orden de quedarme allí a cualquier precio, por graneles que fueran los sacrificios que eso me supusiera. Sobre el lienzo en blanco en que se había convertido la faz del conde se dibujaron la boca desdentada y la barbilla puntiaguda de Giuseppina... Salida del limbo, la vieja tenía los cabellos despeinados, y sus ojos giraban libremente en las órbitas como si los cordones de los nervios oculares se hubieran roto.

—Luigi, mi Luigi... Luigettino... ¡Estás hecho un gran hombre! ¡Eres fuerte y rico! ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy tu abuela! Te tiré un sapo a la boca cuando estabas tumbado en la piedra negra, ¿te acuerdas? ¡Cómo me hizo reír aquello, *piccolino*!

En medio de la risita sobreadagada de Giuseppina, sus rasgos se borraron bruscamente y surgieron el rostro y la voz del padre Vittorio.

—¡Luigi! —gritó, colérico—. Rezo por ti a cada instante. ¿Así es como has aprovechado mis lecciones? ¿Así es como me agradeces que te enseñara a leer y a escribir? ¿Convirtiéndote en un asesino que ha pasado toda su vida perdido en el camino de la deshonra y el crimen? ¡Te mereces tus desgracias, Luigi! ¡Te las mereces, porque tú mismo las has fabricado con tus manos cubiertas de sangre!

El rostro del cura se hizo borroso y desapareció para dar paso a la irrupción de un nuevo espectro. Esta vez era Carla quien ascendía de los abismos para atormentarme.

—¡Oh, Monti! Me he reunido con nuestro hijo entre las sombras... He querido salvarlo, pero el demonio que ha apresado su alma no ha querido devolvérsela ni

siquiera allí, entre los muertos. ¡Vergüenza sobre ti, Monti! ¡Míralo, tal como Laüme Galjero lo ha condenado a errar por toda la eternidad! ¡Contempla su obra! ¡Y contempla la tuya!

Al instante, los rasgos de mi mujer se borraron para dejar paso a los de Gian. Fue una emoción demasiado fuerte para mí. Me precipité hacia aquella sombra blanca, las manos extendidas, el corazón palpitante, y le supliqué que me hablara... Pero permaneció sordo a mis llamadas, indiferente a mis súplicas, y desesperantemente mudo. Su mirada estaba vacía, y de su boca entreabierta colgaba el hilillo de saliva que uno ve en los labios de los idiotas...

Llorando, temblando, quise tocar su rostro, pero cuando lo rocé, la forma se desdibujó para cambiar de nuevo.

—¡Monti! ¡Soy yo! ¡Green! Maddox Green, el condenado a muerte, el que te contaba la manera en que te ibas a asar en la silla eléctrica. Creías que estaba loco, Monti, pero ¿quién está más loco de los dos? Dímelo, ¿quién?

Quise golpear la cara inmunda de Maddox Green, pero una nueva metamorfosis se operó y reconocí el cuello grueso, los ojos almendrados y los labios finos de Preston Ware.

—¡Señor Monti! ¡Qué pruebas tiene usted que superar! ¡Qué oscuros caminos debe recorrer! ¿Se acuerda de sus primeras lecturas con el cura Vittorio, señor Monti? ¿Recuerda que le enseñó las letras y las palabras en Dante?

Por primera vez, la voz del espíritu era serena. Ya no había odio ni histeria en su tono. Al contrario, sus modulaciones eran tranquilizadoras, tanto que mi nerviosismo se aplacó de golpe.

—Al principio del *Infierno*, señor Monti, un guía acompaña a Dante. Ese guía es Virgilio. Yo soy su Virgilio, Luigi Monti. Le conduzco a través del Pandemonio. No tenga miedo; conmigo como compañero, los demonios no osarán tocarle.

—¿Quién es usted, Ware? ¿De verdad fue usted quien me salvó en Blackwell?

—Su vida terrestre, Monti, tiene más valor de lo que piensa. Es usted el elegido. Su condena dictada por los hombres no era válida. *No podía* tener efecto. Yo me limité a aplicar una orden que está por encima de mí. Me limito a prepararle el camino, pero no puedo adivinar qué es lo que le espera al final.

—¿Qué me va a pasar? —grité.

Pero Preston puso un dedo sobre su boca para indicarme que estaba obligado a guardar secreto.

—Esta revelación me está prohibida, porque arruinaría todos sus esfuerzos y echaría a perder los frutos de sus sacrificios. No puedo decir nada. Estoy atado a una fuerza que me posee y que le poseerá a usted también.

—¿Qué fuerza? ¿Qué fuerza? —pregunté con voz suplicante.

—Vuelva a San Ezechiel, don Monti. El ídolo le espera. ¡Manea aún está viva! Reclama un poco de su sangre. A cambio, le ayudará a encontrar a la que busca. Manea le guiará hasta Laüme Galjero.

Con estas palabras, la imagen de Ware se tornó borrosa y desapareció. La máscara volvió a ser virgen, gris y lisa como el mercurio. Yo esperaba una nueva aparición, pero de aquel resplandor incierto surgieron los rasgos de Caetano.

—Otras sombras empujan todavía para hablarle, *signore* Monti. Muchas de ellas son hostiles; son los restos de aquellos a los que asesinó. Algunos me han revelado sus nombres: hay un tal Nalfo, y también Francesco y Cario. Pero la lista es extensa. ¿Quiere que continuemos con la experiencia? Por mi parte, estoy listo.

—¡No! —supliqué—. Deje a los muertos en paz. Su voz no está hecha para los vivos.

Caetano soltó una carcajada. Lejos de estar cansado por la sesión, parecía más vivo que antes. Quizá, como cazador de espíritus, había tomado un poco de vigor de cada espectro.

—No he podido dejar de escuchar las palabras de los que han venido a verme desde el submundo. He escuchado un nombre, *signore* Monti, un nombre que conozco bien, Laüme Galjero... Es a causa de ella por lo que está usted aquí en realidad, ¿no es cierto?

—Sí —admití, mientras me dejaba caer pesadamente contra el respaldo de mi asiento—. Sé que su marido le ha hecho varias visitas recientemente. Necesito encontrarle.

—¿Quiere vengarse? Ellos han matado a su hijo.

—Ella es la responsable de su muerte —murmuré entre dientes.

—No sería usted el primero que se lanza tras su pista. Otros, muchos otros, lo han intentado antes que usted. Por lo que sé, esa gente siempre ha tenido perseguidores pisándoles los talones. Pero los inconscientes que creían ser lo bastante fuertes para enfrentarse a ellos siempre han terminado muy mal. Si acepta el consejo de un hombre muy viejo, renuncie a su empresa. Vuelva a casa, Monti. Tráguese el rencor, olvídense del orgullo y hasta del amor a su hijo. Rehaga su vida con una mujer joven si puede. Tenga otro hijo. Aún dispone de tiempo...

Respondí a su sugerencia con un encogimiento de hombros. Aunque mi búsqueda estuviera condenada al fracaso, yo prefería morir en su cumplimiento antes que renunciar a ella y continuar viviendo.

—¿Se obstina usted? Sea. Como guste, *signore* Monti. Pero yo no participaré en el juego. Por su propio bien, mis labios permanecerán sellados.

—¡No puede hacerme esto, Caetano! —rugí, mientras el pánico me invadía—. ¡No puede dejarme en la ignorancia de lo que sabe!

—Usted es un hombre fuerte. Y un espíritu fuerte vela por usted; ya le ha salvado de la muerte. A él le corresponde conducirlo a través de la *selva oscura*. Ya se lo ha dicho: es su Virgilio, su guía. Obedezca al que se hace llamar Preston Ware, *signore* Monti. Él sabe mejor que yo cómo debe prepararse.

—Maté a Preston Ware en Nueva York sin saber nada de él. Hoy, treinta años después, sigo sin saber nada de ese hombre. ¿Quién es en realidad?

—Es su montero mayor, el jefe de la caza, señor Monti. Siga sus consejos ciegamente, o deje ahora mismo de perseguir a los Galjero. Excepto esas dos opciones, no veo otro camino para usted.

Había dejado el palacio Caetano justo antes del alba, y caminé largamente al azar por las calles aún desiertas, hasta que me encontré de nuevo en los barrios del Gran Canal. Después, con abandono, atravesé apresurado el Rialto, seguí mi camino por los barrios de San Paolo y Santa Croce, pasé el puente de los Scalzi, subí a toda prisa la escalera de la estación y llamé a la primera taquilla que encontré abierta. Por unas cuantas liras, un empleado de ojos somnolientos me entregó un billete con destino a Nápoles. Sin maleta, las mejillas hundidas y el cuerpo empapado de transpiración, llegué al final de mi periplo. De allí, tras un alto de veinticuatro horas durante el cual me compré una maleta y ropa nueva, seguí el viaje, esta vez no en tren sino en barco. Un viejo vapor hacía el trayecto entre el continente y Sicilia. Este viaje también fue largo y penoso. En el mar nos cruzamos con numerosos navíos de guerra ingleses que patrullaban, amenazadores y ya hostiles a todos los barcos con pabellón de la península.

—Ya tengo ganas de que declaremos la guerra a esos *stranieri* arrogantes y que los echemos de una vez de nuestro Mediterráneo. ¡Es mi sueño máspreciado!

Un militar permanecía a mi lado, acodado en la borda. Era joven y vestía uniforme de oficial de marina.

Me limité a aprobar sus palabras con una sonrisa fingida. Por mi parte, pensaba que, puestos a elegir, prefería a los británicos antes que a los fascistas, y si el precio a pagar para que Mussolini fuera abatido era ver algunos barcos británicos navegar a lo largo de nuestra costa, no me parecía excesivo a fin de cuentas. Pero ¿cómo le iba a exponer mi punto de vista a un joven italiano educado en el imperio de cartón piedra de los camisas negras? Y además, ¿para qué? Sus ilusiones acabarían por derrumbarse por sí solas cuando sonara la hora de la tragedia mundial que se anunciaba. Todo lo que había visto de Italia hasta aquel momento me había dado la impresión de un escenario de ópera, de un teatro en el que cada uno fingía ser feliz. Un día u otro terminaría la impostura: caerían las máscaras y el poder revelaría su verdadera naturaleza de dictadura militar. Era inevitable. Estaba escrito. Ése era el destino de aquel régimen; tan cierto como que yo tenía que cumplir mi propio destino.

MANEA

Me golpeó en medio del sueño y enseguida lo reconocí. No hacía falta subir al puente, ni siquiera abrir los ojos para percibirlo. El cambio sutil que alteraba la textura del aire al acercarnos a la isla hubiera sido imperceptible para un extranjero. Pero no para mí, para el siciliano que seguía siendo a pesar de las décadas pasadas al otro lado del mundo. Una vez en tierra, caminé hasta el centro de Palermo, donde alquilé una habitación en el primer hotel que encontré.

—¿Es usted americano? —me preguntó el conserje con asombro al abrir mi pasaporte—. Nuestro establecimiento es muy modesto para un americano. No estará a gusto aquí, *signore*. ¿Por qué no se va al Capitele o al Ducale, como todos los turistas?

No deseaba mezclarme con los extranjeros. Además, sabía que los hoteles de lujo estaban infestados de informadores y atraían por naturaleza a una fauna sospechosa a la que era más prudente evitar. Durante mi largo periplo desde Venecia había tenido tiempo de calmar mis nervios y restaurar mi espíritu, quebrantado por la noche pasada en el palacio Caetano. Había trazado en mi mente una línea, una frontera nítida entre los imperativos de la misión que les había prometido cumplir a Dulles y a Hoover y la búsqueda de Galjero.

Mientras que no hubiese establecido un contacto favorable con los insulares a los que deseaba ver, yo estaba dispuesto a olvidar todo lo que había visto y oído en Venecia. Era una decisión artificial, y yo lo sabía, pero también el único modo de no hundirme sin remedio en la sinrazón.

Palermo había cambiado poco en cuatro décadas, mucho menos que Nueva York en el mismo período. Nada de rascacielos, nada de masas apretujadas, nada de tráfico de automóviles. Se veían menos carretas que en la época en que yo hacía de guardaespaldas de los gemelos Ángelo y Ángela, era verdad, pero había el mismo polvo en las calles, la ropa tendida en las ventanas, las *mamma* gritando a los *bambini* que corrían por las aceras y pisoteaban los charcos en torno a las fuentes. Fue en Palermo donde, por primera vez desde mi llegada a Italia, vi carteles de Mussolini manchados o medio arrancados. Debajo de los habituales extractos de los discursos del Duce reproducidos con pintura negra en los muros habían escrito groserías que nadie se había molestado en borrar. Incluso bajo el régimen de las camisas negras, la isla había sabido conservar su carácter rebelde.

Veinticuatro horas después de mi llegada, don Ludo Ritti me concedió audiencia en una pequeña taberna de una calle tranquila. Nuestra relación venía de antiguo, aunque nunca nos habíamos visto hasta entonces. Don Ritti era uno de mis contactos *familiares* de la isla: mis sociedades de importación-exportación habían hecho negocios a menudo con sus empresas, y nuestras relaciones siempre habían sido tan

buenas que nunca habíamos tenido que desplazarnos para aclarar diferencias. Era un hombre vigoroso, afable, más joven de lo que yo había imaginado. Desde el principio mostró una excelente disposición hacia mi persona y no se contrarió cuando le revelé el verdadero motivo de mi presencia en Europa.

—Ya me olía que su visita no guardaba relación con nuestros negocios, don Monti. Tengo cierto olfato para estas cosas.

¡El olfato! Nunca he conocido a un don que no se preciara de poseer una presciencia, un sexto sentido que le advertía del peligro o lo ponía tras la pista de una oportunidad todavía no descubierta por los demás. La intuición, como la suerte, forma parte del talento. Y hace falta mucha intuición para sobrevivir cuando uno es jefe de una familia en Sicilia.

—¡Sobre todo en estos tiempos! —precisó Ludo Ritti mientras una guapa camarera le servía otro vaso de vino—. Mussolini nos hace la vida imposible. Posiblemente somos el único poder al que teme de verdad. Al menos aquí y en el Mezzogiorno. La policía, y hasta los espías del ejército, están tras nuestros talones. Hay redadas en el campo. Afortunadamente, no consiguen gran cosa. A los sicilianos no les gusta hablar, usted lo sabe. Además, si alguien se salta la costumbre no le queda mucho tiempo de vida para jactarse de ello.

—Pero no parece que el Duce quiera abandonar la lucha de momento. No soltará el hueso hasta que no lo haya roído.

—Pues se romperá los dientes. Nosotros estamos aquí desde siempre. Él no es más que un advenedizo. El fascismo es una peripecia temporal que se hundirá bajo el peso de sus contradicciones. Aquí estaremos el día que haya que darle el golpe de gracia. Nos interesa acabar con él y convertirnos en una república.

Desde luego, lo que don Ritti expresaba no era una profesión de fe política. Él era un pragmático, como todos los que están a la cabeza de un clan, y sabía perfectamente que, detrás de las grotescas gesticulaciones del jefe, los que afilan los cuchillos en una dictadura son auténticos fanáticos.

—Es así, y no se puede hacer nada —dijo Ritti—. Un poder fuerte atrae a las almas amigas del absolutismo como un imán atrae los alfileres. Y estas almas toscas están convencidas del carácter sagrado de su misión. Son difíciles de corromper. La democracia, en cambio, es el reino de los aduladores, de los listos y de los mediocres. Y a éstos se los compra o se les asusta fácilmente. Nuestros asuntos irían mejor con gente blanda en el poder, ésa es la verdad.

—¿Y los comunistas? —pregunté—. ¿Tienen muchos partidarios?

—Creo que en el continente sí. Pero aquí, su número es menor. A nosotros no nos gustan los que predicán la igualdad entre todos. Va contra natura... Los romanos son muy dados a tragarse esas sandeces. Son unos idiotas.

—¿Y si las cosas empeoran y Estados Unidos entra en conflicto con las potencias del Eje?

—¡Estados Unidos, don Monti! ¡Ése es nuestro sueño! ¡Un país que sólo piensa

en el dinero! ¡Piénselo! Estaríamos dispuestos a ser el caballo de Troya, si eso es lo que quiere oírme decir. La situación es todavía más sencilla para Roosevelt que para Agamenón: ¡nosotros ya estamos dentro!

Ludo Ritti no fue el único que se pronunció más o menos en los mismos términos. Siete u ocho *seegies* —así llamaban a los mañosos sicilianos en el argot de los emigrados a América— confirmaron las líneas generales de su análisis.

—¡Atención, don Monti! —me advirtió no obstante el último de ellos—. Palermo no es toda la isla, ni mucho menos. En caso de conflicto, la verdadera partida se jugará en las provincias. Palermo no es la piedra angular, en absoluto.

Aquel hombre tenía toda la razón: no se domina un país ganando su ciudad principal. En cambio, si se toman los campos, las ciudades caen tarde o temprano. Al día siguiente salí de Palermo en un automóvil rápido que me proporcionó don Ritti. Dos de sus hombres me acompañaban a guisa de escolta. Nos dirigimos primero hacia el este, hacia Cefalú, donde pasamos casi cinco días hasta que me recibieron dos padrinos locales, que me depararon una acogida bastante fría, tal vez sospechando alguna trampa de la policía mussoliniana.

—Hay que comprenderlos y perdonarlos, don Monti —me explicó el joven Tomaso, uno de los gorilas asignados por Ritti—. La prefectura ha actuado con mucha eficacia contra las familias de la región. Muchos de nuestros hermanos han sido detenidos. Ha habido deportaciones y ahorcamientos.

Aparte de este período inicial de desconfianza, escuché de boca de esa gente casi las mismas palabras que me dijeron los palermitanos.

—¡Estamos en 1936 y Mussolini se aferra al poder desde 1922! —decía, desolado, un don muy viejo con un extraño cráneo calvo en forma de pan de azúcar—. ¡Dios quiera que reviente antes que yo!

Y escupió al suelo adoquinado para expresar todo el desprecio que sentía por el Duce.

De Cefalú pasamos a Mesina, donde establecí otros contactos favorables. Bajamos después a lo largo de la costa jónica en dirección a Catania y Siracusa. En una vasta granja en medio de las colinas de Ragusa conocí una tarde a un joven *protettore* a quien le apasionaban las cuestiones de política internacional.

—¿Usted cree que Estados Unidos va a intervenir en Europa si estalla la guerra? —me preguntó—. No parece una elección en línea con su diplomacia.

—No estoy en condiciones de responderle formalmente, pero la política de neutralidad de Washington ya saltó en pedazos en 1917. A iguales causas, iguales efectos. El partido aislacionista no será lo bastante poderoso para impedir la participación americana en un conflicto mundial, para mí es evidente.

—¿Y usted está aquí para buscar apoyos a las futuras tropas de ocupación? ¡No podrán acusar al tío Sam de falta de previsión!

—No preparo nada formal —puntualicé—. Establezco contactos. Hablo. Tomo el pulso de los *amici nostri*... Todos esperamos que el fascismo y el nazismo se agoten por sí mismos sin que sea necesaria una intervención exterior.

—No parece que ni el uno ni el otro lleven ese camino —lamentó el don—. Mussolini está más fuerte que nunca. Los éxitos de la expedición de Abisinia han reforzado su popularidad. Todos los italianos le siguen. Ya sólo le desafía la Cosa Nostra, y quizás algunos agitadores comunistas. En cuanto a Alemania, se prepara a recibir al mundo entero dentro de unas semanas para la celebración de los Juegos Olímpicos. No son los síntomas del canto de cisne de unos regímenes al final de su existencia. Pero dígame, don Monti, ¿por qué Estados Unidos se fija en nuestra isla? ¿Es sólo porque la comunidad siciliana tiene buenos representantes en Nueva York?

—Sicilia es un portaaviones maravilloso. Quien la controle tendrá la llave del Mediterráneo occidental, de Gibraltar al África del Norte francesa y Egipto. Desde el punto de vista estratégico la isla tiene un interés vital para los beligerantes en el sur de Europa.

El don acarició un instante su corta barba puntiaguda y suspiró con fuerza.

—Lo lamento, don Monti, pero para mí usted no es más que un traidor que conspira por cuenta de un gobierno extranjero. El espionaje es una actividad de la que abomino. Ahora, debo pedirle que ponga las manos en la nuca sin protestar.

El hombre sacó la mano de debajo de la mesa. Empuñaba un revólver ya amartillado.

Di un vistazo en torno a la pieza en la que había entrado para hablar con el hombre. La única ventana estaba cerrada con postigos, y no había otra puerta que aquella por la que habíamos accedido. Dos hombres del *protettore*, con ropas de campesinos y escopetas de caza en bandolera, me cerraban el paso. Tal vez hubiera intentado disparar si hubiera llevado un arma, pero sólo tenía mis puños desnudos para defenderme, ni siquiera una navaja de muelles atada a un tobillo como *Bubble LEMONA*. Por el momento, no podía hacer otra cosa que obedecer. Resignado, crucé los dedos detrás de la nuca.

—¿Qué va a hacer conmigo? ¿Darme el paseo?

El don se echó a reír.

—Aquí no estamos en Nueva York. Las cosas se hacen de otra manera. Voy a entregarle a la policía. Así de sencillo, como buen ciudadano que soy.

—¿Y así es como compra su tranquilidad? ¿Pacta con los camisas negras y entrega a los suyos? ¡Usted es el traidor!

—Es una cuestión de punto de vista, don Monti. Podríamos enzarzarnos en una discusión interminable y no llegar a ponernos de acuerdo. Es mejor que nos atengamos a los hechos: yo le estoy apuntando y usted es mi prisionero. En consecuencia, usted se equívoca y yo tengo razón.

A una señal de su jefe, uno de los dos hombres hizo volar la culata de su arma contra mi cráneo. Desmayado, me sumergí en un abismo de tinieblas que lo borró

todo a mi alrededor durante unas horas. Me reanimó un olor repugnante a medicina, que evocaba el hospital, el quirófano y la amputación. El perfume violento del éter flotaba a mi alrededor. ¡Era eso! El golpe en la nuca no había sido suficiente, mis carceleros habían prolongado mi desvanecimiento aplicando un tampón con anestesia en mi cara. ¿Dónde estaba? ¿En manos de quién? El sol cabeceaba sobre mí como si yo estuviera en el puente de un barco. ¡Pero no! El balanceo no era el de un navío, era el de un vagón de tren.

—Por fin se despierta, Monti —dijo una voz grave y suave.

Cuando logré abrir los párpados a pesar del dolor que resonaba aún en mi cráneo, vi a un hombre vestido de paisano instalado delante de mí en un compartimento que sólo ocupábamos nosotros dos. El rostro del tipo era bastante cordial, con el cabello muy negro y la nariz corva característicos de los toscanos. Su acento era distinto a todos los que había escuchado hasta entonces en la isla.

—¿Es verdad lo que me han dicho? —continuó el desconocido—. ¿Es cierto que es usted un hombre importante en América?

—No lo sé —respondí con dificultad, tenía la boca seca—. En todo caso, aquí no soy más que un pobre tipo atado de pies y manos delante de alguien que sabe mi nombre sin que yo sepa el suyo.

La observación pareció avergonzar a mi interlocutor. Buscó enseguida en el bolsillo de su abrigo y sacó una credencial que me tendió.

—Hilario Grazziani, de la policía de Palermo... también soy miembro del partido fascista —añadió con una sonrisita a modo de excusa.

—Allí es donde me lleva, supongo, a Palermo. A una sala de interrogatorios. Ya conozco la cárcel, ¿sabe? Y cosas peores. Eso no me asusta.

—No tengo la menor intención de asustarle, *signore* Monti —se defendió Grazziani—. Aun al contrario, estoy aquí para negociar. Si es cierto que usted es un americano rico, yo soy un italiano que está en venta.

—Muy bien —asentí con calma, porque el giro de la situación no me había sorprendido en absoluto—. Ofrezca sus servicios y dígame su precio.

—Oh, soy un hombre modesto, *signore*. No tengo grandes necesidades. Sabré contentarme con poco. Digamos que... veinte mil dólares serán suficientes. Soy un ser mediocre, *signore* Monti, mis tarifas se basan en mi escasa relevancia. A cambio de eso, bueno... le dejo en libertad. Le devuelvo el pasaporte. Y me olvido de que cierto personaje poco recomendable me llamó para entregarme a un hombre sospechoso de organizar movimientos de rebelión en provecho de una potencia extranjera. Estos son mis servicios, como usted muy bien los ha llamado. ¿Entonces? ¿Qué piensa al respecto?

Grazziani nunca llegó a escuchar mi respuesta, pues en ese instante la puerta se abrió de golpe. Puñal en ristre, Tomaso se lanzó sin vacilación sobre el policía y, frenético, le cosió a puñaladas el vientre, el pecho, el cuello... la sangre saltó y salpicó las cortinas, los bancos, el suelo de linóleo y nuestras ropas. Grazziani se

deslizó al suelo con un borboteo repugnante.

—Perdón, don —se excusó de inmediato Tomaso mientras se enjugaba torpemente las manos—. No pudimos hacer nada cuando los otros le atraparon. ¡Nos costó mucho escapar! Querían nuestro pellejo, pero conseguimos despistarlos y encontrarle a usted. Esperamos a que se despertara para liberarle. No podíamos llevárnoslo a costas mientras estaba inconsciente.

—*Cazzo di Cristo!* —juró el otro hombre de don Ritti al entrar en el compartimento y ver aquella sangre derramada.

Encontramos las llaves de las esposas en los bolsillos de Hilario Grazziani, pero no así mi pasaporte. La pérdida de mis papeles me arrojaba a la clandestinidad y me obligaba a viajar a partir de entonces como un verdadero paria. Esperamos a que el tren redujera la marcha lo suficiente para poder saltar por la ventana sin peligro. Por fortuna, la región que atravesábamos estaba llena de colinas y taludes de hierba que ponían en apuros a la vieja locomotora de vapor que tiraba de nuestro vagón. Ágil y rápido, Tomaso dio el ejemplo y se arrojó el primero fuera del convoy. Yo le seguí, un poco más pesado, pero sin grandes problemas. Nuestro compañero tuvo menos suerte y se dislocó un hombro en una mala caída contra el balasto. Hice que se apoyara en un tocón y tiré de su brazo con violencia para recolocar el hombro en su sitio. Gritó y se mordió la lengua hasta sangrar, pero pudo llegar con nosotros hasta una granja aislada, donde pasamos la noche tumbados sobre balas de paja. Al alba continuamos nuestro camino, Tomaso a la cabeza y yo cerrando la marcha detrás del herido.

—Lo más sensato es volver a casa de don Ritti —dijo Tomaso, que pretendía que siguiéramos el camino del norte—. Él sabrá cómo sacarle de este mal paso.

Pero volver al punto de partida no me parecía la mejor solución. Una vez en el país, prefería continuar el periplo en lugar de tener que volver a empezar desde Palermo.

Tomaso se rindió de mala gana a mi punto de vista. Durante dos días no perdió ocasión de mostrar su mal humor recordándome sin cesar que me había convertido en un hombre perseguido y que al menor incidente sería detenido por las autoridades, esta vez sin la menor oportunidad de evadirme. Yo era tan consciente del peligro como él. El asesinato del policía Grazziani habría desencadenado seguramente escuadrones enteros de *carabinieri* en mi busca, pero yo estaba seguro de poder escapar a su caza si viajaba por caminos secundarios y evitaba las carreteras y las grandes urbes.

—Tenemos que redoblar la prudencia cuando volvamos a ver a nuestros amigos —fue mi única advertencia—. A partir de ahora sólo hablaré con gente con la que don Ritti tenga relación directa.

Cruzamos casi una cuarta parte de la isla por cañadas de contrabandistas a través de las montañas, de Caltanissetta a Agrigento y después a Sciacca. Vivíamos como vagabundos, durmiendo al raso o en apriscos junto a las bestias, alimentándonos de los frutos que recogíamos o de un poco de queso y algunos huevos que los

campesinos quisieran darnos. Nuestro viaje duró poco más de veinte días, en el curso de los cuales visité a algunos jefes de familia, escogidos según la confianza que Ritti les otorgaba.

Todos me aseguraron que el don que me había traicionado y vendido a los fascistas era una oveja negra, la excepción dentro de los clanes, todos ellos a cuál más hostil al Duce y a su pandilla.

—Puede asegurarle a su señor Roosevelt que los verdaderos patriotas estarán listos cuando haya que actuar. Tanto aquí, en Sicilia, como en el sur de la península.

Con el paso de los días, el humor de Tomaso se aligeró, y su compañía me divertía. Creo que empezó a tomarle el gusto a aquel curioso e inesperado viaje de carreteros. Nicolino, mi otro compañero, al que le había puesto en su sitio el hombro dislocado, era de natural más taciturno y tosco, pero conocía bien la vida al aire libre y era diestro en hacer trampas para cazar liebres y encender un fuego con madera húmeda. Bebía de los charcos, lamiendo el agua como un perro, y comía grandes saltamontes que atrapaba con un gesto rápido en las amapolas y las malvas al borde del camino. Tomaso se burlaba de él, pero Nicolino, orgulloso como un príncipe bárbaro, se incorporaba y por toda respuesta mascullaba oscuros juramentos en dialecto que estimulaban aún más si cabe las chanzas del muchacho.

—Háblenos de América, don Monti —insistía Tomaso—. ¿Es verdad que Nueva York es la ciudad más bonita del mundo? ¿Y en la que uno se puede enriquecer más deprisa?

—Nueva York es tan bonita como peligrosa —advertía yo—. Muchos hacen fortuna, es verdad, pero son muchos más los que mueren de forma miserable y se arrepienten de haber dejado su patria.

—¿Y las chicas, las americanas? ¿Son tan guapas como dicen? Todas como artistas de cine, ¿no?

No respondí. La única mujer cuya belleza me había llegado al corazón era Carla, pero su recuerdo me provocaba un sufrimiento y una tristeza que prefería evitar.

A unas cuantas millas de Alcamo, decidí separarme de Nicolino y Tomaso. Una noche de luna llena, después de prepararnos camas de hierba bajo unos olivos grises, les comuniqué mi intención de dejarles al alba.

—Mañana continuaréis solos el camino hasta Palermo, yo me desviaré hacia el oeste. Decidle a don Ritti que me reuniré pronto con él. Necesitaré su ayuda de nuevo para dejar la isla.

—¿Adonde va usted, don Monti? —me preguntó el taciturno Nicolino, con un dejo de inquietud en la voz—. ¿Por qué no podemos acompañarle?

—Vuelvo al pueblo de mi infancia —contesté—. No está muy lejos de aquí, y tengo que saldar una vieja cuenta de familia.

Ninguno de los muchachos cometió la torpeza de insistir. Eran toscos y no habían recibido educación alguna pero, aunque fuera por instinto, sabían comportarse siempre de forma correcta. A las primeras luces del día nos dimos el abrazo de rigor y

nos separamos, ellos hacia el norte, yo hacia poniente. Tuve que hacer cinco horas de marcha solitaria hasta que divisé al fin, desde una eminencia pedregosa, el campanario de la iglesia de San Ezechiel. Aún no habían tocado mediodía y hacía tanto calor como en pleno verano. Preferí esperar a la noche para bajar al pueblo al abrigo de las sombras.

Mientras esperaba el crepúsculo, me paseé por el bosque en dirección al antiguo claro donde Giuseppina y Leonora tenían su cabaña. Encontré el sitio con dificultad porque, aunque conservaba en la memoria la topografía de las colinas, los senderos de otros tiempos habían desaparecido bajo el asalto de una vegetación salvaje entre la cual no se apreciaba el menor signo de presencia humana. Indiferente a las zarzas y a los arbustos espinosos, me abrí paso hasta la brecha. Los cimientos de la barraca seguían allí, pero invadidos por el musgo y por un líquen pardo que se pudría entre las juntas de las piedras. El techo se había hundido en parte y la puerta de tablas había sido arrancada de sus goznes. En el interior no había más que un vacío oscuro sazonado de olores rancios. El escaso mobiliario había desaparecido mucho tiempo atrás, saqueado sin duda por los carboneros y los cazadores furtivos que acudían en otro tiempo al lugar a curarse a cambio de un faisán o de un conejo. Avancé hasta la chimenea intentando recordar la piedra detrás de la cual mi madre había escondido su fetiche sanador.

Rasqué el mortero viejo que sustentaba la piedra; detrás de ella encontré la tela que cubría la figurilla; al tocarla noté que se hacía polvo bajo la presión de mis dedos. Con precaución y lentitud infinitas, abrí el envoltorio y deposité la figurilla en la palma de mi mano. Corroída por el tiempo, estaba agrietada y escamada. Todo el líquido contenido en su interior se había evaporado. Privada desde hacía cuarenta años de los rituales de los que tomaba su energía, la estatuilla estaba más seca que un cadáver.

El cielo se fue tiñendo de oro, y después oscureció. Cuando sentí que el bosque empezaba a impregnarse de la humedad de la noche, dejé la cabaña y descendí al burgo. En la época en que vivía bajo la protección del doctor Lurano, yo había dejado atrás un pueblo próspero, casi una ciudad pequeña. Ahora todo estaba muerto, o casi... En las calles oscuras no vi a nadie, ni un niño, ni un perro, ni un viejo o una vieja tomando el fresco a la puerta de su casa. En dos o tres casas se veía alguna débil luz, pero no se oía ni un ruido. La tienda del barbero Strello estaba clausurada con tablones clavados en la fachada, lo mismo que las del antiguo panadero y la del zapatero. La hierba crecía alta entre los adoquines de una plaza, donde el agua ya no manaba de la fuente. La casa del doctor Lurano estaba abandonada. Había cristales rotos en las ventanas de la planta baja, pero la placa del médico todavía era visible sobre la puerta con la pintura levantada. La placa, verdosa, oxidada, se había vuelto indescifrable.

Con el corazón más oprimido que nunca, avancé hacia la iglesia. Todos los robles que rodeaban la explanada habían sido talados, y los tocones arrancados. El árbol en

el que habían colgado a mi madre ya no existía. Había un hombre viejo allí, en un banco. Las manos temblorosas y apergaminadas apoyadas en el puño de su bastón, era la primera figura humana que encontraba en la villa fantasma. El ruido de mis pasos le hizo girar la cabeza. No reconocí su rostro en la oscuridad, pero sus rasgos no me eran desconocidos. ¿Qué edad podía tener? ¿Setenta y cinco años, ochenta quizás? Un hombre maduro en la época de la masacre de Leonora y Giuseppina. ¿Habría participado en ella? ¿Habría gritado con los demás? ¿Habría golpeado a mi madre y a mi abuela? ¿Cómo saberlo? Me acerqué despacio y me senté a su lado. El viejo me miró con ojos blancos. Estaba ciego, y sin embargo insistía en querer penetrar las tinieblas para saber quién se había sentado a su lado en el banco.

—¿Quién eres? —me preguntó sin preámbulos—. No te conozco.

—Soy un hombre que pasó aquí la infancia —contesté simplemente—. Soy Luigi Monti, hijo de Leonora y nieto de Giuseppina, las curanderas que vivían en las colinas.

—¡Ah, eres Monti! Sí, me acuerdo, claro... Dime, hijo, has tardado mucho en decidirte a volver. ¿Qué te ha retenido?

La reacción del viejo me dejó pasmado. Yo tenía sesenta años, o casi, y descubría mi ignorancia e ingenuidad ante las reacciones de los hombres. Había esperado miedo o remordimientos al oír mi nombre. En vez de eso, me encontraba un rostro sereno, casi sonriente.

—¿No está sorprendido? —dije, mientras reconocía al posadero Memmo bajo las arrugas y las manchas de la piel del anciano.

—Todo el mundo te ha esperado, Luigi. Estaban convencidos de que tarde o temprano regresarías para vengarte. El doctor Lurano no dejaba de advertirnoslo: «Conozco al chico», nos decía. «En cuanto tenga fuerza, volverá y os estrangulará a todos en vuestras camas. Y lo tendréis merecido, porque sois una banda de asesinos». ¡Ah, sí! Lurano nos metió mucho miedo. Tanto miedo, que muchos se marcharon. De todos modos, ya no había nada que hacer aquí. El pueblo se vació tan deprisa como se había llenado cuando empezaron las curaciones milagrosas.

—Pero usted se quedó...

—Mi caso es distinto. Al principio dormía con una escopeta al lado de la cama. Pero después, como no te decidías a aparecer, pensé que habías acabado mal, o que te habías vuelto demasiado débil para enfrentarte a nosotros. Así que decidí no moverme de aquí. Además, ¿para qué? Estaba arruinado y había pasado toda mi vida aquí. No me sentía con fuerzas para irme.

—¿Dónde están los demás? ¿Guglielmo? ¿Pirozzi? ¿Galline? ¿Y el cura Fabiano? Memmo estiró el pulgar por encima de su hombro con un breve movimiento seco.

—Fabiano se ahogó en el río dos días después de tu marcha. Los otros ya están estirados en sus tumbas, hijo mío. Y puedes enviarme a la fosa a mí también... ¡me importa un bledo que me mates! Al contrario, hasta me harías un favor.

Mis manos se contrajeron y se extendieron hacia la garganta descarnada del viejo.

Pero mis palmas no se cerraron sobre su nuez prominente.

—Dejaré que te pudras en tu bilis, Memmo. Aprovechate bien de tu oscuridad tranquila, porque te prometo que la del más allá está poblada de sombras que no te gustarán.

Mientras abandonaba el lugar, Memmo estalló en una carcajada demente que resonó largo tiempo en las fachadas del pueblo desierto. Indiferente, caminé hasta el cementerio. Tras empujar la puerta de la verja oxidada erré entre las lápidas hasta hallar las de Pirozzi, Galline y Guglielmo. El primero había muerto en 1902, el segundo poco más tarde y el tercero en 1917. En la antigua zona de tumbas de los pobres —los que no habían tenido dinero para ofrecerse una tumba de albañilería— vi plantadas dos cruces de madera, sin ninguna mención de fecha. En ellas estaban los nombres de Leonora y Giuseppina Monti.

Me quedé allí un buen rato inmóvil, frente a las sepulturas de mi madre y de mi abuela. Sin murmurar una oración, sin formular ninguna palabra en mi interior. Esperé las lágrimas, pero no acudieron. Al contrario, en mí creció la cólera, y ella me dio fuerzas para franquear por fin el umbral de la iglesia de San Ezechiel y apoderarme del fetiche Manea. Porque no había olvidado las palabras que había proferido el fantasma de Preston Ware en el gabinete del veneciano Caetano: no había dejado de pensar en ellas durante todo mi viaje en solitario hasta la villa.

«El ídolo le espera —había predicho el espectro—. ¡Manea aún está viva! Reclama un poco de su sangre. A cambio, le ayudará a encontrar a la que busca... Laüme Galjero...».

El viento de la noche se había levantado y hacía oscilar los altos cipreses negros que bordeaban el recinto de los muertos. Una lechuza ululó muy cerca. Atravesé la explanada de la iglesia. Memmo había dejado su banco y no se veía a nadie a la luz de las estrellas. Empujé la pesada puerta de la iglesia. Al fondo de la nave brillaba un único y miserable cirio. Avancé hasta él y lo saqué de su soporte para alumbrarme. Con él en la mano, llegué a la capilla en la que el cura Fabiano había instalado en otros tiempos a Nuestra Señora Bajo Tierra, pero sólo encontré un nicho vacío detrás de la gruesa verja de hierro. Sin embargo, la estatua no estaba lejos, yo lo sentía, estaba seguro. Guiado por el instinto, encontré el viejo camino de la cripta, donde me había escondido con mi madre y mi abuela durante la gran rogativa de expiación orquestada por Fabiano para reactivar los milagros de la Virgen. Con un golpe de hombro, hundí la vieja puerta carcomida, sin preocuparme del estrépito que provocaba al hacerlo. A juzgar por el polvo que cubría el suelo y los reclinitorios, las cortinillas del confesionario roídas por las ratas y la ausencia de agua en la pila, nadie vivía ya en la rectoría. ¿Desde cuándo no se habría oficiado una misa allí? ¿Cinco años, diez, más quizá...?

Con la cera derritiéndose en mi muñeca, descendí las escaleras de piedra hasta las entrañas del lugar santo. La reconocí enseguida: allí estaba, en equilibrio contra un gran pilar cuadrado, intacta al parecer, con una corona de flores marchitas alrededor

de su frente de madera. Dejé mi cirio en el suelo y cogí la estatua para darle la vuelta. Me rompí las uñas al abrir la trampilla de su espalda, pero eso carecía de importancia. Por fin, saqué del hueco el fetiche fabricado por mi madre. Aunque gris por el polvo, permanecía sólido y no parecía haberse deteriorado con el tiempo. Al sacudirlo junto a mi oído, percibí un leve chapoteo procedente de los restos de la mágica carga que aún quedaban en su interior. Estreché el objeto contra mí como si fuera un tesoro, subí a la nave y eché a correr a través de la villa, corrí sin parar a través de páramos y bosques hasta caer, jadeante, en el suelo de nuestra cabaña. Me quedé allí cuatro o cinco días, viviendo como un animal, sin otro propósito que reanimar al fetiche.

Lo primero que hice fue ir a estirarme en la piedra negra, la losa volcánica sobre la que en otro tiempo había tenido sueños extraños. Allí, despojado de todo atuendo, pasé horas explorando los márgenes entre vela y sueño, entre razón e inconsciencia... Más tarde, ya vestido, no guardaba ningún recuerdo preciso de mis visiones, pero sabía con exactitud lo que Manea reclamaba para volver del todo a la vida. Entonces iba al sotobosque a recoger las plantas que me había indicado durante mi delirio y las preparaba según las indicaciones que me había dado. Como en otro tiempo, me acercaba a la valeriana, al estramonio y al orégano con la más sincera humildad, me presentaba previamente a las plantas y les explicaba por qué tenía necesidad de su ayuda antes de extraerlas suavemente del humus. Durante dos noches, extendí mi camisa sobre la hierba para recoger el rocío, como mi madre hiciera con trapos extendidos sobre estacas. Por último, una vez que hube realizado todos los preparativos en el cuerpo del fetiche, debía sellar la operación con mi sangre. Con un hueso puntiagudo encontrado en el esqueleto de un zorro, me corté una vena y dejé correr un largo reguero del líquido rojo en el interior de la estatuilla, y con ello rematé todas las operaciones de recarga del ídolo. Al otro día, al crepúsculo, volví a tenderme sobre la piedra oscura, con Manea a mi lado, tan cerca que podía tocarla.

—Sé lo que quieres, Luigi, padre mío. Quieres que te hable del demonio al que persigues. Yo soy la expresión misma de tu voluntad. Soy las palabras que yacen en el fondo de ti y que tú no entiendes. Soy tu sombra, padre... Yo te ayudaré.

Yo no sabía si estaba despierto, o si la voz de la estatua era la de una pesadilla. Mi espíritu, yo lo sabía, era llamado hacia abajo, hacia el abismo. Era allí donde Manea me esperaba, donde quería revelarme sus secretos. Me vi salir de mí mismo, espectador de mi propia caída, desrizándome en un torbellino de tinieblas en el que giré largamente antes de atravesar ese velo opaco para caer hacia un resplandor, una luz que me atraía como un sol. En el corazón de la estrella luminosa, alcancé un espacio blanco, tranquilo, en el que mi caída se detuvo sin brusquedad. Frente a mí, Manea me esperaba. Era una mujer joven de carne, idéntica a la muñeca que mi madre había esculpido: una Venus alta, fina, con las manos abiertas levantadas a la altura del torso y un velo de lino ceñido a sus caderas.

—¡Luigi, padre mío! Tu voluntad y tu sangre me han hecho revivir. Quiero ser generosa contigo. ¡Mira!

Se elevaron nuevas imágenes, confusas, que al principio no entendí. Se habría dicho que eran los colores y las formas de un caleidoscopio. Después, los contornos se hicieron más precisos. Vi un astro resplandeciente brillar sobre una especie de estadio antiguo, donde bullía una multitud inmensa poseída por la fiebre. En el seno de esta masa humana se hallaban dos sombras terroríficas de las que surgían relámpagos de energía febril. Esa energía era el alma colectiva de la multitud, y las dos siluetas eran vampiros que la magnetizaban para concentrarla en una piedra negra, maléfica y cubierta de símbolos. Esta primera visión se desvaneció para dar paso al rostro de un desconocido. Era un joven de piel rosada y semblante calmo. Vestía con desgarbo un traje claro y caminaba por calles pobladas de indígenas con saris de colores. No le quitaba los ojos de encima a una muchacha rubia que caminaba treinta yardas por delante de él, en dirección a unas piras funerarias instaladas a lo largo de un río fangoso. A continuación vi a Laüme Galjero envuelta en un vestido antiguo, montada a la amazona en un corcel negro. Bajo los cascos del fuerte caballo de batalla los hombres morían, sus armaduras labradas reventando bajo el peso de la bestia. Después, otra vez Laüme, inclinada sobre los cuerpos de unos niños sacrificados, hurgando sus entrañas calientes con la punta de una daga para descubrir algún infecto secreto de nigromante...

Durante mucho tiempo intenté encontrar mi lugar entre aquellas visiones. Era incapaz de comprender si concernían al pasado, al presente o al porvenir.

—¡Más! ¡Tienes que enseñarme más! —le dije a Manea cuando me disponía a tenderme en la piedra la noche siguiente.

—No puedo —respondió el fetiche—. Son numerosas las defensas colocadas en torno al ser que buscas. Mis fuerzas no son suficientemente intensas para franquearlas. Si quieres saber más, tendrás que alimentarme otra vez.

—¡Te daré toda mi sangre!

—Ya conozco tu sangre y me he saciado de ella, Luigi, padre mío. Lo que te reclamo ahora es el fluido de una nueva criatura. Sal a los caminos y yo te señalaré lo que desee.

Me puse de pie de un brinco y me precipité hacia delante. Desnudo, la mirada descompuesta, el cuerpo flagelado por las zarzas, con hojas enredadas en los cabellos revueltos, no sentía dolor ni fatiga. No sabía adonde me llevaba mi carrera, pero eso no importaba. Manea me guiaba. Sorprendí a una cierva que sesteaba en el sotobosque.

—¡Ella! ¡La quiero a ella! —gritó el fetiche.

Salté de inmediato sobre la pequeña criatura y le desgarré el cuello con los dientes. La cierva se hundió mientras un raudal rojo y tibio inundaba mi boca, anegaba mi garganta y ascendía hasta las ventanas de mi nariz. El animal todavía palpitaba cuando me lo aupé a los hombros para regresar a la piedra negra. Embadurné la estatuilla con mis manos pegajosas y después pinché una vena de la cierva para verter su sangre por el gollete.

Mientras saciaba a Manca, mis ojos se posaron en la línea de árboles sobre la que subía el sol. El bosque no estaba hecho de cien colores, sino de mil. La brisa me traía nuevos aromas, que supe identificar de inmediato. A trescientos pasos detrás de mí, una hembra de jabalí estaba a punto de parir. Un poco más cerca, protegida por un tronco tapizado de mucus venenoso, una carnada de cachorros de zorro esperaba en su guarida el retorno de sus padres, mientras que una víbora pasaba entre la hierba justo por encima. Aturdido por tantas sensaciones nuevas, me dejé caer, con la mano crispada sobre el ídolo.

—Has obtenido lo que querías —le dije—. Ahora, muéstrame lo que te he pedido.

Pero ninguna imagen me vino al espíritu, porque Manea se limitó a hablarme. Tenía una sonrisa de ángel y su rostro era el de una madona, pero sus pies desnudos chapoteaban en la sangre de la cierva, que se extendía en un gran charco brillante como la laca.

—Luigi, padre mío, tengo un regalo para ti. Un objeto que te ayudará en tu búsqueda y que te conducirá a un lugar donde encontrarás indicios para hallar a la que buscas. Es un regalo que ni siquiera los reyes ni los emperadores han recibido nunca. —¿Qué es? ¿Qué es ese objeto?

—Es una mano de gloria —contestó Manea pasando su lengua puntiaguda por sus labios inocentes—. ¡La mano de una colgada! Debes cortar hoy mismo la mano de tu madre, de Leonora. Ella quiere estar a tu lado cuando castigues a la que causó la muerte de Gian. Ella así me lo ha dicho. Te ayudará, porque tu hijo es también su nieto. Ve a poner tu mano en la suya como el buen hijo que siempre has sido. ¡Ahora!

Temblando, febril, abrí los párpados y vi que el día entero había pasado. Había cerrado los ojos al alba y ahora contemplaba un cielo negro por encima de mí. Como un autómatas, regresé a la cabaña para tomar mis ropas y descendí al pueblo para traspasar una vez más la verja del cementerio. En la choza del sepulturero me apoderé de una pala que hundi en la tierra dura del recinto de los pobres. Trabajé mucho tiempo para abrir el ataúd de cinc en el que habían metido a Leonora, pero nadie vino a interrumpir mi labor. Por fin, cuando la luna llegaba a su cénit, hice saltar la tapa y la arranqué con las manos desnudas. En el interior, un sudario gris cubría a la muerta. Como si hubiera querido facilitarme la tarea, su mano era lo único que sobresalía de la tela. Momificada por el tiempo, la carne parda y arrugada permanecía todavía adherida al hueso. Corté la mano con un golpe violento de laya, guardé la reliquia en mi bolsillo y me marché sin siquiera detenerme a cerrar la tumba.

—Está bien —me felicitó Manea cuando volví junto a ella—. Tu acto será útil, te lo aseguro.

—Muéstrame otra vez a Galjero. ¿Dónde se esconde ahora?

En respuesta a mi súplica, Manea me concedió el don de una nueva oleada de imágenes inconexas. Primero vi a Laüme envuelta en un largo manto que caía sobre una falda con miriñaque, errante por una ciudad en guerra donde a cada esquina se levantaba una barricada de adoquines, carretas volcadas y rejas arrancadas.

A continuación apareció un desconocido, alto, rubio, de uniforme negro, que galopaba en un pantano por el que correteaban niños medio desnudos, cazados por perros...

—¡No entiendo nada de lo que me haces ver! ¡Esto no me ayuda!

—La sangre de la cierva era insuficiente para la tarea que me asignas, Luigi, padre mío —protestó Manea—. Necesito una sustancia más fuerte. ¡Ve! Pero no bajo los árboles. Esta vez quiero un animal del campo.

Durante toda la mañana erré por los prados para encontrar algo con que satisfacer el apetito del fetiche. Mientras recorría un camino desierto, escuche de pronto una voz aguda. Era la voz de una niña, una campesina que tarareaba una canción. Al verme, la niña se detuvo, petrificada.

—¡Atrápala! —gritó Manea—. ¡Si me la das, tendré toda la fuerza que necesito para servirte! ¡Tómala! ¡Tómala, te digo!

Eché a correr. Aunque huía tan deprisa como podía, la niña no logró escapar. La atrapé por el vestido y la hice rodar por el suelo; la sujeté bajo mi peso y le puse mi mano mugrienta en la boca para sofocar sus gritos.

—¡Sí! —Aplaudió Manea—. ¡Haz brotar su sangre!

Extendí mi brazo libre y encontré a tientas una piedra afilada que blandí como un puñal de sacrificios bajo la fina garganta de la niña. Pero cuando me disponía a golpear, comprendí de repente la ignominia de mi gesto. Poseído de horror y de pánico, solté a la niña y me alejé corriendo para desaparecer entre las altas hierbas amarillas.

—¿Así es como me lo agradeces, Luigi, padre mío? —rezongó Manea—. ¿No he hecho todo lo que me has pedido? ¿No curé en su día a los débiles y a los retrasados? ¿No le devolví la razón a Pirozzi? ¿No sané los males de los peregrinos que venían a rezar a la iglesia? ¿No he sido una santa? ¿Por qué no puedo vivir ahora yo también? Vuelve al camino y mata a esa niña para saciar mi sed. Si lo haces, te ayudaré.

No respondí. Manea se había pervertido y sólo quería engañarme. Era un monstruo que me había atrapado en sus redes y del cual tenía que librarme lo antes posible, so pena de caer sin retorno en la locura. A pesar de las súplicas que me dirigía, rompí la estatuilla asestándole infinidad de golpes violentos contra la piedra negra. Toda la materia que contenía —plantas trituradas y coágulos hemáticos— se esparció sobre la losa.

—¡Manea! ¡Yo te destruyo! ¡Por estas palabras y por mi voluntad, así como te hice nacer, hoy tú mueres!

Hubo un soplo, como un gemido, después una corriente intensa atravesó mi cuerpo y lo sacudió de manera tan brutal que perdí el equilibrio. Mis ojos miraron el sol y perdí el sentido.

—¡Dios mío, don Monti! ¡En qué estado se encuentra!

La voz de Ludovico Ritti delataba una inquietud que estimé sincera. La figura que estaba ante él, mi figura, en nada se parecía a la del honorable don americano que le había visitado algunas semanas antes en su casa de Palermo. Una barba espesa, sembrada de hilos grises, me comía las mejillas. Mis ojos brillaban bajo el efecto de la fiebre, mi cuerpo había adelgazado y mis ropas se reducían a jirones malolientes, pasto de parásitos.

—Mi apariencia no tiene importancia, don Ludovico —dije con aire cansado—. Deme una navaja de afeitar, jabón, una camisa, y eso estará arreglado. Lo importante es que he vuelto a su casa con la razón intacta.

¿Con la razón intacta? ¿Estaba seguro? Porque, aunque había conservado la suficiente lucidez para destruir al fetiche Manea, no me había decidido a deshacerme de la mano que le corté a mi madre en el cementerio.

Después de dos o tres días durmiendo y alimentándome para recuperar fuerzas, mi anfitrión llamó con suavidad a la puerta de mi habitación.

—Don Monti, ¿está visible? Hay aquí una persona a la que debería ver.

Merry Groves entró en la pieza detrás de Ritti.

—He organizado su salida de Italia, don Monti —me dijo ella—. No ha sido fácil, pero su amigo, Alien Dulles, tiene el brazo largo y un gran concepto de usted, según parece.

—¿Dulles le ha proporcionado un pasaporte nuevo?

—No. No podemos sacarle del país por la vías ordinarias. Está usted acusado de la muerte del agente Grazziani, y su fotografía ha sido distribuida por los puestos aduaneros. Su evacuación se hará por otros cauces.

Una tarde, tras la visita de Groves, el joven Tomaso y su acólito, Nicolino, vinieron a buscarme para conducirme al puerto. Allí embarcamos en una trainera que largó las amarras de inmediato. Tras navegar veinticuatro horas hacia el oeste, nos detuvimos en el centro de ninguna parte, en un mar casi tan tranquilo como un lago de montaña. No había ninguna costa a la vista.

Durante diez o doce minutos no ocurrió nada. Nicolino y Tomaso permanecieron en silencio, quizá soñando en América, ese país de Jauja al que yo iba a volver y adonde ellos probablemente no irían jamás. Después, un burbujeo de espuma subió bruscamente de las profundidades del agua, y la torreta de un sumergible horadó la superficie. En la pintura oscura del ingenio brillaba la estrella blanca de la US Navy.

UN TAL THÖRUN GÄRENSEN

—¡Monti, querido amigo, se puede decir que es usted un tipo con suerte!

La voz de Alien Dulles sonaba feliz como nunca. Desde que había realizado la proeza de despertar en plena noche a un almirante para darle la orden de desviar uno de sus submarinos a fin de recuperarme, se sentía revitalizado, lleno de una importancia y una fuerza nuevas.

—¡Mire! —me dijo mientras sacaba de un cajón una fotografía enmarcada—. ¿Lo reconoce? Es el que fue a buscarle, He hecho que los servicios de la armada me dieran el cliché. Pienso colgarlo en la pared. ¡Qué recuerdo para mí!

Suspirando, simulé examinar por un segundo la imagen del submarino amarrado en una rada militar, con toda la tripulación en posición de firmes sobre el puente.

—¡Magnífico! —exclamé al tiempo que le devolvía su tesoro—. Gracias por enviármelo. La verdad es que sin él no sé cómo hubiera podido regresar.

—¡Esto es América, Monti! Uno solo de sus hijos está en peligro y ¡hop!, enviamos la caballería. Basta de bromas: he leído su informe sobre los contactos que ha realizado con sus amigos de Sicilia. Todo eso me parece muy prometedor. Le he remitido el informe a quien ya sabe.

—¿Al presidente Roosevelt? —pregunté.

—¡Oh, no! ¡A Hoover, claro! Él está más cualificado para ocuparse de ello de la manera más adecuada. Lo ha estudiado y lo ha guardado celosamente, con la esperanza de no tener que usarlo jamás.

Pero puede estar seguro de que lo sacará a la luz en el momento oportuno si las cosas se ponen feas. Y ahora, hablemos un poco de su porvenir. Monti, ¿ha reflexionado sobre nuestra última conversación sobre ese asunto? ¿Sigue sin tentarle la política? ¿Está seguro?

—Tanto como eso, no. De hecho...

—¡Ah! —exclamó Dulles golpeando la mesa con la palma de la mano—. ¡Lo sabía! ¡Un león como usted, Monti! Le espera un gran porvenir. Veamos, ¿qué le gustaría? Podemos conseguirle un escaño en el Senado. ¿Eso le parecería conveniente?

—Vaya por el Senado —dije, riendo—. Eso culminará de manera muy adecuada toda una vida de crímenes y maldades.

—¡Bah! ¡Déjese de niñerías! No será el primero al que le ocurre algo así.

Una vez más, Dulles y Hoover hicieron las cosas a lo grande. Tras haberle confiado el conjunto de mis negocios a Meyer Lansky, quien en colaboración con don Vito Genovese ejercerían como interinos de Lucky Luciano durante la estancia de éste en prisión, tuve que dedicarme durante un tiempo al juego de las giras electorales y las reuniones de partido. Eso no duró demasiado y no me causó ninguna molestia.

Mis protectores allanaban las dificultades a medida que éstas se presentaban, con tanta eficacia que a principios de 1939 obtuve un escaño en el Senado, con la doble bendición del FBI y del sindicato del crimen.

No puedo decir que esa nueva vida me disgustara. Mi única contrariedad fue tener que dejar Nueva York para instalarme en Washington. Pronto descubrí que tenía cierto talento para la alta política y, sobre todo, deleite por las responsabilidades que implicaba y los asuntos que trataba.

Con Dulles y Hoover, trabajé por la creación de un verdadero servicio de inteligencia, del que estaban privados nuestros ejércitos desde el fin de la guerra de 1917-1918. Los franceses tenían el Cinquième Boureau, los ingleses el MI 5 y el MI6, los alemanes la Abwehr y la SD, los rusos el NKVD... Nosotros, en cambio, no teníamos nada tan eficaz y centralizado. El FBI solía encargarse de los asuntos de contraespionaje, pero lo hacía a salto de mata, de forma desordenada y sin verdadera eficiencia, como, por desgracia, había probado la coalición del Ku Klux Klan con las familias promussolinianas reunidas en torno a Carmine Ferrara. El ejército, por su parte, tenía su propio servicio de inteligencia, lo mismo que el Departamento de Estado y los servicios del Tesoro, pero no existía ningún organismo que coordinara ni agrupara a todos estos departamentos, que actuaban como francotiradores, sin compartir sus informaciones. Mi interés en la puesta en marcha de una red americana de inteligencia digna de tal nombre no obedecía únicamente a un sentimiento patriótico: esperaba que los contactos que estableciera en el seno del ejército, de la policía, de las administraciones financieras o judiciales me permitirían reencontrar la pista de los Galjero. En Berlín, donde yo sabía que residían, los rumanos eran inaccesibles para mí. Pero esperaba un paso en falso, una ocasión. Estaba convencido de que tarde o temprano surgiría la oportunidad.

En octubre de 1937 recibí una larga carta proveniente de Italia. Con matasellos de Venecia, la firmaba Fausta Pheretti. Era una misiva extraña, al mismo tiempo que un testimonio de felicidad y una petición de auxilio. La joven mezclaba el anuncio de su enlace matrimonial con un supuesto universitario noruego y una confesión expresada en medias palabras. De sus frases poco claras, equívocas, deduje que el amor que sentía por ese hombre era también causa de gran sufrimiento para ella. Todo aquello, sin embargo, era demasiado misterioso y vago para que yo pudiera extraer conclusiones serias sobre las razones de su preocupación. Olvidé el contenido de la carta apenas unos minutos después de leerla, y le dicté a mi secretaria una respuesta convencional; cuando la hoja me llegó en mi carpeta de firmas garabatee de forma mecánica mi rúbrica, sin ni siquiera molestarme en releer la carta.

—¡Y bien, el tren ya ha partido! —profirió Alien Dulles mientras entraba en mi despacho sin hacerse anunciar, como si estuviera en su casa.

—¿De qué tren me habla, Dulles?

—¡Le traigo la primicia! Aún debe ser confidencial durante una o dos horas, pero eso carece de importancia. Los alemanes acaban de invadir Polonia. Es la gota de agua que colmará el vaso. Los ingleses van a declararle la guerra a Hitler, y los franceses también.

—¿Una nueva guerra en Europa? ¿Está seguro?

—Todo lo seguro que se puede estar, senador... Tengo informes de nuestro embajador Kennedy en Londres. Downing Street le ha comunicado oficialmente las intenciones británicas.

—¿Y nosotros, Dulles? ¿Nos atenemos a nuestra política de neutralidad?

—Por el momento, sí. Ya sabe cómo somos... Pero en cuanto seamos capaces de poner a pleno rendimiento nuestras fábricas de armamento nos las arreglaremos para provocar un *casus belli* a nuestro favor.

—¿Cómo lo haremos?

—Confíe en el viejo zorro de Roosevelt. Apañará contra los japoneses uno de sus habituales trucos retorcidos y los pondrá en falta, de una manera o de otra. Probablemente los ahogue en el plano económico. No les dejará elección. El Imperio tendrá que reaccionar o dejarse estrangular a ritmo lento. Pero conociendo la capacidad de reacción de los japoneses, yo diría que optarán por una acción relámpago. Una acción que les será fatal.

—¿Y en cuanto a Alemania?

—Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Quizá no tengamos necesidad de intervenir hasta el final de la partida, como hace veinte años. Aún no ha llegado la hora de activar sus redes en Sicilia, Monti, pero manténgase preparado para el viaje de todos modos.

Protegida por la amplitud del océano del conflicto que ardía en Europa, América contempló con asombro como el frente se paralizaba. Desde septiembre de 1939 hasta mayo de 1940 no se realizó ninguna operación de envergadura. Esta inmovilidad inhabitual de los ejércitos germánicos llevó por un tiempo a pensar que los rumores que circulaban sobre la remilitarización de Alemania por los nazis no eran más que una trama de mentiras. Así pues, me dispuse a esperar a que el régimen de Hitler cayera ante la primera ofensiva seria de los aliados para que los Galjero volvieran por fin a estar a mi alcance. Pero la primavera barrió todas mis esperanzas: París cayó, Londres fue atacada; Washington, sin embargo, no se decidía a intervenir aún.

—El partido pacifista es mucho más fuerte de lo que pensábamos —reconoció Dulles—. Charles Lindbergh y su movimiento, America First, son cada vez más populares. Roosevelt comienza a temerles.

—¿Un rival en las próximas elecciones?

—Es una posibilidad. En tal caso, usted podrá decirle adiós a su escaño en el Senado y yo a mi posición en el FBI... el propio Hoover será despedido.

Pero los acontecimientos no se desarrollaron así. Sostenido por el mundo de los

negocios y por la muy poderosa Liga naval fundada por el almirante Mahan en vísperas de la Primera Guerra Mundial, Roosevelt consiguió en efecto poner a los japoneses en falta. En diciembre de 1941, Estados Unidos entró en guerra contra las potencias del Eje después del ataque japonés a la flota estadounidense anclada en la rada de Pearl Harbour. Yo sabía que las nuevas hostilidades iban a precipitar los acontecimientos, tanto para mí como para los centenares de miles de nuestros jóvenes a los que se enviaba a combatir en el Pacífico y, poco después, en Europa.

Los primeros días de 1942, Alien Dulles me presentó a William Joseph Donovan, un hombre más o menos de mi edad, de cara redonda, ojos vivos y aire voluntarioso. Llevaba el cabello gris cortado al cepillo al estilo militar.

—Roosevelt ha delegado en *Wild Bill* Donovan la organización de nuestros servicios de inteligencia —me anunció Dulles—. Creo que ya es hora de que ustedes se conozcan.

Estreché la mano de Donovan y le hice sentarse frente a mí mientras él sacaba de su maletín un grueso *dossier* marcado con tres letras misteriosas: OSS.

—OSS —dijo él al advertir mi mirada sobre la sigla desconocida—. Significa *Office of Strategic Services*. Es el nombre adoptado por nuestra futura central de espionaje.

—Suenan bien —dije con desenfado—. Seguro que tendrá mucho éxito.

Mi torpe comentario no produjo ni un asomo de sonrisa en los labios de Wild Bill, quien empezó a exponer el motivo de su visita.

—Senador Monti, la OSS va a captar personal en todos los sectores, no solamente en los militares. Dulles y Hoover me hablaron hace tiempo de su accidentado viaje a Italia. Su ayuda nos será preciosa, puesto que nuestros planes de ataque en Europa ya están convenidos. Muy pronto, en apenas unos meses, se producirá el desembarco en África del Norte para ayudar a los ingleses a asegurar el Mediterráneo. Acto seguido, atacaremos el continente por el sur. Por Sicilia... Es un trampolín ideal para lanzarnos a Italia y, desde allí, a Viena y Berlín.

—Pero tenemos un problema —añadió Dulles—: la isla se está fortificando. Es muy probable que tropas alemanas sean trasladadas próximamente para respaldar a los italianos. La batalla se prevé dura. Más que nunca, necesitamos enviarle allí para reunir a los clanes y organizar acciones de hostigamiento tras las líneas enemigas. Desde luego, somos conscientes de su edad, Monti; sabemos que le pedimos demasiado...

—Estaba previsto desde hacía tiempo, ¿no es así? —objeté yo—. Todos sabíamos que esto podía llegar. Estoy listo. Mi voluntad y mi cuerpo están preparados para el ataque.

Wild Bill Donovan sonrió por primera vez desde que entrara en mi despacho.

—Senador Monti —dijo—, es usted nuestro hombre. ¡No hay ninguna duda!

Aunque habría que esperar hasta julio de 1942 para el nacimiento oficial de la OSS, mucho antes de esa fecha partí clandestinamente para Italia. Había recibido una nueva misiva de Fausta Pheretti que me había causado una honda preocupación. Esta vez se trataba de una abierta petición de ayuda. Una petición tan apremiante, tan imperiosa, que no podía ignorarla. Dulles la tildó de pura locura, pero el hecho mismo de que la joven se dirigiera a mí después de tantos años era tan imprevisto, tan improbable, que no tuve ninguna duda de la importancia del asunto.

—Es la única condición que le impongo, Alien. Hágame pasar por Venecia antes de enviarme al Sur. Si no, me quedaré en Washington y ya puede buscarse a otro que le haga la faena. Saque a Luciano de su prisión de Dannemora y láncelo en paracaídas sobre el Etna. ¡Hará mejor trabajo que yo!

Dulles alzó los ojos al cielo y juntó las manos como para rezar.

—Ya tenemos otros acuerdos con Luciano. Nos ayuda, pero desde su celda. Ni hablar de dejarlo salir por el momento. Y además, dudo que a él le apetezca. Lleva una vida de lujo allá abajo, ¿sabe? Cada día le traen sus comidas unos tipos con librea, de Celano's, su restaurante favorito de Little Italy. Los otros presos comen lentejas y garbanzos; él, caviar y faisán. Me sorprendería mucho que quisiera cambiar ese confort para ir a correr por los bosques de Italia bajo las balas de los partidarios de Mussolini...

—Pero yo sí que sirvo para eso, ¿no?

—No pretendía decir eso, Monti, lo sabe usted muy bien. ¡De acuerdo! Le concedo su capricho veneciano. Pero allí hay menos mafiosos que en Sicilia, o sea que tendrá usted menos ayuda. Y ay de usted si deja que le detengan, le tratarán como a un espía. Es decir, peor que a un criminal.

—Correré el riesgo. Envíeme a Venecia. Fausta Pheretti siempre ha sido un buen contacto para nosotros. No quiero perderla.

La noche anterior a mi partida, tuve una pesadilla de una intensidad y un horror tales que me desperté sobresaltado. Por primera vez desde mi regreso de Italia, había soñado con Manea y con los días terribles durante los cuales el fetiche me había despojado de toda mi humanidad, hasta el punto de casi hacerme cometer el más atroz de los crímenes. Volví a verme errando por los caminos solitarios, en busca de una víctima para sacrificarla al ídolo. Volví a ver el rostro enloquecido de la pequeña campesina a la que había atacado, y la tumba de mi madre que había profanado...

Impulsado por no sé qué instinto morboso, me levanté y, sin saber por qué, me dirigí a mi despacho para abrir la caja fuerte. En su interior se encontraba la caja de hierro que me habían dado en casa de don Ritti y en cuyo interior conservaba la mano que corté del cadáver reseco de Leonora. Nunca había abierto la caja desde entonces. Aquella noche, sin embargo, después de la pesadilla en la que había visto todas las imágenes de Galjero que Manea había hecho surgir en mi espíritu, supe por instinto

que había llegado el momento de levantar la tapa del relicario. Con gestos lentos y el corazón desbocado, desenvolví el miembro momificado de la tela en que lo había envuelto. Se encontraba en un estado de conservación casi perfecto. La piel estaba oscura y agrietada en algunos sitios, pero el conjunto, pese a un proceso de desecación natural, se parecía de forma asombrosa a una mano *viva*. En el silencio de la casa (todos los criados se habían retirado hacía horas a sus habitaciones en el piso de arriba) deslicé por fin mi mano sobre la de mi madre. Los dedos de la muerta, de pronto, asieron mi mano, mientras que un calor intenso se desprendía de la carne seca. Habría debido gritar, sentir miedo y repugnancia ante tal prodigio pero, por el contrario, me invadió una oleada de paz y de bienestar. Había sido testigo de demasiadas cosas imposibles en el curso de mi vida como para sorprenderme de este nuevo *milagro*. Del puño seccionado surgió un halo de bruma dorada que en unos instantes adquirió densidad para formar el resto del cuerpo de Leonora. Ella estaba ante mí como cuando la había visto siendo un niño, vestida con el tabardo de curandera que llevaba para ir a coger plantas en las colinas... Su expresión era dulce y me sonreía. En el cabello llevaba flores cuyo perfume fresco llegaba hasta mí.

—Luigi, hijo mío —dijo mi madre—. Soy tan feliz de estar de nuevo a tu lado, tan feliz de sentir tu mano en la mía... Sobre todo, no temas nada de mí. Soy una sombra, pero mi amor por ti permanece intacto y no puede ser corrompido. Nada puede empañarlo. Fuiste carne de mi carne, y carne de mi carne sigues siendo.

Las lágrimas subieron a mis ojos y no pude hablar. Hubiera querido decirle tantas cosas...

—Luigi, he venido a ti porque te acechan grandes peligros. Los espíritus de los muertos te han rodeado desde siempre. Ni yo ni tu abuela, Giuseppina, quisimos revelártelo cuando eras un niño, pero las dos sabíamos que tus dones, aunque prometían sobrepasar con mucho los nuestros, iban a atraer hacia ti a seres extraños, a menudo malignos, seres capaces de franquear el umbral entre el territorio de los espectros y el de los vivos. Algunos ya se te han manifestado, Luigi. Otros aún tienen que acudir. Pero el peligro más grande viene de esa mujer...

—Laüme Galjero —conseguí murmurar.

—Tú puedes malograr sus intentos, Luigi. *Debes* hacerlo.

—¿Cómo, madre?

—Toma la mano que cortaste de mi cuerpo terrestre. Llévala contigo al sitio adonde debes ir. Conocerás a un hombre a quien deberás confiársela. Un hombre que ha atravesado muchas pruebas, como tú. Le será útil. Debes darle mi mano a ese hombre pronunciando una palabra que yo te diré...

—¿Qué palabra? ¿Y quién es ese hombre, madre?

Pero Leonora no me contestó. Su rostro esbozó una última sonrisa, su cuerpo de bruma se desvaneció ante mis ojos y sus dedos soltaron mi mano. Cuando no quedó ni rastro del fantasma, la reliquia cayó al suelo con un ruido apagado.

Me quedé sentado hasta las primeras luces del alba, la cabeza entre las manos, sin

saber qué pensar. Desde el día en que el padre Vittorio se había empeñado en fabricar la imagen milagrosa según los antiguos ritos paganos, mi vida había sido una sucesión de aventuras dramáticas en las que lo sobrenatural parecía adquirir un papel cada vez más relevante. Era inútil negar ese hecho. Como una caña ante el viento, había que inclinarse ante la evidencia, o corría el riesgo de que mi razón se quebrase al pretender resistir... Recogí la mano, a la que la luz del sol acababa de alcanzar, la puse de nuevo en su caja y metí ésta en la maleta de fuelle que iba a ser todo mi equipaje.

Salí de Estados Unidos a finales de marzo de 1942. Embarqué en un submarino de la Navy con destino a Gibraltar. Navegar en un navío de superficie era demasiado peligroso. Si bien los combates entre la Kriegsmarine y la Royal Navy eran aún frecuentes, eran sobre todo los sumergibles de Dönitz los que constituían una amenaza permanente para los barcos aliados. Pasar otra vez una decena de días a bordo de un barco de guerra no me molestaba. Disponía de un pequeño camarote privado y estaba autorizado a hacer mis abluciones en la ducha reservada a los oficiales.

El viaje transcurrió sin incidentes notables. Avanzamos en línea recta hacia el este hasta las costas españolas, sin cruzarnos en la ruta de ningún navío enemigo. De todos modos, a la entrada en aguas mediterráneas la tripulación se puso más tensa. El buen humor que había presidido la travesía hasta allí dio paso a un aumento de la concentración cuando el comandante anunció por el intercomunicador que la zona estaba trufada de minas alemanas puestas a la deriva y que en cualquier instante podíamos chocar con uno de esos ingenios. Pero franqueamos el paso de las columnas de Hércules sin dificultad, e incluso atracamos en Gibraltar con dos días de adelanto sobre nuestra hoja de ruta inicial. En el mismo puerto en el que amarramos me esperaba mi primer contacto. Era un tipo de Chicago que había conocido bien a Merry Groves en la época en que ella era aún corresponsal en Berlín.

—No tenemos agente en la capital del Reich por ahora —lamentó—. Es decir, ningún agente serio. Los ingleses tienen algunos, pero son los soviéticos los que nos proporcionan principalmente informaciones sobre el estado de la capital del país. Ya se imaginará usted que nos cuentan lo que quieren y que se guardan lo mejor para ellos... Por cierto, me llamo Arthur Hardy... Sí, ya lo sé, es difícil de pronunciar.

Hardy era un buen elemento. Un poco patán, un poco caótico, pero inteligente y competente. Tenía talento de lingüista y hablaba con una fluidez asombrosa varias lenguas románicas.

—Italiano, portugués, francés, español... Me defiendo en rumano. Además, hablo correctamente el alemán, aunque con acento bávaro, según dicen.

Hardy era quien debía llevarme a Gibraltar y a Venecia. Era mi guía, mi seguro de vida.

—En España no tendremos muchos problemas. Franco aprecia la neutralidad de su territorio como a la niña de sus ojos. Todo incidente embarazoso se soluciona con la mayor discreción. En Francia será un poco más difícil, porque el gobierno de Vichy hace un torpe doble juego con los *Krauts*, y uno no sabe nunca con quién se las tiene que haber. Van del petainista convencido al resistente exaltado. Por fortuna, la mayor parte de los franceses no se implican en política hasta que no están seguros de que el bando al que se adhieran será el vencedor.

—Y como la partida aún es incierta, prefieren no elegir bando por el momento, ¿no?

—Exactamente.

Tal como Hardy había previsto, atravesamos España de sur a norte sin ser molestados. Cada vez que éramos detenidos, nos bastaba con mostrar nuestros pasaportes americanos para que dejaran enseguida de hacernos preguntas, y nos permitían continuar colmándonos de atenciones. En los Pirineos, la frontera con Francia estaba cerrada, como era natural, y tuvimos que recurrir a pasadores para atravesar los bosques entre las dos vertientes de las montañas. Marchábamos de noche, con tiempo claro, y nos manteníamos a cubierto bajo los árboles. En Francia el avance fue más dificultoso. Sin embargo, gracias a Hardy, que hablaba la lengua como un nativo y que se había agenciado contactos sobre el terreno, encontramos gente dispuesta a ayudarnos ya desde Perpignan. Acompañados de una pareja joven y de sus dos hijas pequeñas, viajamos en tren a Montpellier y después a Marsella sin llamar la atención. Cuando avanzábamos por los andenes de una estación o por las aceras de un pueblo, yo llevaba a una de las niñas sobre mis hombros. Habían instruido a la pequeña que debía actuar como si yo fuera su abuelo y comportarse conmigo con la mayor familiaridad del mundo. Siempre son detalles ínfimos los que salvan o precipitan las situaciones peligrosas. En aquella ocasión, la pequeña y su hermana me evitaron muchos problemas, ya que la policía francesa estaba al acecho en las estaciones y verificaba al azar las identidades de los viajeros. Pero como dábamos la imagen de una familia feliz, nos dejaban pasar sin desconfiar de nosotros.

En Marsella, sin embargo, la pareja y los niños tuvieron que abandonarnos. De nuevo con Hardy como único compañero, recorrimos la costa de pueblo en pueblo, en esos autobuses incómodos que trasladan a la gente del pueblo a las ciudades. Tardamos casi dos horas en llegar a Niza. Allí, en un modesto hotel de los suburbios, encontramos un nuevo contacto que nos pasó por fin a Italia, un poco por encima de Montecarlo. Sentí un gran alivio una vez atravesamos la frontera. No sólo dejaba un país cuya lengua no entendía, sino que al fin podría unirme en la península a mi propia red de informadores y de cómplices. Aunque confiaba en Hardy, prefería contar con mis propios recursos antes que con los de otros.

Llegamos a Venecia en cinco días y nos alojamos en una pensión que regentaba un palermitano casado con una veneciana. Don Ritti me había asegurado que el hombre era de fiar y que respondería a todas mis exigencias, lo que resultó ser cierto.

Una hora después de mi llegada a la laguna, me dirigí a Riva degli Schiavoni, donde me esperaba Fausta Pheretti. La muchacha pareció sorprendida pero también feliz de verme. Creo que había escrito su carta como quien arroja una botella al mar, sin esperanzas fundadas de que el mensaje llegue un día a su destinatario. Caminamos algún tiempo por el muelle intercambiando banalidades. Hacía seis años que no nos veíamos, pero la encontré poco cambiada. Algunas ligeras arrugas en la frente, la voz un poco más grave. Aunque se había casado en 1937, no vi ninguna alianza en su dedo.

—Acudí a usted porque estoy desesperada, *signore* Monti. No sé cómo explicárselo...

Fue necesario que llegáramos a un campo desierto para que Fausta se decidiera por fin a hablar. Con los puños crispados como una niña cogida en falta, a menudo al borde de las lágrimas, me confesó como, mucho antes de la guerra, se había enamorado de un hombre al que hubiera debido odiar por infinidad de razones. El hombre era un extranjero, un noruego que vivía en Alemania desde la década de 1930. Se llamaba Thörun Gärensen, y me contó toda su historia. Como, joven e inocente, había llegado a Berlín y como había caído en las redes de Heydrich hasta el punto de verse obligado a ingresar en las SS. Como había conocido a Dalibor y Laüme Galjero y como, tras el inicio de la guerra, Fausta había intentado en vano convencerle de que desertara. Cuando terminó su relato, mi garganta estaba seca y mis manos temblaban de excitación con tal fuerza que tuve que meterlas en los bolsillos para ocultar mi turbación a la joven. En mi mente se dibujaban ya mil posibilidades de explotar los talentos y la posición que ocupaba este singular personaje y, sobre todo, los encuentros que tenía con la pareja Galjero. Me costó un esfuerzo infinito concentrarme en los sufrimientos de Fausta. Por fin, después de deambular unos instantes a lo largo y a lo ancho del campo como dando a entender que reflexionaba sobre su situación, volví a su lado.

—¿Qué espera exactamente de mí, Fausta? ¿Que la ayude a arrancar a su esposo de las garras de los nazis?

Avergonzada de mendigar semejante servicio, bajó los ojos sin responder.

—Haré todo lo que esté en mi mano para salvarle, se lo prometo, Fausta...

Cuando aquella noche volví con Arthur Hardy, en mi espíritu bullían perspectivas e interrogantes pero, por angustiosas que fueran mis ideas, me fue imposible abrirme a mi compañero más que parcialmente. ¿Cómo habría podido él aceptar las conexiones que yo acababa de establecer entre las confesiones de Fausta y las profecías que había emitido el fantasma de Leonora la víspera de mi partida? Para mantenerme en la esfera de la racionalidad, le pinté a Hardy el cuadro de opciones que abría para nosotros la adhesión de Gärensen a nuestra causa.

—Es amigo de Heydrich —subrayé— y también de Himmler. Su posición es

notable. Si somos capaces de hacerle volver, las informaciones que nos proporcione superarán con creces las que los soviéticos recogen con sus topos.

—Si existe una ficha informativa sobre él puedo arreglármelas para que nos la entreguen los ingleses del MI6. Bastaría con procurarnos un puesto de transmisión del sistema morse. Sus amigos deben tener uno a mano, me imagino.

Nos trajeron rápidamente lo que Hardy pedía a la habitación que compartíamos en la pensión. Tras poner en funcionamiento el aparato, Arthur tecleó su petición al centro de operaciones ingleses de Gibraltar. Por la noche, recibimos en respuesta una larga emisión que detallaba la hoja de servicios de Gärensen.

Para mi gran sorpresa, descubrí que las mejores informaciones no procedían de nuestros aliados británicos, sino de nuestra agente, Merry Groves, que se había encontrado con nuestro hombre en muchas ocasiones antes de la guerra, con motivo de diversas recepciones de sociedad. Merry había intuido en él una personalidad atormentada, cambiante y maleable, y había dedicado mucho tiempo a reunir informaciones sobre él. De común acuerdo, Hardy y yo decidimos informar esa misma noche a Dulles y a Donovan de nuestro descubrimiento. Mientras esperábamos sus instrucciones al respecto, volví a ver varias veces a Fausta con el fin de calmarla y de intentar averiguar algo más sobre las relaciones que su esposo mantenía con los Galjero. Pheretti fue abriéndose poco a poco hasta que, con mil precauciones, terminó por hablarme de las pruebas que había pasado su esposo en el castillo de Wewelsberg, la fortaleza medieval restaurada por orden de Himmler para albergar las ceremonias de culto de la orden SS.

—En la cripta, me dijo que había una especie de piedra, una piedra negra que los Galjero utilizaban para proteger la ciudad de Berlín. Sé que es estúpido y que no va a creerme, pero es la verdad. Él mismo se lo dirá. Un *palladium* frotado con sangre.

—¿Una gran piedra negra? ¿Una piedra cóncava bañada por los sufrimientos de niños sacrificados? ¿Una piedra grabada con símbolos angulosos?

—¿Cómo lo sabe? —balbució Pheretti, incrédula.

—He visto ese objeto. Me fue mostrado hace años. Tuve una visión.

Fue necesario que yo también me confesara. Fausta supo de mis labios cómo había sido iniciado por mi madre en el misterio de los espíritus protectores, esos ángeles moldeados por la voluntad y la sangre, que son servidores muy eficaces pero proclives a rebelarse contra sus creadores. Como judía, Fausta procedía de un pueblo de sacerdotes que había edificado toda su fe sobre el rechazo de los ídolos y la sumisión a un dios único, exterior a este mundo. Las fibras más íntimas de su conciencia le decían que yo no mentía.

—Moisés contra el becerro de oro —dijo, pensativa—. Y también el Golem del rabino de Praga, esa estatua de arcilla animada por la magia para que protegiera al gueto. Desde los libros sagrados hasta las leyendas, conocemos bien ese tema de la materia que cobra vida entre las manos del hombre. Es un secreto que comparten los eruditos y los simples. Su madre, señor Monti, lo aprendió por instinto; creo que es

probable que los Galjero lo aprendieran por el estudio. Y por esta razón Dalibor visitaba al conde Caetano en su casa, para perfeccionar sus conocimientos de esos secretos. Porque hay otras cosas además de esa piedra.

Fausta me informó de que el *palladium* de Berlín no era la única obra de los Galjero. Thörun, su esposo, le había revelado la existencia de fetiches, muy parecidos al que había fabricado mi madre, modelados no para curar sino para proteger...

—Hitler posee uno, claro, y por eso todos los atentados contra él han fracasado siempre de forma inexplicable. Himmler también está protegido. Lo mismo que Heydrich.

Cuando me reuní de nuevo con Hardy, estaba de un humor sombrío y me veía incapaz de exponerle las razones de mi pesimismo. Yo conocía el poder de los ángeles fabricados por manos humanas. Sabía también que Galjero era un ser de un poder que superaba con creces los modestos conocimientos de Leonora y Giuseppina. ¿Cómo podía esperar vencerla? Y sin embargo, era necesario hacerlo...

—Ha llegado una orden durante su ausencia —me comunicó Hardy—. Un mensaje de Dulles y Donovan. Quieren que utilicemos a Gärensen para eliminar a Heydrich.

Esta noticia me anonadó. Quedaba fuera de lugar enviarle un telegrama a Donovan explicándole que, al igual que todos los dignatarios nazis, Heydrich estaba protegido por ritos de magia negra... en el supuesto de que el propio Hardy aceptara codificar y enviar semejante información. Más valía ganar tiempo y, sobre todo, ver lo antes posible a Gärensen para formarnos un juicio sobre el personaje.

Presioné a Fausta para que hiciera venir a su esposo a Venecia. Ella insistió tanto que, a mediados de abril, pudo anunciarme por fin que su marido acababa de salir de Berlín para reunirse con ella. Mi primera cita con Thörun Gärensen tuvo lugar en un pequeño piso de alquiler desocupado, propiedad del hospedero siciliano. A pesar de mi aura de tipo duro y seguro de mí mismo, quedé muy impresionado por aquel tipo corpulento con aspecto de vikingo que me sacaba una cabeza. Mi incomodidad debió de causarle una mala impresión. Me miraba con una mezcla de incredulidad y hostilidad que no procuraba disimular. Una o dos veces amenazó con entregarme de inmediato a las autoridades fascistas, pero desde el momento en que le hablé por fin de los Galjero y de los ángeles guardianes todas sus defensas cayeron. Infinitamente más culto que yo, Gärensen llamaba a los fetiches protectores *therapoi*, una palabra del griego antiguo que designaba a los soldados portadores de escudos que, sobre los carros de combate, se encargaban de proteger a los héroes.

—Si los servicios secretos aliados quieren eliminar a los dirigentes nazis, primero es necesario abatir las protecciones mágicas dispuestas a su alrededor. Es la única forma de conseguirlo. Pero no sé ni dónde se encuentran la estatuas ni cómo destruirlas —declaró con tristeza el noruego.

El problema era insoluble. Lentamente, me acerqué a la ventana, que tenía las persianas echadas para protegernos del calor de la tarde. La noche había caído.

Buscando un poco de fresco tras la larga discusión, empujé ligeramente los postigos para dejar que entrara el aire de la noche de abril. En ese momento, una evidencia me golpeó, al tiempo que unas imágenes se presentaban en mi mente. Volví a ver lo que el fetiche Manea me había mostrado cuando yo estaba tendido en la cima de la colina y me concentré en la misteriosa silueta de una mujer rubia que caminaba hacia una hoguera. Un susurro pasó por mi conciencia. Era la voz de mi madre, que me revelaba con una palabra el nombre de la mujer... Me volví hacia Gärensen, seguro de mí.

—Sé quién guarda los *therapoi* —le dije, sin que mi voz delatara el milagro que acababa de producirse.

Thörun no pareció sorprendido al escuchar el nombre de Keller. Se había cruzado con la muchacha tiempo atrás y sabía que mantenía estrechas relaciones con los Galjero.

Al día siguiente de nuestro primer encuentro, Thörun regresó a Alemania donde, no sin correr grandes riesgos, logró romper los ídolos fabricados por los Galjero. Un objeto le ayudó en su búsqueda, un objeto extraño que había aceptado tomar después de muchas dudas. Era la mano de gloria, la mano de Leonora la ahorcada, que le guió hasta los escondrijos donde se guardaban los *therapoi*.

Nunca pude revelarles a Donovan y Dulles la verdad sobre Gärensen. Explicar esas cosas a personas para las que la racionalidad era el único campo de realidad concebible sólo hubiera servido para desacreditarme. Reinhard Heydrich fue abatido no por Gärensen sino por un comando de partisanos checos, pero mi espíritu no alberga la menor duda de que la operación fue posible gracias a la intervención del marido de Fausta. A despecho de mis promesas iniciales, conseguí convencer a la joven de que la presencia de su esposo en Berlín sería extremadamente provechosa para la causa aliada. Durante algún tiempo, Gärensen fue uno de nuestros contactos con la gente de la *Schwarze Kapelle*, la resistencia alemana contra el régimen nazi. Es de rigor admitir que no fue él nuestro espía más importante. El almirante Canaris, el jefe de la organización, desconfiaba de él y le desagradaba aquella aura mística que desprendía. Pero poco importaba su eficacia real porque, entre tanto, la OSS había reclutado numerosos contactos en el seno del Estado Mayor alemán.

En cuanto a mí, después de este episodio tuve que dejar Venecia con el fin de cumplir la misión que me había llevado a Italia. Yo solo, sin Hardy, que había regresado a Gibraltar, descendí a lo largo de la península, franqueé el estrecho de Mesina y llegué a mi isla natal. En Palermo, me encontré de nuevo con don Ritti. La atmósfera era febril: tropas alemanas habían sido enviadas para reforzar el ejército italiano en la plaza.

Viví varios meses en la clandestinidad, recorriendo el país de noche, con mucha frecuencia a pie, para organizar las acciones de los diferentes clanes y localizar las posiciones enemigas. A principios de 1943 estaba en condiciones de proponer un plan de ataque a Dulles y Donovan. Las informaciones que reuní entonces contribuyeron a

preparar el desembarco de julio de 1943 en las costas meridionales de Sicilia. Igual que ocurrió un año más tarde con la resistencia francesa, los partisanos sicilianos fomentaron acciones de distracción tras las líneas enemigas mientras que las tropas aliadas avanzaban hacia Palermo. Mediante esta *Indianer Krieg*, como decían los alemanes, desorganizamos las vías de comunicación establecidas por las tropas del Eje, volamos depósitos de municiones, ocupamos centros de comunicación y hostigamos los convoyes que se batían en retirada hacia la península. Nuestras familias ejercieron un papel muy relevante, en especial como contrapeso a la influencia de los partisanos aliados de los comunistas. La historia es extraña, a menudo rechaza su componente esencial: la contradicción, el compromiso, las alianzas inciertas, que son sin embargo lo que convierte en posible las grandes victorias. Fue así como, para la conquista de Italia, se produjo la improbable colusión de los servicios de inteligencia norteamericanos con ciertos padrinos de la mafia.

Si bien yo había llegado a arrojarme en el corazón de la contienda, otros *amici mei* también intervinieron en la aventura. En su prisión de Dannemora, Lucky Luciano recibía con regularidad la visita de agentes del gobierno que le informaban de los progresos de mi misión. El jefe de la Cosa Nostra les daba por su parte instrucciones precisas para mí. Es cierto que otros, de quienes no sé ni los nombres ni cuántos fueron, contribuyeron como yo al desarrollo de los acontecimientos. Nuestros esfuerzos, nuestras luchas, quedarán para siempre en la sombra; pero no lo lamento, es mejor así. ¿Cómo podría reprocharle al gobierno de Washington que guardara silencio sobre sus compromisos con el sindicato del crimen, cuando yo mismo no quisiera por nada del mundo que se revelara el secreto de los ángeles fabricados por la mano humana?

ENTRE DOS TORMENTAS

—Nos ha aportado usted mucho, senador Monti —admitió el militar sentado frente a mí—. No puedo por menos que reconocerlo, aunque sus juegos de espías y de sabotajes tras las líneas enemigas no me parezcan dignos de un verdadero combatiente. ¿Quiere un cigarro?

Con sus grandes botas encima de la mesa, el general Patton deslizó hacia mí al desgaire un cofrecillo de madera con preciosas marqueterías, del cual tomé un dominicano que desprendía un aroma delicioso.

—Mire usted, Monti, el honor del militar consiste en lanzarse al tumulto y vencerlo todo a su paso por su propia fuerza, por su propio entusiasmo. ¡Eso es lo hermoso! Eso constituye en mi opinión la esencia del heroísmo y de la epopeya. Entonces, si alguien viene a cortar los talones de mi adversario por la retaguardia, bajo mano, me estropea el placer, ¿comprende? Es eficaz, cierto, pero me agua la fiesta.

De todos los grandes estrategas aliados, George Smith Patton era indiscutiblemente el más dotado, y también el más popular entre sus hombres. Era asimismo el más imprevisible, el menos disciplinado y el más visionario de todos los oficiales de grado superior angloamericanos. Su vida había sido una sucesión de frescos épicos, de combates dignos de un libro de estampas. Con sus dos revólveres con cachas de nácar colgados de las caderas, había abatido en México al brazo derecho de Pancho Villa. Durante la Primera Guerra Mundial, se había escapado del hospital militar para regresar al frente a combatir a la cabeza de su unidad de caballería motorizada. En Francia, había aprendido esgrima y perfeccionado sus habilidades ecuestres junto a los jinetes de la célebre escuela de equitación de Saumur, el Cuadro Negro. Hombre de vasta cultura, leía en latín de corrido, era un experto en historia y estrategia y estaba convencido de ser la reencarnación de un guerrero antiguo. Enemigo encarnizado de la lasitud, pocos días antes de recibirme en su cuartel general de Palermo había golpeado en un hospital a unos soldados enfermos de malaria porque creía que estaban fingiendo. El asunto, que había sido revelado por la prensa, estaba adquiriendo proporciones desmesuradas y creándole graves conflictos con sus superiores.

—¡Imbéciles! ¡Gente que ignora lo que es un campo de batalla! Que no tienen la menor idea de los sacrificios que eso implica, de la fuerza de espíritu que exige el combate. No se gana una guerra contra los *Krauts* con buenos sentimientos. Pero eso no les entrará nunca en la cabeza a esos señoritos repantigados detrás de sus escritorios de politicastos en Washington ni a esos chupatintas de Nueva York. Usted, Monti, al menos no vacila en ensuciarse las manos y sudar la camiseta. ¿Sabe lo que le digo, Monti? Siento más respeto por los combatientes enemigos que por los

enchufados de nuestro bando. Y lo mismo vale para los rusos, cuando vayamos a por ellos.

¡La guerra contra los soviéticos! El general no pensaba en otra cosa. Único defensor abierto de un enfrentamiento con Moscú tan pronto como se obtuviese la capitulación de Berlín, intentaba desde hacía meses persuadir a Roosevelt de lo bien fundado de sus razones.

—Ya sé que no me escuchará... aunque sabe que tengo razón. Pero será necesario que se lo digan otros, gente importante. La palabra de un senador como usted, Monti, pesaría mucho.

Patton y yo hablamos aquella noche hasta muy tarde. Cuanto más avanzaba nuestra conversación, más puntos en común descubríamos. Desde luego, nuestras respectivas carreras no tenían nada de comparables y, aunque pertenecíamos a la misma generación, difícilmente hubiera podido imaginarse a dos hombres con pasados más diferentes. Sin embargo, esto no impedía que en el fondo nos pareciésemos. Pronto me convenció de lo acertado de sus puntos de vista, y ambos nos separamos con la sensación de haber ganado un nuevo aliado para nuestras cruzadas respectivas.

El fin de los combates en Sicilia no marcó para mí el momento de regresar a Estados Unidos. La guerra se había desplazado al sur de la península y, como la mafia siciliana mantenía excelentes relaciones con la Camorra napolitana, dejé a don Ritti para ayudar a nuestros hermanos del Mezzogiorno. Todavía hubo combates de gran violencia contra las tropas alemanas. Pero Italia se batía en desbandada. Los regimientos de Mussolini, incapaces de hacer frente a la presión aliada, no pudieron impedir que Roma fuera declarada ciudad abierta. Si bien es cierto que se produjo el rocambolesco episodio de la evasión del Duce después de ser capturado por nuestros ejércitos, aquello no fue más que un penoso y breve aplazamiento para el jefe de Estado. Cuando fue capturado de nuevo, la muchedumbre le dio muerte sin piedad y expuso su cadáver. El que había sido adorado como un nuevo César terminó su existencia con los pantalones bajados y la cabeza hacia abajo, como el Colgado que ilustra una de las cartas del tarot.

Era la época de la debacle de las tropas del Eje. Italia había sido la primera en caer; después, todos los frentes cedieron. En el este, los soviéticos ya no podían ser contenidos, mientras que en el oeste *tormmies* y yanquis pisaban la arena de Normandía. Seguí a nuestros ejércitos en su avance hacia el norte. De Roma pasé a Florencia, después a Parma y a Bolonia, ocupándome de avivar antiguos intereses personales de Luciano en esas ciudades. Cuando me encontraba a pocas horas de Venecia, no pude dejar de ir a ver a Fausta Pheretti.

Estábamos en pleno invierno de 1944 y las tempestades de nieve se sucedían, encerrando la ciudad bajo una capa de hielo que congelaba las vías de agua. Sólo el

Gran Canal seguía siendo navegable. Un *vaporetto* me llevó entre embarcaciones alquitradas hasta el barrio de Dorsoduro, donde Fausta había adquirido una nueva residencia algunos años antes. Estuve un buen rato llamando a su puerta. El picaporte fue accionado y apareció en el umbral una vieja con blusa negra que me anunció a su señora. Fausta estaba más pálida que una muerta cuando entré en su habitación. Su piel estaba sembrada de feos bultitos que le provocaban un sufrimiento atroz. Como es natural, había consultado con diversos médicos, pero los débiles remedios que le habían prescrito no parecían haber surtido ningún efecto sobre el mal que la consumía. En cuanto la vi pensé en el teniente Virgil Tulroad, que había muerto envenenado en las ciénagas de Luisiana, diez años atrás. Fausta tenía en el fondo de los ojos el mismo terror que él.

Durante los días que pasé junto a su cabecera su estado no hizo sino empeorar. Las protuberancias se gangrenaban lentamente y cubrían su cuerpo con un velo de podredumbre supurante que era imposible quitar sin arrancarle la piel. Por las escasas palabras que consiguió pronunciar, entendí que hacía meses que no tenía noticias de Thörun. Ella creía que seguía vivo, pero ignoraba dónde se encontraba y por qué había interrumpido de repente todo contacto con ella. En cuanto a sus sufrimientos, si bien no podía decir su origen, adivinaba quién los causaba.

—Piensa en los Galjero, ¿verdad? —le pregunté, sabiendo que aún podía oírme.

—Quizás es el precio que me hacen pagar por haber amado a Thörun. Es su venganza...

Intenté salvar a Fausta con todas mis fuerzas. Permanecí constantemente a su lado, sin dormir, y durante largas horas ponía mis manos en sus sienes para aliviar sus dolores y combatir el mal que la descomponía lentamente. Hubiera dado mi alma por morir en su lugar, o por recuperar la fuerza que me había permitido curar a la niña que se cayó del olivo cuando yo aún era un niño. Mi alma, sí... Pero las religiones mienten, los hombres no tienen alma. Eso lo sabía desde hacía mucho tiempo. Maddox Green me lo había enseñado cuando se echó sobre mí, en el patio de los condenados a muerte de la isla de Blackwell, treinta años atrás. «La muerte es el gran término —había dicho—. Pero hay una excepción... para los que han tenido el coraje de forjarse un alma a partir de su vida».

Por primera vez desde que había franqueado el umbral de aquella casa me había adormecido un instante en la habitación contigua al dormitorio de Fausta. De repente escuché crujir el entablado bajo unos pasos pesados. Era Gärensen, que venía por fin a reunirse con su esposa. Cuando la descubrió inconsciente, se echó a temblar de pies a cabeza y le vi desenfundar su arma, decidido a dispararla contra sí mismo. Me precipité hacia él y le sujeté la muñeca para detener su desdichado gesto.

—Si cometes esa estupidez no hará más que servir a los intereses de sus enemigos. ¿Eso es lo que quiere?

Le arranqué la pistola de la mano y, a fuerza de palabras, conseguí hacerle entrar en razón. Con voz rota, casi inaudible por causa de la emoción, admitió conocer a los

responsables del maleficio que sufría Fausta.

—Los Galjero se han creado adeptos, aprendices de brujo que han querido superar a sus maestros. Esa Ostara Keller que custodiaba los *therapoi* que yo destruí. Y también un hombre, a quien yo consideraba mi amigo y a quien vi morir ante mis ojos.

—Sólo esa mujer será capaz de deshacer el hechizo, Thörun. Tiene que ir en su busca de inmediato y obligarla a revocar el sortilegio de muerte que ha arrojado sobre su esposa.

¡Palabras vanas, yo lo sabía! Aunque Thörun hubiera podido encontrar a Ostara Keller, era demasiado tarde para salvar a Fausta. La podredumbre se había instalado definitivamente.

Nos quedamos a la cabecera de la enferma durante tres días más. Gärensen insistió en consultar a otros médicos e incluso en que vinieran sacerdotes a rezar. Pero nada, ni las drogas ni las súplicas, pudo redimir a Fausta Pheretti.

«Yo habría podido devolverla al camino de la vida, Luigi, padre mío... Hubiera tenido fuerza para ello si no me hubieras despedazado contra el suelo...».

¿Cómo saber si la voz de Manea era real o si las palabras percibidas en un semisueño eran tan sólo un delirio de fatiga y de miedo? ¿Habría podido de verdad Manea socorrer a Fausta, combatir su mal y deshacer la lepra maligna que la consumía? ¿Cómo saberlo? En la lucha que me había enfrentado al fetiche yo me había mostrado débil e inconsecuente. Quizá con voluntad y coraje hubiera podido dominar la perversión de la entidad y purificarla para que reencontrara el poder benéfico de sus orígenes. Pero no había sido así, y mi debilidad le costaba la vida a Fausta.

Cuando su esposa exhaló el último suspiro, el propio Thörun la puso en el ataúd. Bajamos la caja hasta la puerta de la casa junto al agua para que una embarcación la trasladara a la isla de los muertos, el cementerio San Michele, al norte de la laguna. La nieve seguía cayendo, el cielo estaba bajo y gris, privado de luz... Thörun se marchó aquel mismo día, en busca de Keller, cuyas intenciones creía haber adivinado. Su caza fue larga y peligrosa. La siguió hasta los hielos más remotos, en el corazón del Pandemonio en que se había convertido Europa retrocediendo a la barbarie.

No podía hacer nada más por él. Los dos habíamos perdido a nuestros seres queridos tras cruzarnos en el camino de los Galjero; nuestros destinos se separaron durante algún tiempo. En enero de 1945 regresé por fin a territorio americano. Dulles y Donovan me depararon una acogida digna de un héroe. Nadie comprendía por qué la tristeza velaba mi mirada.

—Decididamente es usted un personaje muy difícil de entender, senador Monti —dijo Dulles, quejoso, mientras paseábamos por las avenidas rectilíneas de Washington—. ¿No es consciente de su formidable trayectoria desde que llegó a Estados Unidos? ¿Quién podría jactarse de semejante carrera? De los muelles de Nueva York a héroe

nacional, pasando por los meandros del imperio del crimen. ¡Sonría, Monti, es usted un personaje de novela!

—Un personaje de una novela muy mala —contesté—. Una novela que termina mal. No es la historia de un triunfo, sino la de un fracaso. Laüme y Dalibor Galjero siguen en libertad. Ellos viven mientras los cuerpos de mi mujer y mi hijo se pudren bajo tierra. Es el único pensamiento que me obsesiona, ¿comprende? Lo único que tiene importancia para mí...

Dulles permaneció mudo largo rato. El frío intenso de febrero creaba vaho sobre sus pequeñas gafas redondas, que él limpiaba cada cien yardas con la punta de su bufanda de cachemira.

—Creí que con el paso de los años olvidaría su venganza, Monti. Pero también comprendo que no sea así. Antes de abandonarle a su suerte, prefiero ofrecerle mi ayuda. La OSS se ha convertido en una agencia poderosa, capaz de rivalizar con el NKVD soviético. Creo que incluso la superará en muy poco tiempo. Nos beneficiamos de créditos cada vez más importantes y de colaboradores cada vez más numerosos. Si todo eso puede serle útil, no dude en acudir a mí.

Dulles acababa de pronunciar las palabras que yo quería oír, aunque me temía que la primera petición que iba a hacerle fuera rechazada sin apelación posible.

—Si es así, tengo un servicio que pedirle a la OSS.

—No tiene más que hablar, le doy mi palabra de que será complacido.

—El alto oficial SS Thörun Gärensen... Si aún vive, quisiera que sus servicios se encargaran de recuperarlo y de conducirlo aquí, a Estados Unidos. No como prisionero, desde luego, sino en calidad de colaborador.

Una vez más, Dulles limpió sus espejuelos antes de inclinar la cabeza.

—Gärensen tendrá su certificado de desnazificación, yo me encargaré de ello. Si sigue en este mundo, se lo traeremos. No será el primer *Kraut* al que hacemos pasar a nuestro bando.

Encontrar a Gärensen fue una empresa larga y delicada que seguí paso a paso; iba cada día a la oficina de la OSS encargada de la captación de las élites alemanas. Mi obsesión era que Gärensen no cayera en manos de los soviéticos. El tatuaje que llevaba bajo la axila le conduciría a la ejecución inmediata si por desgracia era detenido por los rojos. Gärensen lo sabía tan bien como yo. Durante semanas, vivió como un animal, caminó solo desde el lugar donde había encontrado por fin a Ostara Keller hasta Skopje y Dubrovnik, desde donde embarcó clandestinamente para Venecia. Fue allí donde nuestros informadores lo localizaron. Como yo había supuesto, había ido a alojarse a la antigua casa de Fausta. Thörun Gärensen no tuvo inconveniente en seguir a los agentes de la OSS que contactaron con él en mi nombre. Cuando fui a recibirle en persona al puerto de Nueva York, lo encontré flaco y fatigado. A pesar de su agotamiento quiso que le enseñara la ciudad enseguida.

—Enséñeme dónde ha vivido, Monti —me pidió.

Y no sé si tenía un interés sincero por la historia de mi vida o si tenía necesidad

de distraerse a toda costa de la tristeza y los remordimientos que lo corroían desde la muerte de su esposa.

Vagamos juntos toda una tarde. En los muelles, le mostré el sitio donde había trabajado como estibador; en Little Italy, pasamos ante el pequeño restaurante donde había besado la mano de don Giletti y firmado así mi alianza con la Mano Negra. En Manhattan, señalé con el dedo la penitenciaría de la isla de Blackwell, de donde me había evadido treinta años atrás. Luego bajamos por la Quinta Avenida hasta el Algonquin donde, fiel a sus costumbres, nos esperaba Alien Dulles.

—Y bien, George, ¿qué tenemos esta noche? —le pregunté al viejo portero.

—Me temo que los buenos tiempos ya pasaron, senador. Ni actrices ni escritores, sólo militares y políticos.

—¡Mi pobre George! Este establecimiento ya no es digno de ti. Quizá tendrías que dejar el Algonquin.

—Lo estoy pensando, senador; desde luego, lo estoy pensando.

El fin de la guerra había dado paso a una nueva época. Si el pueblo humilde se embriagaba aún con el vino de la victoria sobre los nazis, los estrategas como Patton sabían que el enfrentamiento con los soviéticos había comenzado. Los primeros peones empezaban a moverse en la sombra, y todos adivinábamos que la partida podía ser mucho más reñida que la que habíamos jugado contra los alemanes.

—¿Conocen a lord y lady Bentham, señores? —nos preguntó Allen Dulles después de presentarle a Gärensen.

—Nunca había oído hablar de ellos —respondí mientras me entretenía haciendo tintinear los cubitos de hielo de mi vaso de *whisky*.

—Yo tampoco —dijo el noruego con su inglés de acento duro.

—Creo que deberían ir a verles. Ellos podrían ayudarles a encontrar a los Galjero. Imagínense, ellos también los buscan desde hace mucho tiempo. Han contratado los servicios de una agencia de detectives sin obtener resultados, al parecer. Buscan personal. Un coronel británico se ha unido a ellos, un tipo extraño, agente del MI6 británico. Ha llegado a Nueva York hace unos días con una pandilla de niños salidos de no se sabe dónde.

—¿No será David Norman Tewp? —preguntó Thörun, mostrando una sonrisa al mismo tiempo sorprendida y radiante.

—Sí —confirmó Dulles—. Nativo de Brighton. Brillante hoja de servicios en la India, pero una trayectoria bastante irregular desde entonces. Ha sido difícil obtener buenos informes sobre él. Los propios *brits* parecen estar molestos con el tipo. Un amigo del embajador inglés me ha facilitado su *dossier*, que tiene enormes lagunas —concluyó Dulles haciendo un mohín de disgusto.

—¿Lagunas? —exclamé riendo—. Mi existencia oficial está también llena de *lagunas*, Dulles. Lo mismo que la de Gärensen. En mi opinión, eso me parece un buen presagio. Un hombre sin *lagunas* tiene pocas posibilidades de ser un individuo interesante, créame.

—¿Cree que podríamos trabajar con Tewp y los Bentham? —me preguntó el noruego.

—Lo sabremos mañana cuando vayamos a visitarles. Por mi parte, no me cabe duda. No, ninguna duda...

SÉPTIMA TUMBA DE LAS QUIMERAS

EL HOMBRE DE GALATA

Puerto de Galata, Estambul, diciembre de 1946

Thörün Gärensen arrojó nerviosamente el cigarro que acababa de encender a las aguas aceitosas estancadas bajo el pontón de madera. Había cortado con los dientes el grueso habano, y a la primera chupada se le quedaron unas briznas en los labios, sensación que detestaba por encima de todo.

—Parece que el clima de Oriente le pone de muy mal humor —rió Hezner—. Sin duda preferiría sus fiordos y sus glaciares.

—Usted no soportaría mucho tiempo los paisajes de mi tierra, doctor, exigen mucha fortaleza física. Ni se le ocurra acercarse por allí sin ir bien abrigado.

El doctor Hezner se encogió de hombros y avanzó a zancadas entre el gentío congregado en el puerto. Con su largo abrigo negro de lana, su figura apenas se distinguía de las de los turcos, portadores, mercaderes o viajeros, que pululaban por los muelles. Tewp y Gärensen tenían dificultades para no perderlo de vista entre la multitud.

—Parece que sabe muy bien adonde va, doctor Hezner —le gritó Tewp mientras que, escoltado por Tobías, Nathan, Benny y Ariel, el hombrecillo se internaba en un dédalo de callejuelas polvorientas—. No nos había dicho que conocía Estambul.

Rubén siguió avanzando sin dignarse responder. Al fin, después de un sinfín de vueltas por los barrios de Sichane, Taksim y Arbye se detuvo ante una casa alta de fachada ocre claro que lucía en su primera planta un balcón con celosía.

—Espérennos aquí, por favor. Sólo será un momento.

En la acera, Tewp y Gärensen aguardaron varios minutos, como dos criados esperando el regreso de su amo. Unos niños se pusieron a correr a su alrededor, lo que exasperó a Gärensen.

—¡Somos un par de idiotas! —murmuró—. Deberíamos dejar a ese tipo y pedir ayuda a la agencia Xander. Ahora que la guerra ha terminado, su investigación será más fácil.

—Los sabuesos de Xander andan tras la pista de los Galjero desde hace mucho tiempo y nunca han encontrado nada relevante. Acumulan años de fracasos, ¿por qué iban a tener éxito ahora?

Gärensen le dio un puntapié a su maleta, que estaba en el suelo, e hizo ademán de lanzarse en persecución de un niño que le sacaba la lengua; después se sentó en el borde de la acera refunfuñando. Cerró los ojos, se pasó con desgana las manos por el cabello y bajó los ojos al suelo con la mente en blanco. Tewp buscó por un momento, en vano, una broma o una palabra agradable para animar al noruego, pero su mente no estaba para ligerezas.

—¿Ha pensado lo que va a hacer cuando todo esto termine? —preguntó mientras tomaba asiento junto a Gäremsen.

—Ni idea. Lo único que sé es que lo que queda del siglo xx no estará hecho para mí ni para usted, coronel. Si alguna vez tuvimos un tiempo que fuera nuestro, considérela completamente terminado.

De nuevo, al inglés le hubiera gustado encontrar un comentario optimista que le ayudara a aligerar la losa que pesaba sobre ellos desde hacía tanto tiempo, pero su espíritu estaba seco, aletargado. Sabía oscuramente que Gäremsen tenía razón.

—Somos unos aventureros —prosiguió el noruego—. Unos inútiles, unos asociales. Gente que no tendrá cabida entre los márgenes de la sociedad, pase lo que pase. Y es por eso...

—Y es por eso que nos obstinamos en perseguir a los Galjero —concluyó el coronel—. Porque de otro modo nuestras vidas estarían vacías. Esta caza nos da una razón para existir. Eso es lo que quiere decir, ¿verdad?

Por primera vez en varios días, Thörun sonrió con franqueza.

—Sí, amigo mío. Eso es exactamente lo que quiero decir. Sin duda queremos vengarnos, usted de la muerte de sus amigos hindúes, Monti de la desaparición de su hijo, yo de la muerte de Fausta... Pero en el fondo, no son más que pretextos. Cuando ese cebo haya desaparecido ¿qué razón nos quedará para vivir?

—Quizá nos inventemos otra guerra —aventuró el inglés—. O usted volverá por fin a Noruega con los suyos. Rehará su vida, como quizá también yo rehaga la mía.

¿Volver a Noruega? Ese pensamiento no se le había ocurrido a Thörun desde hacía lustros. ¿Cómo volver a su país después de haber pasado quince años llevando el uniforme negro? No. Era inconcebible, únicamente habría servido para sumir a su familia en la vergüenza, algo que no deseaba por nada del mundo. Después de que una noche, años atrás, hubiera abortado él mismo una patética tentativa de huida a Oslo, no había pensado seriamente en volver a ver nunca a los suyos. Heydrich había hecho de él un paria, un perdido, un hombre solo que ni siquiera había podido ¡salvar el amor sincero de una mujer! Sí, estaba convencido de que la caza de Laüme y Dalibor Galjero era una mentira, un recurso temporal para olvidar la vida que le esperaba al final del camino.

—«Un rey sin diversión es un hombre lleno de desdicha...» —murmuró en voz tan baja que Tewp apenas oyó sus palabras.

—¿Qué dice?

—Blaise Pascal, pensamiento 137, creo —contestó Thörun, como si el coronel inglés estuviese familiarizado con los textos filosóficos.

—Me temo que no entiendo esa frase. ¿Por qué la ha citado?

—Porque usted y yo estamos malditos, querido David. Proyectamos una mirada demasiado lúcida sobre la mediocridad del mundo y el único medio que tenemos de no hundirnos en la locura es embarcarnos en una búsqueda incomprensible y vana. Estoy convencido de que no nos procurará ningún confort, incluso aunque la

llevemos a buen término.

—Creo comprender lo que intenta decirme, pero yo no le sigo por ese camino —dijo el inglés tras un silencio—. Yo no poseo su cultura, Thörun. A veces lo lamento; en cambio, otras veces me digo que su sabiduría es un sobrepeso para usted que le impone una melancolía que yo rechazo. Para mí, las cosas tienen que ser simples. Encontrar a los Galjero es una cuestión de justicia, de ética personal, y no una derivación metafísica. Su pensamiento es un gigante con pies de barro. Quizá debería aprender a ser humilde. Contentarse con poco. Sea frugal en sus ambiciones, acepte la vida como viene, con sus misterios y sus contradicciones. Es así como yo lo hago...

—Usted es un asceta, coronel, cosa que yo no soy. Usted y yo somos tan diferentes como pueden serlo un anacoreta y un goliardo, un monje del desierto y un clérigo libertino. Y por eso nos entendemos ¿no es así?

Tewp posó la mano sobre el hombro de su amigo; después, se puso en pie y alisó su ropa con el dorso de la mano. El aire era frío y seco. Lo respiró con gula, como quien disfruta de un raro manjar.

—¡Mire! —le dijo al noruego, que seguía absorto en sus negros pensamientos—. El doctor ha vuelto.

Hezner estaba en la entrada de la casa de color ocre y les hacía señas de que se acercaran. Se había quitado el abrigo y parecía tranquilo. En el largo y fresco pasillo de entrada de la casa permanecía un hombre pequeño y bigotudo con cabello gris que los miraba sonriente. Con un fez inclinado ligeramente sobre la cabeza, vestía un traje negro y una camisa con pechera, al estilo de principios de siglo. Un largo caftán damasquinado de color frambuesa lo envolvía como un papel de bombón.

—Les presento a mi amigo Yoram Kaplan —dijo Hezner—. Están bajo su techo. Él nos autoriza a quedarnos en el segundo piso de su casa todo el tiempo que queramos. Es un hombre recto y honrado, y también un gran sabio en nuestra especialidad. Pueden confiar en él.

Gärensén y Tewp agradecieron calurosamente a Kaplan su hospitalidad, pero el anfitrión les respondió con una sucesión de pequeñas reverencias rápidas, sin pronunciar palabra.

—Me temo que Yoram no habla inglés —explicó Hezner—. Aunque eso carece de importancia. Lo verán poco.

La residencia era amplia y profunda. Una gran escalera encerada se elevaba hacia los niveles superiores. Kaplan tomó una campanilla de plata que había sobre una consola y la hizo tintinear tres veces. Al instante un grupo de jóvenes de largas pestañas y labios brillantes vinieron a hacerse cargo de los equipajes de Tewp y Gärensén. A través de un patio en el que murmuraba una fuente de mármol a la sombra de los naranjos, Yoram invitó a entrar a sus huéspedes en un vasto salón al estilo oriental, sin mesa ni sillas, con el suelo sembrado de cojines. Allí, sentados con las piernas cruzadas y la espalda recta, tomaron café en finas tazas de porcelana de

Sajonia. Dos adolescentes, con los pies desnudos, el torso sin vello y aceitado visible bajo sus chalecos sin botones, habían traído la bebida en una cafetera de oro sobre un lecho de brasas contenidas en un brasero de metal.

—El ritual del café es tan importante y está tan codificado aquí como el del té en Japón —explicó Rubén—. Yoram practica esta ceremonia a la manera de los príncipes de Topkapi, exactamente como antes de la caída del Imperio.

Una bandeja de delicias turcas pasó de mano en mano mientras Hezner y Kaplan intercambiaban en voz baja unas frases.

—Un simple intercambio de frases de cortesía —les tranquilizó el doctor cuando advirtió las miradas interrogantes de los dos occidentales—. También hablamos de la manera de conseguir información fiable en la ciudad.

—Estambul es una gran metrópoli —observó Tewp—. Encontrar a un hombre solo será bastante complicado. ¿Cómo piensa proceder, Hezner?

—Cuanto más numerosos son los habitantes, más abundan los informadores. Debería saberlo, coronel. Pero no se preocupe. Si los rusos y Dandeville querían venir aquí era por la sencilla razón de que Galjero está en la ciudad. Estoy convencido. Lo encontraremos.

—¿Cree que Laüme estará con su marido? —Mi instinto me dice que encontraremos a Dalibor sin su compañera. La razón me dice que las cosas serán como tengan que ser.

Gärensén suspiró.

—¿Otra de sus cabalas, Hezner?

—¡Oh, no, señor Gärensén! Creo que ese período de mi vida ha concluido.

Durante algunos días, Hezner y sus hombres se encargaron de reunir información recorriendo la ciudad o pagando a muchachos para que fisgonearan.

—Sobre todo, aleccione bien a esos chiquillos —insistió Tewp—. Dígales que no se acerquen a los Galjero si los encuentran y que no intenten saber más de lo necesario. Más vale perder un poco de tiempo comprobando los informes que arriesgarnos a que ocurra otra tragedia.

De la India a Palestina, Tewp había visto morir a demasiados niños. No soportaba la idea de ver un solo cadáver martirizado más.

Y después, tras varios días de inacción y de pesada espera, un viernes por la tarde a la hora de la oración, un muchachito sin aliento llamó a la puerta de Yoram Kaplan. Afirmó que había visto en el barrio de Galata a un hombre cuya descripción correspondía a la que le habían hecho de Dalibor Galjero y contestó a todas las preguntas que le hizo Hezner. Satisfecha su curiosidad, el doctor sacó tres billetes de su bolsillo y los puso en la mano del niño, que le dio las gracias besándole la mano como a un Papa.

—¡Es él! Dalibor está en Estambul. Vive solo en un palacete encima del Cuerno de Oro.

Tewp cerró los ojos y dio gracias al destino por conducirlo al fin en presencia del

asesino del pequeño Khamurjee. Gärensen cerró los puños y pensó en Monti, a quien debían avisar cuanto antes para que participara también en la rebatiña.

—Creo que no tenemos tiempo de hacer venir a su amigo de América —contestó Hezner cuando Thörün le comunicó sus intenciones—. Los acontecimientos se precipitan, y dudo que sea conveniente retardar más nuestra intervención. O, mejor dicho, *mi* intervención.

Gärensen y Tewp exclamaron a coro:

—¿Su intervención? ¿Qué quiere decir, Hezner?

—Es imposible dominar a Dalibor Galjero, ustedes lo saben, caballeros. Las armas se inutilizan en cuanto le apuntan, y la voluntad asesina más templada se quiebra como el cristal cuando hay que pasar a la acción. Ustedes no tendrían ninguna posibilidad de acercarse a él. Yo sí puedo, porque no iré a su encuentro como una amenaza. Llegaré hasta él con el espíritu reposado, no abismado por la sed de venganza que corrompe su juicio. Sólo por la razón, le convenceré de que nos ayude a encontrar y a eliminar a Laüme. Es nuestra única posibilidad, y ustedes lo saben tan bien como yo.

Ante estas palabras, Tewp estalló de cólera.

—¡No vamos a pactar con ese asesino bajo ningún concepto, Hezner! Vamos a eliminarlo sin más dilaciones, será un acto de justicia. ¡No permitiré que viva ni un día más!

—El coronel tiene razón. ¡Basta de contemplaciones! Matemos a Galjero ahora. Tiempo habrá de ocuparnos de su hembra después.

Rubén estiró los brazos por encima de la cabeza y se lanzó a ejecutar un ridículo baile, como si hubiera estado esperando la reacción de los dos hombres y la escena le provocara un aburrimiento mortal. Dos aureolas de sudor se marcaban bajo sus axilas en su camisa clara.

—Escúchenme, señores —dijo por fin—. Dalibor Galjero está dividido entre el amor y el odio que siente por Laüme. Su situación es la de un opiómano que intenta apartarse de su veneno. Atraviesa fases de exaltación, de una loca necesidad de libertad, y después vuelve a ella como un perro. Es un movimiento de péndulo del que no puede liberarse por sí solo. Él lo sabe, y eso le resulta insoportable. Cuando nos encontremos con él, tendremos que persuadirle de que nos ayude a destruir a Laüme. Sin eso, estaremos totalmente desarmados frente a ella. Nos matará, o algo peor...

—¿Colaborar con Galjero? ¡No podría hacerlo!

La voz de Tewp se había endurecido y todo su cuerpo estaba en tensión.

—Ese hombre merece una muerte inmediata por todo lo que ha hecho —rugió fuera de sí—. Ha matado a niños con sus propias manos en la India, en Alemania y Dios sabe dónde más. No pretenderá hacerme creer que no es más que una víctima arrastrada al vicio, al asesinato, a la abyección...

—Tiene toda la razón, coronel. No tendría la impudicia de pretender que

considere a ese hombre de otro modo. Y además ¿qué ganaría con ello? Sólo intento explicarle que debemos mantener con vida a Dalibor Galjero hasta el momento en que nos hayamos desembarazado de Laüme. Después, y sólo después, podremos eliminarle a él. Además, es probable que él mismo nos lo pida.

Tewp se levantó de su sillón y empezó a caminar en círculos por la habitación como un león enjaulado. Entrelazaba los dedos con tanta fuerza que sus falanges se blanqueaban.

—Se equivoca, Hezner —dijo al fin—. No hay que retroceder. Dalibor Galjero está ahora a nuestro alcance. ¿Quién sabe lo que ocurrirá si intentamos domar a esa víbora? En un momento u otro se volverá contra nosotros.

—Apruebo por entero los argumentos del coronel —apuntó Gärensen—. Díganos dónde encontrar a Galjero si usted tiene miedo de enfrentarse con él. Yo no le temo. Iré a su encuentro...

—Señores, me temo que no me dejan otra elección —gimió Hezner—. Deploro su actitud, es la evidencia de unos espíritus cortos de vista y me obliga a retirarlos del juego.

Chasqueando los dedos como el jefe de una banda, el doctor indicó a sus cuatro hombres que se acercaran.

Como si hubieran estado esperando el permiso de intervenir, se abalanzaron sobre Tewp y Gärensen para reducirlos. La lucha fue breve y estaba perdida de antemano. Sorprendidos, los dos occidentales fueron golpeados, maniatados en el suelo y dejados bajo la vigilancia de Tobías, mientras que Hezner dejó la casa de Kaplan con los otros tres para ir al encuentro de Dalibor Galjero en el barrio de Galata. David Tewp estuvo poco tiempo inconsciente y, cuando abrió los ojos, vio que Tobías apuntaba un arma a su frente.

—¿Sabe quién soy, coronel Tewp? —preguntó el joven con una sonrisa maligna—. ¿Ha averiguado ya a quién le recuerda mi rostro desde nuestro encuentro en México?

El inglés intentó incorporarse, pero Tobías le lanzó un violento puntapié a la mejilla y le hizo caer al suelo.

—¿Qué? ¿Todavía no?

—No —respondió Tewp, que sentía el sabor de la sangre en la lengua—. Todavía no he encontrado la respuesta... pero usted va a decírmela, ¿no es así?

—Soy el hijo de Nathan Katz. ¡Nathan Katz! El hombre al que mató en Jerusalén. Yo estaba en casa cuando usted maltrató a mi padre y él cayó muerto a sus pies. ¡Yo le vi, Tewp! ¡Lo vi todo!

David Tewp cerró los ojos un instante y recordó el día en que, por accidente, había causado la muerte de Katz.

—Por eso se integró en el comando Hezner, ¿verdad, Tobías? Porque sabía que yo le buscaba y que un día u otro daría conmigo.

—Mi espera ha sido más corta que la suya, coronel. Sólo he tenido que esperar

unos meses para tenerlo en la punta de mi cañón. Usted no tendrá esa oportunidad con Galjero. Y su amigo Gärensen tampoco. Quiero que muera sabiendo que Hezner nunca ha tenido la intención de entregarles a Dalibor Galjero... ¡No va a dárselo a ustedes, sino a los rusos, hoy mismo!

Mientras pronunciaba esta frase, Tobías levantó el percutor de su arma. El coronel comprendió que iba a morir. Pero saber que toda su búsqueda había sido en vano era mucho peor que el anuncio de su ejecución. Tobías inspiró largamente antes de apretar el gatillo, y en ese instante recibió un fuerte golpe que le hizo caer de rodillas. La bala destinada a Tewp impactó en un madero, y el arma cayó al suelo. Gärensen se lanzó como un resorte y cargó contra Tobías como un toro. Recuperado de su desvanecimiento mientras el joven amenazaba al coronel, había tenido la astucia de mantenerse inmóvil hasta el último momento; después, a pesar de sus ataduras, había desequilibrado a Katz con un brusco estirón de las piernas para ayudar al inglés. Cargando con todo su peso sobre el muchacho, Gärensen le impidió levantarse hasta que Tewp recogió la pistola y apuntó con ella al prisionero. Se deshizo enseguida de sus ataduras y las anudó en torno a las piernas y las muñecas de Tobías que, pálido de rabia, hipaba de humillación y frustración.

—El coronel debería meterte una bala en el cráneo, niño —escupió Gärensen—. Pero supongo que no lo hará y te perdonará la vida. Así quedaréis en paz. Una vida por otra. Es lo justo, ¿no?

Tobías guardaba silencio. Miraba a Tewp con una curiosa mezcla de odio y petición de piedad. Daba pena verlo en su desdicha.

—Vas a quedarte aquí, Tobías, hasta que volvamos a buscarte. Después, volverás a Palestina, de donde has venido. No te perseguiré y tú no me perseguirás. ¿Entendido? —dijo el inglés.

El muchacho bajó la cabeza y asintió, tembloroso.

—Ha oído lo que ha dicho Tobías sobre Hezner, ¿no es así, Gärensen? —preguntó Tewp poniéndose el arma bajo la cintura del pantalón.

—Hezner nos ha manipulado. Se ha servido de nosotros y quiere entregar a Galjero a los rusos. ¿Me he perdido algo?

—No, ha captado lo esencial —respondió Tewp—. Ahora, lo peor que podría pasar es que esa entrega realmente se produjera. Si Galjero pasa a la Unión Soviética, todas nuestras posibilidades se esfumarán.

Los dos hombres dejaron la casa de Yorum Kaplan a la carrera y se dirigieron hacia el barrio de Galata. Ignoraban dónde residía Galjero exactamente y sólo podían confiar en la suerte para encontrar a Hezner. Por un momento creyeron reconocer la figura del doctor sobre los escalones del Pera Palace, pero sólo era un funcionario o un hombre de negocios que entraba en el hotel. Un poco más lejos, cerca de la hermosa torre de la Virgen, se produjo otra confusión. Cubiertos de sudor pese al viento frío que soplaba sobre el Bósforo, Gärensen y Tewp erraron todavía un buen rato por los muelles, mientras que la tarde caía y las calles se vaciaban poco a poco.

Recorrían por segunda vez el puente de Galata iluminado por farolillos anaranjados cuando Gäremsen reparó en cuatro o cinco occidentales con trajes mal cortados que esperaban, acodados en la barandilla, fumando cigarrillos de maíz.

—¡Rusos! —le susurró a Tewp—. Fíjese en su aspecto. Recuerdan a los que nos encontramos en Tijuana.

Tewp también reconoció la desgana característica de los agentes del NKVD. Los tipos eran bastante jóvenes, atléticos; sus pómulos prominentes y sus cabellos pajizos delataban su origen eslavo. Uno de ellos verificaba la hora en su reloj a cada momento.

—¡Ahora! ¡Hay que capturarlos!

Tewp pensó por un momento en disparar a los rusos, para asustarlos y dispersarlos más que para matarlos. Pero por la pasarela circulaban todavía paseantes, niños montados en asnos y mujeres que se apresuraban para volver a casa antes de que anocheciera. Se corría el riesgo de que una bala perdida alcanzara a un inocente. Mientras se replegaban detrás de la carreta de un mercader para tener un puesto de observación menos arriesgado, la alta silueta de Dalibor Galjero se recortó entre los haces de luz temblorosa. Hezner y sus hombres iban con él. Incapaces de evitar el encuentro entre los dos grupos, Tewp y Gäremsen asistieron a la marcha de Dalibor con los soviéticos. Era evidente que iba de buen grado y que nada lo obligaba a seguir a los hombres de Moscú; sus manos no estaban atadas, su paso era tranquilo. Gäremsen inició un movimiento para seguirle, pero un disparo sonó enseguida en dirección a él. Se agachó instintivamente y se ocultó tras la carreta mientras que los aterrados civiles gritaban y corrían en todas direcciones. Tewp sacó el revólver que le había quitado a Tobías y disparó sobre el tirador. Ariel se tambaleó sobre la balastrada y cayó de cabeza a las negras aguas del Bósforo. Corriendo como un loco, el coronel alcanzó a Nathan, que buscaba su pistola en el bolsillo. Un disparo en la garganta lo mató al instante. Hezner gritó para advertir a Benny, pero el tercer mercenario no tuvo más oportunidades que sus compañeros. Su cuerpo se derrumbó en la calzada con un ruido sordo. Con la pistola de Nathan en la mano, Thörun disparó a la pierna a Hezner, que había echado a correr. Alcanzado, el doctor rodó en el asfalto. Antes de que pudiera ponerse en pie, el noruego se lo cargó a los hombros como si fuera un saco de grano y se internó con su fardo en la noche de Estambul...

EPÍLOGO

Con gesto adusto, Thörun desabrochó el puño de la camisa de Hezner y le subió la manga hasta el codo, mientras Tewp preparaba la inyección de pentotal. Sin una palabra, hundió la aguja en el antebrazo de Rubén. La piel se hinchó con el empuje del líquido y después la jeringa se vació a medida que el suero de la verdad se extendía por el cuerpo del hombrecillo.

—Se acabó el juego, Hezner. Díganos todo lo que sepa de los Galjero. Díganos lo que Dalibor le contó cuando era su confidente en Berlín. Díganos por qué lo ha entregado a los rusos.

Hezner meció un momento la cabeza, como bajo los efectos del alcohol. Sus pupilas se dilataron y su piel se cubrió de un sudor que perló su frente de gruesas gotas. Luchaba contra los efectos de la droga con todas sus fuerzas, con toda su voluntad. Pero la química era más fuerte. Sin que pudiera evitarlo, su boca se abrió y las primeras palabras de su confesión traspasaron el umbral de sus labios.

—Su nombre es Dalibor Galjero. Vino al mundo el decimoséptimo día del mes de enero del año 1811, y voy a decirles todo lo que sé de él...

NOTA DEL AUTOR

Al modo de los dos volúmenes precedentes de «El siglo de las quimeras», *Los ángeles de Palermo* teje sus intrigas sobre un doble tapiz, el de lo real y el de lo imaginario. Así, Luigi Monti, personaje principal de la novela, es una máscara compuesta cuyos trazos genéricos han sido tomados de ciertos emigrantes sicilianos o italianos que determinaron el devenir del hampa de la costa Este en el curso de los primeros decenios del siglo xx: Salvatore Cardinella, Jim Colosimo, don Vito Fero, Vincenzo Mangano o Frankie Yale, por ejemplo. Don Balsamo, Meyer Lansky, el irlandés Dinny Meehan y William Lovett son, por otra parte, figuras bien conocidas que dejaron una profunda huella en la historia del crimen en América. En cuanto a las autoridades, William Donovan fue en efecto el creador de la Office of Strategic Services, precursora de la CÍA, agencia de la cual Alien Dulles fue nombrado primer director civil en 1953.

Aunque en Europa ha gozado de una celebridad menor a la de Al Capone, Lucky Luciano es no obstante y sin la menor duda la figura central de la mafia italoamericana de los años treinta y cuarenta. A él se debe la estructuración de las familias italianas, que abrió a individuos procedentes de todas partes, y es notablemente reputado por haber negociado con el gobierno estadounidense, desde su celda de la penitenciaría de Dannemora, la participación de los clanes sicilianos en la lucha contra las fuerzas del Eje.

Por otra parte, las numerosas connivencias entre Luciano y el director del FBI, John Edgard Hoover, hace tiempo que superaron el terreno de la especulación para pasar al de los hechos probados y reconocidos de manera unánime.

Al igual que el período de los *protettori* de Sicilia o el de las *tong-wars*, la época de la prohibición y la de la organización final de la Cosa Nostra en sindicato del crimen son desde hace muchos años objeto de estudios históricos al que se han consagrado numerosas obras de referencia y tesis universitarias. Si el Oeste de Estados Unidos está marcado por la saga de las luchas con los indios y las conquistas de los pioneros, para la costa Este la historia de las mafias es una suerte de epopeya paralela, que marca también intensamente —aun en nuestros días— el imaginario colectivo estadounidense.

Los ritos de magia destinados a dar nacimiento a un espíritu sanador se inspiran en tradiciones que todavía son transmitidas en la Europa de nuestros días. Estas enseñanzas, esencialmente orales, se basan ante todo en la exteriorización de la voluntad de un practicante (o grupo de practicantes), y en la condensación de ésta

sobre un objeto focal. Esta sencilla descripción del mecanismo mágico de base concerniente a la utilización de fetiches y de *dagydes* («muñecos») para realizar encantamientos se expresa de forma similar en las tradiciones de brujería y chamalucas de los cinco continentes. Sólo varían, atendiendo al tiempo y al espacio, las dramaturgias que estructuran la emanación de la voluntad de los actuantes. Si bien lo propio de las magias es, en efecto, suscitar un sentimiento de extrema complejidad, en realidad no son sino una superposición de elementos simples, constantes, de los cuales sólo varían las formas exteriores a través de las diversas culturas humanas. Esta unidad de fondo no impide sin embargo la diversificación de las magias en especialidades que en Occidente se pueden dividir a grandes rasgos de la manera siguiente: chamanismo, brujería y magia ceremonial.

El chamanismo, la tradición más arcana, se sigue practicando en las regiones circumpolares, en Asia central, en el conjunto del continente americano, en Oceanía y en África. De tradición oral, consiste en un abanico de prácticas esencialmente terapéuticas apoyadas por la intervención de fuerzas naturales sutiles —espíritus de los muertos, plantas, animales, piedras— canalizadas por el chamán.

La brujería toma recursos del chamanismo y extiende sus posibilidades al completarlos en especial con el estudio de las influencias celestes macrocósmicas sobre el mundo humano microcósmico. Combatida con gran ardor y desacreditada por la Iglesia católica en Occidente, que veía en ella una rival peligrosa, la brujería no debe confundirse en ningún caso con el satanismo. La brujería tradicional jamás apela a fuerzas pretendidamente demoníacas. En tanto que tradición pagana, no divide el mundo en sombra y luz abocadas a un antagonismo universal, sino que, por el contrario, busca en todas las cosas la conservación del equilibrio de los extremos. Como el chamanismo, la brujería extrae lo esencial de su fuerza de la utilización de las energías de la naturaleza, a las que añade las de la voluntad y el inconsciente humanos, extremadamente poderosas.

Advenedizo en la historia de la magia en Occidente, el satanismo como tal nace de una reacción caótica al poder de la Iglesia católica. Incapaz de existir sin la referencia constante al judeocristianismo, del cual no es otra cosa que un sórdido reverso, el satanismo no puede en ningún caso ser considerado como una tradición mágica *stricto sensu*.

Interesante desde el punto de vista de las ideas esotéricas en Occidente, la magia ceremonial es sin duda la que ha gozado de mejor representación, en cuanto a sus decorados y accesorios, en las obras literarias y artísticas desde el Renacimiento. Tradición muy intelectual, la magia ceremonial mezcla de manera un tanto anárquica las bases de las prácticas chamánicas y hechiceriles con el corpus de las magias judías y árabopersas.

Estas tres ramas mayores de la tradición mágica (chamanismo, brujería, magia ceremonial) se completan con numerosas derivaciones y especialidades. La magia de las egrégoras tal como se representa a lo largo de todo «El siglo de las quimeras», por

ejemplo, muestra tanto magia ceremonial como el chamanismo más antiguo. En cuanto a los fenómenos de encantamiento, lo mismo que la elaboración de guardianes sutiles, pertenecen directamente a la vena de la brujería tradicional.

Notas

[1] «¡Maldición!». <<